DANIELA SACERDOTI

CUIDA DE MÍ

SEDA ROMÁNTICA

Cuando todo parece perdido, la ayuda puede venir de donde menos te lo esperas.

Libros de seda

Daniela Sacerdoti nació y creció en Italia, pero ha vivido en Escocia durante los últimos diez años. Es licenciada en clásicas por la Universidad de Turín y ha sido profesora de italiano, latín y griego. De hecho, su tío abuelo fue también escritor, y muy reconocido, Carlo Levi. Escribe tanto en inglés como en italiano. *Cuida de mí* es su primera novela. Actualmente vive en Glasgow. Resultó finalista en los premios Kelpie 2011 con su libro infantil *The Really Weird Removals Company*, que fue publicado en 2012. Para más información sobre Daniela o simplemente para ver en qué está ocupada ahora, puede visitarse su página web: http://danielasacerdoti.com/en/.

Tras soportar años de fallidos tratamientos de fertilidad, un marido infiel y una familia opresiva, a Eilidh Lawson ya no le queda nada. Desesperada por hallar consuelo, decide marcharse al único lugar que siempre ha considerado su hogar: el pequeño pueblo de las Tierras Altas de Escocia donde creció. Allí, recuperará los pedazos de su corazón destrozado y, al hacerlo, se dará cuenta de que no es la única que lucha por superar un pasado doloroso.

Jamie McAnena, un amigo de su infancia, sigue allí tratando de sacar adelante a su hija Maisie él solo. Después de que su esposa lo abandonara para hacer carrera en Londres e incluso tras perder a Elizabeth, la abuela de la pequeña, parece haberse resignado a una familia de dos. Sin embargo, a veces la realidad va mucho más allá de lo que a simple vista se percibe.

A pesar de sus muchos reparos, una serie de curiosas circunstancias acabarán por unir a Jamie y Eilidh. Y es que incluso cuando todo parece perdido, la ayuda puede venir de donde menos te lo esperas.

Cuida de mí es la primera novela de Daniela Sacerdoti. Etérea y maravillosamente escrita, es una historia conmovedora que habla de superar el pasado y seguir adelante… aunque sea con una ayuda inesperada.

Si quieres saber más sobre *Cuida de mí*, puedes ver el *booktrailer* del libro.

Cuida de mí

Cuida de mí

Título original: *Watch Over Me*

© Daniela Sacerdoti 2011
© de la traducción: Rosa Fragua Corbacho

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Paseo de Gracia 118, principal
08008 Barcelona
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Germán Algarra
Imagen de la cubierta: Ciel Photography/Getty Images

Primera edición digital: julio de 2014

ISBN: 978-84-15854-44-9

Hecho en España – Made in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Conversión a libro digital: Books and Chips

Cuida de mí

Daniela Sacerdoti

Libros de seda

AGRADECIMIENTOS

Gracias Ross, Sorley y Luca, por todo.

Gracias a mi familia, Ivana y Edoardo Sacerdoti, y a mi querido padre Franco y a mi abuela Caterina, que fue quien me cuidó.

Gracias al clan de los Walker, en especial a Beth y a Bill, mis segundos padres.

Gracias, Irene, la mejor amiga que a cualquiera le gustaría tener.

Gracias a la gente de Caravino, en el norte de Italia, al verdadero Glen Avich… un lugar lleno de fantasmas, a los que, durante mi larga y soleada infancia, me enseñaron a no temer.

Gracias a Sorley MacLean y a Martyn Bennet, cuya interpretación de *Hallaig* me inspiró esta historia.

Gracias a todos en Black & White Publishing, por creer en mí.

Gracias a Alexander McCall Smith y a Alison Rae, por sus palabras de ánimo, que nunca olvidaré.

Y gracias por siempre a mi ventosa, oscura, cálida, compleja y querida Escocia, mi hogar.

Para todos aquellos que cuidan de mí desde el otro lado de la realidad.

Y para todos aquellos que están conmigo: Ross, la tierra, Sorley, el cielo, y Luca, el sol.

Prólogo

PERSÉFONE

El día más extraño y más extraordinario, el día en que cambió mi percepción de la vida y la muerte, empezó como otro cualquiera. Me desperté en un mundo que siempre había conocido y me fui a dormir envuelta en un misterio.

Nos pasamos la vida ocupados, tratando de ignorar el hecho de que la oscuridad llegará, más pronto de lo que nos creemos, para llevarnos consigo. El infinito no puede encajar en nuestras vidas tal y como es, tan terrorífico, tan inmenso. Tenemos que adaptarlo a nuestra medida, haciendo millones de pequeñas cosas todos los días que nos permitan definir las fronteras de nuestra realidad, usando los cinco sentidos de una manera en la que no fueron pensados, tocando cosas, viendo cosas, cosas que son reales y forman parte de nuestro presente, que están a este lado de nuestra existencia, al lado de la vida. Al misterio le ponemos una cara humana; intentamos darle forma a algo que no la tiene.

Nos inventamos rituales para definir pasajes, convertimos la vida y la muerte en ceremonias, haciendo de ellas algo terrenal y, de algún modo, algo más sencillo, que se pueda tocar, entender. Cuando nace un bebé, no nos planteamos por qué ha llegado hasta aquí su pequeña alma, ni dónde estaba antes, ni qué sabe… La nueva madre regresa de su viaje por lo desconocido trayendo a su hijo consigo desde la oscuridad y llevándolo a la luz; a ambos se les lava y se les viste, como si nunca hubieran estado más allá… como si ella nunca hubiera estado bajo tierra, en la oscuridad, donde la vida y la muerte se tocan y se entremezclan.

Y cuando alguien muere, la familia puede ocupar piadosamente su mente con pequeñas cosas que cualquiera necesita hacer cuando todo ha acabado: flores, comida, retirar lo que haya que retirar, dar lo que haya que dar, mientras se llora sobre los objetos que se dejaron atrás: un par de zapatillas, un tazón, una bata. Nos confortamos los unos a los otros, apoyándonos en un brazo firme, en una mano cálida por la que la sangre circula con fuerza, lo sentimos bajo la piel y es como un cántico tan fuerte, tan claro, que barre la muerte.

¿Cómo podríamos, aunque solo fuera por un segundo, afrontar lo que ha pasado en realidad, el hecho de que alguien que estaba aquí ya

no está, que se ha ido para siempre, atrapado por una «no existencia» sin caer de rodillas y gritar de miedo, al pensar que eso mismo nos sucederá a nosotros algún día, que cerraremos los ojos para no volverlos a abrir jamás? ¿Cómo podemos incluso atrevernos a mirar en la oscuridad, profunda e insensible, que nos espera y seguir siquiera viviendo?

«Si» la oscuridad es lo que nos espera.

Porque ahora sé que no es así.

El día que empezó como cualquier otro es el día en que rompí todas las barreras y miré directamente a la cara al misterio. Vi a alguien a quien yo daba por desaparecido, y estaba allí, de pie, frente a mí. Vi un alma sin cuerpo y esa alma me sonrió. Quizá sea un poco *naïf*, quizás un montón de razonamientos científicos, investigaciones y pensamientos se mostraban ante mí para decirme que estaba equivocada, pero creo en lo que me dijo mi abuelo hace muchos años: que el amor nunca muere y que lo que nos espera es el amor que sentimos cuando vivíamos. Eso está por encima del bien y del mal, el amor está ahí para sostenernos cuando caigamos. Es lo que aprendí, una noche de primavera en el bosque y, desde entonces, ya no tengo miedo.

Capítulo 1

LA PÉRDIDA DE MI BEBÉ

Eilidh

El día que perdí a mi hijo hacía un tiempo precioso, soleado, y la mitad de la gente de la ciudad había salido a la calle con sus gafas de sol y una sonrisa en la cara.

Yo había salido para dar un paseo, luciendo mi enorme camiseta floreada de premamá. Solo estaba de diez semanas, era demasiado pronto para llevar ropa de ese tipo, pero es que estaba impaciente por lucirla. Llevaba también conmigo algo de comer, una mezcla extraña de sardinas y anacardos creo, pues me decía a mí misma que tenía aquel antojo o aquel otro. En realidad, no era así. Simplemente, quería tener la oportunidad de poder decir por fin cosas como «me estoy alimentando de mango mezclado con salsa HP y masticando chicle. ¡Es que una tiene unos antojos tan extraños cuando está embarazada!»

Embarazada.

Estaba embarazada. Ahora me parece casi imposible.

Quería disfrutar de la experiencia al completo; de cada señal, de cada síntoma por insignificante que fuera —las náuseas matutinas, los tobillos hinchados, las enormes camisetas que casi parecen una tienda de campaña, las noches de insomnio. Quería reírme de lo mucho que se me estaba dando de sí la ropa interior y hablar de si tendría un niño o una niña respondiendo a algún estúpido test que hubiera encontrado en una revista. Quería leerme unos cuantos libros de nombres, elegir los muebles para la habitación del bebé y hablar de las ventajas de contar con un cochecito u otro. Quería comprar chalequitos, pequeños, del tamaño de un bebé, y gorritos, mitones y calcetines. Todo de color blanco, hasta que me hiciera la ecografía de las veinte semanas, cuando me dirían si lo que esperaba era un niño o una niña. Tom y yo contemplaríamos la pantalla del ecógrafo preocupados, diciéndonos el uno al otro: «¡Mira, se está moviendo! ¡Nos está saludando!» Llamaríamos por teléfono a nuestros amigos y parientes para decirles qué íbamos a tener. Enmarcaríamos las ecografías y las pondríamos en la chimenea. Tom se llevaría una al trabajo, donde los demás doctores y las parteras y las recepcionistas la verían y dirían: «¡Anda, si se parece a ti!». En realidad, no puede decirse que se vea nada en estas imágenes, es simplemente una de esas

tonterías, esas bobadas encantadoras que la gente te dice cuando se sienten tan a gusto hablándote de algo como son los bebés que están en camino, con toda la esperanza y la alegría que traen con ellos.

Pero lo que deseaba por encima de todo era sentir al bebé pataleando dentro de mí. Me habían contado que era como si fueran ondas, como si tuvieras una mariposa revoloteando en el vientre. Quería sentir la mano de Tom sobre el mío, contemplar el orgullo en su mirada y la ternura que sentía por mí, su esposa, que le daría un hijo o una hija.

Había esperado tanto, tanto tiempo, mientras las demás mujeres se quedaban embarazadas y andaban por ahí luciendo sus barrigas como si fueran una corona, y yo seguía con mi talla treinta y ocho de *jeans* y un vientre plano. Odiaba la manera en que estaba adelgazando en lugar de ponerme oronda, llena y serena. Estaba desesperada por ser como «ellas», como las mujeres embarazadas: mi hermana, mis amigas, mis colegas de trabajo, mi peluquera. Incluso el cartero —bueno, mejor dicho, la mujer cartero— me daba en las narices con su barriga de embarazada cada mañana, según la veía moverse arriba y abajo por nuestra calle y acercarse con torpeza al buzón donde se echan las cartas. Hasta que un día me dijo que le habían cambiado el servicio, por seguridad, debido a su estado, así que a partir de ahora estaría atendiendo al público tras el mostrador de recogida de paquetes de la oficina de correos y viendo crecer, mientras tanto, su barriga. Dijo que se pasaría de vez en cuando, para saludar.

Me fijaba en las barrigas de las embarazadas de manera obsesiva, para ver si se les tensaba el vientre de esa bonita manera en que se pone al principio, cuando apenas se tiene barriga pero ya se nota. Me torturaba pensando que todo el mundo, absolutamente cualquiera, podía tener hijos menos yo.

Cada vez que se cruzaba en mi camino un cochecito, miraba hacia otro lado. No me fiaba de mí, de no mostrar esa mirada de anhelo que las madres reconocen y que las hace saltar y decirte con los ojos: «Este bebé es mío».

Quería ser así. Quería que otras mujeres mirasen a mi bebé con ojos brillantes y me envidiasen, y sentirme como la reina del mundo, la mujer más afortunada sobre la faz de la tierra.

Como mi hermana. Ella es una experta en eso.

Katrina tiene tres años menos que yo. A las dos nos encantan los bebés y ambas soñábamos con ser madres desde que éramos niñas. Solíamos jugar a las casitas, cuidar de nuestras muñecas, alimentarlas, meterlas en la cama, sacarlas para darles un paseo en sus pequeños cochecitos de color rosa. Por eso, no resultó sorprendente que las dos decidiéramos trabajar con niños: ella se convirtió en enfermera especializada en pediatría y yo en puericultora.

Ella se casó pronto, casi al poco de salir del instituto, y en seis meses se quedó embarazada. Tuvo un niño, un niño precioso, mi querido sobrino Jack. Para cuando Katrina dio a luz de nuevo, esta vez a dos niñas mellizas, yo llevaba ya tres años intentándolo. Cuando la miraba con las niñas en brazos, una en cada brazo, con sus trajecitos rosas y sus gorritos del mismo color, y aquellas caritas rosaditas, la amargura me invadía.

Tras el nacimiento de Isabella y Chloe, cuando yo ya iba por mi segundo intento de inseminación, llegó Molly. Ella fue el bebé de la familia, la niñita de nuestros ojos. Y hubo más felicitaciones, más celebraciones, más reuniones familiares, con mis padres bromeando acerca de que una sola hija les estaba proporcionando suficientes nietos a ambos.

Pero lo malo era que no se trataba en realidad de una broma. Ellos estaban al corriente de mis problemas, pero es que mi familia no tiene… como decirlo… mucho tacto. Algunos llamarían a eso «ser un poco cruel». Sí, conmigo. En especial, mi hermana. No tiene piedad alguna, recordándome siempre lo fértil que es, lo abundante de su prole y cuántas manitas y piececitos puede contar, lo mucho que la quieren, que la abrazan y que la hacen sentir… que vale la pena.

Mientras que yo no valgo nada, soy estéril y tengo los brazos vacíos. Brazos vacíos, corazón vacío.

—¡Si tuvieras hijos, entenderías cómo me siento! —exclamaba entre lágrimas el primer día que Jack fue al colegio. Y añadía—: Quieren a su mamá, ¿verdad? Una tía no es lo mismo —decía entre risas, en el momento en que una de las mellizas pasó de largo y corrió hacia ella con una herida en la rodilla—. Perdona, no es que no quiera que tú lo hagas, es que ella está mejor conmigo —añadía si yo le sugería que podía llevar a Molly a la cama.

Mientras tanto, su marido dispensaba a Tom el mismo trato que ella a mí, gastándole bromas de mal gusto acerca de dar en la diana, algo que ni siquiera era cierto pues, tras muchas pruebas, los médicos me habían dicho que el problema era mío, no de mi marido. Tom intentaba reírse, pero acto seguido se quedaba muy, muy callado. Pronto empezó a encontrar excusas para evitar las reuniones familiares. No podía culparle.

Tom es médico; es algo mayor que yo. Lo nuestro no fue una locura de pasión ni nada por el estilo, éramos buenos amigos, seguimos siéndolo y ambos queríamos tener hijos. Tom pasaba de los treinta y tampoco se sentía muy a gusto en su familia, así que nos casamos con la esperanza de crear la nuestra para no sentirnos solos nunca más.

Empezamos a intentar tener un hijo poco después de nuestra luna de miel. Diez años, muchas pruebas y cinco intentos de inseminación más tarde, había funcionado. Estaba embarazada.

Pero para entonces, nuestro matrimonio había acabado hecho jirones. Tom se veía con alguien y de eso ya hacía tiempo. Yo estaba tan alterada después de tantas inyecciones de hormonas que lo uno llevó a lo otro, me faltaron las fuerzas para hablar del asunto y, simplemente, me cansé de luchar.

Había dejado mi empleo dos años antes. El tratamiento estaba haciendo de mí un deshecho físico y emocional y no podía seguir sin descansar. Trabajaba con niños todo el día, tenía que sonreír y ser amable y cariñosa cuando mi corazón no dejaba de sangrar. Y eso sin hablar de las madres embarazadas con las que tenía que lidiar. Venían a recoger a sus hijos, agachándose con dificultad para quitarles las zapatillas llenas de tierra, a lo que yo siempre decía: «Deje, ya la ayudo yo». Y a lo que ellas contestaban: «Oh, gracias, ¡es que cada día estoy más gorda!», al tiempo que se tocaban el vientre. Y yo, muerta de envidia, cansada por el tratamiento hormonal, deshecha tras pasar la noche sudando y sin dormir, tenía que devolverles una sonrisa.

Se acabó. Debía ahorrar energías y dedicar todas las que tuviera a mi objetivo, a lo único que importaba.

Me inseminaron cuatro veces, cuatro veces introdujeron a nuestros bebés en mi cuerpo —ellos los llamaban embriones, pero yo los llamaba bebés—. Cuatro fracasos, no funcionó. No es que no lo intentaran, pero yo los perdía. Ni siquiera eso. No pasaba nada, ni siquiera sufría una ligera inflamación, o sentía algo… distinto. No sentía nada, como si nunca hubiera sucedido, como si todo hubiera sido un sueño, como si esos cuatro bebés nunca hubieran existido. Un sueño que se desvanecía en la luz, como hacen los sueños. Como si nunca hubieran estado ahí.

Me pasaba las horas llorando junto a un vaso de zumo —el vino era algo que no podía permitirme durante el tratamiento— con mi mejor amigo, Harry. Su amistad me salvó de la locura. Nos conocimos en el colegio cuando ambos teníamos trece años, salimos durante algunas semanas cuando teníamos dieciséis y desde entonces decidimos que estábamos mejor siendo amigos. Un año después, salió del armario y me enteré de que era gay, algo que a su padre le sentó como un tiro. Se fue a casa de su tía durante una semana más o menos, hasta que su padre se plantó en su puerta y le pidió con lágrimas en los ojos que volviera a casa. Tras ese pequeño trastorno, la vida de Harry siguió adelante con tranquilidad. Conoció a su pareja, Douglas, cuando los dos estaban en la universidad y todavía siguen juntos.

Mientras yo vivía un infierno, Harry y Doug me proporcionaron siempre un puerto seguro, y pasé más de una noche viendo con ellos películas y series de televisión, comiendo pan de gambas y fideos al estilo Singapur.

Solía llorar en brazos de Harry y él me decía; «Vamos, vamos, ya

verás como todo sale bien, todo va a salir bien…» y me sentía tan agradecida por sus palabras que mi corazón desbordaba de amor por él. Para mí, es como un hermano.

Cuanto le conté que Tom tenía una amante, volvió a su antigua manera de ser y, antes de decirme lo que pensaba, me preguntó si quería que le partiera la cara. Después volvió a su sensibilidad habitual y sugirió que le abriéramos un perfil completo, con número de teléfono y correo electrónico, en una página de citas para homosexuales.

—No, gracias. Creo que, simplemente, no le haré caso. Prefiero actuar como si no pasara nada.

—Eso jamás funciona.

—Lo sé… pero no puedo dejarlo ahora. Tengo concertado otro tratamiento para dentro de dos meses, no puedo cancelarlo, ¡quizá sea mi última oportunidad!

Y funcionó. Al quinto intento, funcionó.

Mientras miraba la cruz azul del test de embarazo, una línea de azul intenso y la que cruzaba sobre ella, tímida y dubitativa, casi fugaz, me dejé resbalar por la pared de azulejos del cuarto de baño hasta quedar sentada en el suelo, cerré los ojos y disfruté de la mayor felicidad que jamás había conocido.

Cuatro pruebas más tarde, cuatro cruces azules después, acababa de hacer pis y estaba loca de contenta.

Tom estaba exultante. Durante una temporada, dejó de trabajar hasta tarde, de asistir a convenciones y reuniones los fines de semana, de hacer horas extraordinarias. Yo estaba inmersa en una burbuja de felicidad, pero aun así, todavía no me atrevía a preparar nada para el bebé. Era demasiado pronto, no quería gafarlo. El mío fue un embarazo clasificado como de alto riesgo, tenía que someterme a revisiones constantes, así que no podía relajarme.

Un día, Tom vino a casa con una bonita cuna de forja pintada de blanco. Era preciosa.

—Es la de Eva —dijo, metiéndola en casa con el mayor cuidado. Eva es la hija de su mejor amigo y padrino de nuestra boda—. Como ellos no van a tener más hijos, me la han dado. La trajeron de Escocia, de un pequeño pueblo de las Tierras Altas. He pensado que te gustaría. —Sonreía. Durante aquellos días, se parecía al Tom de antes.

Al hombre con el que me había casado.

—¡Me encanta! ¡Es preciosa! ¡Y de Escocia!

Había vivido en Escocia durante algunos años, cuando era una niña y mis padres se separaron. Mi madre, mi hermana y yo nos fuimos a casa de la abuela Flora en Glen Avich, al noreste de la región.

—Lo que pasa es que… —empecé a decir, dudando.

Él puso cara de no entender nada.

—Bueno, es que dicen que da mala suerte colocar la cuna en la habitación del bebé demasiado pronto. Quizá sea mejor que la guardemos en el desván.

—¿En el desván? Se estropeará. Además, todas esas bobadas acerca de cunas en las habitaciones de los bebés, gatos negros y escaleras no son más que patrañas, y lo sabes.

—Claro, claro, lo sé.

Pero no lo afirmaba muy segura. La cabeza me decía: «Vamos, Eilidh, no seas tonta», pero el estómago me recordaba, «¿Por qué tentar al destino?»

—Eilidh —rió Tom, levantando la cuna para llevársela arriba—, ¿desde cuándo crees en supersticiones?

—No sé, es solo que… —Me encogí de hombros. No sabía qué decir.

—Bobadas. Vamos, ven a ver cómo queda.

Subió las escaleras con la cuna y la llevó a través del pasillo, una cuna que nunca ocuparía ningún bebé. La dejó con cuidado en la habitación que iba a ser la de nuestro hijo, una estancia que llevaba años esperando para desempeñar esa función.

—¿Qué te parece? ¿No crees que queda perfecta?

Asentí con la cabeza y sonreí.

Traté de no sentir miedo, pero estaba asustada.

No era por culpa de la cuna, claro. No soy tan supersticiosa como para creerme que ese fue realmente el motivo. No fue la cuna, ni que yo trajera la compra a casa un día que hacía mucho calor, nada de lo que había hecho, eso dijo el médico.

No debía culparme, me dijo.

Pero lo hago, oh, sí, me culpo, por no haber sido suficientemente fuerte como para llevar mi embarazo hasta el final, por no haber sido capaz de dar a mi hijo la oportunidad de vivir.

Le abandoné y ahora está muerto.

Ese maravilloso día de sol, ahora hace tres meses, toda una vida, dejé de charlar con mi vecina durante unos minutos, antes de decirle adiós y de darme la vuelta para cruzar la calle en dirección a mi casa.

Según iba caminando, oí los pasos apresurados de mi vecina tras de mí y sentí cómo me rodeaba la cintura con su brazo, como si quisiera sujetarme.

—Deja que me ocupe de esto, Eilidh, querida, sé una buena chica —dijo, al tiempo que con amabilidad me arrebató las bolsas de la compra y me hizo entrar en casa, todavía sujetándome por la cintura. Poco a poco me di cuenta de que algo iba mal y entonces noté como un goteo por las piernas, y no era sudor, así que miré y vi que era sangre.

Si hubiera tenido un niño, le hubiera llamado Harry. Si hubiera

sido niña, la hubiese llamado Grace.

Cuando dejé de llorar, tres meses después, me levanté del sofá, me di una ducha caliente y muy larga, me vestí por primera vez en semanas y me preparé una traza de té. Me senté a la mesa de la cocina con el teléfono, un cuaderno y un bolígrafo.

Tom estaría fuera durante el fin de semana. No sé qué convención, me había dicho, como si yo no supiera la verdad, como si fuera una estúpida.

Escribí dos notas:

Mamá, Papá:
Me voy durante una temporada. No os preocupéis, estaré bien.
Llamaré tan pronto como me haya instalado.
Eilidh

Tom:
Nuestro matrimonio ha terminado. Estoy segura de que sabes por qué, pero lo de tu amante no es el único motivo. Esto viene ya de mucho antes, de hace años.
Me pondré en contacto con mis padres cuando me haya mudado, así que ellos podrán darte noticias mías y decirte que estoy bien. No me busques.
Eilidh

Después, me puse a escribir un mensaje de texto con mi teléfono móvil para Harry:

Me voy durante una temporada. No te preocupes por nada, de veras, estoy bien.
Voy a olvidarme del teléfono, pero tan pronto como tenga la oportunidad me sentaré frente a un ordenador y te enviaré un e-mail.
xxxx E

Dejé las notas y el teléfono sobre la mesa de la cocina y empaqueté parte de mis pertenencias con mucho cuidado, y lo hice de una manera deliberada.

Me sentía vacía. Como una concha marina, seca, sin nada dentro, sin nada que ofrecer.

Me subí a mi automóvil y empecé a conducir, sin tener la menor idea de a dónde iba. Solo sabía que tenía que marcharme.

Una vez en la autopista, empecé a ver indicadores que decían «Norte».

Norte.

De pronto, me di cuenta de a dónde me dirigía. Allí donde lo más profundo de mí, lo más secreto, quería estar, un lugar donde podría recuperarme. Seguí conduciendo, más y más hasta llegar el mediodía

y luego la tarde. La luz era lila y los bosques de pinos se veían negros en contraste con el cielo cuando llegué a Glen Avich. La vista de una pequeña casita de campo encalada con su puerta roja trajo a mi memoria un millón de recuerdos felices. Había sido capaz de sentir algo, debía de haber sido alivio. Pero yo estaba adormecida.

Llamé a la puerta de Flora. Ya no estaba allí, había muerto hacía tiempo —pero mi tía abuela, Peggy, todavía vivía en aquella casa. Abrió y jadeó al verme tan pálida, tan perdida, tan delgada.

Era el crepúsculo, la hora en que las formas parecen perder su definición y desdibujarse un poco, como si empezaran a desvanecerse en la oscuridad. Y yo era una de esas sombras que se estaban desvaneciendo. Me sentía como si Peggy hubiera abierto la puerta y encontrado una pequeña nube de color azul hecha de aire frío en el lugar donde debería haber estado yo.

Peggy sonrió, me abrazó y me hizo pasar, me preparó una taza de té caliente con mucho azúcar y me habló con el mejor acento del mundo, el mismo que tenía mi abuela. Ya se había hecho de noche para entonces y había oscurecido, pues estábamos en lo más profundo del corazón de las Tierras Altas de Escocia.

Peggy me acompañó a mi habitación, la que había compartido con Katrina cuando era niña. Casi no me quedaban fuerzas ni para ponerme el pijama y meterme en la cama. Me trajo otra taza de té y la dejó sobre la mesita de noche. Susurré un «gracias» pero no podía ni moverme, pues cada parte de mí se sentía como muerta. Cerré los ojos.

Lentamente, muy lentamente, Escocia se fue metiendo en mí. Me envolvía y me acunaba: los sonidos y los aromas de la tierra me confortaban, al igual que lo habían hecho cuando era una niña.

Me dormí, entre sábanas limpias y un edredón que olía a rancio, pero en el buen sentido, como huele la ropa de cama de las abuelas.

Dormí doce horas seguidas, después de semanas y semanas de haber pasado las noches en blanco. Cuando me desperté a la mañana siguiente, con las primeras luces, sentí que la vida me resultaba soportable.

Apenas soportable, en realidad, pero soportable.

Me sentía quizá, en el último momento, como si hubiera conseguido detener el proceso de desvanecimiento de mi persona. Tal vez no fuera a desaparecer ni a dejar de existir.

Quizá la vida me estaba dando una segunda oportunidad.

Capítulo 2

UNA MADRE PERDIDA

Jamie

Supe que se había ido en cuanto vi que faltaba el cuadro que colgaba de la pared del salón. Todas sus pertenencias —lienzos, pinturas, pinceles, botellas de disolvente, sus trapos y sus delantales— seguían ahí. Pero faltaba el cuadro.

No volvería.

Era el retrato de una joven, ataviada con ropa de invierno, con las mejillas sonrojadas por el frío, que patinaba sobre la superficie helada de un lago. Janet se las había apañado para hacer que todo convergiera en el cuadro: la alegría en la cara de la muchacha, la aprehensión por patinar sobre el hielo fino, el desafío que decía «puedo hacerlo». El aire frío y cortante, la magia de la escena invernal, con las ramas cubiertas de escarcha, el cielo entre rosa y amarillo y la negra silueta de los árboles en la distancia…

Aquella obra mostraba el talento de Janet, lo prometedora que era como artista. Formaba parte de la exposición de final de curso cuando se graduó en Slade, Londres. Todo el mundo sabía que Janet Phillips tenía algo, que ella lo conseguiría.

Y, desde luego, lo hizo.

Tres años después de su graduación, sus obras eran muy solicitadas, tenía un piso en una zona elegante de Londres y el trabajo la abrumaba. La suya era una obra honesta e increíble.

El arte lo era todo para ella; se pasaba las noches pintando hasta que caía rendida en el sofá de su estudio, entre sus lienzos. Cuando trabajaba en algo, no podía pensar en nada más, ni ver nada más.

Pero tras pasar tres años haciendo esta vida, empezó a sentir la presión. Aunque estaba feliz, se sentía exhausta y físicamente agotada. Su hermana melliza, Anne, la convenció para que se tomará unas vacaciones y se fuera a Escocia con un grupo de amigos.

Y fue en entonces cuanto nos conocimos y cuando nuestras vidas cambiaron por completo.

Yo entré en el *pub* una noche, después del trabajo. Ellos estaban sentados en la barra, frente a unos vasos de *whisky,* abrigados con forros polares de alta tecnología, pantalones impermeables y botas de montaña, que era el atuendo que los que venían del sur parecían

obligados a llevar aquí, como si fuera un uniforme.

¿Y eso del «amor a primera vista»? ¿De la gente que habla de si existe o no?

Pues bien, existe.

Lo juro, creo que tardé poco más de un segundo en enamorarme. Y eso que no soy un romántico. Más bien soy tranquilo y todo eso. Tímido. Fui educado para ocultar mis sentimientos tan profundamente como me fuera posible, al mejor estilo del macho escocés. Ni siquiera estaba interesado en tener una relación, otra.

Pero aun así, ahí estaba ella, y yo, y todo cambió en un segundo. Ya no volví a ser el mismo.

Empezamos a hablar y tres horas después seguíamos juntos. Anne y sus amigos regresaron a su hotel, mientras que nosotros nos fuimos a dar un paseo por la playa, rodeados de sonrisas cómplices e insinuaciones de las chicas. No nos importaba. A mí ni siquiera se me ocurría pensar en la gente que había en el *pub*, la mayoría de los cuales eran personas a las que conocía desde que era pequeño. Tampoco me interesaba lo que pudieran decir. No me importaba nada, salvo seguir a su lado.

Contemplé su cabello rubio sobre la almohada. Era del color del maíz maduro, de los campos dorados en verano. Contemplé su cara mientras dormía, y me pasé la noche mirándola.

Pocos días después, regresó a Londres y me dejó abandonado en un mundo gris, sin vida, por el que vagaba aturdido, sin saber lo que hacía, a dónde iba.

Me quemé la mano, mucho. Soy herrero, como mi padre, y en un trabajo como el mío hay que estar atento a lo que se hace, porque sino acabas teniendo algún accidente.

Mientras ella me vendaba el brazo, el doctor Nicholson sonreía. Todo el pueblo sabía lo que había entre Janet y yo. Así son las cosas en Glen Avich.

—Ni has sido el primero ni serás el último —dijo.

La miré.

—En hacer una tontería como esta. Sabes, el día que conocí a John, hace ahora treinta años, pasé de largo la estación de tren al regresar de la universidad y acabé en la costa. Mi padre tuvo que conducir durante dos horas y media para venir a recogerme. Así son las cosas, esto no se cura nunca.

Pocas y sorprendentes semanas después, tras muchas horas pasadas en el *pub* hasta muy tarde —y muchos días de resaca—, ella regresó.

Abrí la puerta y ahí estaba. Con su cabello rubio, sus ojos de aciano, como una princesa de cuento. Había venido desde Londres con una pequeña maleta llena de ropa y cargada de óleos, lienzos y unos cuantos cuadros.

Parecía asustada. Estaba claro que no sabía cómo reaccionaría yo. Podía notar la tensión de su cuerpo al abrazarla y besarla, y entonces sentí cómo se relajaba en mis brazos. Me miró, con la cara inundada de alivio. En la mía pudo leer que estaba más que feliz de verla.

Parecía más tranquila, pero no feliz.

Ni siquiera estábamos en el umbral de la puerta. Seguíamos aún en el escalón de entrada, como me recordó.

—Estoy embarazada.

Todo empezó a dar vueltas a mi alrededor y antes de que mi cabeza pudiera procesar lo que acababa de decirme, sonreí.

Pero ella no me devolvió la sonrisa. No parecía feliz.

Estaba embarazada y no era feliz.

Nos establecimos en esta vida, nueva e inesperada. Al principio, fue como estar bajo el agua, todo eran sorpresas, todo fluía, vivíamos sin planificar nada. Limpié y pinté la habitación de sobra que tenía en casa y la convertí en un estudio para ella. Janet trataba de trabajar, pero las náuseas matutinas —bueno, en realidad, las náuseas que le duraban todo el día— se lo ponían difícil. Siempre estaba cansada, echada en el sofá o devolviendo en el cuarto de baño. Pronto dejó de pintar.

La llegada de mi madre fue como un regalo del cielo. Consiguió que Janet se sintiera bienvenida y la ayudó en todo para que se acostumbrara a la nueva situación. Se hizo tan bien con mi madre que, al final, acabaron siendo buenas amigas. Juntas salían a tomar café y pastas a la cafetería del pueblo, iban de compras a Aberdeen o, simplemente, se sentaban en la cocina y charlaban mientras yo trabajaba.

Las jóvenes de la localidad se habían sorprendido bastante ante la repentina aparición de esta londinense, con su pelo rubio y sus ropas de diseño. A diferencia de mi madre, no estaban tan dispuestas a ser sus amigas. Mi hermana Shona me dijo que no les caía bien ver cómo uno de los pocos solteros que valían la pena en el pueblo había sido atrapado por una recién llegada.

Por supuesto, a mí eso ni se me había pasado por la cabeza. Mi hermana me comentó que los hombres resultan muy poco útiles en ese sentido —nunca se dan cuenta de este tipo de cosas—. Mi madre parecía ser la única persona en quien Janet confiaba. Va en contra del estereotipo que dice que nueras y suegras no se llevan bien, supongo.

A pesar de todo, Janet no era feliz. Así de sencillo.

Yo lo veía, mi madre y mi hermana también, todo el mundo. La gente se preguntaba por qué demonios sería tan infeliz, con un

hombre que la adoraba y que estaba deseando casarse con ella, un bebé en camino y una casa bonita.

Sin embargo, la entendía. El embarazo se lo había llevado todo; el bebé absorbía todas sus fuerzas. Porque su arte requería de toda su energía: física, mental y emocional. Por eso, ambas cosas no podían coexistir, no en su caso. Estaba vacía.

No sabía mucho acerca de embarazos, solo había visto a mi hermana embarazada cuando venía de Aberdeen, y aparte de estar un poco cansada y de sentir náuseas, se la veía bien. Feliz. No quería empezar a hablar de aquello a espaldas de Janet, pero necesitaba pedirle consejo a mi madre. Me sentía perdido.

—A veces sucede. Cuando estaba embarazada de ti me encontraba bien, pero con Shona… Me sentía mareada, ¡gorda como un elefante y agotada! Simplemente, no estaba preparada, era la primera. Pero entonces, cuando nació, me hizo tan feliz que todo se me olvidó. A veces, tu padre y yo intentábamos permanecer despiertos toda la noche, solo para poder mirarla…

Pero no fue así con Janet. Cuando nuestra hija nació, no mejoró. Maisie llegó al mundo tras veinticuatro horas de parto, ella sufrió mucho y yo no podía hacer nada para ayudarla. Cuando todo acabó, Janet estaba agotada, pero las normas decían que yo tenía que dejarla en el hospital y regresar al día siguiente. Maisie debía de haberse traumatizado tanto por la dura experiencia que no se calmaba en brazos de su madre ni tomando el pecho. Dejé a Janet sentada, con el bebé en brazos en aquella sala de hospital y, a la mañana siguiente, cuando regresé, seguía en la misma posición, sujetando a la niña con unas ojeras enormes y cara de estar a punto de desvanecerse en cualquier momento. Me contó que la había tenido en brazos toda la noche porque, en cuanto la dejaba, la niña lloraba. Le asustaba tanto cabecear y que se le cayera que no había dejado de pellizcarse durante toda la noche, así que tenía los brazos llenos de pellizcos morados. No me lo podía creer.

—¿Es que las enfermeras no te han ayudado?

—No se lo pedí.

Mientras tenía a Maisie en brazos, mi bonita, dulce y maravillosa pequeña, no sabía qué sentimiento era más fuerte: si la felicidad por su nacimiento o el miedo que despertó en mí la actitud de su madre.

Siguieron unos meses tensos. Janet cuidaba de Maisie como si fuera su obligación, pero no lo disfrutaba. La alimentaba, la cambiaba, la mecía —siempre estaba bien cuidada—, pero Janet no parecía… en fin, no se la veía tan embelesada como estábamos los demás. Mi madre, Shona y yo. Y todo el pueblo, en realidad. ¡Maisie era tan bonita! Y todavía lo es. Tiene el mismo cabello rubio de su madre pero sin aquellos ojos del color del aciano, pues ha heredado los míos que

son grises, como los de mi padre.

Janet empezó a dejar a Maisie más y más a menudo, conmigo, siempre que yo no trabajaba, o bien con mi madre. Incluso intentó dejarla en Aberdeen por unos días, con mi hermana, pero le dijo que no, que solo tenía tres meses y que era demasiado pronto para dejarla con nadie.

Incluso cuando otra persona se ocupaba de cuidar de nuestra hija, Janet seguía sin pintar. Yo llegaba a una casa que era un caos y ella estaba sentada junto a la ventana de su estudio, con el delantal puesto, pero sin pintar nada.

Aquello me estaba destrozando el corazón. Me sentía fatal, muy mal porque el hecho de que hubiera pasado conmigo una noche de pasión la hubiera convertido en una persona tan infeliz. Sabía que no era culpa mía, y sabía también que estaba haciendo todo lo que podía para que se sintiera mejor, pero aquello no conseguía librarme del sentimiento de culpabilidad que me atenazaba.

Me sentía como si ella fuera una bonita ave tropical a la que yo hubiera metido en una jaula, aunque lo hubiera hecho sin querer, y que ahora se estaba muriendo.

Una noche, no pude soportarlo más y se lo dije. Ella se echó a llorar y me agarró de las manos.

—No, no es culpa tuya —decía entre sollozos, destrozada—. No es culpa tuya, ni tampoco de Maisie. Lo seguiré intentando, tengo que intentarlo con más fuerza. Es que ya no sé quien soy. Intento ponerme a pintar, pero no me inspiro. Mejoraré, te lo prometo.

Al año siguiente, más o menos, las cosas mejoraron. De repente, Janet volvió a la vida. Empezó a pintar de nuevo. Se pasaba todo el día pintando y seguía hasta la noche, y durante la noche. Volvió a tener buen color de cara. Se sentaba con nosotros a la hora de la cena durante unos diez minutos y luego volvía arriba, a sus cuadros. La echaba de menos, y me parecía una pena que no pasara tiempo con Maisie y conmigo, pero verla feliz otra vez me alegraba el corazón.

Maisie ya empezaba a caminar. Sus rizos dorados le enmarcaban la cara como si fueran un halo, un halo que rodeaba aquella carita con sus preciosos ojos grises en la que yo me perdía. Siempre preguntaba por su mamá, siempre trataba de tirar de ella e impedir que se fuera al piso de arriba. Me daba cuenta de lo mucho que echaba de menos a Janet, aunque casi siempre estaba contenta y no parecía especialmente disgustada por la continuada ausencia de su madre.

Janet empezó a viajar a Londres más o menos una vez al mes, para llevar sus nuevas creaciones a las galerías de arte o para asistir a algún evento, o simplemente para ver a algunos amigos. Una vez, le ofrecieron la oportunidad de exponer y se pasó cinco semanas viajando por el sur del país sin volver a casa ni un solo día, siempre

dando una excusa u otra para que no fuéramos a visitarla.

Empecé a sentir miedo al pensar que quizá se marchase un día y se llevase a nuestra hija con ella. No podía dormir por las noches por miedo a despertarme y ver que se habían ido.

—Podemos irnos todos a Londres. Puedo buscar trabajo. Si eso es lo que quieres, si eso te hace feliz…

—Oh, Jamie. Londres no te gustaría nada. Lo sabes de sobra.

—Sí, pero si tú quieres estar allí…

—Déjalo, Jamie —me espetó—. Ni siquiera me apetece seguir hablando de este asunto, eso ni me lo planteo.

Sabía lo que significaban aquellas palabras. No me quería junto a ella.

★ ★ ★

Y se marchó, como me temía. Pero dejó a Maisie. Se llevó algo de ropa, sus pinturas y su gato. Se llevó al gato y dejó a su hija de dieciocho meses.

Me sentí aliviado y al mismo tiempo destrozado, horrorizado.

Ese día tomé una decisión: mi familia sería de dos, Maisie y yo. No necesitábamos a nadie más. Naturalmente, estaba mi madre, y mi hermana, y nuestros amigos del pueblo, pero mi hija y yo formábamos una pequeña familia y no dejaríamos que nadie más llegara y nos hiciera daño.

Al principio, Maisie no dejaba de preguntar por su madre una y otra vez. Más tarde, poco a poco, el recuerdo de Janet se desvaneció de su mente y poco a poco dejó de preguntar por ella. Hasta que no volvió a preguntar más. No le di explicación alguna. Quizá fuese un cobarde, no lo sé, pero ¿qué podía decirle? «Tu madre te ha dejado porque era muy infeliz aquí, quería vivir en Londres y ser pintora y, sí, ya sé que podría haber sido pintora aquí o habernos llevado con ella a Londres o, por lo menos, haberte llevado a ti con ella —algo que me hubiera destrozado—, pero no lo hizo. ¿Por qué? Pues porque no me quería con ella, y tampoco a ti.

He decidido que, si Maisie me pregunta alguna vez, ya encontraré alguna excusa para lo que su madre hizo. No para proteger a Janet, sino para protegerla a ella.

Lo curioso del asunto es que, gracias al egoísmo y la crueldad de Janet al dejar atrás a Maisie, yo me pude quedar con ella y, aunque resulte un tanto extraño, le estoy agradecido.

Ahora somos dos, solo dos. Desde que mi madre murió de repente hace tres años, nos sentimos incluso más cerca el uno del otro. Ella es mi vida.

Pero cuando Maisie está en la cama y el fuego se está apagando, me

siento a contemplar las ascuas con una copa de *whisky* y me invade un frío interior, una soledad, que me cala hasta los huesos. Me siento como si la vida siguiera y yo me hubiera retirado, como si estuviera aparte, rechazando todo lo que me parece peligroso, como si solo un tonto quisiera arriesgarse.

Estoy helado por dentro y trato de seguir así. Es más seguro y tengo una hija de la que ocuparme. Nadie volverá a rompernos el corazón.

Capítulo 3

MADRE E HIJO

Elizabeth

Llevo muerta ahora hace tres años, para que nos entendamos.

El tiempo transcurre de una manera muy distinta cuando una está muerta, y la eternidad se concentra en un segundo, pasando los días y las noches en una penumbra eterna.

La verdad es que fue una pena tener que partir y dejar atrás a Shona y Jamie.

Tenía sesenta y cinco años, no era tan vieja en realidad, aunque ya tampoco era joven.

Tuve una vida feliz, hice lo que quería hacer, pero me duele mucho, muchísimo, haber dejado a mis hijos solos en el mundo para que se defiendan por sí mismos.

Sí, lo sé, son adultos, pero ¿acaso los hijos llegan a ser adultos alguna vez para una madre? ¿Estamos las madres preparadas para dejarlos en algún momento? Buena parte de nuestro mundo se define por la vida de nuestros padres mientras viven, pero entre ellos y nosotros se levanta una barrera cuando mueren. Cuando los padres se van, se acabó la protección. Nos sentimos abandonados a nuestra suerte, expuestos.

Y Maisie. No quería dejar a Maisie, pobrecita, sin su madre. Bueno, en realidad, tiene madre, aunque no se ocupe de ella. A decir verdad, ni se preocupa.

Supongo que debería odiarla, pero no es así. Resulta difícil tener ese tipo de sentimientos, no obstante, cuando estás muerta y te sientes en paz y, por fin, segura.

Pero, para ser sincera, tampoco la odié cuando vivía. Me sentí increíblemente aliviada cuando se marchó sin llevarse a mi nieta. Me pasaba las noches en vela, temiendo que se la llevara. Y no nos habríamos podido negar; era su hija y estaba claro que Janet no era feliz aquí, con Jamie.

Pero ¿cómo habría podido mudarse él a Londres? Hubiera sido lo mismo que tratar de llevarse uno de los árboles del pueblo, esos preciosos pinos de montaña que crecen en los alrededores, y replantarlo en algún jardín urbano. Jamie hubiera sido muy desgraciado. Pero, aun así, se hubiera ido. Ella le ahorró esa difícil

decisión; se marchó y nos dejó a Maisie. Después de todo, nunca había estado interesada en ella, jamás, desde el día en que esa pequeña vida empezó a crecer en su interior.

Quizá debiera decir que es una especie de monstruo, que resulta antinatural que no tenga instinto materno. Pero la vida me ha enseñado a ser compasiva. ¿Quién ha dicho que todas las mujeres tienen que ser madres? ¿Quién ha dicho que todas las mujeres saben cómo ser madre o quieren serlo? Tan solo una noche, eso es lo que le costó a Janet, y recuerdo cómo se siente una cuando es joven e insensata y de pronto la vida fluye a través de ti con tanta fuerza que tienes que vivirlo, vivirlo profunda y completamente. Una noche de amor a primera vista, *whisky,* la belleza de las Tierras Altas rodeándola, y su vida cambió por completo.

¿Quiénes somos para decretar que tenía que ser feliz, que la maternidad tenía que ser para ella lo que el agua para un pato, de la misma manera que yo hice con mis hijos y Shona con los suyos? La gente la señalaba con el dedo y la despreciaba, como si no supieran cuántas mujeres lo fingen. Fingen ser felices, simulan que esta vida les gusta, la de ser esposas y madres, porque eso es lo que se espera de ellas.

Ceden y se quiebran con el fin de amoldarse al legado que les han dejado sus madres. Un legado de tristeza que pasa de madres a hijas, una vida de autonegación.

Janet fue incapaz. Es una artista. Igual que se diría «un ser humano» o «una mujer»; esas son las cualidades básicas que la definen en esencia. También podría decirse de Janet que es «una artista».

Hace tiempo conocí a alguien como ella. Un muchacho con el que iba al colegio, que no pensaba en nada más que tocar el violín. Su padre también tocaba, su madre era una cantante preciosa, y todos amaban la música. Pero para él era distinto. Él estaba consumido por la música. No dudo que, si le hubieran quitado su violín, se habría marchitado y habría muerto. Creció para ser un músico y compositor famoso y ahora vive en Glasgow. Tiene tres hijos.

Porque, claro, podía pasarse diez horas al día tocando el violín y viajando por el mundo, y viviendo la música con tanta profundidad como quisiera, mientras que su mujer se ocupaba de la familia. Él ha podido tener ambas cosas, porque es un hombre. Pero una mujer artista, si quiere hijos, tiene que dejarlo todo, no puede dedicarle todo el tiempo al arte, tiene que dejarlo de lado para ocuparse de lo más importante, de sus hijos. Algunas están deseando hacerlo; otras, como Janet, no.

No tengo ni idea de lo que se siente en una situación así, cuando te ves forzada a dejar algo que te apasiona, lo que le da sentido a tu vida. Solo puedo imaginar que es algo así como la muerte del alma. Vi

cómo le sucedía a Janet. ¿Cómo voy a juzgarla? La única pasión que he tenido en mi vida ha sido mi familia, James y los niños, y mi casa, ese pequeño rincón conocido del mundo, y su belleza. No sé lo que es tener que abandonar mi alma.

Desde que fallecí, estoy en casa. Soy el lago y el pez plateado que nada en él. Soy el viento y las hojas y las montañas. Soy las partículas de polvo que se ven entre los rayos de sol, colándose por las ventanas del taller de mi hijo. Soy la luna que se refleja en una piscina de luz plateada en el suelo de la habitación de Maisie, mientras duerme. Soy el viento que acaricia la cara de Shona y de sus hijas, siempre que vienen a casa.

Cuando morimos, podemos elegir ir y renacer o, si todavía nos quedan cosas que hacer, cosas que ver, podemos quedarnos, aunque no para siempre.

Al principio, no quería irme. Pero ahora he cambiado de opinión. Me siento desaparecer, siento que navego a la deriva cada vez más, un día tras otro, voy perdiendo la consciencia y progresivamente estoy dejando de ser la que era. Si no me fuera, desaparecería. Es doloroso adaptarme a esta nueva vida, porque debo olvidarlos a todos. A James y a mis hijos y nietos, y a todos mis amigos, y todo lo que sabía de la vida. Debo partir.

Lo que en realidad me mantiene aquí es Jamie.

Está perdido. Cuando le miro me asusto, incluso a pesar de que estoy muerta y en paz. Supongo que ni siquiera la eternidad puede frenar a una madre y hacer que no se preocupe. Temo que siga así, congelándose hasta que sea demasiado tarde y ya no pueda volver. Maisie le mantiene funcionando, pero no mucho más. Habla con la gente, pero en realidad no dice nada. Sonríe y pasa los días y los acaba con una copa en la mano, y otra, y otra. Parece deshelarse un poco cuando está con la niña, pero ella crecerá y creará algún día su propia familia, y Jamie será uno de esos hombres a los que se ve en los bares de por aquí, con una copa de *whisky* en la mano, sin querer irse a casa, a una casa fría y que está vacía.

Se ha cerrado al mundo.

Mi querido hijo, que tiene tanto que dar. Estoy decidida a no irme hasta que le haya ayudado.

★ ★ ★

Una noche estaba sentada en las rocas, escuchando el sonido de las olas que llegan a la orilla, cuando algo me sobresaltó. Una oleada de tristeza me inundó, como un escalofrío, desde la frente hasta la espalda. Era como si hubiera estado mirando al mar y de repente viese una señal de aviso, cortando el cielo en un arco ardiente.

Como fantasma, hay millones de almas flotando en la mía, millones de voces susurrándome sus pensamientos, sus recuerdos. Pero esa voz pertenecía a alguien a quien conocía.

Era de Eilidh, la nieta de mi amiga de la infancia Flora McCrimmon, que lloraba de pena mientras dormía. Pero no me llamaba a mí, si no a Flora.

Flora no podía oírla: se había ido al mar de las almas, así que ya no es Flora. Pero yo sí, e iba a escucharla.

Cerré los ojos y la llamé.

La llamé y la llamé, imaginándome a la niña que Eilidh fue un día, la dulce chiquilla de ojos pensativos, tan distinta de su hermana Katrina, la descarada. La amable Eilidh…

De camino a casa vestida de uniforme azul…

Bailando en las fiestas del pueblo, con su cabello castaño al viento…

Eilidh bailando…

Eilidh ayudando en la tienda de Flora, con su delantalito de color granate…

Sentada en la pared de piedra, en un extremo del parque de juegos, soñando…

Sentada en nuestra cocina, charlando conmigo mientras horneaba pasteles y Jamie regresaba de pescar, y cuando ambos intercambiaban tímidamente algunas palabras, de la manera en que lo hacen los niños cuando son casi adolescentes y ya no se ven el uno al otro como antes.

Los recuerdos de Eilidh me vinieron de nuevo a la memoria mientras la llamaba, tratando de meterme en sus sueños. Hasta que al fin di con su consciencia entre el millón de mentes que flotaban en la mía y me introduje en ella.

Retrocedí. Tanto dolor y tanta tristeza me rompieron el corazón en pedacitos.

—Ven a casa, Eilidh, ven a casa, pequeña… Ven a Glen Avich… —repetí una y otra vez.

No estoy muy segura de que me oyese. Espero que lo hiciera, porque le hace falta volver a casa.

Y quizá, solo quizá, sea ella la respuesta a mis plegarias.

La verdad es que cuando estaba viva no era precisamente una casamentera, nunca interferí en los asuntos de los demás, siempre fui reservada, demasiado tranquila para eso. Flora y Peggy, a diferencia de las demás mujeres de mi generación, nacieron casamenteras.

De todos modos, ahora estoy aquí, intentando ayudar a mi hijo. La vida nos da sorpresas. Y por lo que veo, la muerte también puede resultar muy sorprendente.

Capítulo 4

VIVIR CUANDO YA NO QUEDA ESPERANZA

Eilidh

A la mañana siguiente, me levanté en una casa en silencio, como la muda y lechosa luz del otoño que se filtraba por las cortinas.

Durante unos segundos, pocos, no supe dónde estaba. Miré al techo bajo y luego a mi alrededor. El armario ropero de madera, el tocador pasado de moda, los cuadros de paisajes y las acuarelas de casas de campo que colgaban de las pareces y, finalmente, la alfombra estampada.

Era la casa de mi abuela y de mi tía, que seguía igual desde que yo era una niña.

Esperé por la habitual punzada de angustia y tristeza, la que me atacaba cada vez que abría los ojos, después de haber dormido bien, desde que perdí a mi bebé.

Llegó, pero de alguna manera me resultó menos cortante, menos cruel. Como si algo, o alguien, se hubiera interpuesto entre el terrible dolor que sentía y mi persona. Como si ese dolor estuviera siendo atenuado, suavizado.

Cuando se es niña, no existe dolor tan duro que aquellos a los que quieres, los que te cuidan, no puedan aliviar. Incluso el peor de los días mejora cuando alguien te dice ¡a comer!, te trae una taza de leche caliente y una galleta y se sienta junto a ti al borde de la cama y te lee un cuento. Miras esa cara tan familiar para ti, respiras ese olor conocido, escuchas su voz, una voz que has oído desde que tienes memoria y, sencillamente, algo dentro de ti se desenreda. Para algunos de nosotros, quien hacía esto era nuestra madre. En mi caso, fue mi abuela.

Y ese confort y esa paz, esa sensación de seguridad, esa ilusión de que ellos siempre estarán contigo… es lo que volví a sentir desde el primer momento en que puse el pie en la casa.

Tuve la sensación de que Flora todavía estaba allí.

Y naturalmente estaba Peggy, mi querida tía, que se había quedado viuda hacía pocos años, poco después del fallecimiento de Flora. Las hijas de Peggy viven en Canadá y en pocos meses, perdió a su marido y a su hermana y se quedó sola. Resulta extraño, pero nunca antes me había planteado lo sola que debió de sentirse: de hecho, todo sucedió

cuando yo estaba metida en los tratamientos de inseminación artificial, y tras unos años de intentarlo y esforzarme por quedar embarazada. Estaba tan destrozada que solo era capaz de darme cuenta de mis problemas, de mi lucha, y no me quedaban ni tiempo ni energías para nadie más.

¡Debía de estar tan ciega!, cegada por la intensidad de mi deseo, por la frustración sin fin de no verlo nunca satisfecho.

Miré al despertador que tenía en la mesita de noche, junto a la taza de té que no me había tomado y a la galleta de barquillo que Peggy me había dejado la noche anterior. La galleta me hizo reír: a Flora le gustaban tanto los barquillos que siempre me ponía uno en la fiambrera y los hacía cada vez que tenía visita. Barquillos, galletas de crema y pastas de té eran sus clásicos.

Parpadeé al ver la hora. Y una vez más. No podía creérmelo. Las nueve y media.

Había dormido doce horas. Seguidas. Sin Diazepam ni ninguna otra de esas pastillas para la ansiedad y la depresión que me habían recetado y que no me estaban ayudando nada. Las había metido todas en una bolsa de plástico, que luego anudé y tiré a la basura antes de partir, tras lo cual cerré la tapa del cubo de golpe. Después de todo, ¿qué bien podía hacerme estar adormecida, medio atontada, comportándome como si no hubiera tormenta en lugar de enfrentarla?

De todos modos, esos problemas ya se han acabado para mí. No me queda esperanza.

Cuando dejas de lado la esperanza, ya no te queda nada.

Y entonces tienes que tomar una decisión.

Acabar con todo.

O seguir, de alguna manera. Tratas una y otra vez de llenar ese vacío con otra cosa y, mediante el método de prueba y error y la obstinación más absoluta, tarde o temprano consigues encontrar el camino que te lleva lejos de la oscuridad.

Lo que ahora sé es que la esperanza no es eterna, pero que hay vida después de la esperanza.

★ ★ ★

Esa mañana, primero iba a encarar el vacío y a ver qué hacer después. No estaba asustada. Después de todo, las cosas no podían ir peor. Ni hijos, ni casa, ni marido, ni trabajo, ni casi tampoco dinero… Tenía que seguir.

Me levanté para abrir las cortinas y la vista que descubrí desde la ventana me dejó sin respiración. Un cielo gris, espectacular; las nubes a la deriva, galopando como caballos salvajes; las colinas entre la niebla, marrones y anaranjadas, y de gris oscuro, suaves y

aterciopeladas y húmedas; los bosques de pinos, invadidos por la quietud, el silencio y la solemnidad.

Abrí la ventana y dejé que el aire frío me abrazara, cargado con esa mezcla de tierra mojada y hojas que se descomponen en el suelo y que conforma la esencia del otoño.

Para mí, el otoño huele a sueño. Era la estación perfecta porque todo lo que conocía había desaparecido y había muerto, igual que las hojas. Era un tiempo bueno para el duelo mientras se está a la espera de que llegue la primavera y, con ella, la vida regrese.

Tiritaba, así que me puse la bata. La casa estaba helada. Hay calefacción central, pero resulta muy cara. Es la estufa de la cocina la que aporta la mayor parte del calor, además de la chimenea del salón.

Bajé al piso inferior y me encontré con que Peggy no estaba allí. Sobre la mesa había dispuesto una bandeja con una tetera, una taza, unas rebanadas de pan, un plato con mantequilla, un tarro de mermelada de moras de la que ella misma hacía y una nota: «Estoy en la tienda. Sírvete tu misma para desayunar y ve deshaciendo las maletas, luego puedes venirte y, si quieres, charlamos un rato».

Después de tomarme una taza de té y dos tostadas con mermelada, la modorra tras mi largo sueño persistía. Me di una ducha rápida y refrescante, me sequé el pelo y me puse unos *jeans,* un jersey y unas zapatillas deportivas.

Antes de ir a la tienda para ver a Peggy, debía hacer una cosa.

Levanté el auricular del teléfono, pensando mientras en una excusa que dar a Peggy por usarlo sin su permiso, y marqué el número de casa de mis padres. Mi madre descolgó de inmediato. Sentí una punzada de culpa al pensar que Tom ya les habría hablado de mi desaparición la noche antes y que ella debía de haberse preocupado mucho.

—¡Eilidh! ¿Eres tú?

—Hola, mamá. Estoy en Glen Avich con la tía Peggy. Estoy bien. He dejado a Tom.

—Lo sé, me lo ha dicho. Le pregunté por qué pero no me contestó. Creo que puedo imaginarlo, su silencio le acusaba. Estamos muy enfadados. Mi pobrecita niña… —El acento escocés de mi madre y sus dichos siempre volvían a ella cuando se enfadaba o la situación la superaba—. ¿De veras estás bien? ¿Quieres que vayamos a buscarte? O, si no, ¿podemos por lo menos ir a verte?

—Por favor, no lo hagáis. Necesito estar sola. Necesito tiempo para pensar.

Siguió un silencio muy corto.

—No pensarás hacer ninguna tontería ¿verdad? —me preguntó en voz baja.

Pobre mamá, debía de estar haciéndole pasar un mal trago.

—Claro que no. Ni hablar. —Y se lo dije en serio. No puedo negar que tres semanas después del aborto no hubiera pensado en que acabar con todo hubiera sido preferible a soportar aquel dolor, pero luego recuperé la cordura. Probablemente, fue mi testarudez habitual. No iba a abandonar.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero llámame… Si necesitas algo…

—Gracias. —Se me empezaron a saltar las lágrimas—. Muchas gracias.

—Da un abrazo a Peggy de mi parte. Oh, Eilidh, no podíamos dormir. Me alegro tanto de que por fin estés en casa.

En casa. Sonreí para mis adentros. Escocia es una tierra que no puedes dejar de llevar en el corazón. Mi madre había pasado los últimos treinta y cinco años en Inglaterra, aparte de la corta temporada en que se separó de mi padre, pero todavía consideraba que Escocia era su casa. Colgué el teléfono e inspiré profundamente, secándome las lágrimas.

Me puse el chaquetón y una bufanda y salí. Me encaminé hacia la tienda que Flora y Peggy habían llevado juntas desde jóvenes. Es una tienda de esas en las que se vende un poco de todo: alimentación, periódicos, juguetes, artículos de acampada y senderismo y *souvenirs* para turistas. Incluso puede encontrarse ropa de bebé, tejida a mano en el pueblo por las hermanas Boyle, que ahora tienen ya cerca de ochenta años.

La tienda se ha ido resintiendo cada vez más por el hecho de que, progresivamente, son más las personas que conducen sus propios vehículos y se van al pequeño supermercado de Kinnear, y más aún desde que abrió el enorme Tesco de las afueras de Aberdeen, que queda a cuarenta y cinco minutos. Sin embargo, todavía es negocio. No se trata solo de un sitio donde comprar, sino también un lugar donde ir y enterarse de las vidas de los demás. A Flora y Peggy les encantaba decir tonterías y la gente sabía que siempre estaban ahí para darte conversación, y más cuando se trataba de hablar de la vida de los jóvenes, algo que les gustaba mucho. Como las dos estaban felizmente casadas, adoraban eso de hacer de casamenteras, y desde luego estoy segura de que desempeñaron un papel fundamental en más de uno de los matrimonios que se formaron en la pequeña comunidad de Glen Avich.

A ninguna de las dos les gustó Tom. Eran demasiado consideradas como para decírmelo a la cara, pero yo lo sabía. Supongo que tenían razón.

Caminé calle abajo y crucé el minúsculo parque en el que tantas veces había jugado cuando era niña. Luego doblé la esquina para dirigirme a la calle principal, pasada la droguería, pasada la iglesia, pasada la pequeña peluquería y en dirección a la tienda.

Me detuve en el escaparate. Me pareció precioso, limpio y bien cuidado.

Peggy tenía ahora cerca de setenta años pero seguía trabajando muy duro.

—Oh, hola Eilidh, ¿qué tal has dormido? —Su cara se iluminó cuando me vio. Iba muy limpia, como siempre, con una blusa de color azul celeste, una rebeca azul marino y una falda marrón de lana. Tenía el pelo gris oscuro y lo llevaba corto y bien peinado; sus ojos, de un azul brillante, luminoso y claro, eran como los de Flora, como los míos.

—Muy bien, gracias. Gracias por dejar que me quedase. Y por el desayuno. He llamado a mamá, espero que no te importe.

—Pues claro que no. ¿Cómo está?

Nos estábamos andando por las ramas. Era como una especie de baile de presentación antes de que me pusiera a darle una explicación sobre mi aparición en su casa, sola y destrozada.

—Está bien. Preocupada por mí. Pero se ha puesto muy contenta cuando le he dicho que estaba aquí contigo.

—¿Acaso no lo sabía, mi niña? ¿Es que no le dijiste que venías?

Mi niña. Echaba de menos que me lo dijeran. De nuevo, casi me pongo a llorar. Oh, no, ahí van de nuevo esas lágrimas. En los últimos tres meses no había hecho otra cosa que llorar.

—Oh, Eilidh, vamos, vamos querida, ven conmigo…

Me llevó detrás del mostrador y a través de un minúsculo almacén hasta la trastienda, que se utilizaba como cocina.

Estaba tal y como yo la recordaba: era un espacio cálido y acogedor, con la cocina de gas, una mesa y unas sillas, y la estufa en un rincón. Aquí, Peggy y Flora comían y se tomaban unas tazas de té interminables. También empleaban la cocina como una especie de centro de asesoramiento informal, pues cualquiera que tuviera necesidad de charlar un rato podía venir aquí, donde le ofrecían un té y simpatía.

Si esas paredes pudieran hablar…

—Siéntate ahí, ahí. Deja que ponga a hervir el agua. Llora cuanto quieras, luego te sentirás mejor.

Tras un montón de lágrimas y una taza de té, estaba lista para contarle a Peggy todo lo que me había pasado. Algunas de las cosas que iba a oír ya las sabía, mi madre le había ido contando detalles sueltos aquí y allá a lo largo de los años. Ella seguramente había sospechado que había algo que no funcionaba en absoluto, puesto que cada vez que yo venía por aquí, incluida la ocasión en que asistí al funeral de Flora, estaba algo más delgada y era un poco más desgraciada.

Le conté que había perdido a mi bebé. Y que Tom tenía una novia,

o amante, como quisiera llamarla. Le conté que ya no me quedaba nada en Southport, que me hacía falta empezar de nuevo.

Ella ya sabía que la relación con mis padres y mi hermana era un poco tensa.

—Pobrecita, mi pobre niña. Vaya una cruz. Puedes quedarte conmigo tanto tiempo como te haga falta, tanto como quieras.

—Gracias. Pero no quiero ser un estorbo. Quiero pagar un alquiler, es decir, quiero ayudarte. Durante las pocas semanas que me quede aquí. Tengo algunos ahorros…

—No digas tonterías, mi niña, tengo suficiente como para mantenernos las dos.

—Pero Peggy, habrá facturas adicionales y comida que comprar. No puedo dejar que me mantengas. Ya sé que solo será durante unas pocas semanas, pero…

—Es muy considerado por tu parte, Eilidh. Siempre has sido así. Pero, de verdad, no hay problema.

—Tan pronto como me encuentre mejor buscaré trabajo y… —La miré—. Ahora me parece todo tan complicado.

—No pienses en eso de momento. Estás agotada y no puedes pensar con claridad. Quédate aquí todo el tiempo que quieras y descansa. Lo primero es recuperarse.

—Puedo ayudar. En la tienda, quiero decir. Puedo cuidar de la casa y ayudarte aquí también.

—En realidad, me vendría muy bien, te lo agradezco. No me lo puedo creer, Eilidh, ¡es una señal! Pocos días antes que tú vino por aquí Mary Jamieson, ¿la recuerdas? Se ha ido a Nueva Zelanda para visitar a su hermana. Me ayudaba aquí en la tienda, verás, es que ya soy demasiado vieja, y con las entregas y todo lo demás, es demasiado trabajo para mí.

Resulta que compró un boleto de lotería de esos de rascar y ganar y le tocó, uno de esos que nosotros vendemos… y bien, no había visto a su hermana hacía años, así que ¡se fue de aquí como un relámpago! No he conseguido encontrar a nadie más, quizá porque era verano, pero ahora… su sobrino Paul se iba a tomar un año sabático antes de ir a la universidad en Glasgow y resulta que ha encontrado un trabajo en una fábrica. Y entonces, llegaste tú. —Sonrió—. ¡Menudo golpe de suerte!

—Pues claro que te ayudaré. Es estupendo, gracias.

Menuda coincidencia. Alguien estaba cuidando de mí. Había conseguido un sitio donde quedarme, al menos durante un tiempo, y un trabajo temporal. Todo lo que tenía que hacer era encontrar el deseo de volver a vivir.

Una cosa es cierta. Lo que me espera de ahora en adelante es una vida sin bebés, cosa que me destroza el corazón, y desde luego una

vida sin un hombre que me haga daño y me decepcione.

Ahora estoy yo sola. Nadie, nunca más, podrá romperme otra vez el corazón.

Capítulo 5

UNA FAMILIA DE DOS

Jamie

Así es nuestra vida ahora. Maisie y yo. Es como un equilibrio. Trabajo muchas horas, pero consigo que me queden las suficientes para estar con ella todo lo que puedo. Cada mañana, la llevo al colegio; cada noche voy a recogerla a casa de Mary, una prima mía que no tiene hijos y la mima mucho. Maisie solía ir a casa de mi madre al salir del colegio, pero desde que murió, Mary me ha ayudado lo indecible.

Mi hija solo tenía dos años cuando murió mi madre. Todo el mundo me echó una mano, Shona se quedó durante unas semanas conmigo y yo pedí la excedencia durante tres meses: sencillamente, no podía soportar que me apartaran de Maisie después de todo lo que había sucedido y sumido como estaba en la confusión. A pesar de la tristeza que sentía en aquella época, todavía sonrío cuando recuerdo como algunas mujeres, aunque con buenas intenciones, aparecían por casa pensando que lo que iban a encontrarse era un caos y, en lugar de eso, se topaban con un lugar limpio, ordenado, una niña bien vestida y que jugaba por ahí y la cena lista en el horno. Me pareció que se lo debía, y también a mi madre. Tenía que mantener la casa bien.

No me hacían falta los platos que nos traían ni que hicieran el trabajo de casa por mí; lo que, en cambio, sí necesitaba, era que me hicieran compañía. Esas primeras semanas me resultaron muy duras: Maisie y yo estábamos solos, pues Shona había regresado a Aberdeen. Me hizo tanto bien, me consoló tanto que la gente viniera a pasar la tarde conmigo, que me hicieran compañía mientras veía la televisión o charlaran conmigo junto al fuego. Cuando se iban, estaba tan cansado después de atender a Maisie durante el día —solía despertarse a las cinco de la mañana y se pasaba el día de aquí para allá llena de energía— que me iba directo a la cama.

Así sobreviví a la pena y la soledad hasta que el dolor desapareció y fui capaz de vislumbrar una nueva vida, una vida sin mi madre, pero aun así, una vida.

Maisie empezó a pasar los días en casa de Mary mientras yo estaba trabajando. Cuando cumplió los tres años, aquel mes de octubre, empezó a ir a la guardería del pueblo durante cuatro horas al día, dese las doce y media a las tres y media. Mary solía ir a buscarla y se la

llevaba a casa y yo pasaba a recogerla más tarde, aunque a veces yo salía del taller a tiempo para ir a buscarla. Me encantaba caminar con su manita en la mía, su cabecita subiendo y bajando mientras iba dando saltos tan contenta, su larga melena rubia recogida en una cola de caballo, su impermeable rosa con flores, una prenda que le había comprado su tía. Se lo ajustaba, le ponía las zapatillas de playa y la ayudaba a escribir su nombre. Salía corriendo hacia donde estaban sus amigos, sin pensar en nada, tan feliz, tan llena de vida. Era una niña a la que quería todo el mundo. Y cuando tenía tiempo de ir a buscarla yo, corría hacia mí y me abrazaba las piernas, y yo la levantaba en el aire, la miraba a la cara y no veía a Janet, a pesar de su parecido, sino solo a Maisie, mi hija, mi familia.

Ahora está en el colegio, Glen Avich Primaria. La llevo por las mañanas y miro desde la puerta de la verja cómo corre hacia dentro con su pequeño uniforme: un pichi gris, una rebeca azul marino, calcetines del mismo color y zapatos negros con unas florecillas a un lado. Shona y sus hijas, que ahora tienen diez, ocho y seis años, se la llevaban de compras antes de que empezara el colegio. Yo iba con ellas, aunque no hacía gran cosa en realidad, tan solo sentarme en los probadores rodeado de bolsas de compra, mirando sin mucho interés a mi alrededor; vaya, lo que los hombres suelen hacer cuando los meten en una tienda de ropa. Mis sobrinas parecen estar en el grupo de gente informada, gracias a Dios, porque de otro modo yo no podría demostrar que las cosas son así. Fuimos a Marks & Spencer, Next, Debenhams y todos esos sitios que, francamente, hacen que pierda las ganas de vivir pero que ellas disfrutan de una manera increíble. Echaron a perder a Maisie. Vestidos, leotardos y camisetas, y unas manoletinas de color negro con flores rosas, que a ella le encantan, de las que no se desprende nunca, además de un par de botas de agua de color rosa. Un abrigo de paño de lana azul marino y una bufanda, un gorro y unas manoplas, que yo elegí —todo rosa, eso sí—. Y un montón de complementos: un surtido de horquillas y cintas para el pelo. A ella le hace falta retirarse el pelo de la cara en el colegio, porque sino le cae encima del cuaderno, según me dijo Kirsty, una veterana, una de las mayores —pues va al segundo curso de primaria —. Yo invitaba a todo el mundo a almorzar y Shona y yo mirábamos a las niñas reír y charlar, como si fueran cuatro cotorras.

Cuando nos separamos en la estación de tren, era incapaz de decir lo agradecido que me sentía. Abracé a mis sobrinas con fuerza y luego a Shona, y la miré a la cara. Quería decirle, «Gracias», pero no me salió. Bien, no con palabras; pero sí con los ojos, ella pudo leerlo.

Las madres del pueblo todavía me miran como lo hizo Shona aquel día. A esa mirada, Shona la llama, «la mirada del ¡ay Dios!». Parecen pensar que resulta de lo más adorable ver a un padre solo que cuida

de su hija. No es más que mi vida, de verdad. Lo cierto es que no me importa mucho ser «adorable». Lo único que quiero es que Maisie esté contenta y se sienta segura y querida. A pesar de que su madre se fuera y, luego, su abuela, quiero que sienta que el mundo es un lugar seguro, que el suelo que pisamos es firme y no puede moverse ni sacudirse bajo nuestros pies de manera que nos caigamos y no podamos volver a levantarnos. Ya tendrá tiempo de sobra para darse cuenta de eso cuando se haga mayor.

De momento, quiero que sepa que sea lo que sea lo que ocurra, nuestra casa siempre será un lugar seguro, cálido y hermoso, que siempre la arroparé por las noches y la despertaré por las mañanas, que en todo momento será querida y amada. Que ella es lo mejor que me ha pasado en la vida.

★ ★ ★

Casi nunca pienso en Janet pero, cuando lo hago, me doy cuenta de que, en cierto modo, la echo de menos. Raro, ¿verdad? Está claro que no quería quedarse conmigo, que de no haberse quedado embarazada, jamás hubiera vuelto al pueblo. Cuando estaba aquí, era muy desgraciada. Y entonces desapareció. Aun así, la hecho de menos porque es la única mujer a la que he amado.

Unos meses después de que se fuera, me llamó. Sentí que me temblaban las piernas, creía que llamaba para decir que quería a Maisie. Pero no. Me dijo que no pretendía explicarse ni justificarse. Dijo que no podía ser madre, que no era de ese tipo de mujer. Tan solo quería dejarme el número de una cuenta bancaria donde ella enviaría regularmente un dinero para Maisie. Me dijo que, si necesitaba cualquier cosa, podía sacarlo.

Fue duro —muy, muy duro— tener que contenerme para no gritarle. Sabía que si me ponía a hacerlo, no me detendría y le diría cosas horribles, cosas que indirectamente acabarían por envenenar a Maisie. Así que me quedé callado.

—¿Tienes lápiz y papel? —preguntó.

—Janet, Maisie no necesita tu dinero. Ya sabes que me gano la vida bastante bien.

—Lo sé. Pero debo hacer algo por ella.

—¿Me estás diciendo que con eso te sentirías mejor?

Pausa.

—Sí.

—De acuerdo entonces. Envíame una carta con los detalles. Ahora tengo que irme.

—Espera.

—¿Qué?

—¿Cómo está?

—Bien. No te preocupes. La estoy cuidando bien.

—Lo sé, sabía que lo harías. De no haber sido así, nunca me hubiera ido. Sé que está mejor contigo…

—Janet, por favor. Deja que me vaya. Quiero colgar el teléfono y seguir con mi vida.

—De acuerdo, Jamie… de acuerdo…

—¿Alguna cosa más? ¿Quieres preguntarme algo más?

—Solo quería preguntarte por tu madre. ¿Cómo está?

—Bien.

Otra pausa.

—¿Me odia?

Podría haber mentido. Podría haber dicho que sí, que la odiaba y que yo, también. Podría haberlo dicho simplemente para hacerle daño.

—No. En realidad, lo comprende, lo creas o no. Todo el pueblo piensa que eres un monstruo, pero ella no.

Se quedó en silencio por unos instantes.

—Gracias. Gracias por cuidar de Maisie. Por no odiarme…

Colgué.

★ ★ ★

Hay alguien. Desde hace algunos meses. Se llama Gail. Tiene veintiséis años, es diez años más joven que yo. Según parece, lleva fijándose en mí desde que era una niña, o por lo menos eso es lo que dice Shona.

De vez en cuando salimos a tomar algo, no muy a menudo, pues a mí me gusta quedarme en casa con Maisie por las noches. Hemos almorzado juntos el domingo un par de veces, pero es algo que intento evitar. Sus padres y su hermano pequeño también vinieron, al igual que Maisie. Era como si… como si hubiera algo, como si estuviéramos saliendo de manera oficial, y eso es algo que no me apetece.

Ya sé que suena fatal, como si la estuviera arrastrando conmigo, pero no quiero. Solo somos amigos en realidad. No quiero nada más. Pero sé que ella, sí.

Después de que la acompañara a casa una noche a la salida del *pub*, me puso los brazos alrededor del cuello y me besó. Mentiría si dijera que no respondí, si afirmara que no me gustó. Soy un hombre. Así que ahora, cada vez que volvemos del *pub*, nos besamos. Ha intentado un par de veces darme a entender que le gustaría quedarse en mi casa. Que se quedaría a pasar la noche. Pero yo no dejo de buscar excusas. No estoy preparado; no podría acostarme con ella. No sin aceptar algún tipo de compromiso y la verdad es que no estoy enamorado de ella. Y eso es mucho mejor, porque cuando estás enamorado de

alguien, la otra persona tiene todo el poder y no tengo intención alguna de que eso vuelva a sucederme.

Sería perfecto, de veras. No estoy enamorado de ella, pero me gusta. Es tan amable con Maisie, tan divertida, tan… poco complicada. Tan distinta de Janet.

Es preciosa en realidad. No es problema suyo, sino mío. Ya sé como suena, pero es cierto. Soy yo. No quiero una relación. No quiero a nadie en mi vida. No quiero dejar que una muchacha de veintiséis años se comprometa con alguien que no la ama porque se merece algo mucho mejor que eso. He intentado decírselo más de una vez, pero no soy hábil con las palabras. No me resulta fácil hablar. Me atranco, las palabras no me salen. Quizá le escriba una carta.

Espero ir a buscarla a la salida de su trabajo en Kinnear; nos iremos a comer algo antes de que la lleve a casa. Probablemente venga aquí el sábado por la tarde para ver qué estamos haciendo y nos llevaremos a Maisie al parque para jugar. El domingo, Shona viene con Fraser y las niñas, así que lo más seguro es que vayamos a buscar a Gail y su familia y nos vayamos a alguna parte.

Oh, Dios. Me veo venir a dónde lleva todo esto.

No puedo hacerlo. No me veo enamorado otra vez. No quiero dar esperanzas a Gail para luego desilusionarla. No quiero que pase el resto de sus días con alguien que no la quiere, es decir, que no la ama como es debido, no como a una hermana o una amiga: simplemente porque conviene, porque nuestras familias se llevan tan bien, porque resulta perfecto para todo el mundo.

No puedo esperar hasta la semana que viene, hablaré con ella el viernes por la noche, cuando vaya a recogerla al trabajo. No puedo escribirle una carta; tengo que decírselo a la cara.

Pero, no obstante, la carta sería más fácil.

Oh, no sé qué hacer.

Me imagino lo que va a suceder. El viernes, ella correrá hacia mí y me rodeará el cuello con los brazos y estará tan feliz de verme. Nos iremos a tomar un café antes de dirigirnos a casa, ella buscará mi mano por debajo de la mesa y me mirará confiada a los ojos. Sacará un paquetito de su bolso, una pequeña pulsera o un cuaderno o un bonito lápiz, algo que tenga de Maisie.

Y yo no tendré valor para decir nada.

Quizá sea mejor para todos.

Tal vez sea lo correcto.

Quizá pueda permitirme sentir un cuerpo caliente junto a mí, dormirme abrazando a alguien, no solo y frío y, con sinceridad, bastante perdido, como me ha sucedido durante los últimos cinco años.

En cinco años no ha habido nadie, ni siquiera una noche loca

después de una borrachera, nada. He estado… como helado.

Pero ¿conseguirá librarme de la soledad?

Gail ha sido la primera mujer a la que he besado durante todo ese tiempo y me resultó muy distinto de cuando lo hacía con Janet. Era como si pudiera separarme de ella después de hacerlo, así, sin más, sin problemas. Como si pudiera darme la vuelta fácilmente y marcharme a casa. No como cuando estás enamorado y necesitas estar con el otro, y cuando te vas es como si te cortaran un brazo o una pierna y lo único en que piensas es en volver a estar con ella de nuevo. Mientras besaba a Gail, de alguna manera, esa sensación de estar perdido, frío y solo no desaparecía realmente.

Está mal y lo sé, pero también sé lo que acabará por pasar si no abandono este camino.

Acabaré dejando que suceda. La próxima vez cuando me diga: «No me apetece irme a casa, quedémonos un poco más», dándome a entender que quiere que regresemos a mi casa, le diré que no y a la siguiente vez, volveré a decirle que no, dándole una excusa tras otra… hasta que una noche, me dé por vencido y me la lleve de la mano a mi casa, al piso de arriba, donde tendremos mucho cuidado de no hacer ruido para no despertar a Maisie. Y a la mañana siguiente, el mundo será distinto, un mundo en el que Gail y Jamie estarán como todos esperan que estén y yo no le diré nunca, jamás, que no estoy enamorado de ella, aunque tampoco la abandonaré porque soy así y así me educaron. Anticuado, lo sé, incluso Janet me lo dijo, que parecía sacado de otra época, perteneciente a otra generación, pero así soy yo.

Si no acabo con esto ahora, no lo haré nunca. Y algo me dice que me siento demasiado solo como para hacerlo.

Capítulo 6

PASA LA VIDA

Elizabeth

La tarjeta rasca y gana fue una idea genial, me digo a mí misma.

Me permitió encontrar la manera de conseguir que Eilidh se quedase y al mismo tiempo hice una buena obra porque Mary no había visto a su hermana en mucho tiempo.

Gasto mucha energía en hacer este tipo de cosas, en intervenir en la vida de los vivos. He estado flotando a su alrededor durante un rato, demasiado agotada como para hacer nada más.

Cuando llegué, me encontré con Jamie y Gail.

Gail, a la que solíamos cuidar cuando su madre trabajaba por las noches en el asilo de Kinnear. Su padre es camionero, así que cada vez que ambos estaban fuera por la noche Gail solía venir a casa y quedarse a dormir. Me daba cuenta, Jamie le gustaba. Pero no era más que una niña que todavía iba a la escuela de primaria cuando Jamie empezó a ir a la universidad en Aberdeen. Nunca pensé en ello y cuando mi hijo se mudó a Glasgow para hacer un máster, solo venía a casa durante las vacaciones y no le prestaba mucha atención. Solía reírse mucho. No decía gran cosa, solo se reía.

Gail está claramente enamorada de él, lo veo. Pero Jamie todavía parece encontrarse muy lejos. Cuando está con ella, es como si pudiera encontrarse fácilmente en cualquier otro sitio y nada cambiaría en su actitud.

El problema para Jamie no es que le falten mujeres interesadas en él, es el hecho de que, desde que Janet se fue, parece incapaz de interesarse por otra mujer. Aparte de Maisie y Shona, se ha encerrado en sí mismo y no deja que nadie se le acerque. Ni siquiera Gail.

Ella está tan loca por él que no se da cuenta. No parece percibir la mirada perdida de sus ojos, ni la manera en que él le da excusas, una tras otra, para no quedar más a menudo. Jamie se está dejando llevar, se está dejando sumergir en esta relación y no sé qué pensar. Una parte de mí tiene la esperanza de que corte con ella y la otra, de que se enamore de ella y se establezca por fin con una joven bonita, de buena familia, que le adora. ¿Qué madre no desearía algo así?

Pero muy dentro de mí, sé que no lo hará. Jamie es muy tranquilo pero, tras esa apariencia se esconde un carácter fuerte y complicado.

Una muchacha como Gail no satisfaría esa parte de él a la larga. Siempre lo he sabido, desde que era un adolescente, que solo se enamoraría de alguien que fuera inusual.

Eilidh era distinta de todas las demás. Era una pequeña reflexiva, pensadora. Era tranquila, independiente, tenía confianza en sí misma. Y entonces, de repente, se dejó llevar por las emociones y su naturaleza pasional salió al exterior y todo el mundo pudo verlo. Sentía las cosas de una manera profunda —una canción, una vista bonita y se le saltaban las lágrimas—. Supongo que puede decirse que todavía llora con mucho sentimiento, como solía comentar su madre de manera un tanto crítica. Eilidh me hacía pensar en alguien que ya había vivido, como si sus emociones vinieran de algún lugar que estaba muy lejos de la niña que era y la edad que tenía. Una vez leyó en el centro social, en una reunión de caridad organizada por su colegio. Era un poema muy bonito de Sorley MacLean, *Hallaig*.

Pude percibir la emoción recorriendo su cuerpo, la intensidad de sus sentimientos. La sala se quedó completamente en silencio y se me saltaron las lágrimas y, al mirar a mi alrededor, me di cuenta de que a muchos les brillaban los ojos.

En la naturaleza de Eilidh no había medias tintas: para ella, las cosas eran blancas o negras, ardientes o heladoras. Entendía bien por qué Flora la adoraba: ambas parecía reservadas por fuera, pero por dentro eran apasionadas, tenían una naturaleza cálida y compartían su amor por los libros, la música y la naturaleza. Todo eso parece haberse saltado una generación: Rhona, la madre de Eilidh, es totalmente distinta. En cierto modo, le falta calidez, sobre todo física. Sé que amaba a su hija, a su manera, pero me daba cuenta de lo difícil que les resultaba a ambas entenderse. A Eilidh le dolía la frialdad de su madre. Katrina era fuerte, alegre, parlanchina y le encantaba ser el centro de atención. Siempre le recordaba a todo el mundo que era más bonita, más simpática y mucho más lista que su hermana. Su madre y ella eran uña y carne: a sus ojos, Katrina siempre lo hacía todo bien, nunca se equivocaba. No quiero que se me malinterprete, no es mala persona ni nada de eso: tan solo es aburrida y el modo en que reprimía constantemente a Eilidh me irritaba muchísimo.

En el caso de Eilidh, había tanta actividad bajo la superficie... Había algo en ella, algo vulnerable, aunque era fuerte… si lo veías no podías mirar para otra parte.

Poco después de que se mudara a Glen Avich, Jamie y ella se hicieron amigos. Él empezó a ir a buscarla después del colegio; hacían los deberes juntos en casa o se iban a la tienda de Flora para sentarse en la trastienda con una bolsa de golosinas que la mujer siempre les regalaba. A esa edad, no resulta fácil para un chico y una chica ser amigos: cuando son más pequeños, nadie piensa en ello, pero cuando

ya tenían once años, todo parecía verse bajo otra perspectiva.

Para Eilidh y Jamie las cosas no llegaron hasta ese punto, porque poco después de que hubieran empezado a ser amigos, para desilusión de todos, Eilidh se fue. Jamie fabricó para ella un regalo de recuerdo, algo que construyó en el taller de su padre: un collar con un colgante que tenía forma de ciervo, el animal que más le gustaba a ella. Fue precioso. Jamie era —y sigue siendo— alguien con mucho talento. Sin embargo, nunca se lo dio. Le pregunté por qué, pero se encogió de hombros como única respuesta. Nunca más he vuelto a ver ese colgante.

Jamie tuvo algunas novias en la universidad pero desde que volvió a casa y se puso al mando del negocio de su padre, no hubo nadie durante mucho tiempo. Tenía muchos amigos y todos disfrutaban de su vida de solteros. Pero entonces, uno tras otros, sus amigos empezaron a casarse, a tener hijos, mientras mi hijo no parecía interesarse por nadie, a pesar de que algunas jóvenes sí lo hacían por él.

Cuando Janet apareció en escena, no me sorprendió: había en ella algo fuerte, poco común y… poético. Lo que no pude ver entonces fue que a pesar de lo perfecta que parecía ser para Jamie, él no era perfecto para ella. Para ella, el asunto se convirtió en poco más que una historia de verano con consecuencias que cambiaron su vida.

Por eso no confío ya en mi juicio. Quizá Gail pueda parecer un puerto tranquilo en este momento, después de la tormenta que supuso Janet.

Pero entonces ¿por qué se le sigue viendo tan solo?

Ahora que Eilidh ha vuelto, podría suceder cualquier cosa. Y más con una ayudita de mi parte.

Parece tan retraída en este momento, como si no quisiera dejar que nadie se le acercase. Está tan delgada y parece tan débil, tiene los ojos perdidos. Cuando la vi frente a la casa de Peggy, temblando de nervios mientras esperaba a que le abrieran la puerta, hubiera querido poder abrazarla, como a una hija a la que hubiera perdido hacía mucho tiempo.

Abrazarla como a la niñita que solía ser.

Casi no puedo creerme que la vida le haya ido así, después de lo mucho que prometía. Sé que nunca se llevó bien con su madre ni con su hermana, y que no tenía mucha relación con su padre, pero ¡parecía tan feliz cuando empezó a salir con Tom! Lo trajo aquí para presentárselo a Flora y Peggy: era un hombre atractivo, bien vestido, y médico. Todo el mundo quedó impresionado, salvo las dos personas a las que había venido a ver: la tía y la abuela de Eilidh. A ellas no les convencía. No se lo dijeron, pero nos conocemos lo suficiente, desde que nuestras madres nos llevaban en cochecito de paseo, así que me dí

cuenta. No estoy muy segura de por qué. Según parece, tenían razón: su relación no funcionó.

Durante su matrimonio, Eilidh no vino casi a Escocia y, cuando lo hizo, fue de manera apresurada y, de algún modo, agotada. Rhona y Simon, por su cuenta o con Katrina y su familia, aparecían por aquí a menudo. Me resultaba extraño porque Eilidh había sido tan feliz en esta tierra, se sentía tan bien, que no entendía por qué quería permanecer lejos de ella. Ahora lo sé. Sencillamente, era demasiado infeliz como para venir y dejar que todo el mundo la viera así. Flora y Peggy me contaron en una ocasión lo de sus fallidas inseminaciones y me hablaron de la profunda tristeza que la embargaba, aunque no me dieron muchos detalles. Me dio mucha pena.

Sin embargo, nunca la he visto así. Todavía es muy bonita, con ese precioso cabello de seda color castaño y esos ojos azules tan claros, pero está ajada y tiene la mirada perdida, como si fuera un fantasma, como yo. El aborto fue lo último.

Ya sé que suena un poco *naïf*, pero creo que, para empezar, más que nada, Eilidh necesita alimentarse bien y dormir mucho. Después de unas pocas semanas comiendo lo que Peggy cocine y durmiendo en silencio, tranquila, sin el ruido del tráfico o las luces de la ciudad que entran por la ventana, se pondrá mejor. Ganará algo de peso y empezará a sonreír de nuevo, esa sonrisa que solía iluminar toda una habitación. Sé que se recuperará. Tengo fe en ella.

Ha llegado el momento en que Eilidh y Jamie se reencuentren.

Capítulo 7

MIS RECUERDOS

Eilidh

Hace poco más de un mes que llegué a Glen Avich. Era casi finales de octubre. Había estado embarazada durante cinco meses. Pero trataba de no pensar en eso.

Al principio, todo era como un eco de cosas del pasado. Allí donde iba me topaba con el fantasma de la niña que fui. Podía verme a mí misma, con trenzas, el uniforme gris y azul marino del colegio, sentada en los columpios del parque, caminando por la calle mayor, haciendo los deberes en la trastienda.

Todavía era esa niña —si le restamos un montón de sueños y le añadimos mucha experiencia y un corazón vacío—. Ahora tengo treinta y cinco años, nada que pueda decir que es mío y todo por luchar.

Desde que regresé, visité a muchísimos parientes, jóvenes y viejos. En un pueblo como Glen Avich todo el mundo está emparentado de alguna manera y cuando vas por la calle, o entras en el *pub,* se preguntan unos a otros en voz baja: «¿De qué familia es?», y entonces se ponen a diseccionar tus antepasados, quiénes fueron tus padres, tus abuelos, y de dónde venían. Si alguno de ellos procede de alguna otra parte, incluso de un pueblo cercano, se especifica, pues eso quiere decir que no eres «realmente» de Glen Avich, no del todo, al menos. Sabía que, durante esas primeras semanas, fuera donde fuese, se hablaría de mis antepasados en voz baja, como quien recita un pasaje de la *Biblia* o alguna saga antigua: «Eilidh, la hija de Rhona, hija de Flora McCrimmon». Sé que esto molestaría a mucha gente, que les haría sentir como si vivieran en una pecera. Pero a mí me gusta, como ya me gustó cuando vine aquí por primera vez con mi madre y mi hermana, porque me hace sentir que pertenezco a este lugar.

Ver de nuevo a la gente a la que conocía resultó ser maravilloso y doloroso a la vez. La parte de dolor se debía a que regresaba con las manos vacías y admitiendo que no había conseguido nada en la vida, o por lo menos era así como me sentía.

Cada conversación, tarde o temprano, acababa siempre con la temida pregunta: «Entonces, ¿cuántos hijos tienes?». Tras lo cual, acompañada de ese sentimiento de que te están apuñalando en el

corazón, llegaba la respuesta que ya había preparado: «Nunca los tuve».

A lo que me contestaban, sintiendo lo embarazoso de la situación: «Todavía queda tiempo» o «En la vida hay otras cosas además de hijos» o «Ya te llegará el momento».

La siguiente pregunta. «¿Cómo está Tom?»

Oh, Dios. De nuevo, no sabía qué responder, mientras quien me había preguntado intentaba decir algo que me ayudase: «Todos los matrimonios tienen sus momentos buenos y sus momentos malos», «Ya se arreglará», «Todavía eres joven» y, la mejor de todas: «¿Quién necesita a los hombres, a ver?»

Y para rematarlo, «¿Qué tal te va el trabajo?». Esa era la última gota que colmaba el vaso.

«Oh. Bien, verás. Después de todo, has vuelto, y eso es lo único que importa ahora.»

Llegado ese momento, ambos contertulios necesitábamos una taza de té.

La verdad era que sentía pena por ellos. Tenía que ser muy duro escuchar una historia tan devastadora, ver el dolor reflejado en mi cara, darse cuenta de cuál era el motivo que lo causaba y aun así intentar mantener la conversación. No pasó mucho tiempo sin que todo el pueblo se enterara de mi lucha por tener hijos, de la única vez que casi conseguí uno, de cómo lo había perdido y había acabado en el hospital descompuesta.

Tarde o temprano, todas las mujeres con las que me había relacionado cuando era una niña acababan por venir a la tienda, algunas por encargos, otras porque de veras querían verme y unas pocas para alimentar con alguna jugosa noticia los rumores que corrían por el pueblo. Alannah se acercó con sus hijos, dos muchachos muy altos de once y trece años. Se había casado joven y se había quedado en casa para cuidar de los niños. Sharon y su hermana melliza Karen, ambas peluqueras en la pequeña peluquería del pueblo, tenían cada una un hijo y vinieron a la vez: al hablar, ambas acababan la frase de la otra. Mary, abogada en Kinnear, era madre de dos niñas, pasó por la tienda de camino al trabajo, bien vestida, con su cabello perfectamente peinado. Se había casado con el muchacho menos popular del colegio, Michael, conocido por intimidar a los que eran menores que él y por mirar por encima del hombro a todo el mundo. Por el modo en que hablaba de él, pude darme cuenta de que su matrimonio no era precisamente feliz. Sylvia, una profesora del colegio de primaria de Glen Avich, vino con su niña, Pamela, que tenía síndrome de Down.

Y Helena, dulce, que hablaba con aquella voz tan suave, mi mejor amiga de la infancia. En el colegio, siempre nos sentábamos juntas.

Ella fue una de las damas de honor en mi boda. Llegó deprisa y corriendo a comprar para un largo viaje por carretera. Iban a Londres para ver a la familia de su marido.

—¡Eilidh! ¡Qué alegría verte! —exclamó, con una amplia sonrisa y los ojos brillantes.

—¡Helena! Estás preciosa —le dije con sinceridad. Tenía un aspecto magnífico: se la veía feliz y tan bonita como siempre, con su cabello rubio oscuro que le caía en ondas y sus ojos oscuros.

—Ven aquí. —Me dio un fuerte abrazo y por el modo en que me sujetaba pude darme cuenta de que había entendido todo lo que me pasaba y de que lo sentía.

—¿Este es Calum? ¿Y Euan? ¡No me lo puedo creer! ¡La última vez que os vi, no levantabais dos palmos del suelo!

—Lo sé. El tiempo vuela, ¿verdad? Tenemos prisa, vamos a estar fuera un par de semanas, pero en cuanto regresemos, nos vemos y charlamos. Me encontré con Margaret en la peluquería y ya me contó algo. Siento muchísimo que lo perdieras.

Asentí con la cabeza.

—¿Y cómo están tus padres? —dijo rápidamente—. ¿Y Katrina?

—Bien, todos están muy bien. ¿Y tus padres, y Gail?

—Lo mismo, todos bien. Por cierto, ¿a que no te imaginas con quién está saliendo Gail?

—No, ¿con quién?

—Jamie. Jamie McAnena. ¿Le recuerdas?

Jamie. Le recordaba muy bien. Habíamos sido muy amigos durante un tiempo, poco antes de que me marchara de aquí. Supongo que cuando éramos niños me gustaba. En los últimos años, cada vez que venía por aquí él parecía estar fuera estudiando u ocupado y nunca tuve la oportunidad de verle.

—Sí, claro, Jamie. ¿Que está saliendo con Gail? Madre mía, pero ¿cuántos años tiene ella ahora? ¡Si no era más que una niña la última vez que la vi!

—Pues ahora tiene veintiséis años. ¿Te lo puedes creer? En cualquier caso, ¿cuánto tiempo te vas a quedar por aquí?

—Todavía no lo sé. Algunas semanas, supongo. Hasta que logre rehacerme.

—¿No hay ninguna posibilidad de que Tom y tú volváis a estar juntos? —me preguntó en voz baja.

Negué con la cabeza y miré hacia otra parte.

—Lo siento. Qué terrible. Siempre has sido fuerte, Eilidh, eras de lejos la más decidida de todos nosotros: tan independiente y tan autosuficiente. Lo superarás.

La miré, sorprendida. ¿Fuerte? ¿Yo? ¿Independiente y autosuficiente? ¿Así era yo? Ya ni siquiera me acuerdo de la última

vez que me sentí fuerte. De todos los recuerdos de mí misma que he tenido desde que regresé, el de la fuerza es el más lejano.

Helena se marchó con la promesa de volver por la tienda tan pronto como regresara.

El mismo día, de camino a casa después de que Peggy hubiera venido a animarme, le vi.

Jamie McAnena.

Me quedé helada. Por fin, pensé, y acto seguido me pregunté de dónde venía este pensamiento, puesto que desde que había vuelto, había estado esperando verlo, con la esperanza de toparme con él.

Estaba en el parque de juegos, junto a una especie de estructura de esas que hay en los parques para que trepen los niños.

En la parte superior de la estructura vi a una niña de unos cinco años, que llevaba un abriguito rosa y una bufanda del mismo color, con su pelo rubio volando al viento. Hacía como que montaba a caballo, o por lo menos era lo que parecía, porque estaba sentada erguida, con las manos sujetando unas riendas imaginarias y los pies arreando al caballo con suavidad. Tenía las mejillas sonrosadas y sonreía. Era tan bonita, tan preciosa, que no pude evitar quedarme mirándola durante un minuto o dos. ¿Quién debía de ser?

Entonces se me ocurrió. Debía de ser una de las hijas de Shona. Ella también era rubia. Tenía tres, según creía recordar. No conocía muy bien a Shona, es algunos años mayor que yo, pero sí recuerdo a su madre, Elizabeth. Era muy amiga de mi abuela y siempre fue muy cariñosa conmigo.

Jamie me vio. Levantó una mano y me saludó. Le devolví el saludo, preguntándome si me habría reconocido, si debía acercarme y decir hola. Me quedé así, helada, sin saber qué hacer ni por qué me daba tanta vergüenza.

Entonces se puso a caminar hacia mí, con una sonrisa, así que crucé la calle y la valla del parque hasta la zona de juegos.

—¡Eilidh!

—¡Jamie! ¿Eres tú?

Nos quedamos el uno frente al otro, sin saber muy bien qué hacer. ¿Un abrazo? No es lo que se acostumbra a hacer en las Tierras Altas. ¿Un beso? Ni hablar. ¿Darnos la mano? Muy europeo, pero aceptable. Es lo que hicimos, un poco avergonzados, entre risas.

—¿Cómo estás? ¿Desde cuándo llevas en Glen Avich?

—Más o menos unas tres semanas. He vuelto. De Inglaterra, quiero decir.

—¿Y qué tal está Tom?

Vaya, otra vez la pregunta.

—Jamie —empecé a decir, para ahorrarnos a ambos tiempo y, sobre todo, lo incómodo de la situación—, Tom y yo nos hemos

separado.

—Lo siento, Eilidh. Lamento oír eso. Mi madre me dijo que tenías problemas… que no podías… —se interrumpió—. Bueno, ya sabes…

—Sí, que no podía tener hijos.

—Lo siento, no he querido ser…

Asentí con la cabeza.

—No, estoy bien, no te preocupes. De verdad. Ya he pasado por esto otras veces desde que regresé. Tarde o temprano la gente seguirá con su vida, se acabará la conmiseración y yo volveré a ser Eilidh de nuevo.

Jamie sonrió.

Su pelo negro, sus ojos entre azules y grises, su piel clara… Aparte de aquella sombra de color cobre de las cinco en punto, tenía el mismo aspecto del muchacho al que yo conocía cuando era una niña.

La pequeña que estaba con él bajó de donde estaba y ahora se encontraba en los columpios, con aquel bonito cabello rubio flotando tras ella.

—¿Y cómo está tu madre? Todavía no la he visto, y Peggy tampoco me ha hablado de ella.

La sonrisa de su rostro desapareció.

Me sonrojé. Sabía lo que aquello significaba.

—Oh, Jamie… —empecé a decir.

—Murió hace tres años.

—Lo siento de veras. Oh, de verdad, lo lamento muchísimo. —Se me estaban llenando los ojos de lágrimas. Elizabeth se había ido.

De repente, un recuerdo volvió a mi mente. Una visión del pasado…

Yo estaba sentada a la mesa de la cocina de los McAnena. Jamie y yo estábamos haciendo los deberes y Elizabeth acababa de prepararnos tostadas con mermelada. De pie, detrás de nosotros, comprobaba nuestros ejercicios de matemáticas y me rodeó con sus brazos, y yo, que no estaba acostumbrada a que mi madre hiciera algo así, me embebí de afecto como una flor se embebe de agua.

Elizabeth.

Parpadeé, una vez, dos veces, para secarme las lágrimas.

—Desde que nos hemos encontrado no hemos dicho otra cosa que «¡lo siento!» —dijo Jamie con una sonrisa—. Vamos, ven, esto te animará. Quiero que conozcas a Maisie.

—Oh, sí claro. ¿Cuál de ellas es? Tiene que ser la tercera, creo que la mayor debe de tener ahora cerca de doce años, ¿verdad?

Jamie parecía perplejo.

—¿Qué? La tercera… oh, ya veo. Ahora entiendo. No, Maisie no es una de las hijas de Shona. Es mía.

—Oh… —Cuando me disponía a preguntar por la madre de la

pequeña, la niña echó a correr hacia donde estábamos y dio la mano a Jamie. Me miró con una sonrisa.

—Hola —dijo. Ahora que podía verle la cara mejor, pude darme cuenta de que tenía los ojos de color azul grisáceo, igual que Jamie.

—Hola, Maisie. Soy Eilidh. —Me incliné y le di la mano—. Encantada de conocerte.

—Estaba cabalgando *Arco Iris* —dijo, con su vocecilla plateada.

—¿Que estabas cabalgando sobre el arco iris? Qué bien —dije.

—¡Nooo, tonta! ¡No sobre el arco iris! ¡Estaba cabalgando a *Arco Iris*!

Miré a Jamie, perpleja.

—*Arco Iris,* su poni imaginario —explicó Jamie.

—Oh, ya veo. Estabas cabalgando a tu poni. Quizá un día podamos hacerlo sobre uno de verdad, tú y yo. Me encanta montar a caballo. Siempre estaba montando cuando tenía tu edad.

La cara de Maisie se iluminó.

—¿De veras? ¿Crees que podremos?

—Si a tu papá le parece bien, puedo llevarte al rancho Ramsay.

—¿Puedo, papá? ¡Por favor, por favor, POR FAVOR! —La niña empezó a dar saltitos.

—¿Estás segura de que eso no supondrá ningún problema para ti, Eilidh?

—Claro que no. De momento solo trabajo por la mañana, en la tienda de Peggy. También cuido de la casa, la ayudo con las tareas domésticas, el jardín y todo eso, pero me queda mucho tiempo libre. Demasiado, en realidad —añadí, bajando la vista. Era mi manera de contarle que me encantaría pasar más tiempo con esta niña tan alegre y tan llena de vida, haciendo algo que a ambas nos divertiría. Pensé que quizá eso me ayudaría a sangrar un poco menos y respirar un poco mejor.

—Bien, si no es una molestia, de acuerdo.

—¿La semana que viene? El martes sería un día estupendo. El lunes vienen a traernos algunas entregas.

—Perfecto. Puedes recogerla a la salida del colegio si quieres. Se lo diré a Mary. Es la persona que se ocupa de cuidarla —añadió, a modo de explicación.

Por un instante me pregunté por qué no había mencionado a la madre de Maisie, pero como no quería curiosear, dije simplemente:

—Lo haré. Será bonito ver nuestra antigua escuela de nuevo. Estaremos un par de horas pero, si todavía no has llegado a casa, puedo llevármela a casa de Peggy para cenar.

—Gracias, pero creo que estaré en casa. Saldré algo más temprano. Mi casa queda un poco más arriba de donde está el colegio, en St. Colman's Way, cerca del taller de mi padre. Bueno, de mi taller en

realidad. Es la casa blanca con las puertas azules. Verás el letrero en la pared de piedra del jardín, dice «McAnena». Muy original, lo sé.

Me reí.

—¡Súper elegante! Fenomenal. Nos vemos entonces.

Maisie estaba radiante.

—Dile gracias a Eilidh.

—¡Gracias! —dijo, dando algunos saltitos más. Estaba empezando a pensar que era incapaz de hablar sin saltar o dar brincos, como si viviera a saltitos. Era pura fuerza vital, una fuerza que fluía por ella como la linfa por una planta.

—Nos vemos la semana que viene entonces —dijo Jamie, que tenía a la niña de la mano.

—Hasta pronto. Adiós, Maisie.

Mientras iba de camino a casa, pensé en ella y en cómo se le había iluminado la cara cuando mencioné lo de montar a caballo. Me invadió una sensación extraña, un calor que me resultaba poco familiar y que me llenó el ombligo, una ternura que ya había olvidado. Era lo más parecido a la felicidad que había sentido durante mucho tiempo.

Una vez más, me pregunté dónde estaría la madre de Maisie, si viviría en el pueblo, cuán a menudo veía a su hija. Pensé que era muy afortunada, mucho, y de alguna manera, estaba absolutamente segura de que no lo sabía. No sé por qué.

La última vez que había visto a Jamie, le dije que me iba. Ambos teníamos once años y habíamos acabado la primaria. El verano estaba empezando y pensamos que teníamos seis largas semanas por delante para jugar, charlar y corretear por los campos que rodeaban Glen Avich.

Entonces, inesperadamente, todo se puso patas arriba y volví a Southport, dejé a Flora y Peggy, a mis amigos; dejé todo lo que tenía. Había pasado seis años en Glen Avich y había sido muy feliz. Era mi hogar.

Mis padres volvían a estar juntos. Mi padre venía desde Escocia cada día festivo que tenía, en Navidad, en verano, para pasarlo con nosotros. Y cada vez, se peleaban como el perro y el gato. De todos modos, él llegaba y ella dejaba que se quedara. Mi padre no es mala persona, nunca trató mal a mamá, ni tampoco a nosotras; simplemente, ambos no se llevaban bien, eso es todo. Y siguen sin llevarse bien, eso después de cuarenta años de matrimonio y una separación de seis.

Estaba muy turbada, a diferencia de Katrina, que nunca se acostumbró a Glen Avich y que estaba deseando volver a la gran ciudad.

Cuando se lo conté a Jamie, no dijo nada. Comentó que tenía que

irse, que había quedado con su amigo John, que se iban a pescar.

Me evitó durante las dos semanas siguientes. El día antes de que nos fuéramos, le vi al otro lado de la carretera, con las manos en los bolsillos. Quise acercarme a él pero mi madre necesitaba ayuda con las maletas. Le saludé con la mano desde la ventana y él me devolvió el saludo. Esa fue la última vez que le vi, hasta hoy. Me preguntaba qué recuerdo tendría de mí después de todo este tiempo, si es que se acordaba.

Yo recordaba a Jamie como un niño muy listo, tranquilo, tozudo, amable y resuelto en todo lo que hacía. Así era el niño al que yo conocía, así lo recordaba yo.

Capítulo 8

UNA CESTA DE MANZANAS

Jamie

Hoy me está costando concentrarme en el trabajo. Simplemente, las cosas no están fluyendo como suele ser habitual: voy al taller, enciendo el motor, y me pongo a hacer una cosa tras otra, hasta acabar. Y punto. A veces me concedo un poco de tiempo libre para tomarme un sándwich en el banco que hay fuera, si hace buen tiempo, o bien a cubierto, en la mesita que tengo en la esquina, junto a la ventana, si llueve. La vista desde el taller es impresionante, algo que a mi padre siempre le gustó. Adoraba su trabajo por las mismas razones que yo: usamos nuestras manos, no nos pasamos sentados el día entero y no nos hace falta hablar con nadie. Lo sé, suena como si yo fuera una especie de sufridor solitario, pero no es cierto. Me encanta estar rodeado de gente, pero no pasarme el día charlando.

Pertenezco a una larga saga de hombres tranquilos. Mi padre y mi abuelo eran ambos herreros y los dos conocidos porque les gustaba el silencio, incluso para los estándares escoceses. Mi madre solía contarme siempre lo tranquilizadora que le resultaba esta cualidad de él, cómo le gustaba sentarse en silencio, y como cada vez que mi padre hablaba, toda la familia le escuchaba porque todos sabían que tenía algo importante que decir. Ambos sonreían cuando, un año en el colegio, mi profesor escribió en mis notas de final de curso: «Jamie no habla mucho pero, cuando lo hace, siempre dice algo que vale la pena escuchar».

Yo he heredado de ambos su amor por el silencio y también su don: mi bisabuelo era mozo de cuadra y susurrador de caballos. Su voz era capaz de calmar y tranquilizarlos, cuando les hablaba suavemente al oído. Según parece, yo puedo hacer lo mismo, pero con la gente.

Me siento profundamente enraizado a este lugar, mucho. Nadie se sorprendió cuando, después de estudiar mi master, regresé a Glen Avich para establecerme aquí. Bueno, nadie que me conociera. Me habían ofrecido una beca para estudiar un doctorado en Londres. Estaba listo para ir, como si no pudiera evitar seguir el camino que había elegido por casualidad, pues nunca pensé que me saldría tan bien. Pero, de repente, sentí que no, que no quería ir a Londres, de ninguna manera.

Estaba pasando las vacaciones en casa y un día me fui a ver a mi padre al taller y le dije que no, que no iría, que quería quedarme en Glen Avich. Que quería ayudarle en su trabajo y dedicarme a ello.

Y me dijo: «¿De veras? Estupendo».

Eso fue todo. Sin embargo, yo sabía que estaba encantado.

Mi madre trató de hablar conmigo para que buscase algún tipo de puesto académico en Aberdeen o en Edimburgo, o por lo menos que me dedicase a la enseñanza. Pero yo había decidido hacer lo que hacía mi padre, que cada vez que levantaba la vista de lo que estaba haciendo, veía los bosques de pinos y las montañas recortadas contra el cielo y las sombras de las nubes que se movían por los brezales.

Resultó que tenía talento. Siempre me había gustado pero cuando se convirtió en mi trabajo a tiempo completo me di cuenta de que era bastante bueno en este oficio, que las cosas tomaban forma fácilmente en mis manos y se convertían en algo bello. Cuando mi padre enfermó y ya no pudo trabajar más, asumí completamente la gestión del taller y gracias al boca oreja me hice bastante famoso entre los turistas y los montañeros que vienen por aquí en verano. Hago adornos, pequeños objetos y joyería, todo inspirado en la historia escocesa y en el paisaje de la zona, y según parece se han hecho bastante populares. Antes de que pudiera darme cuenta, ya estaba exponiendo en Edimburgo y en el sur, y los pedidos empezaron a llegar incluso de lugares tan lejanos como América.

Pasé de ser «el herrero del pueblo» a convertirme en «un joven artista prometedor», como decía textualmente el periódico *The Guardian,* nada más y nada menos.

Me compré mi preciosa casa en la colina, en la parte alta de la carretera serpenteante que lleva al pozo de St. Colman's, con la esperanza de llenarla un día con una familia.

Mi trabajo prosperaba, pero la persona adecuada para mí no llegaba. Todos mis amigos de la infancia se estaban casando, teniendo hijos y estableciéndose, algunos felices, otros menos. Yo, no. Había tenido algunas novias en mi época de estudiante, nada serio, aunque por entonces ya estaba listo para establecerme yo también. Quería encontrar al amor de mi vida.

Lo único que pasaba era que la mujer adecuada no parecía encontrarse por aquí. Convenientes sí las había: algunas hubieran sido perfectas, la elección perfecta para ambas familias. Pero yo siempre quería más. Quería enamorarme, y hacerlo de veras, y sentir de verdad que la persona a la que amas es la que te va. Creía que te enamorabas una vez y ya está; que ahí fuera solo hay una persona esperándote, una persona a la que suele llamarse «alma gemela», alguien de quien, cuando la conoces, sencillamente, ya no puedes prescindir, alguien de quien ya no te puedes apartar.

Entonces apareció Janet. Entonces Janet se fue.

Y ahora me pregunto: ¿es cierto que solo nos enamoramos una vez en la vida?

Porque yo lo hice, y ahora que ella se ha ido, me pregunto si me quedaré solo para siempre. Espero equivocarme y que alguien pueda enamorarse más de una vez, que haya más de una persona para mí ahí fuera.

Y ahí está Gail.

La verdad es que no sé qué hacer. Anoche, después de volver del parque de juegos, vino un rato. Estábamos cenando y yo le ofrecí asiento. Fue… agradable.

Sí, fue muy agradable. Charló con Maisie y juntos todos vimos *Charlie y Lola* en la televisión, hasta que llegó la hora de que Maisie se fuera a dormir y ella se quedó abajo diciendo que me esperaría, mientras me preparaba una taza de té.

Le dije que tenía que ocuparme de algunos papeles, unos encargos que habían llegado y que debía echarles un vistazo. Eso era casi cierto, pero no del todo. Se sintió herida, desilusionada. Y yo me sentí culpable.

Voy a hablar con ella el próximo viernes por la noche, sin demora. No puedo almorzar con su familia y Shona el domingo. Para entonces, este asunto debe quedar resuelto.

Me encontré con Eilidh Lawson en el parque de juegos el otro día. No puedo creerme que haya vuelto. Nunca pensé que lo haría. Quizá solo vaya a quedarse una temporada, hasta que las cosas en su vida se arreglen, y luego regrese al sur.

Divertido, cuando la vi, me vino a la cabeza el siguiente recuerdo de cuando éramos niños: yo estaba abriendo la puerta de casa y ella estaba ahí, de pie, con una cesta de manzanas rojas para mi madre. Flora la había enviado para que se las trajera a cambio de huevos. Recuerdo su cabello ondulado cayéndole alrededor de la cara como si fuera un halo y esos ojos azules y brillantes. Había ido al colegio con ella durante años pero fue como si la hubiera visto por primera vez. Cuando me dijo que se iba a trasladar al sur con su familia, me sentó como un tiro. Durante dos semanas me fui de pesca cada día, para así estar a solas y no tener que hablar con nadie.

No ha cambiado mucho, sigue teniendo el mismo pelo castaño, que ahora le llega hasta más abajo de los hombros, y los mismos ojos, tan bonitos. Pero está muy delgada y tiene el aspecto de haber pasado mucho tiempo llorando. Sé que perdió un bebé y que ha estado en el hospital. Mi madre me contó hace años que le estaba yendo mal, que tenía problemas para tener hijos y que su matrimonio no funcionaba bien. Parece imposible que Eilidh no pudiera tener hijos, porque no recuerdo que ella deseara otra cosa. Incluso un día salió el asunto a

colación cuando íbamos al colegio. Nos pidieron que escribiéramos acerca de lo que queríamos ser de mayores y ella habló de que le gustaría tener tres hijos y trabajar en una guardería. Yo dije que quería ser pescador, pues John y yo llevábamos una temporada en que nos pasábamos el día yendo a pescar.

A Maisie le gustó de inmediato: siguió hablando de Eilidh de camino a casa y de cuando fueran juntas a montar a caballo. Eilidh y su hermana solían ir a menudo, en el rancho Ramsay, porque los dueños eran primos suyos.

De todos modos, ahora no puedo pensar en nada de todo aquello. Tengo que decidir qué voy a decirle a Gail.

Eilidh se comportaba de una manera tan natural con Maisie, cualquiera podía darse cuenta de que había estado trabajando con niños de su edad. Espero no haberla incomodado con demasiadas preguntas, no haber tocado su fibra sensible. Me pregunto si Peggy y ella irán al *pub* para almorzar el domingo. Probablemente las vea allí. Eilidh querrá ponerse un poco al día y Shona no faltará a la cita, así que también podrá verla.

Y volviendo a Gail, tengo que hablar con ella personalmente. Una carta no serviría. Oh, vaya, ha empezado a llover. Espero que Eilidh no haya salido con la bicicleta. Le encantaba montar en bici y cuando vivía aquí íbamos a todas partes en nuestras bicicletas.

Me he quemado la mano.

★ ★ ★

Gail está con gripe. No ha ido a trabajar. No puedo ir a su casa y hablarle ahora. Tendré que esperar hasta el domingo, a ver si se ha recuperado lo suficiente para entonces.

★ ★ ★

—¡Jamie! —gritó Shona desde el otro lado de la carretera, al tiempo que saludaba con la mano. Estaba saliendo de su vehículo con Fraser y las niñas. Nos encaminamos hacia la iglesia, Alison, la mayor, que llevaba de la mano a Maisie, las cuatro estaban preciosas vestidas de domingo.

Shona deslizó su brazo bajo el mío.

—¿Qué tal?

—Bien, bien.

—¿Si?

Me reí.

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabes muy bien… —aclaró con una sonrisa.

—Voy a dejarlo.

—Bien.

—¿Bien? ¡Creía que ella te gustaba!

—Sí, mucho. Es encantadora, y Helena es buena amiga mía, y su madre y su padre eran buenos amigos de mis padres, y bla, bla, bla. Ya me he dado cuenta de cómo la miras.

—¿Cómo la miro?

Increíble. Shona es tan perceptiva y me conoce como a la palma de su mano.

—¡Eh! —Noté una mano en el hombro. Gail. Estaba de puntillas para darme un beso en la mejilla, elegante con un traje de pantalón blanco y muy maquillada. Pude oler su perfume, siempre iba muy perfumada.

—Hola, Shona. ¿Dónde están las niñas? Ah, sí, ahí están, ¡hola! ¡Hola, Maisie! —gritó, tan alegre como siempre.

Shona y yo nos miramos. Me sentía fatal. Odio, y lo digo de verdad, hacer que la gente se enfade. No, en realidad. Es que, simplemente, me parece terrible.

Nos sentamos juntos en la iglesia. Charlé un rato con sus padres, fue muy agradable; durante la conversación su madre me acariciaba el brazo con suavidad. Sentí que toda mi fuerza de voluntad en lo que se refería a la decisión que había tomado, se desvanecía.

Tras la misa nos fuimos todos al *pub* para almorzar y sentarnos en los sofás rojos, junto al fuego. Gail y yo, sus padres, Shona y Fraser y las cuatro niñas. Me levanté para ir a buscar bebidas para todos.

Mientras esperaba de pie en la barra, llegó hasta mí un olor encantador, algo fresco y dulce. Me dí la vuelta y ahí estaba ella.

Olía a limpio, a champú y a manzanas.

Bien, quizá lo de las manzanas fuera solo mi imaginación. Olía a Eilidh.

—Hola. —El corazón se me subió a la garganta y me enfadé conmigo mismo.

—Hola, Jamie. ¿Está Shona por ahí? ¡Oh, Shona! ¡Hace tanto tiempo! —Se apresuró a abrazar a mi hermana—. Y mira tus hijas, ¡hechas ya unas mujercitas! Hola, Gail, el otro día vi a tu hermana, es estupendo verte aquí otra vez. —Siguieron saludos y más saludos. Eilidh parecía tan fresca, tan sencilla, vestida con *jeans* y un top negro que dejaba sus hombros a la vista, su cabello brillante, su piel no tan blanca como la de las mujeres de por aquí pero sin ser morena, una especie de color mantequilla, no sé. Cremosa.

Me di cuenta de que Gail no sonreía mucho. Pensé que quizá no se encontraba bien.

—¿Vas a sentarte aquí con nosotros?

—Gracias, sería estupendo, pero no puedo, Peggy y Margaret

llegarán en cualquier momento.

—Entonces ven aquí conmigo hasta que lleguen —dijo Shona, dando unas palmadas sobre el asiento libre que quedaba a su lado. Ambas se sentaron y empezaron a charlar mientras yo iba trayendo las bebidas de dos en dos—. Te llamaré durante la semana —añadió—. Organizaremos algo. Quizá puedas venir a Aberdeen, podría llevarte a comer por ahí.

—Oh, Shona, de momento no soy la mejor compañía —susurró, mientras una sombra se adueñaba de su rostro. De nuevo, aquella mirada perdida.

Mi corazón estaba con ella.

—Oh, pues vaya, resulta que yo tampoco soy buena compañía, nunca, ¡pregúntale a Fraser! —Ellos se rieron—. Ahora en serio. Sería estupendo.

—De acuerdo. De acuerdo, gracias.

Entonces abrazó a Shona, se despidió de todos nosotros y desapareció en el salón de al lado en busca de un sitio donde sentarse y esperar a Peggy y Margaret.

La observé alejarse, siguiendo su ágil figura con los ojos, incapaz de mirar a otra parte.

Cuando levanté la vista para mirar a mi alrededor, vi que Gail me estaba observando, Shona nos miraba a ambos y Fraser no perdía de vista su pinta de cerveza, lo típico de cualquier hombre. Las niñas hablaban acerca de cuál era el hada más bella en *Campanilla y el secreto de las hadas,* una película que habíamos visto tantas veces que podría recitar los diálogos de memoria. Me senté, con las mejillas sonrojadas y brillantes, y tomé un sorbo largo y reconfortante de mi pinta.

Después de la comida, regresamos a la casa de mis padres, donde mi madre y mi padre vivían y donde Shona se queda cada vez que viene. Había estado allí esa mañana, para encender el fuego en la chimenea y poner en marcha la calefacción. Pasamos la tarde charlando mientras las niñas jugaban, hasta que llegó la hora en que Shona y su familia tuvieron que marcharse para regresar a su casa en a Aberdeen.

—Cuídate. Ya me contarás cómo va todo —me susurró al oído a la vez que me abrazaba. La contemplé alejarse por la carretera, mientras mis sobrinas me decían adiós con la mano desde el asiento trasero.

—¿Puedes entrar un momento en casa? Tengo que hablar contigo —le dije a Gail mientras cerraba la puerta con llave.

Los ojos le brillaron. Oh, Dios.

Pasamos una hora que resultó muy dolorosa charlando y tomando té. No podía hablar con ella mientras Maisie estuviera con nosotros, claro.

Finalmente, llegaron las cinco en punto, hora de cenar, de darse un baño e irse a la cama. Gail insistió en ayudarme mientras bañaba a mi hija y en sentarse junto a nosotros en la cama mientras le leía un cuento antes de irse a dormir. Cuando, por fin, Maisie se durmió, bajamos al piso de abajo.

—¿Qué te parece si preparo algo rico para cenar?

—Gail, tenemos que hablar.

La cara reflejó su disgusto. Por mi expresión pudo darse cuenta de que algo no iba bien.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Lo siento, lo siento de veras, pero es que esto no está… bien. No estoy preparado para tener una relación ahora. No puedo…

Los ojos se le pusieron brillantes y empezó a llorar. Oh, no, no, no.

—Gail, lo siento, no quiero hacerte daño…

—¡Como si no lo supiera! ¡Como si no me hubiera dado cuenta! —dijo enfadada, levantándose de un salto del sofá.

—¿Qué?

—Helena ya me había dicho que me fijase bien. ¡Lo sabía!

Eilidh. Mierda. No quería que se viera envuelta en todo esto.

—¿De qué estás hablando?

—¡Lo sabes muy bien! ¡De quien se sentó frente a nosotros en el *pub*! ¡A propósito! Y no dejaste de mirarla… Sigue yendo al taller para verte, ¡Helena la vio subiendo la colina!

¿Qué demonios?

—Gail, ¿de quién estás hablando?

—¡Como si no lo supieras! De esa alemana, esa excéntrica que va a verte con la excusa de no sé qué historia sobre cerámica. Silke. ¡Me he dado cuenta de cómo os miráis!

Oh, Dios misericordioso.

—Gail, Silke viene al taller porque ella y yo tenemos una relación de negocios. No me interesa. Nadie me interesa y no quiero a nadie, ni para Maisie ni para mí Por favor, Gail, trata de entenderlo…

—Tonterías. Maisie y yo nos llevamos muy bien, mejor que bien. Tiene que haber alguien más.

—No hay nadie más. Pero tienes razón, no es solo por Maisie. Es cierto que no quiero embarcarme en ninguna relación. Como lo es que no estoy enamorado de ti.

Más gritos y sollozos. Tenía el estómago hecho un lío. Me sentía tan mal que lo único que quería era que dejara de llorar.

—Vamos, vamos… ya está, ya está…

—¡No me toques!

—Gail, por favor, cálmate. Está bien… está bien… —Le acaricié el pelo.

Se relajó en mis brazos mientras la sostenía como si fuera una niña

pequeña. Por un instante, un milisegundo, tuve la sensación de que habría sido mucho más fácil seguir abrazándola y luego besarla, y quizá así ese terrible frío que me helaba los huesos y que lo había estado haciendo durante años, desaparecería.

Pero tenía que hacerlo.

—Gail, debes irte a casa. Lo siento. Es lo mejor, créeme.

Me miró. Fue una mirada larga y triste. Ya no estaba enfadada.

—Puede que no sea el momento de decirlo, pero estoy enamorada de ti —dijo, y la niña se convirtió de pronto en una mujer, una mujer que sabe lo que quiere.

—Lo siento.

Sin mediar una palabra más, se marchó. Me senté en el sillón, junto al fuego, con un *whisky* en la mano —y luego otro, y otro, algo que cada vez me sucede más a menudo—. Pensé en un poema que leí una vez en el que se hacía referencia al *whisky* como el «amigo con una navaja escondida».

Soy incapaz de dejar de beber solo por las noches, no sé qué otra cosa hacer.

No puedo parar de beber.

Me siento hasta tarde y miro a las llamas.

Capítulo 9

ESCUCHA MI CORAZÓN

Elizabeth

Escucho con atención lo que Jamie dice cuando no habla. Puedo oír las palabras que no dice, oír el grito de su corazón, su grito.

Sé que, si las cosas no cambian, si no da un giro radical al camino que ha elegido, o tal vez al camino al que se ha lanzado, le sucederá algo horrible.

Le contemplo desde las llamas, desde la oscuridad exterior, al otro lado de la ventana, mientras veo cómo se llena el vaso una y otra vez.

Maisie duerme en el piso de arriba, tranquila y en paz. Toco su frente lisa, me siento en la cama junto a ella y la cuido mientas Jamie sigue en el piso de abajo, bebiendo hasta acabar con la botella.

Hoy no me han visto en el *pub,* sentada con ellos. La manera en que él miraba a Eilidh, el modo en que su cara se iluminó al verla. Lo siento por Gail, pobrecilla, ha tenido mala suerte o quizá sea el amor, no sé. Pude verla mirando a Silke, ¡qué equivocada estaba!

En un pueblo como Glen Avich hay muchos secretos, pero siendo un fantasma tengo la oportunidad de descubrir muchos de ellos. Silke ha estado viendo a Fiona, la prima de Jamie que vive en Innerleithen, pero no se lo ha dicho a nadie. A Silke no le importa lo que piense la gente, pero Fiona tiene miedo de que alguien se entere de que está enamorada de una mujer.

Resulta extraño cómo a la gente parece gustarle decidir qué está bien y qué está mal para los demás. ¿Por qué el amor tiene que ser considerado un pecado, si no hace daño a nadie? No lo sé. Ahora que estoy muerta, vuelvo la vista atrás y me doy cuenta de lo breve que es la vida… No tiene ningún sentido vivir una mentira porque al morir, y eso es algo que acaba por suceder antes de lo que pensamos, nuestra única oportunidad de amar habrá desaparecido.

Desde luego, Silke no es alguien de quien Gail tenga que preocuparse. Bien, de hecho no tiene que preocuparse por nada, pues Jamie ha hecho lo correcto. Me siento aliviada porque no hubiera sido bueno que acabara pasando el resto de sus días con alguien que no está enamorado de ella, aunque ahora no pueda verlo. Y no me hubiera gustado nada ver a mi hijo seguir viviendo en esa calma desesperante en la que lleva sumido estos últimos años. Ambos

merecen algo mejor.

Cuanto más los observo, más escucho a sus corazones y más creo que Eilidh y Jamie podrían salvarse el uno al otro. Pero sé que necesitan ayuda para darse cuenta. Ambos están malheridos, destrozados, como para darse una oportunidad y saltar hacia lo desconocido.

Hay muchas, muchas maneras en que puedo ayudarles.

Cuando vi a Eilidh mirando en dirección al parque de juegos, me convertí en una ráfaga de viento y susurré al oído de Maisie.

—*Arco Iris* —dije, y con eso conseguí que pensara en uno de sus juegos favoritos. Entonces se puso a hacer como que estaba cabalgando a lomos de su poni imaginario. Sabía que Eilidh recordaría lo mucho que le gustaba montar a caballo y que pensaría en los Ramsay, en cuando solía ir a su rancho, y quizá con un poco de suerte, se le ocurriría que eso podría gustarle a Maisie.

Funcionó.

Eso ya lo he conseguido, Eilidh y Maisie van a ir a montar a caballo.

Hay algo más que quiero hacer. Pero es un poco perverso y la conciencia no deja de recordármelo. Sé que implicará cierto sufrimiento, no mucho, solo un poquito de dolor físico y después ella se recuperará enseguida, pero aun así… No quiero hacerlo pero no tengo otra alternativa. Es solo un tobillo. Oh, Dios, no puedo creer que esté a punto de hacer algo así. Aquí estoy, solucioné primero lo de Mary y ahora tengo que ir a por la siguiente.

Vamos allá…

Capítulo 10

LA PROVIDENCIA

Eilidh

Nos encontrábamos en la puerta y yo estaba ayudando a Maisie a quitarse el abrigo y la bufanda, cuando sonó el teléfono y Jamie corrió a atenderlo.

—¿Mary? Hola. Oh. Oh, pobrecilla. Oh, no. Ya veo. ¿Tres meses? ¿De veras? No, no te preocupes. Todo va a ir bien. ¿Qué hay de ti? ¿Necesitas algo? Fiona vendrá para quedarse, buena noticia. ¿Ha llegado ya?¿Necesitas que te echen una mano esta noche? De acuerdo, entonces. Llevaré a Maisie conmigo para que te vea tan pronto como mejores. Llama si necesitas algo. Adiós.

Jamie suspiró al colgar el teléfono y se frotó los ojos, cansado.

—¡Cariño! —murmuró para sí mismo, recordando que Maisie estaba cerca.

Me quedé en medio del recibidor sin saber qué hacer, dudando sobre si aquello había sido una invitación para que me quitase el abrigo y me detuviera un momento.

—Eilidh, entra, entra y siéntate. Disculpa, es solo un asunto que debo resolver —añadió, mirando hacia el teléfono. Entonces se volvió hacia Maisie y sonrió—. Cielo, estás toda llena de barro, ven y lávate. —Dio la mano a la pequeña y la llevó hasta el cuarto de baño.

—¿Te lo has pasado bien? —le oí preguntar.

—¡Muy bien! ¡He cabalgado un poni! Estaba muy arriba e íbamos muy deprisa. Me puse unas botas grandes y un casco y Eilidh dijo que parecía una amazona de verdad. ¿Puedo volver mañana?

Sonreí para mis adentros.

—Debes preguntárselo a Eilidh, quizá quiera llevarte otra vez.

—¡Eilidh! —gritó la pequeña mientras corría hacia mí—. ¿Podemos ir a montar otra vez?

—¡Bueno, no quería decir que lo hicieras tan rápido —intervino Jamie.

—Me encantaría —le dije, y no lo hice por cumplir. Habíamos pasado una tarde mágica juntas. Hacía mucho tiempo que no montaba, así que me entusiasmó volver a hacerlo, y mucho más ver cómo disfrutaba Maisie. Había sido maravilloso verla lucir como a una estrella, tan natural, con la brisa atrapada en su cabello rubio mientras

montaba tranquilamente a *Sheherazade,* una dulce yegua a la que solían montar los niños y los jinetes noveles.

—No tienes que hacerlo, puedo llevarla yo —dijo Jamie.

Me sorprendió.

—Claro. Si es lo que quieres.

—No deseo comprometerte a nada, seguro que tienes muchas otras cosas que hacer —comentó, y miró hacia otra parte.

Lo que quería decir: «No te acerques demasiado a nosotros». Me quedé de piedra.

—¿Te apetece una taza de té? Iba a preparar la cena para Maisie.

—No, gracias, mejor será que te deje cocinar tranquilo.

—No, no, no hay prisa… Lo siento, yo… —Me pareció que la situación le resultaba embarazosa, aunque lo cierto era que no me había ofendido. No tenía intención de auto invitarme a cenar.

—De acuerdo, pero solo una y me voy.

—Maisie, ¿qué tal si preparo macarrones con queso?

—¡Sí! ¡Macarrones con queso! ¿Te gustan los macarrones con queso, Eilidh?

—Me encantan. —Sonreí y miré a Jamie.

—Adora los macarrones con queso —me explicó.

Jamie se puso manos a la obra en la cocina mientras yo permanecía sentada en el sofá.

Maisie quería enseñarme su colección de ponis en miniatura.

—Mira, hay que peinarlos bien para que tengan el pelo suave. Como el tuyo —me dijo, mientras deslizaba sus deditos por mi cabello.

Durante tota la tarde la había llevado de la mano y ella había permanecido junto a mí, muy, muy cerca, y me había dado varios abrazos. Cada vez que sentía su ternura, una alegría que no había experimentado durante mucho, mucho tiempo, me llenaba. Es uno de los tantos aspectos de la maternidad que echo de menos… Bueno, que «solía» echar de menos: la cercanía física y la alegría que proporciona. Pero todo eso ha quedado atrás.

—Entonces tienes que llevarlos a la cama para que duerman —siguió diciendo la niña—. No, espera, primero hay que lavarles los dientes. Ahí tienes el rosa. Lávale los dientes.

Acepté el poni y muy obediente me puse a hacer como si le lavara los dientes.

—Ahora ya están todos listos. ¡Buenas noches! —dijo, dejando los ponis juntos en el sofá.

—Aquí tienes tu té —indicó Jamie, acercándome la taza humeante. Se sentó en el sillón que estaba frente a nosotras. Pude darme cuenta de que algo le daba vueltas en la cabeza y recordé la llamada telefónica que había oído.

Dudaba si preguntarle o no acerca de eso. Entonces me dí cuenta de que tenía una señal enrojecida en la mano.

—¡Jamie! ¿Qué te ha pasado en la mano?

—Oh, eso. No es nada. Una quemadura sin importancia: ya se sabe, gajes del oficio. Nada comparado con lo que le ha sucedido a Mary. La pobre mujer se ha roto el tobillo. No podrá ocuparse de Maisie por lo menos hasta Navidades.

—¡Vaya, pobrecilla! ¿Está en el hospital? —pregunté.

—La habían ingresado, pero ya ha vuelto a casa. Fiona ha venido desde Innerleithen para cuidar de ella.

—Puedo ponerme mi uniforme de enfermera e ir para vendarle la pierna —dijo Maisie. Tuve que contener una sonrisa.

—Seguro que eso estaría muy bien, Maisie, gracias, pero creo que ya lo habrá hecho el doctor. Puedes hacerle una tarjeta con un dibujo —dijo Jamie.

—Voy a hacerle una tarjeta con pegatinas y purpurina brillante. Así se sentirá mejor —dijo Maisie, muy seria, y corrió escaleras arriba.

—¡Pegatinas y purpurina brillante! ¡Con eso seguro que se pondrá buena muy pronto! —reí.

—¿Cómo te las vas a arreglar? ¿Con cuántos días libres puedes contar?

—Una semana, poco más. Después de una semana, tendré que encontrar a otra persona. Mary va a estar fuera de juego durante tres meses, es una fractura muy fea. Quizá alguna de las madres del colegio… Maisie tiene una amiga, su mejor amiga, que se llama Keira. Quizá su madre… —Suspiró—. No quiero dejarla con cualquiera, ya sabes… Confío en la madre de Keira, claro que sí, pero…

—Pero tres meses son muchos meses. Lo entiendo.

—No la conocen bien. Y si lo hacen como favor, creo que será una molestia para ellos tener una niña más en casa durante tres horas al día y ¿qué pasará si Maisie no se siente bienvenida? — rió—. Lo sé, no debería darles tantas vueltas a las cosas. Ya sé que estoy exagerando.

—Ni mucho menos, lo que ocurre es que quieres protegerla. Yo haría lo mismo, si fuera mi… —me detuve de repente.

«Mi hija», acabé por decir mentalmente.

Mi hija.

¿Qué hubiera sido el bebé que perdí? ¿Un niño o una niña?

Nunca tendría una hija. Ahí estaba de nuevo esa horrible punzada de dolor.

—Quieres protegerla —dije, recuperándome rápidamente.

—Supongo. Seguro que estará bien.

—¿Y qué hay de la madre de Gail? Está jubilada, ¿no es así?

Miró hacia otro lado.

—No creo que sea buena idea. Verás, Gail y yo… Bueno, nos hemos

estado viendo. O algo así. Pero no funcionaba. Así que se lo dije. No creo que ahora mismo yo sea la persona a la que más echen de menos los Ritchie.

—Vaya, lamento oír eso.

—Sí, bueno.

El gran silencio. Estaba desesperada por encontrar algo sin importancia que decir.

Pero no se me ocurría nada.

—Bien, creo que será mejor que me vaya y que sigas con la cena. —Me miré a los pies.

—Gracias por llevar a Maisie a montar. Le ha gustado mucho. ¡Maisie! —llamó, mirando hacia las escaleras— ¡Eilidh se va!

—¡Nooo! ¡Eilidh, no te vayas! —Maisie voló escaleras abajo.

Llevaba los dedos llenos de purpurina azul y plateada, incluso tenía un poco en la mejilla izquierda.

—¡Quédate a cenar macarrones conmigo! Papá, ¿puede quedarse a cenar? Eilidh, ¿te quedas? ¡Tomaremos yogur de postre y después podemos jugar a los ponis mientras me baño!

—Me encantaría, cielo, pero tengo que irme. ¿La próxima vez?

—¿Será pronto?

—Muy pronto —prometí. Entonces me dio un abrazo y me dejó el chaquetón lleno de purpurina.

—Estoy segura de que todo va a ir bien, mantenme informada —le pedí a Jamie y acto seguido salí de la casa para adentrarme en el frío de la noche.

Mientras iba caminando por la carretera, me volví y vi a Maisie y a Jamie diciéndome adiós con la mano desde la ventana, mientras él descansaba la otra mano en el hombro de su hija.

Durante la cena, le pregunté a Peggy acerca de la madre de Maisie.

—Ah, sí, es una historia muy triste. Se llamaba Janet. Bueno, se «llama» Janet, no está muerta, se fue, sin más. Vive en Londres. Vino aquí de vacaciones y ya sabes que estas cosas pasan… Se quedó durante un par de años, y entonces hizo las maletas y se fue, sin Maisie. Pobrecilla, su madre la abandonó. Jamie es tan bueno con ella, ¿sabes? Y ahora que Elizabeth ha muerto, está solo con la niña.

Sentí cómo los pulmones se me quedaban sin aire por la sorpresa. La madre de Maisie la había dejado. Sin más. Esa mujer tenía una hija, una hija preciosa, y la había abandonado y se había ido. ¿Cómo había podido hacerlo? ¡Cómo había podido!

Sentí que las manos me temblaban.

Había sido bendecida. Tenía una hija. Y lo había tirado todo por la ventana.

Se me cerró el estómago y no pude seguir comiendo.

—Vamos, Eilidh, no pienses en todo eso ahora, la verdad es que fue

para bien: Maisie es una preciosidad y se ocupan muy bien de ella.

Pero las lágrimas se me saltaban de los ojos. Eran lágrimas de rabia.

Ella tenía una hija y la había dejado, y yo ni siquiera había tenido la oportunidad.

Más tarde, me senté con las piernas cruzadas en la cama y envié un mensaje a Harry desde mi nuevo portátil:

De: eilidhlawson@hotmail.co.uk
Para: harrydouglasdesign@live.co.uk

Hola, tonta de mí, hoy estoy un poco sensiblera. Es simplemente una de esas noches. Peggy había preparado un plato de haggis *para cuando volviera de montar. ¿Lo has probado? Me refiero al plato, al* haggis, *no a montar. Me encanta, además de que va muy bien para entrar en calor, pero la verdad es que lo que me apetece es cenar comida china con Douglas y contigo uno de estos días y ver una película de Jennifer Aniston en la televisión. Y beber Bailey's. Como en los viejos tiempos. Os echo de menos, muchachos. Hoy he tenido un mal día, la niñita de la que os hablé es preciosa, me recuerda a las mellizas, con las cosas que dice. Es de veras divertida y muy dulce. La pobre tendrá que cambiar de niñera durante los próximos tres meses, pues la que solía cuidarla se ha roto el tobillo. He pensado que quizá podría hacerlo yo, tengo las tardes libres. Así ayudaría. Aunque quizá no sea buena idea. Bien. Voy a leer un libro. Esta casa está muy silenciosa hoy. Adiós, chicos.*
Eilidh

No había pulsado todavía el botón de enviar cuando oí un pitido en el ordenador.

De: harrydouglasdesign@live.co.uk
Para: eilidhlawson@hotmail.co.uk

¡Hola, preciosa! ¿Estás ahí? Danos un minuto para que leamos tu mensaje.
X

De: eilidhlawson@hotmail.co.uk
Para: harrydouglasdesign@live.co.uk

¡Estoy aquí! Con la bolsa de agua caliente, leyendo. Hablad y responded cuando queráis.
E.

A los pocos minutos, tras dar unos sorbos a mi chocolate caliente en una taza decorada con el dibujo del monstruo del lago Ness, oí otro pitido.

De: harrydouglasdesign@live.co.uk
Para: eilidhlawson@hotmail.co.uk

No nos parece ninguna tontería. Vamos, ocúpate de la niña. Echas de menos trabajar con niños y lo haces de maravilla. No puedes olvidar tu vocación, dejar que se vaya por el desagüe. Bueno, no es una manera muy elegante de decirlo, pero ya nos entiendes. Esa pequeñaja… Bueno, ¡esta niña parece estupenda! Estoy seguro de que cuidar de ella te hará mucho bien. Además, te vendrá genial estar ocupada.
Nosotros también te echamos de menos. Ojalá estuvieras aquí. Nos han entrado ganas de cenar en un chino. Vamos a prepararnos unos tallarines estilo Singapur y pensaremos en ti. Me apuesto lo que quieras a que no hay un chino en kilómetros a la redonda en ese pueblo al que has ido a parar. Lo más seguro es que tengas que salir de caza por ahí. Ja, ja.
P.D. Nos alegramos de que tengas a mano una bolsa de agua caliente. ¿Y qué tal un plaid?
H & D.

De: eilidhlawson@hotmail.co.uk
Para: harrydouglasdesign@live.co.uk

Puede que tengáis razón. Se lo diré a su padre mañana.
Un montón de abrazos.
P.D. Muy divertido lo del plaid. Algo ha cambiado desde Braveheart, *¿sabéis? Además, aquí, en Glen Avich, hay un restaurante de comida china para llevar, lo creáis o no. Lo que pasa es que hay cola. ¡Nos vemos!*☺

De: harrydouglasdesign@live.co.uk
Para: eilidhlawson@hotmail.co.uk

Ahora nos estamos imaginando a Mel Gibson envuelto en un plaid. Bonita imagen. Gracias, Eilidh. ☺

Mientras apagaba el ordenador y lo dejaba a un lado, junto al libro que estaba leyendo, no podía dejar de reír.

Pensé en Janet.

Y entonces me di cuenta de que me había caído un poco de purpurina azul y plateada del pelo. El polvo brillaba entre las páginas como las estrellas en el cielo de la noche.

Capítulo 11

MEDIOS Y FINES

Elizabeth

La verdad es que no acabo de creerme lo que he hecho: soy la culpable de que alguien se haya roto un hueso.

Para nosotros, los fantasmas, lo de hacer este tipo de cosas no siempre sale bien. Deseé con todas mis fuerzas convertirme en un ser lo más sólido posible para hacer que tropezara y la vi caer sobre su tobillo izquierdo. Ya se había hecho daño en ese mismo tobillo hace años, cuando era solo una niña, así que sabía bien que eso la dejaría fuera de juego durante una buena temporada. Me siento fatal por haber hecho algo así.

Pero si las cosas van de la manera que deberían, habrá valido la pena.

Ahora estoy agotada; el esfuerzo que he tenido que hacer para convertirme en algo sólido ha sido inmenso. Me siento adelgazar más y más. Debo descansar un rato, así que bajaré hasta el lago y me perderé entre el agua y la niebla. Ahora les toca a Jamie y Eilidh mover ficha.

Jamie

No sabía qué hacer. Tenía más de quince encargos que atender, eso por no hablar de las ventas que hacía en el pueblo, y Silke me estaba presionando para que la ayudase con la tienda y la exposición. No podía tomarme ni un solo día libre, y mucho menos tres meses. De ninguna manera iba a permitir que Maisie estuviera conmigo en el taller; es un sitio peligroso para una niña, con acero fundido y objetos afilados y candentes por todas partes. Tenerla ahí durante tres horas, haciéndole caso a medias mientras trabajo… Ni hablar, es que ni siquiera me lo planteo.

Necesitaba pensar un poco antes de ponerme a preguntar por ahí. Lo mejor sería hablar con la madre de Keira en primer lugar y luego quizá con la de Rachel. Sé que me dirán que sí, pero no me hace ninguna gracia la idea de que Maisie ande de un lado para otro de esa manera. Quizá lo mejor sea buscar una niñera como Dios manda,

alguien en quien poder confiar en este tipo de situaciones.

Una vez más, pensé que era una lástima que Shona no viviese aquí. La llamé por teléfono anoche y me dijo que le preguntase a Eilidh, pero no puedo hacerlo. Sí, Eilidh solo trabajaba por las mañanas y se ha portado maravillosamente con Maisie, pero lleva tan poco tiempo aquí y tiene tanto de que ocuparse, tanto que superar.

Me sorprendió de veras que Shona me la sugiriera; ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Tal vez las madres sepan lidiar mejor con estos asuntos.

Supongo que todo esto debería haber provocado que echase más de menos a Janet, pero no ha sido así, la verdad es que no. Ella solía hacer todo lo posible para no quedarse con Maisie, le hubiera pedido incluso al cartero que se la llevara a dar una vuelta mientras repartía las cartas, para así poder pintar. Que hubiera estado aquí no hubiera servido de nada. Mi madre habría sido la persona a quien le hubiera pedido que se ocupara de mi hija, aunque no habría hecho falta, pues de haber estado aquí me lo hubiera propuesto ella antes de que yo se lo pidiera, le encantaba estar con su nieta.

Así que ahí estaba yo, de camino al colegio con Maisie. Ni hablar de ir en nuestro automóvil, la escuela queda a solo cinco minutos de casa y aparcar por allí es un suicidio. Llovía, era la típica mañana oscura de noviembre y Maisie llevaba su chubasquero rosa, a juego con su gorro de lluvia y sus botitas de agua rosas con lunares blancos. Parecía una pequeña flor, vestida de rosa en contraste con el fondo oscuro de un cielo gris y lluvioso.

Esa mañana, tan pronto como le dije que llovía, empezó a dar saltitos.

—¡Papá! ¡Voy a estrenar mi paraguas nuevo de *Charlie y Lola*!

Era la perfecta niñita vestida para un día de lluvia.

La sirena estaba sonando. La contemplé corriendo hacia Keira y sus amigas, mientras todas iban cerrando sus pequeños paraguas una tras otra, como quien explota globos, y luego subían las escaleras y entraban en el colegio, guiadas por los maestros.

Debía darme prisa, solo me quedaban por delante unas cinco horas para trabajar antes de volver para recogerla.

Un pensamiento me atravesó la mente: iría en ese mismo momento a ver a Eilidh y le preguntaría a ella. No había tiempo para vacilaciones y antes de que me diera cuenta la semana habría pasado y no sabría qué hacer. De otro lado, tampoco quería presionarla. Lo que quiero decir es, vaya, que ¿quién soy yo para pedirle que cuide de mi hija todas las tardes durante tres meses?

Me estaba empapando. Me encaminé al taller, con los hombros encorvados por el frío y la humedad. Ya pensaría en ello cuando estuviera allí.

Eilidh

He cambiado de opinión.

Lo más probable es que Jamie hubiera dicho que no de todos modos. Además, ¿qué pasaría si al final les gusto y confían en mí? No me voy a quedar aquí para siempre. Esto es algo temporal, hasta que me sienta mejor, más fuerte y menos vulnerable. Luego volveré a Southport. A pesar de que no haya allí nada esperándome, no puedo seguir viviendo de mi trabajo en la tienda ni quedarme a vivir con Peggy.

Aunque parece que a ella le encanta que esté aquí. Se sentía bastante sola antes de que yo llegase, por lo que he podido ver, pues no le gusta vivir sin que haya nadie más en casa. Además, cuanto más trabajo en la tienda, más me doy cuenta de lo dura que resulta esta tarea para una mujer de sesenta y siete años, y eso a pesar de que Jim se ocupa de las labores más duras. Pero aún así, esta no es mi vida. Es decir, no mi «verdadera» vida. Solo me quedaré hasta Navidad, quizá un poco más.

De otro lado, hacerlo así sería más que suficiente para echar una mano a Jamie y Maisie hasta que Mary se recupere. La niña es como una estrellita, me hubiera encantado ir a recogerla al colegio y pasar la tarde con ella. Un poco como en los viejos tiempos, cuando trabajaba en la guardería, rodeada de niños durante todo el día.

Sigo hablando conmigo misma del asunto una y otra vez, y eso me está agotando. He decidido pensarlo mejor mientras me tomo una taza de té y alguna pastilla. Un té con una pastilla es la mejor combinación, así de simple. Durante las últimas semanas no he hecho otra cosa que recurrir a las pastillas. Los pantalones me quedan un poco más justos de la cintura y ya no tengo la cara tan demacrada. Incluso parece que el pelo me brilla un poco más. Estoy comiendo mejor y durmiendo bien casi todas las noches, lloro menos, mucho menos, y me siento mucho más fuerte. Lo suficiente como para trabajar a tiempo completo y mantenerme ocupada por las tardes, al igual que por las mañanas.

Ya sé que a Peggy no le haría gracia dejar su turno de tardes en la tienda, le gusta ver gente y charlar. Tal vez haya llegado el momento de buscar un trabajo a tiempo parcial en Kinnear.

O quizá haya llegado el momento de preguntarle a Jamie si necesita una niñera durante una temporada.

A ver si me atrevo.

Maisie

—Buen trabajo, chicos. Dejadme ver… —decía la señorita Hill,

sentada en su silla en la zona alfombrada, con los niños de primaria a sus pies, vestidos con sus uniformes de color gris y azul marino.

Junto a ella yacían un montón de hojas, todas tituladas *Noticias del día,* escritas a mano por los niños, con su bonita y cuidada caligrafía.

—Este dibujo es precioso, David. Muy limpio, bien hecho. ¿Quieres enseñárselo a los demás?

Los niños hicieron sitio a David para que se levantara y fuera junto a la señorita Hill. Entonces, levantó su dibujo.

—Cuéntanos qué es, David.

—Es la nueva furgoneta de papá. Es verde. Mi hermana y yo nos montamos para dar una vuelta, pero como ella es tan pequeña, se durmió y no se dio cuenta de nada. —David tenía los mofletes sonrosados y brillantes, el cabello un poco alborotado y llevaba la camisa por fuera de los pantalones.

—Es una historia muy interesante, David. Y mira qué letra tan bonita. ¿Qué dice aquí?

—Mi. Padre. Tiene. Una. Furgoneta. Nueva —explicó, mientras apuntaba orgulloso a su texto, a duras penas legible.

—Muy bien, buen trabajo, ¿a que sí, chicos? —dijo la señorita Hill, pasando la hoja de papel a la asistente de clase, que la pegó en la pizarra. David volvió a sentarse, contento del resultado de su intervención.

—A ver ahora, veamos… Maisie. Háblame de tu dibujo —dijo la señorita Hill, dándoselo.

Maisie se puso en pie, segura de sí misma, vestida con su pichi azul marino, su blusa blanca y sus leotardos azul marino, su pelo rubio sujeto por dos horquillas, una a cada lado de la cara. Levantó su dibujo para que todo el mundo pudiera verlo.

—Es un caballo. No un caballo imaginario, sino uno de verdad. Se llama *Shazad*. Ayer estuve montándolo y me puse botas y un casco. Y esta es la tía Mary. Se ha hecho daño en una pierna. No puede cuidarme. Eilidh me cuidará y jugará conmigo y mis ponis en miniatura.

—Muy bien, Maisie, qué caballo tan bonito. ¿Y qué dice lo que has escrito?

—Dice: «A Eilidh le gustan los macarrones con queso». Y aquí pone: «Maisie».

La señorita Hill reprimió una sonrisa.

—Aquí tiene, señora McHarg, creo que este texto hay que colgarlo también en la pizarra, en el muro de los escritores.

Elizabeth

Oh, por Dios, ¡decidíos de una vez!

Llueve a cántaros. Me gusta ser agua, lluvia y lago, todo a la vez. Resulta tan agradable.

Eilidh todavía no lo ha encontrado. Se puso el impermeable esta mañana. El abrigo negro que llevaba cuando se fue con Maisie a montar a caballo sigue colgado en el recibidor, no se lo ha llevado. Cuando se lo ponga otra vez, lo encontrará y espero que lo devuelva.

Y eso será lo último que haga por una temporada. Espero que se las apañen sin mí, será lo mejor; ¡no puedo pasarme el tiempo dando vueltas por ahí y haciendo que la gente se caiga por las escaleras! Ahora depende de ellos.

Jamie

En mis manos tenía a una niña sumida en el desconsuelo. Uno de los ponis había desaparecido, su favorito, el rosa. Se había puesto a buscarlo tan pronto como llegó a casa porque decía que tenía que comer y hacer sus deberes. El lila estaba en su mesita de noche pero el rosa, no.

Ahora está sentada frente al televisor, con los ojos enrojecidos por las lágrimas, aferrada a *Bog*, su dinosaurio de color rojo. Ni siquiera ha tocado la tostada con mermelada que le he preparado. He intentado tentarla con botones de chocolate, con los de chocolate blanco, que le encantan, pero nada.

Le prometí que iríamos a Kinnear el fin de semana y que compraríamos un montón de ponis nuevos si quería, pero ella dijo que no serviría de nada, que su poni rosa se había quedado solo en alguna parte, perdido y sin nada que comer. No había manera de consolarla.

Eilidh

Me estaba cepillando el abrigo, para eliminar los pelos de caballo y el barro seco que se había pegado a él —desde luego, ¿en qué estaba pensando al ponérmelo para montar a caballo?— cuando noté que había algo en uno de los bolsillos. Era uno de los ponis de Maisie.

Enseguida me di cuenta de la gravedad de la situación. Maisie dormía con sus ponis. Me había dicho que no podía conciliar el sueño sin ellos. Tenía que devolvérselo inmediatamente. Recuerdo una vez, cuando Jack tenía unos tres años y se dejó olvidado su oso de peluche en casa de mi madre. Katrina me dijo que no quería irse a la cama de ninguna manera y que no les quedó más remedio que prepararle una camita en el salón, en el suelo.

Me eché una rebeca por encima y me encaminé a casa de los McAnena. Jamie me abrió la puerta.

—He encontrado esto en el bolsillo de mi abrigo —dije, dándole el poni. Lo siento, ¡ni mucho menos pensaba quedármelo! No sé cómo habrá ido a parar ahí —dije, sonriendo, de pie frente a la puerta de su casa.

Una cabecita rubia apareció tras él. Cuando vio el poni, la cara de Maisie se iluminó, y antes de que pudiera darme cuenta, salió de detrás de su padre y se echó a mis brazos. Me apretó con fuerza, presionando su carita contra mi vientre, con los brazos rodeándome la cintura.

—Gracias a Dios. Ha sido horrible —dijo Jamie, sin pizca de sarcasmo.

Y entonces, se lo pregunté, antes incluso de que la idea me pasara por la cabeza y pudiera sopesarla.

—Jamie. Me estaba preguntando si querrías que me ocupara de Maisie mientras estás trabajando en el taller.

Capítulo 12

ESTA CARA DE LA REALIDAD

Eilidh

Mi primera aparición ante las puertas del colegio para recoger a Maisie resultó bastante memorable. La madre de Keira se acercó a mí con una sonrisa grande, amplia y, a decir verdad, poco sincera, acompañada de un destello de curiosidad en sus ojos. Nunca antes había hablado con ella, llevaba solo unos años en el pueblo. Nada más verla, no me gustó.

—Vaya, vaya… ¿Así que usted es la nueva niñera de Maisie? —dijo, mirándome de arriba abajo. De pronto me hizo sentir que no iba suficientemente arreglada, con mi cazadora de color azul claro, *jeans* y zapatillas deportivas, el pelo suelto sobre los hombros y despeinado por el aire que hacía. Ella, en cambio, iba impecable, con su pelo rubio —farsante, pensé, y entonces me sorprendí de mi propia mala leche— cortado por encima de los hombros y bien peinado con el secador, un cardigan de color rosa claro con mucho estilo, botas de tacón alto y unas manos de manicura perfecta, con las que sujetaba las llaves de su vehículo.

—Por una temporada, sí. Soy Eilidh —repuse, alargando la mano.

Ella respondió a mi gesto aceptándola sin mucho entusiasmo pero rápidamente.

—Sharon me ha contado que Jamie y usted son amigos de la infancia —dijo, como intentando sonsacarme algo.

—Así es. Fuimos juntos al colegio.

—Y ahora ha regresado aquí tras su divorcio —añadió, mirándome con excesiva simpatía.

—Bien, todavía no me he divorciado, solo me he separado.

—Es afortunada —continuó—. De hecho, Jamie podría habérmelo pedido a mí. No me habría costado ningún trabajo ayudar a la pobrecita Maisie…

¿Pobrecita?

—Sí, bueno, ahora ya no es necesario —salté, y me alejé.

Por Dios. Había oído hablar de la «mamimafia» pero desde luego nunca la había sufrido en mis carnes. Bien, ya había tenido una bonita introducción.

—¡Hola! —dijo tras de mí una voz que me resultó familiar. Me di la

vuelta y pude ver a una mujer sonriente de unos cuarenta años, con un niño que no tendría más de uno en brazos—. Soy Ruth. Usted debe de ser Eilidh.

Asentí con la cabeza. Tras mi reciente encuentro con la madre de Keira, ahora estaba preparada.

—Encantada de conocerla. Helena me ha hablado de usted. Soy la madre de Ben. Y este es Jack —dijo, jugueteando con el pequeño, que trataba de liberarse de su abrazo con empeño. Tenemos que quedar algún día. Quizá pueda venir a casa, ¿qué le parece?

—Me encantaría. Sería estupendo.

—Solemos reunirnos a menudo, ya sabe, reuniones de madres en las que los niños corretean de un lado para otro mientras nos tomamos una taza de té y charlamos, ¡y nos desahogamos!

Reuniones de madres. ¿Conmigo como si fuera una de ellas? Extraño. Un atisbo a un mundo al que yo había mirado siempre desde la barrera, en el que jamás había sido admitida…

—Maisie no viene casi nunca —prosiguió Ruth—, ya sabe, Mary es una mujer mayor, prefería ir a su aire… Será una oportunidad para que venga y juegue con Ben y los demás… ¡Aquí están! —dijo, cuando aparecieron los niños corriendo—. Le daré mi número de teléfono móvil… ¡Adiós! —exclamó y se fue, alejándose con un último saludo con la mano y una sonrisa, flanqueada por los niños, a los que llevaba de la mano. Bien, Ruth había conseguido que me reconciliara con el mundo de las madres a las que te encuentras a la puerta del colegio.

Observé a los niños bajar las escaleras corriendo, atolondrados, libres y llenos de energía, hasta que vi una cabecita rubia que subía y bajaba.

—¡Eilidh! —Maisie corrió hacia mí y me abrazó. Saludé a su profesora con la mano. La mujer estaba atenta a los niños desde las escaleras, comprobando que a cada uno lo recogían.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal ha ido hoy en el colegio? Ven, tengo que presentarme a tu profesora.

Me acerqué a ella, una mujer de apariencia amable, con el pelo gris y gafas.

—Soy Eilidh. El padre de Maisie debe de haberle hablado de mí —expliqué, dándole la mano.

—Sí, hola, soy la señora Hill, la maestra de Maisie. Su padre me dijo que usted vendría a recogerla durante algunas semanas. ¿Cómo está Mary?

—Bueno, mejorando, pero todavía le queda una temporada me temo.

—Entonces, me alegro de que la hayan encontrado a usted. Maisie estaba tan entusiasmada, ¿a que sí, cariño?

—¡Sí! ¡Eilidh tiene una tienda!

—Bien, no exactamente… —empecé a decir.

—¡Y hoy podré trabajar en la tienda! —añadió Maisie.

—Bueno, más o menos. Te sentarás allí y harás los deberes —dije rápidamente. Dios. Van a pensar que la voy a poner a trabajar, como si fuera una explotadora de niños o algo por el estilo.

Pero la señora Hill sonrió.

—¡Estoy segura de que vas a ayudar mucho a Eilidh! ¡Hasta mañana!

Un coro de adioses siguió a la despedida hasta que nos quedamos a solas en las escaleras.

—¿Cómo te ha ido el día, cielo?

—¡Bien! Estamos criando ranas. Pero parecen comas. Es como si fueran un montón de comas nadadoras. Pero cuando completen su ciclo se convertirán en ranas. Como las mariposas. ¿Vamos a la tienda? —La niña no dejaba de dar saltitos de entusiasmo.

—Sí, y comerás algo, después harás los deberes y luego nos iremos a tu casa y nos quedaremos allí esperando a que llegue tu papá. ¿Qué te parece?

—¿Puedo ayudarte en la tienda? —preguntó, entusiasmada.

Sonreí. A mí me encantaba ayudar en la tienda cuando era niña, hacía que me sintiera mayor y responsable. Ver a Maisie con tantas ganas me recordaba a mí misma, como si fuera mi propia imagen a su edad volviendo a la vida.

—Pues claro. Peggy agradecerá que la ayudemos —le dije, solemne.

Ella asintió con la cabeza, muy seria. Nos dimos la mano y caminamos en silencio, con el viento agitando nuestro cabello, mientras empezaba a anochecer a pesar de que era primera hora de la tarde. El invierno se acercaba.

—¡Hola! —grité al entrar en la tienda.

—¡Hola, chicas! —repuso Peggy desde detrás del mostrador, sonriendo con aquellos ojos de color azul celeste al vernos.

—¿Puedo ayudarte? ¿Puedo ponerme un delantal?

Ambas nos reímos.

—Por supuesto, preciosa, ve y tómate la merienda y mientras Eilidh buscará un delantal para ti. Eilidh, ¡me recuerda a ti cuando eras niña! —dijo, con una mirada de nostalgia que le atravesó el rostro, como la sombra de una nube en los páramos.

—Creo que podrás hacer los deberes más tarde, cuando estés en casa —señalé. Estaba en inferioridad numérica.

Se comió su sándwich rápida como el rayo, masticando deprisa para terminar pronto e ir a ayudar a Peggy.

—¡Un delantal! ¡Necesito un delantal! —dijo tan contenta, mientras se lo ataba por detrás. Le quedaba un poco largo y demasiado ancho, pero no le estaba mal del todo. Estaba tan guapa, con el pelo recogido

hacia atrás con una cinta blanca, sus leotardos grises saliendo por debajo del delantal de color bermellón, sus ojos brillando de emoción — ¡Ya estoy lista! —exclamó, entrando en la tienda.

—Muy bien —dijo Peggy—. Lo primero que vas a hacer va a ser limpiar esta estantería —explicó, dándole un trapo—. Fíjate. Tienes que mover las cajas, luego limpiar debajo y después ponerlas otra vez donde estaban, bien alineadas.

Ambas tenían la cabeza vuelta hacia las cajas de cereales, una rubia y la otra gris, mientras Peggy se acuclillaba para enseñar a Maisie lo que tenía que hacer. Podía verme a mí misma hacía muchos años, frente a la misma estantería, colocando latas y cajas.

La campanilla de la entrada sonó una, dos veces. La puerta se abrió y una mujer joven entró, y junto a ella el aire frío de la calle.

Había algo exótico en aquella joven que me hizo mirar de nuevo. Tenía el pelo negro y corto, más corto de atrás que de adelante, con mechas azules, un jersey de colores que parecía hecho a mano y una minifalda que caía sobre unas piernas largas y delgadas con medias de color rosa brillante. La había visto antes, en alguna parte. Entonces me acordé. Había sido una vez, en el *pub*.

—Hola, Peggy, hola —dijo, sonriendo hacia donde estaba Maisie. En su forma de hablar noté un cierto acento extranjero.

—Oh, hola, ¿eres tú, Silke? —preguntó Peggy, levantándose—. Hacía tiempo que no te veía.

—Pues sí, es verdad. He estado ocupadísima con la inauguración de la galería y todo eso. —Hablaba muy bien, solo que con un cierto deje alemán que se le notaba al pronunciar.

—Esta es mi sobrina Eilidh, no sé si ya habréis tenido la oportunidad de conoceros…

—No hemos sido presentadas formalmente, no —dijo ella, al tiempo que alargaba la mano para dármela con una gran sonrisa. La acepté. Su apretón de manos me pareció caluroso y firme.

—Jamie dijo que cuidarías de Maisie. Menos mal, Eilidh, porque tienes que saber que ¡voy a tenerle muy ocupado con lo de la galería! —exclamó entre risas.

—¿Cómo está yendo? —preguntó Peggy.

—Estupendamente, gracias, es una gran idea. La inauguración será al mes que viene. Habrá música, comida y mucha gente interesante de Edimburgo e incluso de Londres. ¿Vendrás?

—Oh, Silke, soy demasiado vieja para esas cosas, pero Eilidh…

—Me encantaría. Sería estupendo —dije, y la verdad era que así me parecía.

—Y tú también vendrás un ratito, ¿verdad, cielo? —añadió Silke, agachándose para acariciarle el pelo a Maisie.

—Sí. Me pondré mi vestido de hada —dijo Maisie, muy seria.

—¡Qué elegante! ¿Tienes alas también?

—Ajá —asintió con la cabeza—, y una varita.

—Estupendo. Justo lo que necesitamos —dijo Silke, igualmente seria.

—¿Tu también vendrás vestida de hada? —preguntó la niña.

—No, en realidad yo soy una bruja. Aunque una bruja buena.

—¿Una bruja? ¿Tú? —Los ojos de Maisie se abrieron como platos.

—Sí, pero no se lo digas a nadie. ¿Puedo dejarte esto? —añadió, dándole a Peggy un montón de folletos y un póster.

—Claro. Se lo diremos a todo el mundo —dijo Peggy, mientras ojeaba uno de los folletos—. «Galería de Arte Glen Avich», este redondel queda muy bien aquí, ¿verdad?

—¡Gracias! Bien, ahora tengo que dejaros, debo ir a Kinnear para organizarlo todo. Adiós, encantada de conocerte —señaló y, diciendo adiós con la mano a Maisie por última vez, salió de la tienda y se adentró en el anochecer. Con su pelo brillante de color azul y sus medias rosas, parecía una especie de faro mientras cruzaba la calle y desaparecía.

—¿Peggy? ¿De verdad es una bruja? —preguntó Maisie.

Mi tía rió.

—Cariño, las brujas no existen. ¡Salvo en Halloween!

—Si es una bruja, es una bruja buena. Parece encantadora —señalé.

—Oh, sí. Una muchacha estupenda. Muy… especial.

Sonreí. Me apostaría algo a que ese pelo azul que llevaba debió de levantar un gran revuelo la primera vez que vino a Glen Avich.

—Bueno, cariño, démonos prisa, todavía tienes que hacer tus deberes y tus lecturas. —Deberes en primero de primaria. En fin, aunque mi opinión al respecto fuera otra, mi obligación era ocuparme de que los hiciera.

—De acuerdo... —dijo, triste, dando un último toque a las cajas de cereales— ¿Me guardarás el delantal? —le preguntó a Peggy.

—Desde luego. ¿Volverás mañana? Todavía hay mucho trabajo que hacer.

—¿Puedo? ¿Puedo, puedo, PUEDO? —preguntó, suplicante.

—Pues claro que sí. Vamos, cielo, ponte el abrigo, tu papá llegará a casa dentro de una hora —dije, acompañándola a la trastienda.

Pocos minutos después, estábamos en St. Colman's Way. El aire era púrpura, la noche se estaba cerrando y el olor del final del otoño reinaba en el aire. Estábamos a principios de noviembre, en los días en que se recuerda a los muertos.

—¿Te ha gustado ayudar en la tienda?

—Muchísimo. Mi abuelita también estaba muy contenta.

—¿Tu… tu abuelita? Querrás decir la tía Peggy. Estoy segura de que puedes llamarla abuela, si quieres. Le gustará.

—Nooo, Peggy, no. Mi abuelita Elizabeth.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Tu abuelita Elizabeth estaba en la tienda? —exclamé. Tenía la boca seca.

Asintió con la cabeza, dando saltitos de felicidad. No le pregunté nada más. Quería dejar atrás la oscuridad, llegar a casa, dar la luz, sentir el calor, poner la televisión, agua a hervir y tener a mi alrededor todas las cosas habituales, los sonidos y las luces del día, para sentirme segura, para volver a este lado de la realidad. Temblé, mientras apretaba la mano de Maisie un poquito más.

Jamie

Cuando vi las luces de mi casa encendidas, el corazón me dio un brinco. Entonces recordé que Eilidh estaba allí con Maisie. Me quedé en la ventana y miré. Eilidh estaba de pie junto al fogón, preparando algo, de espaldas, con el pelo recogido en una cola de caballo. Maisie estaba sentada en el sofá, jugando con sus ponis, mirando un DVD de *Charlie y Lola.*

Así que es esto es lo que se siente. Volver a casa, una casa caldeada, con la chimenea encendida, las luces encendidas.

Y alguien que te espera.

Estaba agotado. Había tenido un día de lo más ajetreado, sin tiempo para almorzar o tomarme siquiera una taza de té. Todo lo que quería era meter a Maisie en la cama y sentarme junto al fuego, ver alguna película sin interés y cerrar los ojos.

—¡Papá! —Sentí la alegría habitual de cada vez que veía a Maisie después de separarme de ella, aunque fuera por poco tiempo.

Levanté la vista de su cabecita, mientras me abrazaba, y vi a Eilidh allí, de pie, sonriente, pero con una expresión un poco tímida, ligeramente incómoda. Como si todo aquello resultara demasiado hogareño, demasiado íntimo para dos personas que, después de todo, casi ni se conocían.

—He puesto agua a hervir. ¿Qué quieres tomar? —dijo, con aquella voz suave y cálida que la caracterizaba.

Y yo metí la pata. Del todo.

—Ya está bien, Eilidh, gracias. Debes de estar cansada. Ya me prepararé yo el té y me ocuparé de Maisie.

¿Por qué? ¿POR QUÉ dije eso? Cuando lo que quería decir era: «Con leche y un terrón de azúcar, gracias, venid y sentaos las dos conmigo. Contadme qué tal os ha ido el día».

Me había ganado un bofetón.

—Claro. Adiós, Maisie. Hasta mañana —dijo ella, forzando una sonrisa.

—¿Es que no me vas a dar la cena? —preguntó Maisie, desilusionada— ¿No te quedas para bañarme? ¿Y para contarme un cuento?

—Ya ha llegado tu papá, cielo. Mañana te recogeré como siempre en el colegio.

Me quedé sin palabras, superado por mi propia timidez. Fue como si hubiera un hilo invisible entre las dos y yo hubiera llegado para cortarlo, y ahora me estaba doliendo.

—Hasta mañana, Jamie —dijo ella, saliendo por la puerta antes de que fuera capaz de decir nada.

Me llevé las manos a la cabeza, frustrado, mientras Maisie se sentaba de nuevo en el sofá, en silencio. Me quité el abrigo y me dispuse a preparar el té. Sobre el fogón había unos macarrones con queso. Eilidh no se había olvidado del plato favorito de Maisie. También había algo en el horno. Lo abrí y hasta mí llegó un maravilloso olor. Un asado de pasta, suficiente para una persona. Mi cena. El alma se me cayó a los pies.

Cuando me disponía a alcanzar una taza, me di cuenta de que Eilidh ya había preparado dos, cada una con una bolsita de té dentro.

Soy un idiota.

Capítulo 13

LUCES Y SOMBRAS

Eilidh

Los días y las noches siguen un patrón, una vida completamente nueva: una vida tranquila, sin prisas. Me resulta tan agradable, tan natural, como si nunca hubiera conocido nada distinto a esto. Las mañanas en la tienda, las tardes con Maisie y las noches, antes de irme a dormir, en casa con Peggy o, muy de vez en cuando, fuera para tomar algo con Helena, Ruth o Silke.

Los dos últimos fines de semana los pasé ayudando a Silke con la apertura de la galería, desembalando obras de arte, limpiando, haciendo llamadas y todo lo que hubiera que hacer. Me dejé convencer por su encanto y el entusiasmo de Peggy para hacer una lectura en la inauguración. Silke le había dicho a mi tía que habían encontrado a una arpista para hacer un solo y a una cantante para cantar algunas canciones típicas en gaélico. A eso mi tía añadió que recordaba cómo había leído yo *Hallaig* hacía tiempo y cómo la gente en Glen Avich se había emocionado tanto que casi habían llorado, o por lo menos es lo que a ella le había parecido.

Jamie me pidió que leyese *Lucy,* un poema de George McKay Brown. Yo escogí el de Sorley MacLean, *La elección,* un poema sobre el amor y la pérdida que me gustó.

Una vez decidido, tenía que hacer algo muy importante: elegir qué me iba a poner. Me había dejado la ropa más bonita en la casa que compartíamos Tom y yo y solo había traído *jeans,* camisetas y jerseys. Siempre he preferido vestir de manera informal, pero a Tom le gustaba verme con vestidos de noche, maquillada y con joyas, y salir a restaurantes caros o asistir a cenas. Me sentía como si llevara un disfraz, de verdad. Como si hubiera abierto un baúl lleno de ropa y me hubiera puesto un vestido. No me hacía mucha gracia, no.

No obstante, no podía asistir a la inauguración de la galería vistiendo pantalones y una camiseta. Incluso Silke se arreglaría un poco, con un vestidito negro y unas medias a cuadros escoceses, y esta vez con el pelo teñido de rosa. Eso por no hablar de Maisie, que iba a ponerse su atuendo de hada. No, me hacía falta un vestido.

—¿Shona? Hola, soy Eilidh, ¿cómo estás? Bien. Sí, todo va bien. Es un placer. Es preciosa, ¿a que sí? Bien, quería preguntarte ¿te has

enterado de lo de la inauguración de la galería de arte? Tú también vendrás, ¿verdad? Pues verás, voy a leer un poema y no tengo qué ponerme. Sí, exactamente. Lo has adivinado. Oh. ¿Lo sabe él? ¡Suerte! ¿Mañana? Sí, puedo, pero solo si no estás muy ocupada… De acuerdo, de acuerdo. Te enviaré un mensaje de texto con la hora. Gracias. Nos vemos.

Uf. Shona ya había pensado en todo, naturalmente. ¿Hay algo en lo que no piense o que no planee? Me dijo que Jamie llevaría un traje nuevo. Pensar en ello me hizo reír. Sacar a Jamie de su combinado de *jeans,* camiseta y cazadora gris descolorida era algo que solo Shona y su carácter mandón podían conseguir.

★ ★ ★

El tren llegó a la estación de Aberdeen a las once y veintitrés minutos. Shona ya estaba allí, con un café de Starbucks en cada mano. Me besó en la mejilla, sin manos, riendo, y me acercó uno de los cafés.

—Necesitarás energía para nuestro *tour* de compras. Vamos. Oh, Eilidh, me encanta tu pelo —dijo, acariciándomelo ahora que me lo acababa de lavar—. Con esos ojos y un pelo así estarás impresionante con cualquier trapo. Pero, claro, no vamos a comprar un trapo. Primero a Debenhams, creo, y luego echaremos un vistazo en Hobbs.

Estaba sonriendo mientras el aire frío de Aberdeen me golpeaba en la cara, con los altos edificios de granito rodeándonos. Nos dirigimos a Station Square, llena de letreros brillantes de neón y de escaparates de tienda iluminados. Todo se veía precioso. Sentaba tan bien salir a dar una vuelta de nuevo, sin pensar en nada importante, nada trascendente. Solo pasándolo bien con una buena amiga.

Salí del probador con un vestido de color rojo pasión. Ambas asentimos con la cabeza. Luego llegó el turno de una falda de seda de color verde oscuro, después un traje pantalón negro, uno de esos que te pones para ir a una entrevista de trabajo. Después, un vestido estilo imperio, con tanto escote que me habrían detenido por escándalo público, además de que, aparte, me habría congelado hasta morir, claro, de haberlo elegido para una noche fría de noviembre.

—¡Shona! Parezco… Parezco una… bueno, ¡ya sabes lo que quiero decir!

Carraspeé, mirando mi reflejo en el espejo del probador. Me había puesto un corsé negro, el más ajustado, el más pequeño, el más atrevido que nunca jamás hubiera llevado. Los pechos me desbordaban por arriba.

—¡Ni hablar, no pareces una de «esas»! Te queda muy *sexy*. A mi hermano le daría un ataque al corazón —dijo casi sin respiración.

—¡Shona! —grité, confundida—. ¿Qué diablos…?

—¡Perdona! —exclamó entre risas—. Está bien, quítatelo. Pruébate este otro.

Media hora después, sin suerte, nos fuimos a comer a Debenhams.

Ataqué mi atún con queso fundido como si no hubiera comido durante un mes, estaba hambrienta después de tanto trabajo y del frío que hacía.

—Por Dios, Eilidh. ¡Casi te comes el plato!

—Lo sé —respondí, con una gran sonrisa—. Es como si no hubiera comido en años. En realidad, si lo pienso bien, así ha sido. No he comido como Dios manda en mucho tiempo.

—Ya me di cuenta de eso el día que nos vimos en el *pub*. Eras piel y huesos. Ahora tienes mucho mejor aspecto. Oh, Eilidh… Ojalá hubieras venido antes. Me refiero a que hubieras cambiado antes de entorno, como mínimo.

—Sí, ojalá lo hubiera hecho. Bien, pues ya estoy aquí. —Estaba decidida a no pensar en el pasado. Para un día que me lo estaba pasando bien, no iba a estropearlo.

—Es verdad. Y para serte sincera, ha sido bueno, y no solo para ti. Peggy está más contenta, se la ve menos cansada, desde que te mudaste aquí. Y en cuanto a Jamie… —Ella tomó un sorbo de su capuchino—. Bien, ya sabes que necesitaba que le echaran una mano.

—Mary volverá a caminar pronto.

—Sí, lo sé. Pero no es solo eso. Lo que quiero decir es que le hacía falta que le echaran una mano con Maisie. No solo en el sentido práctico. Necesitaban a alguien en sus vidas…

Miré hacia otra parte. Shona se dio cuenta de que me sentía incómoda.

—¡Tiene muy buena pinta! —prosiguió, señalando mi pastel de zanahoria.

—Sí, está muy rico. Y sabe mejor si le añades chocolate caliente.

—Debes tener cuidado, Eilidh, si sigues comiendo así acabarás llegando ¡hasta la talla treinta y ocho! —dijo, bromeando.

Shona es una mujer llena de curvas, llenita, y le queda bien. Por supuesto, como la mayoría de las mujeres, no ve su propia belleza. No se da cuenta de lo exquisito y suave que parece su cuerpo, de lo bonito que es su pelo rubio y rizado, su piel blanca como la leche y sus ojos de color azul claro. Heredó su aspecto nórdico de Elizabeth, mientras que Jamie se quedó con el pelo negro y los ojos grises de su padre.

—Vamos, ¡a por él! —dije, cortando el pastel por la mitad y dándole la cuchara.

—No, de verdad..

—Vamos a ver: o comes del pastel o me levanto y pido un pedazo de tarta de chocolate y te lo planto ahora mismo delante de tus

narices.

Shona rió.

—¡No me dejas alternativa!

El pastel desapareció en dos minutos.

★ ★ ★

Una hora más tarde, por fin lo habíamos encontrado. El vestido. «Mi vestido.»

Me quedé de pie, mirándome al espejo. No podía creer lo que veía. Me hacía parecer esbelta, me sentaba tan bien que Shona se quedó impresionada al verme. No era tanto la belleza del vestido, de suave chiffon de seda negra, con mangas transparentes y un bordado en azul claro —un toque que me pareció un poco zíngaro y, al mismo tiempo, que le daba sobriedad—. Tampoco se trataba de los zapatos de tacón alto o de mi pelo cayéndome por encima de los hombros lo que me encantó.

Lo que me gustó fue la mujer que vi reflejada en el espejo.

Ya no tenía la mirada vacía. Sus ojos no reflejaban desesperación. Tampoco estaban vacíos.

Parecían… vivos.

★ ★ ★

La ventanilla del tren era negra. Podía ver el perfil de mi cara y me apoyé sobre él, bajo las brillantes luces del vagón. El libro que había traído para leer en el tren permanecía cerrado en mis manos, me encontraba perdida en mis pensamientos.

Me lo había pasado tan bien: había sido un día fácil, lleno de alegría. Iba cargada de bolsas, y en una de ellas llevaba la ropa de Jamie, un regalo de Shona que le daría al día siguiente. También me había comprado libros, así como cosméticos y algunos caprichos en el Body Shop. No podía creerme lo mucho que había disfrutado durante mi sesión de compras. Todas las pequeñas cosas que solían alegrarme habían desaparecido bajo la frustración de no conseguir lo que buscaba. No había disfrutado de nada durante mucho, mucho tiempo.

Pensé en Tom. En lo duro que debía de haber sido para él. Empecé a sentirme mal cuando me di cuenta de que no había pensado ni una sola vez en Peggy, ella, que estaba viuda y se había quedado sola. Eso hizo que me diese cuenta de lo obsesionada que había estado conmigo misma durante todos esos años. De lo poco consciente que había sido de las necesidades de los demás, incluidas las de Tom.

Nuestro matrimonio estaba muerto y enterrado, lo sabía. Se había desvanecido tras años de abandono, de aislamiento mutuo. Me había

engañado, no había excusa para eso. Pero debía de haberse sentido muy solo, perdido, mientras yo permanecía obsesionada con lo que me pasaba, con mi cuerpo, que no funcionaba, con la pena que sentía de mí misma.

Tom. Me preguntaba qué sería de él.

El tren redujo la velocidad y acabó por detenerse al llegar al andén iluminado que se extendía junto a nosotros. Tiré de todas las bolsas que llevaba y estaba abriéndome camino hacia la salida cuando vi a una muchacha de pie al final de vagón, mirándome con una expresión vacía.

Gail.

Sonreí y abrí la boca para saludar, pero ella se volvió hacia la puerta. Me quedé helada, sorprendida.

Seguí caminando hacia donde se encontraba y la alcancé, sin saber bien qué hacer. Era la hermana de Helena. E intentaba aparentar que no me había visto. A propósito.

El tren se detuvo del todo, la puerta se abrió con un sonido como el del aire que se absorbe y nos apeamos. Gail se alejó, deprisa, sin mirar atrás.

Me había visto, pues claro que me había visto. En realidad —y eso me deprimió—, había percibido mi presencia durante todo el trayecto, estaba en el mismo vagón.

Solo había una explicación, pensé, mientras caminaba hacia mi casa en la oscuridad. Jamie la había dejado y estaba celosa de la estrecha relación que yo mantenía con la familia de él.

Bien, pues no tenía por qué preocuparse. No albergaba intención alguna de empezar una relación con él ni con nadie. Asentí con la cabeza. Que muchacha tan, tan tonta. Mejor no hablar de ello con Helena. Mi vida ya era lo bastante complicada como para añadir una preocupación más.

Llamé a mi puerta. Tenía llaves, por supuesto, pero no quería asustar a Peggy.

—¡Eilidh! Eilidh, entra, cariño, tengo a Katrina al teléfono.

Se me cayó el alma al suelo. Katrina. Oh, caramba, no había hablado con ella desde que me había mudado.

—Hola, Eilidh, ¿cómo estás?

—Bien, gracias. Mucho mejor. ¿Y qué tal estáis los niños y tú?

—Todos bien, gracias. Escucha, ya sé que es un poco pronto, pero me preguntaba si te gustaría venir para Navidad. Es decir, si no tienes otros planes, nos encantaría verte.

El corazón se me suavizó.

—Como no tienes obligaciones, ni niños ni nada de eso… verás, ¡tiene sus ventajas!

Era como si me estuvieran pinchando en el estómago.

No me lo podía creer.

No podía ser solo falta de tacto. Acababa de perder un bebé, por Dios. No podía tener hijos, eso era una cruz para mí, y a ella no se le ocurría otra cosa que decir aquello, al tiempo que me invitaba para ir en Navidad. Me puse a llorar.

—Gracias, pero me quedo en Glen Avich. Peggy ha organizado una cena de Nochebuena —dije, manteniendo el tono de voz calmado. No quería que se diera cuenta de que me había herido.

—A mamá y a papá les encantaría verte —soltó, a modo de reproche.

—Hablé con ellos la semana pasada. Ya nos veremos. Gracias por llamar.

—Oh, de acuerdo entonces, adiós Ei.

Colgué el teléfono. Déjame en paz, déjame en paz, ¡déjame en paz!

Corrí escaleras arriba, con un nudo en el estómago.

—¡Oh, Eilidh! Por Dios santo, ¿qué te ha dicho ahora esa muchacha? Siempre tuvo una lengua viperina, ¡demonios! —exclamó Peggy, apoyándome.

Estaba tan enfadada. Tan enfadada con Katrina, y conmigo misma por ser tan débil y tan tonta, y por echarme a llorar en lugar de decir que me dejara en paz, por favor.

—Vamos, cariño, vamos. Es como cuando erais niñas, ¿verdad? Lo recuerdo muy bien. Vamos, vamos, ven y tómate una taza de té… ¿Qué tal te lo has pasado en Aberdeen?

Asentí con la cabeza.

Sonó el timbre.

—Vete arriba y lávate la cara, cielo —dijo, como si estuviera hablando con una niñita.

Subí arriba con todas mis bolsas.

—Oh, Jamie, hola, entra, qué agradable sorpresa. —Me quedé en el pasillo, helada.

—Lamento molestarla, ya sé que es casi la hora de cenar. Mi hermana acaba de llamar y me ha dicho que viniera a recoger algo que me había enviado con Eilidh… Dice que es algo que ha comprado hoy en Aberdeen. Maisie se ha quedado a dormir en casa de una amiga, así que pensé que era el mejor momento para venir…

Me entró el pánico. No podía esconderme. Pero él sí se daría cuenta de que había estado llorando. Oh, no…

Salté al interior del cuarto de baño para lavarme la cara, tropecé con una de las bolsas y acabé aterrizando de cara, golpeándome la cabeza contra la puerta del cuarto de baño.

—Debe de haber sido Eilidh —oí decir a Peggy como si tal cosa, a pesar de que había hecho un ruido terrible.

Me recompuse. Ay. Oh, Dios, qué aprieto.

Me lavé la cara, me peiné y bajé a regañadientes.

—Hola.

—Hola.

Jamie estaba sentado en la cocina, con una taza de té.

—Aquí está —le dije, dándole la bolsa.

—Gracias.

Peggy miró primero a uno y después al otro, Jamie, en silencio y tímido, y yo, en silencio, enfurruñada y con los ojos rojos.

—¿Dónde está Maisie? ¿Ha salido?

—Sí.

—¿Te acordaste de meter en su bolsa la casita rosa? Es su nuevo juguete. Quería ir enseñándolo por ahí.

—Sí —repuso él y me miró por primera vez—. ¿Te encuentras bien? —preguntó, con sus ojos grises llenos de preocupación.

—Sí, sí, claro. —Contestaba con monosílabos.

—¿Ha ocurrido algo en Aberdeen?

—¡No, no nada! —Moví la cabeza con vehemencia—. Me lo he pasado muy bien con Shona. Bailamos. —No me hubiera hecho ninguna gracia que pensara que no había disfrutado, cuando gracias a Shona había pasado el mejor día en… En fin, el mejor día en no recuerdo en cuánto tiempo.

—Katrina —dijo Peggy, a modo de explicación, y dejó la estancia antes de que pudiera protestar.

—Oh. —Jamie asintió con la cabeza. Él también la conocía.

Nos quedamos a solas en la cocina.

—Debes de estar cansada.

—Sí.

—De no ser así te hubiera invitado a salir para tomar algo.

—Todavía no he cenado. Peggy ya lo ha preparado.

—Si quieres, puedo volver después de la cena. ¿Qué tal si conduzco hasta Kinnear?

—Esta noche no, Jamie. —Todavía no había acabado de llorar. Ese había sido mi pasatiempo favorito durante meses después de todo, así que se me hacía difícil dejarlo completamente.

Además, me invadía ese sentimiento terrible, terrible de veras, de que si dejaba que se acercase a mí demasiado lo único que haría yo sería apoyar la cabeza sobre su pecho, cerrar los ojos y quedarme así, sin más.

Y no podía hacer eso.

Capítulo 14

LLAMANDO A ALGUIEN EN LA NOCHE

Jamie

No me había acercado hasta la casa de Peggy con la única intención de recoger el regalo de Shona, claro que no. Lo había hecho porque mi propia casa estaba demasiado silenciosa y demasiado vacía sin mi hija.

Y porque quería ver a Eilidh.

Más que nada, quería ver a Eilidh.

Cuando me la encontré así, con los ojos rojos, llorosos, sentí un impulso fortísimo por hacer algo para que se sintiera mejor. Igual que cuando Maisie se cae mientras juega en el parque o cuando se disgusta y llora, le seco las lágrimas con los dedos y la abrazo hasta que se calma y se relaja en mis brazos como si fuera un pajarillo. Eso mismo fue lo que hubiera querido hacer con Eilidh —y casi lo hago—. Me faltó poco para levantar las manos y sujetarla de los hombros, para luego acercarla hacia mí. Pero no lo hice.

A veces, todo este silencio con el que nací me parece una maldición. Pero incluso sin palabras, podría haberle mostrado cómo me sentía, en lugar de quedarme como pasmado.

Me fui a casa, con el corazón repitiendo como un eco las palabras que no había sido capaz de pronunciar. Ojalá ella pudiera oírme.

El sabor del *whisky* me resultó amargo al paladearlo y me quemó al tragarlo, así que no me confortó en absoluto. Bebí, bebí y bebí, buscando ese alivio que no llegaba. El *whisky* solía saberme muy bien, hacerme entrar en calor, proporcionarme una sensación de paz, sumirme en un estado de somnolencia… de pureza ambarina, de olor a turba, el sabor de la mismísima sangre de Escocia… que ahora no es más que olvido y que huele y sabe a soledad, y punto. Es como una navaja de doble filo.

Miré el reloj de la repisa: las tres en punto, la hora más aburrida. Me levanté, con un poco de pereza pero totalmente lúcido. Agarré la botella, me fui al fregadero de la cocina y vacié lo que quedaba, mirando cómo se colaba su contenido por el desagüe.

Abrí el armario, ese que reservaba para mis tardes y mis noches de soledad. Saqué todas las botellas o, mejor dicho, tres. Las abrí y las dejé en fila junto al fregadero. Una por una, las fui vaciando.

Seguí así, agarrándome al fregadero.

Los hombres no lloran.

Los hombres no lloran cuando hay algo que ver.

Y entonces sucedió algo extraño.

Sentí algo… a alguien… que me tocaba el cabello, una luz y una mano amable, como el sueño de una caricia.

Se me pusieron los pelos de punta. Me di la vuelta, lentamente, convencido de que vería a alguien allí, pero no había nadie.

Y de nuevo, otra caricia, esta vez en la mejilla.

Me quedé petrificado, la borrachera se me pasó al instante. Tragué saliva. Podía oír la sangre circulando por mis orejas, el corazón, que latía y latía como si fuera a salírseme del pecho.

Poco a poco, me acerqué a la silla que esta frente al fuego, ya casi apagado, y me senté.

El silencio resultaba enervante, así que encendí el televisor. Su luz relampagueante llenó la habitación, además de los sonidos y las voces, que resultaban tan reconfortantes. Me senté, mirando a la pantalla pero sin verla, y me dormí.

Me desperté al amanecer, con esa luz gris inundando la estancia y sin los fantasmas.

Vi las botellas vacías, alineadas ordenadamente, cuyos contenidos habrían ido a parar primero al río y luego al mar, y me sentí ligero, mucho más ligero de lo que me había sentido en mucho tiempo.

Así pues, podía parar. Creía que no podría pero, en realidad, lo hice. Un sentimiento de renovación y de esperanza me llenaba mientras me duchaba, con el agua caliente que arrastraba con él el frío, el silencio y la desilusión y se colaba por el desagüe para acompañar al *whisky* en su camino hacia el mar.

Eilidh

Estoy allí echada, mirando al techo. A la izquierda veo un pequeño desconchón, y uno más grande a la derecha, y un poco más lejos, un minúsculo redondel donde falta la pintura, junto a la lámpara. No dejo de dar vueltas.

Ponerme a contar ovejas no serviría de nada, no me voy a dormir.

Me levanto y abro las cortinas, a ver si así me libero un poco de la sensación de claustrofobia. Montañas oscuras y cielo oscuro, sin luna. Abrí la ventana con la esperanza de que el frío aire de noviembre se llevara con él la ansiedad que sentía, el pánico que me había invadido desde que recibí la llamada.

Ni siquiera sé por qué me sentía así.

O tal vez sí. Me habían recordado que mi vida en Glen Avich no era más que un respiro temporal, que tarde o temprano tendría que volver

a la realidad. Afrontarla. Mi familia. Sourthport. Tom.

Un divorcio.

Nada bueno. Ni siquiera la brisa dulce y húmeda me ayudaba.

Tenía que salir.

Eché un vistazo a mi reloj de pulsera. Las tres de la madrugada. Caramba, ¿quién iba a verme?

Me eché una manta sobre el pijama y me deslicé hasta el piso inferior. Me puse el chaquetón y las zapatillas deportivas y salí al frío de la oscura noche.

Me puse a caminar, hacia el sonido del viento en los árboles y la llamada ocasional de un búho. Un zorro cruzó la carretera, a pocos metros de donde me encontraba. Se detuvo a mirarme, sus ojos amarillos brillaron en la oscuridad, y luego desapareció. Caminé por las calles vacías de Glen Avich, hasta St. Colman's Way, pasada la casa de Jamie y hacia la colina.

Me senté en el banco del pequeño jardín que habían construido donde se encontraba la fuente. Se decía que las aguas de St. Colman ayudaban a la fertilidad. Menuda ironía. En mi caso, tendría que beberme toda la fuente para que funcionara y ni así, pensé con amargura.

Podía ver todo Glen Avich a mis pies y las negras montañas detrás del pueblo. A mi derecha, la carretera serpenteante que me había llevado hasta allí, flanqueada por casas, incluida la de McAnena. La luz estaba encendida en la cocina de Jamie. Me preguntaba por qué seguiría todavía despierto a esas horas.

Hice lo correcto, por supuesto. Lo último que me hubiera faltado era salir una noche con él. Con solo un toque toda la soledad y la tristeza se hubieran desatado y sabe Dios qué habría sucedido.

Y eso se acabó para mí.

Porque ¿quién iba a quererme? ¿Quién querría a alguien que no puede tener hijos?

Esa es la razón por la que Tom se fue con otra, con una mujer que funcionaba como es debido, como se espera de cualquier fémina. Nadie espera que una mujer sea estéril.

Eso, ya lo he dicho. Ahí está el secreto que no puedo revelar a nadie, porque si lo hago se llevaría consigo el verdadero calado de mi salvavidas, el sentido de mi propia insignificancia. Nunca lo diré en voz alta, resulta demasiado cruel. Si un amigo me dijera algo así, me quedaría consternada. Le diría: «¿Cómo puedes pensar eso? ¿Cómo puedes odiarte hasta ese extremo? ¿Cómo puedes pensar que nadie te querrá nunca porque no puedes tener hijos?» Y, entonces, lo pensaría de mí misma, pensaría esa cosa horrible que no me atrevo a decir en voz alta.

Lo creía de veras; creía de veras, estaba convencida hasta los

huesos de que nadie querría a alguien como yo. Sin hablar de Jamie McAnena, a él y a su preciosa, preciosísima hija con toda la vida por delante, su éxito como artista, su hermosa alma, su atractiva cara, esa voz que parecía fluir sobre mí como un torrente de agua termal, calmándome y confortándome y haciendo que me sintiera a gusto con el mundo.

Él encontrará a alguien… adecuado. A una mujer de verdad, una a la que el cuerpo le funcione como es debido.

Oh, no, Eilidh, no te pongas a llorar otra vez. NO LO HAGAS. Escondí la cara entre las manos, para luego levantarla de repente.

Risas.

Risas que llegaban desde los arbustos y voces hablando bajo.

Venían hacia mí.

Me levanté del banco y me escondí detrás de un pino, con el corazón latiéndome con fuerza. ¿Quién podría ser a estas horas de la noche? O, mejor dicho, ¿quién aparte de mí?

De detrás de los arbustos salió una silueta negra, alguien alto. Una mujer. Seguida por… —entrecerré los ojos, mirando a hurtadillas desde detrás del árbol— otra mujer, una más baja. Hablaban en susurros, se reían y se daban la mano. Me quedó claro lo que estaba pasando allí.

En fin, los tiempos cambian, también en Glen Avich. Me resigné a quedarme escondida hasta que se fueron. No quería que se sintieran cohibidas si las descubría y, además, tampoco yo podía dar una explicación muy convincente de lo que estaba haciendo allí a las tantas de la noche. Por lo menos, ellas tenían una buena excusa.

Las dos muchachas se abrazaron y se besaron. Me resultó extraño, no porque fueran dos mujeres, sino porque yo estaba allí viendo algo que no debería.

Por todo el jardín se veían minúsculas luces solares, enterradas en el suelo como si fueran setas. Daban una luz tenue, como si lucecillas de hadas salpicaran todo el lugar. Las jóvenes pisaron una de ellas al abrazarse y pude verles las caras: Silke… y…

¡Cielos! ¡Fiona Robertson! Esa muchachita tan tímida, la nieta de Mary. Si se pone coloradísima simplemente con que alguien la mire. En fin, como mi madre suele decir de mí: «las apariencias engañan».

Qué ganas, qué ganas, pero qué ganas tenía de irme de allí. Me sentía fatal por estar entrometiéndome de aquel modo en algo así. Respiré hondo y salí de mi escondite, despacio, de puntillas.

Fiona y Silke se miraban ahora, agarradas de las manos, perdidas la una en los ojos de la otra. Ponían una cara… increíble.

Era amor en estado puro, sin adulterar.

Nadie me había mirado nunca de ese modo. Ni yo había mirado a alguien así. Desde luego, a Tom no, eso seguro.

Me quedé en pie entre las sombras, sujetándome al árbol, contemplando cómo se miraban.

Y entonces tuve dos revelaciones.

Una fue: nunca había amado y ahora era demasiado tarde.

Y la otra fue: cada cual puede elegir cómo vivir su vida. No tengo que volver a Southport. En realidad, puedo elegir quedarme, poner orden en mis cosas, cerrar asuntos que todavía colean, como Tom o mi familia, y «quedarme».

Todos tenemos elección.

Quiero quedarme, quiero sentir que estoy en casa. Más que nada, necesito sentir que estoy en mi casa.

Capítulo 15

UNA ESTRELLA AL OESTE

Elizabeth

La emoción es palpable, incluso yo puedo sentir cómo fluye a través de mi cuerpo inmaterial según me siento en una viga de madera, aquí arriba, cerca del techo. Puedo ver a Silke, no es fácil no hacerlo, siendo como es tan alta y llamativa, con su pelo de color rosa. Me hace reír porque es valiente, sincera y libre. Las muchachas de mi generación nunca hubiéramos sido tan atrevidas.

Y ahí está mi querida Maisie, hablando con todo el mundo y de todo, a su manera, tan dulce, divertida y segura. Se ha puesto su vestido rosa de hada, así que ¡al fin se las apañó para convencer a su padre de que se lo dejara lucir! Con un poco de ayuda de Shona, seguro. A Jamie le preocupaba que pasara frío. Para permitir que la niña vistiera un atuendo tan vaporoso y ligero a pesar del frío que se nota en el aire, debe de haber dicho que sí, que de acuerdo mientras debajo lleve su jersey rosa de manga larga y esos leotardos rosa y púrpura que la mantendrían abrigada. La verdad, mi hijo es a veces como una «mamá gallina». Shona le ha puesto a la niña un poquito de azul brillante del de Kirsty sobre esas pequeñas mejillas y le han dejado esa bonita melena que tiene suelta, cayéndole sobre los hombros como una catarata dorada. El efecto del conjunto es tan bonito, viéndola desde aquí arriba, que casi se me encoje el corazón de la emoción.

Jamie está muy guapo con su camisa de cuadros blancos y azules y sus *jeans*. Está con un grupo de artistas amigos, con una cerveza en la mano, tranquilo y comportándose tan modestamente como siempre. Estoy tan orgullosa de él. Su trabajo es de lejos el mejor de los que se exponen, una bonita colección de medallas, pequeñas esculturas y joyería, todo con algún motivo escocés, los típicos símbolos, el cardo, el ciervo, reinventados y reinterpretados para aparecer como algo nuevo. Estoy orgullosa de su trabajo, y orgullosa de la decisión que tomó anoche. Me ha preocupado mucho durante mucho tiempo, cuando le veía beber a solas una noche tras otra, y temiendo el momento en el que eso acabar por afectar a su vida, a su trabajo y al mundo de Maisie. Pero ha dejado de hacerlo. Cuando Jamie cierra una puerta, se queda cerrada. Es como su padre —indeciso, soñador,

pensador— y entonces, su mente se rehace, no hay vuelta atrás. Anoche no pude resistirme a acariciarle la cara, aunque me di cuenta de que se asustó…

Eilidh acaba de entrar. Está realmente guapa esta noche. Más de uno se ha dado la vuelta para mirarla, con su vestido negro y sus ojos brillantes, dirigiéndose a hablar con Shona. Fraser y las chicas se han quedado en Aberdeen para asistir a la fiesta de cumpleaños de su sobrino y Shona se ha quedado con Jamie. Puedo ver lo amable que mi hija está siendo con Eilidh desde que se mudó aquí. La diferencia de cuatro años entre ellas era grande cuando estaban creciendo, pero ya no lo es.

Jamie no la ha visto entrar, está de espaldas. ¡Espera cuando la vea con ese vestido!

Oh, por Dios. Ha venido Mary. En silla de ruedas. Creo que me voy a «evaporar» por la vergüenza que estoy pasando. Si alguien me hubiera dicho hace unos años que me convertiría en un fantasma que acabaría empujando a una pobre inocente por las escaleras…

Pero ha valido la pena.

¿Qué estoy diciendo? Elizabeth McAnena, ¡no tienes ni una pizca de vergüenza!

Pero sí, ha valido la pena.

Ahí está, justo como lo había planeado. Jamie ha visto a Eilidh. Sonrío para mis adentros al observar cómo los ojos de él se agrandan por la admiración, pero se queda quieto donde está, cohibido. Hombres. Confío en que Shona sabrá qué hacer, tirará de Eilidh de la mano y la llevará hasta donde están él y sus amigos, John y Ally —ahí están ellos, los tres pícaros—. Los recuerdo muy bien, cuando tenían escasamente los diez años, sentados en mi cocina tomándose una rebanada de pan con mermelada antes de salir a pescar juntos.

John y Ally están casados, uno trabaja como profesor en Kinnear y el otro en un banco en Aberdeen.

Ally está mirando a Shona ahora que cree que nadie le ve. Siempre le gustó y creo que a ella también le gustaba él, pero entonces Fraser apareció en escena y eso se acabó. A menudo me he preguntado qué habría pasado si mi actual yerno no hubiera llegado un día para visitar a sus primas de Kinnear y no hubiera pasado por Glen Avich. Tras más o menos un año de cortejo a distancia y de conducir entre Londres y Glen Avich, se dio cuenta de que, si quería casarse con Shona, tendría que mudarse aquí, así que lo hizo. Una boda, una preciosa casa y tres hijas después, ninguno de los dos ha vuelto a mirar atrás.

A Shona le hubiera gustado ser enfermera, pero nunca pudo hacerlo porque se quedó embarazada una vez, y luego otra, y luego otra. Pero ¿no es cierto que todos tenemos algo que lamentar y vivimos con ello?

Lo que yo lamento es un secreto. Nadie habla de él. Para ellos, no fue más que una chispa, una de esas «cosas que pasan». Para mí, fue un bebé. Un bebé que llegó a crecer lo suficiente en mi seno como para que llegase a saber cuál era su sexo, pero demasiado joven como para sobrevivir fuera de él. Le llamé Charlie. Entonces llegó Jamie y todo el mundo se olvidó de lo que había sucedido. Todos menos James y yo. Suele decirse que toda mujer tiene alguna historia de un bebé que contar, una que nunca comparte o de la que jamás habla. Bien, pues esta es la mía.

Sí, todos tenemos algo que lamentamos, y en cualquier caso, Shona es feliz, puedo verlo. Ha vuelto a hacer gestiones para ver si puede regresar a la universidad, empezar al año que viene. Sería una gran enfermera, tan cuidadosa y eficiente como es. Súper eficiente, de verdad. Era la única que nos mantenía a los tres a raya, la única que podía mandar a Jamie y salir airosa.

Empieza la música. Jamie y Eilidh están sentados el uno junto al otro en la primera fila, mi hijo con Maisie en su regazo. La siguiente en subir a hablar será Eilidh. Algunos de los asistentes recordarán la última vez que se puso frente a todo Glen Avich a leer, ahora hace más de veinte años. Y ahí está, de pie frente al micrófono por un instante, preparándose. Lee de maravilla, tiene una voz de terciopelo que es capaz de arrastrar a la audiencia a la tristeza y la desesperación y luego otra vez a la alegría con el precioso *Poema para Lucy,* el favorito de Jamie.

Un segundo de emoción contenida, entonces alguien aplaude y la magia desaparece. Eilidh baja de la tarima y Silke la abraza, dándole las gracias.

Es hora de que Maisie se vaya a casa, se ha quedado medio dormida en brazos de Shona. Una ráfaga de adioses y al fin Jamie y Eilidh se quedan de pie, a solas, uno frente al otro. Hasta…

—¿Jamie McAnena? Hola, ¿qué tal? Soy Emily —dice la mujer de cabello gris envuelta en una pasmina azul y que luce joyas de estilo étnico—. Me encanta tu trabajo.

Y Eilidh se va.

Jamie

Esta noche me siento a gusto con el mundo. Esa tremenda, tremendísima tristeza que se esconde en mi nuca, el sentimiento de vergüenza, el miedo oculto que sabía que un día se llevaría mi vida por delante: todo eso ha terminado. Estoy seguro, no me quedan dudas: no pienso volver a caer en eso. En el momento en que dejé de lado el *whisky,* se acabó.

Ahora soy libre.

Eilidh está muy guapa esta noche. Siempre lo está, cuando lleva *jeans* y camisetas y sudaderas, pero esta noche, con ese vestido, y su cabello ondulado y suave… Me gustaría que todo el mundo desapareciera y nos quedásemos a solas.

Pero veo tristeza en sus ojos, otra vez. La misma que vi que tenía cuando llegó a Glen Avich. Me pregunto qué le habrá dicho Katrina anoche.

—Eilidh… Gracias, has estado maravillosa.

—¡Oh, por suerte me he acordado de todo!

—¿Te encuentras bien? Pareces un poco… —Tropiezo. Palabras. Son tan… difíciles.

Ella se ríe.

—No, no he sido yo, son mis ojos. Tengo los ojos de mi padre, ya sabes: es judío y todos de parte de la familia de mi padre tienen los ojos tristes. Él los llama «ojos Kletzmer», ya sabes.

Después de eso, no se me ocurrió qué decir.

—Tienes unos ojos preciosos —solté.

Corriente, corriente, corriente.

A lo que ella sonrió, se puso colorada y tomó un sorbo de su vino blanco.

—¿Jamie McAnena? Hola, ¿qué tal? Soy Emily. Me encanta tu trabajo.

Me di la vuelta para ver a una mujer de unos setenta años, con el pelo gris y brillantes ojos oscuros. ¡Como si me importase que usted sea Emily y que le guste mi trabajo! Asentí con la cabeza por educación y tomé la mano de la mujer, y Eilidh se marchó.

Entonces sucedió algo extraño.

Emily me soltó.

—Ve tras ella —dijo.

¿De qué diablos estaba hablando? ¡Ni siquiera conozco a esta mujer! Me quedé clavado en donde estaba.

—Vamos, Jamie McAnena —siguió diciendo. La miré a la cara y vi una sonrisa en sus ojos oscuros—. Ya hablaremos de tu trabajo en otro momento.

Se dio la vuelta, rodeada de una nube de perfume y cachemir azul y suave. Entonces caí en la cuenta. ¡Emily Simms! La auténtica Emily Simms. Escultora y mecenas del arte.

¡Mierda!

Oh bien, lo que sea. Miré a mi alrededor en busca de Eilidh y la encontré charlando con un grupo de mujeres. Inspiré hondo. Ahí voy.

—¿Eilidh, te gustaría dar un paseo?

Levantó la vista, sorprendida.

—¿Es que no estás ocupado con trabajo?

—Sí, pero me hace falta tomar un poco de aire fresco.

Acompáñame.

Eilidh miró a su alrededor. Pero… la velada… solo acaba de empezar. Silke nos matará…

—Solo faltaremos diez minutos. Vamos. Necesito hablar.

—¿Hablar? Eso suena muy serio. —Sonrió—. ¿Qué he hecho? ¿Acaso he estado dándole chucherías a Maisie en lugar de la cena o qué?

Se puso el abrigo y sin mirar a su alrededor por miedo a que alguien nos hablara o nos detuviera, salimos a la calle y nos introdujimos en la noche heladora.

—¡Hace muchísimo frío! —dijo—. Aunque resulta agradable. Me encanta cuando hace frío, pero frío de verdad, y puede verse el vaho, como si fuera una pequeña nube.

—Eilidh. Escúchame ahora. ¿Te gustaría salir conmigo?

—¿Este fin de semana? ¿Solos tú y yo? —Vi el desánimo en su cara. No era lo que esperaba—. Yo… no puedo, Jamie. Lo siento. No puedo.

—Tienes que decirme por qué. Tienes que decirme que no quieres salir conmigo porque… porque no te intereso, o porque todavía estás enamorada de tu marido, o por la razón que sea. Tienes que decírmelo.

—No es ninguna de las cosas que has dicho —susurró, y miró para otro lado—. Jamie, por favor. Deja que me vaya. No puedo estar contigo.

—¿Por qué?

—Porque no puedo.

—Esa no es una razón.

—¿Por qué… me atormentas de este modo? —gritó ella—. Pensé que te importaba. ¿Por qué me haces esto? ¿Qué quieres que te diga?

Me sentía inspirar con dificultad, sorprendido y agotado.

—Eilidh… Lo siento… Por favor, no llores…

Ella escondió la cara entre las manos.

—Quiero que me dejen a solas. ¡Quiero estar sola!

La agarré de los hombros y la acerqué hacia mí. No protestó, se dejó llevar y se apoyó sobre mí, suave y maleable, sobre mi pecho, rodeándome el cuello con los brazos y sujetándome con fuerza. Nos abrazamos, la mecí y le acaricié el cabello y le susurré al oído que lo sentía, deseando que ella se derritiera en mi interior y, de ese modo, que nunca pudiera alejarse de mí.

Solo pareció durar un segundo, porque no era suficiente, nunca lo sería.

Entonces oímos la voz de Silke que estaba despidiéndose de algunos invitados en el umbral de la puerta y el hechizo se rompió en pedazos.

Se apartó de mí, o eso me pareció: como si una parte de mi estuviera siendo cercenada. Le sujeté la cara con las manos cuando

levantó la vista para mirarme y vi que ya no estaba llorando. Parecía en paz. Parecía… resignada, eso es lo que me dijo una voz interior.

—¿Por qué, Eilidh?

—Porque no soy buena —dijo ella, y se perdió en la noche.

Capítulo 16

LA VIDA ES LO QUE TE PASA

Shona

Hay dos líneas.

Dos.

Dos diminutas líneas de color rosa que se encuentran una junto a la otra.

Me siento en el suelo entre la taza del váter y el lavabo, sin poder creérmelo.

¿Cómo ha podido pasar algo así?

La gente sufre accidentes, pero, en realidad, son los demás quienes los sufren, no yo.

Las líneas de color rosa bailan ante mis ojos y me siento mareada. Es demasiado pronto para sentir el mareo matutino, es solo una reacción.

Quizá desaparezca tan rápido como me sobrevino.

Las cosas pasan. Es muy pronto, algo va a suceder y eso hará que este malestar desaparezca.

Sí, desaparecerá.

Abro la puerta del cuarto de baño y salgo, como si nada, como si mi mundo no se hubiera vuelto patas arriba en un instante, como si no pasara nada. Porque no ha pasado «nada», de verdad, esto desaparecerá de la misma manera que un sueño se desvanece el segundo después de abrir los ojos, y mi vida volverá a ser normal.

Envuelvo el test en un trozo de papel de cocina y lo tiro a la basura cuando nadie me mira, y ya está, hecho y desechado.

Lo único que tengo que hacer es esperar a que me venga la regla y entonces volveré a encontrarme bien.

Eilidh

—¡Eilidh! ¡Hola, querida! ¡Hola, Maisie!

«Genial», pensé. Justo la persona a la que quería ver. La madre de Keira.

—Hola, Paula.

—¿Tienes un minuto? Quiero hablar contigo.

¿Para qué demonios quiere todo el mundo hablar conmigo?

—Pues claro.

Gesticuló mirando a Maisie con una mirada que decía: «No si la niña puede oírnos».

«¿Por qué no nos dejas en paz?», pensé, pero asentí. A las puertas del colegio, la diplomacia es un aspecto clave. Las reuniones de madres pueden ser como las convenciones de la ONU.

—Verás, lo que quería decirte es… —empezó a decir en un susurro conspirativo— que todas llevamos a las niñas a *ballet* los sábados por la mañana. Ahí están Molly, Rachel y Alina. Maisie parece ser la única que no asiste. Quiero decir, bueno, que puedo entender que Jamie no quiera llevarla, pues no hay más que madres e hijas, pero ahora que has llegado tú…

Levanté una ceja. ¿Ahora que he llegado yo? Ruth me miró un segundo, vi que quería reírse, pero se contuvo.

—Me encantaría llevarla a *ballet,* Paula, pero debes entender que yo solo trabajo para esa familia. Los fines de semana son un tiempo que se reservan para ellos. Jamie quiere pasarlos con su hija, a su aire, no sé si me entiendes.

—Entonces «yo» podría llevarla. Podría recogerla y devolverla a casa más tarde. Solo para que pudiera participar, pobrecita…

Me di cuenta de que el calor me estaba subiendo a las mejillas. Aunque tiendo a ser dulce y amable casi siempre, tengo carácter, el carácter de los McCrimmon, a pesar de que mi madre diga que ese carácter se saltó una generación y pasó directamente de Flora a mí. Miente, claro está. Ella es la peor de todos nosotros.

—No veo por qué tienes que decir eso de «pobrecita», Paula. Su padre la adora y vive feliz. Dar saltos por ahí con un tutú de color rosa no es la idea que todo el mundo tiene de pasarlo bien, ¿sabes? —le espeté, fría, y me fui.

Al diablo con la diplomacia a las puertas del colegio, ya no me importaba. Estaba furiosa.

—¡Ven, Maisie! Nos vamos a casa.

Ruth me alcanzó.

—¡Por Dios! Menos mal que tengo dos hijos varones —dijo en voz baja.

No pude responderle. Todavía me resultaba imposible hablar. Estaba roja, podía sentirlo, y casi no era capaz de respirar de rabia.

—Verás, Paula puede ser un poco… bien, que abruma…

—¡Es que siempre tienes que ser tan diplomática! No abruma, ¡es una bruja! —susurré, con cuidado de que los niños no me oyeran—. Maisie es una niña feliz. Tiene un padre estupendo y ambos tienen cosas más interesantes que hacer que participar en un estúpido *ballet.*

—Entiendo tu punto de vista, estoy segura de que se lo pasan muy

bien los fines de semana, pero… bien, a las otras niñas les da igual que Maisie u otra persona vayan a las clases de baile. Y a pesar de que sé que Maisie es una niña feliz, bueno, le he visto la cara cuando nos mostraron el vídeo de la función del año pasado. Todos esos vestidos tan bonitos, es el sueño de cualquier pequeña. Quizá puedas hacérselo entender a Jamie.

La miré.

—Lo haré. Estoy segura de que le faltará tiempo para pasar el rato con Paula y su banda o, mejor dicho, ¡su aquelarre!

Ruth se rió.

—Siempre has sido tan… cándida.

—Y tú siempre has sido tan amable —dije, sinceramente—. Nunca te he oído hablar mal de nadie.

—Supongo que eso no va conmigo. ¿Te espera Peggy en la tienda?

—No, hoy no.

—Entonces vente a casa y tomemos una taza de té.

—Me encantaría —repuse, sonriente, mirando a Maisie y Ben caminar juntos mientras hablaban de la función de Navidad.

—Espero que me toque hacer el papel de María, así podré llevar su vestido.

—Y yo espero que me toque ser un árbol, como en el cole, y así mi mamá me pintará la cara y las manos y podré tocarlo todo y ponerlo de color verde. Como el abrigo de mamá.

Ruth y yo nos miramos y sonreímos.

Se había convertido en una amiga tan buena, y eso que no hacía mucho tiempo que nos conocíamos. Había tenido suerte después de todo, pues las relaciones con Helena se habían enfriado, para mi disgusto. Solo recientemente, me la había encontrado cuando iba carretera abajo, tan tranquila, o eso me pareció, pero en cuanto me vio, de pronto pareció tener prisa.

—Lo siento, Eilidh, tengo que darme prisa. Mi madre ha estado un poco pachucha, ya sabes, la gripe y todo eso…

—Oh, vaya, lamento oír algo así, me pasaré por tu casa para ver cómo se encuentra —dije sin pensar.

—No, no, no hace falta, de veras. Se cansa enseguida.

—Por supuesto, qué tonta. Tendría que haberme dado cuenta. En ese caso, le llevaré unos bombones o algo por el estilo, no me quedaré.

—No, de verdad. No hace falta, no creo que… —Miró hacia otro lado.

Tras unos segundos de silencio, pensé entonces, qué demonios, tengo derecho a decir lo que pienso.

—Helena, vi a Gail en el tren de Aberdeen la semana pasada. Hizo como si no me viera. Creo que sé lo que está pasando y te equivocas. No hay nada entre Jamie y yo, nada —dije con vehemencia.

—Oh, Eilidh, vamos. ¿Acaso te parece que es una coincidencia que haya roto con Gail justo cuando tú has vuelto por aquí? La verdad, pensé que había sido por Silke. —«Oh, pero qué equivocada estás», pensé para mis adentros—. Pero entonces me di cuenta de cómo te miraba…

—No importa cómo me mire. Yo no lo veo. Ni nadie. Helena… Te conozco desde hace años. No dejes que algo así nos separe.

—Lo siento… Sé que no es culpa tuya… pero Gail está angustiada. Destrozada. Había pensado que él era… ya sabes… el hombre de su vida.

—Lo siento mucho. Gail es una muchacha encantadora. No le deseo nada malo, ni a ella ni a ti o a vuestra familia. Me quitaré de en medio —dije, exasperada. ¡Como si el hecho de que Jamie no estuviera interesado en Gail fuera culpa mía!

—Te llamaré —me dijo, y casi echó a correr.

Genial. Sencillamente, genial.

Desde entonces, Ruth, Silke y mi correspondencia por e-mail con Harry y Doug han sido mis principales relaciones sociales. Shona no ha mantenido el contacto tampoco. Me pregunto si Jamie le habrá contado lo que sucedió aquella noche, aunque no creo que eso hiciera que ya no quisiera hablar conmigo.

No le he contado a nadie lo que sucedió cuando se inauguró la galería. Ni siquiera a Harry y a Dough. Sé lo que me dirían, que soy una idiota. No puedo decirles la verdad. No quiero que nadie sepa por qué no quiero comprometerme con él. Jamás podría decir que es porque no deseo que nadie tenga que pasar por lo que Tom conmigo.

—Entonces… ¿te has decidido? —empezó a decir Ruth, interrumpiendo mis pensamientos al ofrecerme una taza de café humeante. Maisie y Ben estaban jugando en la habitación de su hijo y Jack estaba construyendo algo con su Lego, a nuestros pies.

—Sí, me quedo —repuse, sabiendo al instante de qué me estaba hablando. Le había confiado que dudaba acerca de qué hacer cuando hubiera pasado la Navidad, que estaba pensando en volver.

—¡Excelente noticia! —dijo, contenta de veras. Se me alegró el corazón al ver que se sentía aliviada de que me quedase—. ¿Se lo has dicho a Peggy?

—Sí. Le he dicho que puedo mudarme y buscar trabajo, seguramente en Kinnear, pero ella me dijo que en realidad necesita que le echen una mano en la tienda y que le encanta tenerme en su casa. Ya sé que no puede durar para siempre… Tengo que asegurarme de trabajar a tiempo completo y cuando Mary vuelva a caminar, será ella quien se ocupe de Maisie. Pero por ahora, tanto Peggy como Maisie me necesitan, así que…

—¿Y qué hay de tu familia? ¿Y Tom?

—A mi familia le parece bien. Bueno, a mis padres. Supongo que se sienten aliviados al ver que he vuelto a ser la que era. Mi hermana está bastante enfadada. Le encantaba tenerme cerca para que me ocupara de sus hijos, le hiciera recados y todo eso, y solo para relamerse, de verdad. —Sonreí con amargura.

—Parece una pesadilla. —Ya le había hablado a Ruth de la difícil relación que mantenía con Katrina.

—No es mala, de verdad, quizá lo que le falta es un poco de tacto. Y después de todo, el hecho de que sea tan endemoniadamente fértil no es culpa suya y yo… yo…

Ruth puso la mano sobre la mía.

—No te tortures. Todos cargamos con alguna cruz, todos tenemos problemas.

Asentí. Ruth estaba pasando una temporada muy dura, su matrimonio no iba bien.

—¿Y Tom?

—Mis padres se lo dijeron. Les llama todas las semanas. Yo hablaré con él después de Navidades. Quiero aclarar las cosas lo antes posible.

—Tiene que haber sido terrible para ti… Lo que quiero decir es que te debe de haber resultado muy duro enterarte…

—No, no fue lo peor. Me enfadé, claro, pero me estaban pasando tantas cosas. No quería que se fuera, eso es todo, porque ya teníamos hora para la inseminación y todo eso… pero no me rompió el corazón. Tampoco me sorprendió en realidad… De todos modos, —respiré hondo— creo que ya hemos hablado bastante de mí. ¿Cómo te va a ti?

—Bien, pues con mucho estrés después del trabajo, y Billy dice que está harto y que quiere hacer las maletas y marcharse a Aberdeen… solo.

—¡Oh, Ruth! —Me dejó de piedra. No pensaba que las cosas entre ellos estuvieran tan mal.

Ella asintió, con los ojos llorosos.

—Veremos a ver cómo va —dijo, ahogándose—. Esto es lo que son los hombres, creo. —Ambas miramos a Jack, que seguía jugando con su Lego, tan lindo con su peto de *denim*—. ¡Aparte de este, claro! —añadió, y ambas nos reímos, al tiempo que el pequeño se sonreía también mientras movía una pieza de Lego de un lado para otro sobre su cabecita.

Esa noche, le envié un mensaje de texto a Shona.

—¿Qué tal? Hace mucho que no hablamos.

—Sí, bien. Muy liada. ¿Y tú?

—Bien. ¿Podemos hablar? Es acerca de Maisie.

—¿Está bien?

—Sí, es solo que necesito que me aconsejes en un asunto.

—Pues claro. Hablaremos la semana que viene.

¿La semana que viene? Eso no es propio de Shona. Normalmente, se pondría al teléfono enseguida. Quería preguntarle lo que pensaba acerca de esas clases de *ballet,* si creía que debería hablarle a Jamie de las clases o si era mejor que me olvidara del asunto.

—*De acuerdo. Buenas noches.*

Fruncí el ceño.

—¿Va todo bien? —Peggy y yo estábamos sentadas juntas, viendo *Eastenders.* Adoro las series de televisión. Me encanta pasar una hora sin pensar en nada más que en las vidas de los personajes que aparecen en la serie, como si fuera una especie de realidad alternativa.

—Hummm, creo que sí. Es solo que Shona suena un poco rara.

—Sí, el viernes pasado parecía muy divertida, ya sabes, cuando vino a la inauguración. Se pasó por aquí un minuto de camino a casa de Jamie para comprar algunas cosas y se la veía un poco cansada. Bueno, muy cansada en realidad.

Así es Glen Avich. No puedes ni roncar sin que se entere todo el pueblo. A mi madre le encanta contar esta historia: una vez, de camino a la escuela secundaria en Kinnear, se bajó del autobús una parada antes para mirar un escaparate de una tienda de modas que estaba un poco alejada del camino. Cuando regresó a casa del colegio, Flora le preguntó por qué se había bajado en esa parada en lugar de hacerlo en la habitual, que estaba más cerca de la escuela.

—¿Cómo te enteraste?

—May me lo dijo.

—¿May? ¡Pero si vive en Canadá!

—Bien, Sharon te vio y se lo dijo a su madre, Agnes lo comentó por teléfono a May y May me llamó desde Canadá para contármelo. Todas se preguntaban por qué te habías bajado del autobús en la parada que no tocaba.

Así que ahí lo tenemos, Shona no se encontraba bien el viernes. Tenía buen aspecto durante la inauguración, aunque me di cuenta de que iba algo más maquillada de lo normal.

En la televisión, una mujer que llevaba un mini vestido estampado de tigre estaba de pie en un puesto del mercado, gritando a alguien.

—Querida. Siempre están protestando, ¿no te parece? —rió Peggy, tomando un sorbo de su té.

—Pues sí, es un milagro que a los actores les quede voz al final de la semana. De todos modos. Esta noche ponen *Nuevos Trucos,* tía Peggy, ese programa te gusta mucho —le dije, mirando a la guía de programación de la tele.

Me encantaba este sentido de lo doméstico. Me sentía… segura.

Asentada. Como si nada malo pudiera sucederme otra vez. Como si fuera una niña de nuevo, sentada junto a Flora, con la habitación a oscuras salvo por el televisor en blanco y negro que había en una esquina, viendo algún programa de variedades mientras me tomaba mi cacao con galletas.

No duraría para siempre; lo sabía. Pero por un instante, me estaba dando fuerza otra vez. Miré por la ventana y me pregunté si Silke y Fiona se encontrarían esta noche. Silke se había alojado con una familia del pueblo y Fiona se había quedado en casa de Mary: ninguna de las dos tenía privacidad. Me daba cuenta.

De: harrydouglasdesign@live.co.uk
Para: eilidhlawson@hotmail.co.uk

¿Así que hay relaciones homosexuales en Glen Avich? ¡Rayos y truenos! ¿Y qué estabas haciendo tú por ahí en mitad de la noche? ¿Acudías a alguna cita ilícita?

De: eilidhlawson@hotmail.co.uk
Para: harrydouglasdesign@live.co.uk

No, lo que pasaba era que no podía dormir. Silke y Fiona lo mantienen en secreto. Espero que todo les vaya bien.

De: harrydouglasdesign@live.co.uk
Para: eilidhlawson@hotmail.co.uk

Mantennos informados. ¿Y qué tal te va a ti? ¿Cómo está el gallardo escocés? Con ese pelo negro azabache… Tiene la estatura adecuada, estoy seguro de que encajáis perfectamente. Doug aquí dice que se muere de ganas por hacerte una visita. Desde que vimos esa foto de Maisie con Jamie en segundo plano, no habla de otra cosa.☺☺

De: eilidhlawson@hotmail.co.uk
Para: harrydouglasdesign@live.co.uk

Parad, chicos. De verdad, no quiero oír nada más sobre ese asunto. Venid para Año Nuevo. He hablado con Peggy, os recuerda de mi boda y dice que le encantaría teneros en casa.

De: harrydouglasdesign@live.co.uk
Para: eilidhlawson@hotmail.co.uk

Lo siento, no quería que te lo tomaras a mal. Ya sabemos que eres muy dura. Lo único que decimos es que no dejes fuera de tu vida el mundo. Desde luego, ¡cuenta con nosotros para la fiesta de fin de año! Preparaos para tener una visión impresionante: unas piernas de inglés blanduchas y peludas saliendo de por debajo de un kilt *prestado. Parece que Doug está oyendo la llamada de sus antepasados.*

P.D. Ya sabemos que eres alérgica a las nuevas tecnologías y que deberíamos estar agradecidos de que seas capaz de conectar el ordenador portátil, pero ¿para cuándo vas a instalarte Skype? Queremos verte la cara. Besos XXX de H&D.

Sonreí y apagué el ordenador. Me preguntaba qué estarían haciendo todos, todos mis amigos y mi familia de vuelta en casa.

Me preguntaba lo que estaría haciendo Jamie.

Esa noche tuve un sueño extraño. Oía a mi madre y a mi abuela hablar acerca de las mujeres del pueblo que habían tenido la Visión, pero ya hace generaciones que nadie, ninguno de nosotros, la ha tenido. Yo, desde luego, no. Pero aun así, ese sueño era como una visión, una visión del pasado. Salvo porque no se trataba del mío.

Vi a un niño que tendría poco más de dos años, caminando a trompicones por un suelo de madera. Yo me arrodillaba ante él, pero no era yo: era otra persona. Podía ver que eran mis piernas, con las medias de color beis y la falda de lana, y un rayo de sol que entraba por la ventana, que hacía que un millón de partículas de polvo pudieran verse como bailando. De alguna manera, sabía que aquel niño era Jamie. Abrí los brazos y le abracé. Lo mantuve así y él me miró a la cara. Nuestros ojos se encontraron y entonces me di cuenta de que en el sueño, yo era Elizabeth y que Jamie era mi hijo. Me desperté con sensación de haber perdido algo.

Capítulo 17

EL DESHIELO

Jamie

No sé qué me poseyó la noche de la inauguración. Fue una locura. Yo mismo estaba medio loco, con la moral alta después de lo que había logrado la noche anterior, decirle adiós a la bebida.

Era el final de mis sesiones de beber a solas y de las resacas matutinas al día siguiente, que me pedían más *whisky*. Si no hubiera parado, ¿cuánto tiempo hubiera transcurrido desde que respondiera a aquella necesidad y me volviera a tomar otra copa antes de desayunar? Con solo pensarlo me entraban escalofríos, pensar en el abismo que se hubiera abierto ante los pies de mi pequeña Maisie.

Pero lo he dejado y me siento como nuevo. Eso, junto con el éxito de la velada, me hacen sentir como si pudiera alcanzar cualquier cosa, como si ya no tuviera miedo.

Ya sé que es un cliché, pero… me siento bien. Me siento como si no pudiera equivocarme.

Pero lo hice.

Fue precisamente esa noche cuando me di cuenta de lo graves que eran las heridas de Eilidh. Cuando se echó a mis brazos y la abracé, me sentí como si hubiera vuelto a casa. Y luego se marchó.

Voy a dejarla a su aire. Eso es lo que me pidió, o algo así: déjame, ¿por qué me atormentas? Y lo último que quiero es hacerle daño. Pero no podía creerme aquello tan horrible, horribilísimo que dijo: «No soy buena». Me parece tan absurdo que dijera algo así sobre sí misma. Para mí es alguien precioso y, no obstante, ella cree que no es buena.

No la he visto el domingo y el lunes me pasé el día tropezándome con todo y rompiendo delicados moldes, hasta que me di por vencido y me fui pronto a casa. Ahí estaban ellas, Eilidh y Maisie, con la cabeza muy cerca la una de la otra; Eilidh con los brazos alrededor de los pequeños hombros de mi hija.

Se sonrojó al verme y se apresuró a marcharse. Quería que se quedase pero me preocupaba que ella pensara que estaba intentando presionarla, una vez más. Que creyese que soy una especie de… qué se yo, que me resultaba fácil tomar la iniciativa, que dominaba el terreno. Primero con Gail, luego con ella. Cuando en realidad fue Gail quien vino a mí, y no al revés. En cuanto a Eilidh, me hizo falta

muchísimo coraje para hacer que saliera fuera de aquel modo y abrirle mi corazón. Pero ¿cómo iba a saberlo ella? Un hombre con una hija de una mujer que desapareció. Un hombre que necesita llenar sus noches de soledad.

Jamás volveré a hablarle de ese modo, nunca más.

Cuando entré, se puso el chaquetón a toda prisa y se dirigió a la puerta. Le puse una mano en el brazo, para detenerla un segundo. Tenía que decir algo.

Nos quedamos de pie en el umbral de la puerta de mi casa, con el crepúsculo lila y rosa enmarcando su imagen y el oscuro bosque de pinos contrastando con el cielo.

—Eilidh, solo quería decirte… que si quieres dejar de cuidar de Maisie, lo entenderé.

Ella levantó la vista, con los ojos llenos de consternación.

—¿Quieres que lo deje?

—¡No, en absoluto! ¡Ni hablar! Maisie está tan contenta contigo y yo… y yo estoy… —Demonios, me quedé atascado. «Cualquier cosa que diga ahora», pensé para mis adentros, «solo servirá para acabar de estropearlo». Lo sé. Las palabras son torpes, levantan barreras, mientras que una caricia, una simple caricia, puede revelar la verdad en un minuto. Pero no podía tocarla, no importaba las muchas ganas que tuviera de hacerlo.

—De verdad, claro que quiero seguir cuidando de Maisie —dijo en voz baja—. Disfruto de su compañía, mucho.

Por la manera en que lo dijo, tuve que reírme.

Me encanta el modo que tiene de hablar, siempre tan teatral. Adoro la manera en que dice «mucho». Y dice «tan», como en «Estoy tan, tan hambrienta» o, como la otra noche, «¡Qué aire tan frío!». Me gusta mucho la manera como mira a la gente, directamente a la cara, a los ojos, y el modo en que sonríe, porque es como si saliera el sol…

Me di cuenta de que estaba ahí de pie, mirándola como un idiota. Bobo.

—Siento haberte incomodado.

—No, no pasa nada. Adiós. —Y se fue. Así. Casi salió corriendo.

Sentí una ola de desesperación, a pesar de mí mismo. Como si… como si la vida estuviera pasando de largo.

—¿Papá, puedes escuchar cómo leo?

—Pues claro, te escucharé y luego nos prepararemos algo para cenar.

—La cena ya está lista en el horno, Eilidh y yo hemos hecho un pastel de carne, ¡me puso un delantal y yo mezclé las patatas y las aplasté!

Una respiración profunda. «No estés triste, Jamie McAnena, tu vida se está descongelando.»

—Vamos, cariño empieza a leer para que pueda ver cómo lo haces. —Y así nos sentamos en el sofá y nos pusimos a leer a coro, hasta que me di cuenta: en la encimera de la cocina, junto al hervidor, un cartón de leche y una sola taza. La que Maisie me había regalado el año pasado el día del Padre, después de que Shona se llevara a las niñas por ahí para comprar regalos para Fraser y para mí. Eilidh siempre deja esa taza fuera y lista para cuando llego a casa, sabe que es mi favorita. Pero habitualmente, coloca otra junto a la mía, para que nos tomemos un té antes de que ella se vaya. Desde aquel dichoso día cuando casi la eché, la taza de té solitaria en la mesa de la cocina se ha convertido en una especie de tradición.

Así ha sido hasta hoy. Solo una taza. Como si… en fin, como si fuera la mitad de algo.

★ ★ ★

La noche de la inauguración, después de que Eilidh hubiera desaparecido, lo único que me apetecía era irme a casa. Pero no podía, porque Silke contaba conmigo para que la ayudase con los invitados. No soy muy bueno con eso de las relaciones sociales. La verdad es que no me gusta nada. Pero sí quería ayudar a Silke. Gracias a ella, la inauguración había sido un éxito, y a pesar de que mi negocio no necesitaba de más promoción, me alegró formar parte de aquello por ella y por los demás artistas de la zona.

Así que volví adentro, a pesar de que me sentía fatal, y lo disimulé bastante bien.

Ahí estaba yo, haciendo relaciones públicas —mejor dicho, estaba de pie en silencio, sonriendo, eso es lo que estuve haciendo— cuando Emily Simms vino a buscarme.

—¿Sería tan amable de hablarme un poco más acerca de su trabajo? —preguntó, hábil, llevándome hasta una de mis esculturas que estaba situada en un punto bastante alejado. Me di cuenta de que quería hablar a solas conmigo—. No le preguntaré cómo ha ido. Eso sería cotillear, ¿verdad? —dijo, poniéndome la mano sobre el hombro. Tenía unos ojos cálidos y una cara inteligente y encantadora. Parecía… serena. Algo en su conducta hizo que me apeteciera hablar, cosa que no sucede muy a menudo.

—No muy bien —dije y tomé un sorbo de la taza de té que Silke me había puesto en la mano al verme entrar helado de la calle.

—Lo siento —dijo ella y miró a la taza de té que sostenía en la mano, mientras que los demás bebían alcohol de un tipo u otro.

«Lo sabe», pensé.

—Así que… bien, ¿se va a quedar aquí por mucho tiempo?

—No. Solo he venido por esta noche. Quería conocerle. Me he

estado fijando en su trabajo durante un par de años y sugerí a varios de mis amigos australianos que hicieran lo mismo. Les encantaría conocer mejor su obra, y a mí también.

—Vaya, eso es muy halagador. Gracias.

—Creo que tendría buenas oportunidades de exponer en Australia, por todo el país. ¿Le parece bien que hablemos de ello mañana? Silke me va a llevar a almorzar al *pub* del pueblo y luego tengo previsto conducir de vuelta a casa.

¿Exponer en Australia? Me había quedado sin palabras.

—Me encantaría, desde luego. Gracias.

—Será mejor que me vaya ya, mañana me queda mucha carretera por delante. Oh, y Jamie…

—¿Sí?

—¿Puedo serle franca? No quiero incomodarle…

—Pues claro que no…

Sonrió y su cara se llenó de arrugas de felicidad, como si estuviera acostumbrada a reírse mucho.

—Tengo sesenta años y bastante experiencia de vida y creo que siempre vale la pena arriesgarse. Incluso cuando la recompensa no resulta inmediata.

Y tras decir aquello, se marchó.

Acabé la noche en el sofá de Silke, comiendo patatas fritas, y la horrible sensación de frío y soledad que me había dejado el rechazo de Eilidh se vio algo atenuada y suavizada por la compañía de Silke. Algo en ella parece hacer las cosas fáciles, ayudarme.

Nos sentamos juntos y charlamos y comimos, y solo esperaba con todo mi corazón que aquello funcionase por ella, que Fiona encontrase pronto el valor para sacar su amor a la luz.

—Esperemos que Eilidh también le encuentre un sentido —dijo, con un acento alemán más fuerte de lo habitual debido al cansancio y su pelo de color rosa cayendo sobre los cojines de terciopelo.

Sí, después de todo, mi vida se estaba descongelando.

El hielo se estaba deshaciendo y todo estaba cambiando. Cambiando de arriba a abajo.

Durante el almuerzo al día siguiente, Emily me preguntó si estaría interesado en poner en marcha algunas exposiciones en Australia y luego asistir a las inauguraciones.

Estaba medio entusiasmado, medio asustado. Me dijo que tendría que quedarme en el país unos cuatro meses y que viajaría constantemente, así que sería mejor para Maisie quedarse. Pero no podía dejarla durante tanto tiempo. Si venía conmigo, echaría de menos el colegio pero aprendería mucho del viaje. Sería una vida de locos para una niña de cinco años, pero eso era mejor que separarla de mí durante tanto tiempo.

Era la oportunidad de mi vida, pero no podía decir que sí sin más, había mucho que considerar.

Le dije a Emily que le daría una respuesta, que necesitaba tiempo para pensar y la vi como entusiasmada y, al mismo tiempo… intranquila. Los cambios no me gustan, incluso aunque sean buenos. Al igual que mi padre, siempre intento mantener el statu quo. Necesitaba hablar con Shona y preguntarle qué pensaba al respecto.

—Entonces, ¿dónde estuviste la otra noche? ¡Te oí volver cuando anochecía! —Estaba sentada a la mesa del desayuno, todavía con la bata puesta a pesar de que eran ya las doce pasadas. Nada típico de Shona.

—Estaba con Silke.

Shona pareció sorprendida.

—¿De veras?

—No, no es lo que piensas. Silke es lesbiana. El suyo es el secreto peor guardado de toda Escocia. Todo el mundo lo sabe. Lo que nadie sabe es quién es su novia y ese es el motivo de que ambas intenten mantener su relación en secreto.

—¿Quién? —preguntó Shona, queriendo saber más. En Shona se puede confiar, así que se lo dije.

—¿Estás de broma? ¿Fiona? Bien, ¡me alegro por ella! Aunque… bueno, ya conoces a los Robertson. Son muy…

—¿Poco tolerantes?

—Iba a decir que muy conservadores. Son buena gente. Pero no están acostumbrados a este tipo de cosas… ya sabes, a lo diferente.

—Bien, ya veo cómo va el asunto. En cualquier caso, Silke y yo no tenemos una relación. Por mucho que diga Gail.

—¿Acaso Gail lo pensaba? Bueno, ahora ya no. Me encontré con Helena en casa de Sharon, ayer, y no dejó de hacerme preguntas acerca de Eilidh.

Miré a otro lado.

—Creía que Helena era su amiga.

—Lo era. Pero ahora todo el clan está por apoyar a Gail. Parece que lo está pasando mal, dice que está pensando en irse a Nueva York un año, tienen familia allí. También están muy enfadados contigo.

—Más lo estarían si me hubiera casado con ella y la hubiera convertido en una desgraciada. No la amo. ¿Acaso no son capaces de entenderlo? Salimos seis meses, ¡no es lo mismo que haberla dejado tras un noviazgo de años!

—Lo sé, lo sé, ya se pasará. No te enfades por eso.

—No me enfado. Bueno, quizá sí, un poco. No tienes muy buena cara; pareces un poco pálida. ¿Es que no has dormido bien? ¿Te encuentras bien?

—Anoche no he dormido muy bien, la verdad. Hoy estoy agotada.

¿Te parece bien que llame a Fraser y le diga que me quedo una noche más? Dormiré bien y mañana ya me pondré al volante.

—Pues claro, no debes conducir hoy si no te sientes en forma. Perdona que te dejara esta mañana a cargo de Maisie.

—Nada de «perdona», tenías que salir para reunirte con esta tal Emily no sé qué… ¿Me recuerdas otra vez su apellido?

—Emily Simms. Me preguntó… —respiré hondo—. Bien, me preguntó si quería ir a Australia durante unos meses, poner en marcha algunas exposiciones, asistir a las inauguraciones y todo eso. Por todo el país.

Hubo un minuto de silencio.

—¿Durante unos meses? ¿Y qué hay de Maisie? Quiero decir, es maravilloso pero… ¿qué haría Maisie mientras tanto?

—Vendría conmigo. No quiero separarme de ella durante tanto tiempo.

—No, pues claro que no, lo mejor es que te la lleves, de otro modo, ambos sufriríais, creo.

Asentí. Ella no dijo nada.

—Es una oportunidad maravillosa —dije a modo de tentativa—. El tipo de éxito con el que ni siquiera me habría atrevido a soñar.

—Eso se debe a que, en realidad, tú no sueñas con el éxito. Él éxito nunca estuvo entre las primeras posiciones de tu lista de prioridades. El dinero, menos aún.

—El éxito significaría trabajar menos y tener más tiempo para Maisie, y el dinero significaría darle mejores oportunidades en la vida.

—¿Como qué?

—Como la mejor universidad, la mejor… qué sé yo. Lo mejor de todo. Sí, ya sé por qué has venido. —Sonreí.

—Si quieres ir —Shona me devolvió la sonrisa y se encogió de hombros—, ella, después de todo, creo que no sufrirá. La cuidarías bien, estará contenta y aprenderá mucho y verá muchas cosas… Es solo que no estoy muy segura de que eso te vaya a gustar. Estar lejos de casa todo ese tiempo, tener que estar de cháchara con unos y con otros y conocer a un montón de gente nueva, relacionarte y hacer nuevos contactos: tendrás que hacer muchas relaciones públicas. No sé, creo que te sentirás un poco como… un pez fuera del agua. Pero, también es cierto, solo serán unos meses.

—Dices que estar lejos de casa será duro pero ¿qué me retiene aquí? Tú tienes tu vida en Aberdeen, mis amigos están casados, tenemos un millón de primos con una media de edad de setenta años… ¿Quién me retiene aquí? Nadie se quedará triste y ojeroso porque me vaya durante una temporada.

—Yo sí. Pero esto no importa ahora. ¿Sabes lo que creo? Que hay algo que no me estás contando. No sé… ¿Acaso quieres alejarte de

aquí?

—Bien, creo que hay algo que «tú» no me estás contando. Has estado muy rara este fin de semana, y no sé por qué.

—No trates de distraerme. Esto no va sobre mí.

—De acuerdo, no, pero te propongo un trato. Yo te contaré lo mío si tú me cuentas lo tuyo.

Ella dudó, y se quedó mirándome con la boca abierta durante un segundo.

Entonces lo soltó.

—Estoy embarazada. Otra vez. Ya no podré ir a la universidad al año que viene: otra vez regresarán a mi vida las noches en vela y los pañales… Quería… Quería ir, ¿sabes? Estudiar enfermería. Me casé tan joven, empecé a tener hijos… Ahora me tocaba a «mí».

—Oh, Shona… —Le puse el brazo alrededor del hombro y le retiré el pelo rubio de la cara—. Lo siento.

—¡No digas eso! No digas que lo sientes. Suena fatal decir algo así de un bebé…

—Lo sé, pero no puedo darte la enhorabuena si me dices que estás destrozada.

—¿Puedes creerlo? Ha sido un accidente. ¡Un accidente! Tomo la píldora, no me la he olvidado ni un solo día, no lo he dejado ni nada parecido pero, aun así, ¡ha sucedido! No es que lo hagamos tan a menudo, con las niñas y todo eso, siempre estoy muy cansada…

—SHONA, por favor, no quiero oírlo. ¡Pase lo que pase, no quiero saber nada acerca de la vida sexual de mi hermana!

—Perdona…

—¿Se lo has dicho a Fraser?

—No. Lo he sabido con seguridad esta mañana.

—Bueno, quizá sea un niño…

—¡No digas eso! Suena fatal, decirlo y que luego sea una niña, es como si fuera a ser menos querida que las otras tres.

Me reí.

—¿Qué te resulta tan divertido?

—No puedo decir que lo siento porque no sea bonito decir eso acerca de un bebé. No puedo decir que quizá será un niño porque si es una niña podría sentirse menos querida. No es que me suene precisamente a que este bebé no te haga muy feliz.

—NO digas eso, no digas que hablo por hablar. Vaya, sí, ya veo lo que quieres decir…

—Sé que te fastidia lo de tener que criar a un bebé ahora, pero siempre puedes hacerlo, serán pocos años. Es solo un retraso para tus planes. Ya sé que no es lo ideal… —Ella abrió la boca—. Lo sé, lo sé, no puedo decir que no es lo ideal, ¡no sea que el bebé se ofenda!

Nos echamos a reír y ella se secó las lágrimas de las mejillas.

—Gracias.

—De nada. Enhorabuena. —La abracé.

—Ahora te toca a ti. Y no intentes cambiar de tema.

—Le pedí a Eilidh que saliera conmigo y me rechazó.

La cara de Shona se apagó.

—¡No! ¿Por qué?

—Quizá no le gusto, ya sé que a ti te parecerá imposible que a alguien pueda no gustarle tu hermano pequeño pero…

—No, no es eso. Le gustas. Tal vez sea demasiado pronto…

—Sí, lo que sea. Me voy. Para bien. No quiero más… No quiero más dolores de corazón. —Las palabras me salieron con dificultad. No es fácil hablar de sentimientos, ni siquiera con mi hermana.

—Oh, Jamie. Todo es tan complicado, ¿verdad? Nuestros planes lo están enredando todo… un bebé, y quizá Australia, y lo de Eilidh que no ha funcionado…

—¿Qué quieres decir con eso de «que no ha funcionado»? ¿Habías pensado que acabaríamos juntos?

—En realidad, no entiendes a las mujeres, ¿verdad? ¡Pues claro que lo había pensado!

—Oh, vaya. Siempre soy el último en enterarme.

—Cierto. De todos modos, todo es tan confuso. Me gustaría que alguien… En fin, me gustaría que alguien pudiera cuidar de nosotros… que pudiera resolverlo todo.

Nos miramos.

—Yo te cuidaré. Te prepararé una buena cena y una taza de té y luego te irás a la cama.

—Hablas como mamá.

Eso me hizo sonreír.

Capítulo 18

LAS CLASES DE *BALLET*

Eilidh

Las dichosas clases de *ballet* se habían convertido en una cruz. Aquella mujer me estuvo haciendo preguntas, una y otra vez. Cuatro veces por semana. Tenía que hacerla callar.

—Jamie, ¿tienes un minuto?

—Naturalmente. ¿Té?

—Sí.

—¿Te quedas a cenar? —Una vocecita llegó desde detrás del sofá. Maisie había construido un escondite con una sábana colocada entre una silla y el respaldo del sofá y lo había llenado de cojines, además de meter allí su casita rosa y sus ponis.

—No, cielo, solo me quedo a tomar el té, no a cenar —le dije.

Vi a Jamie abriendo la boca para decir algo. Quizá trataba de reiterar lo que yo acababa de responder. Lo que estaba claro era que no quería pasar más tiempo conmigo, después de aquella noche horrible.

—Oh, de acuerdo —dijo.

Empezamos a dar vueltas alrededor del hervidor hasta que el té estuvo listo, después, nos sentamos en el sofá. Maisie se había organizado una fiesta particular con sus ponis.

—¿Más té, Maisie? Sí, gracias, Pinky. Tomaré una tostada con mermelada y patatas fritas y palomitas de maíz, gracias.

—De acuerdo. ¿Qué pasa? —preguntó él. Parecía cansado, estaba pálido y tenía la barba de un día. Había estado muy ocupado, incluso más desde la inauguración.

—Bueno, una madre del colegio me está acosando. Dice que todas las niñas salvo dos van a las clases de *ballet* los sábados por la mañana, una de esas niñas es Maisie. Dice que se lo está perdiendo, que debería llevarla. Pero sé que a vosotros dos os gusta pasar ese tiempo en familia y no estoy segura de que te agrade la idea de perderte eso.

—No me había enterado de que hubiera clases de *ballet*… No puedo pedirte que, además, lleves a la niña. Lo haré yo. Aunque será una lata. —Sonrió, con un destello en sus ojos.

—Lo será. Yo que tú, tendría cuidado, debe de ser un reducto de la «mamimafia».

Se rió, con una risa abierta y profunda.

—¿La «mamimafia»?

—Puede que no lo hayas notado. Los hombres ni se enteran de estas cosas.

—Tiene gracia que digas eso. Shona me comentó lo mismo el fin de semana pasado. Sobre algo distinto.

—Shona tenía razón. En cualquier caso, no te preocupes por esas mamás cotillas. Les encantarás. ¡Revolotearán todas a tu alrededor, Jamie!

Volví los ojos.

—Pues claro —dijo, guiñándome un ojo, y ambos nos reímos con la mueca.

Era estupendo hablar así con él, sin… malentendidos.

—No obstante, no me importaría llevarla. No sería un problema. ¡Estará preciosa con su ropa de *ballet*!

—Entonces ven con nosotros —dijo él, mirándome a los ojos.

Dudé.

—Mira, ya sé que no te sientes… Ya sé que no quieres…

Empezó a hablar con torpeza, y a sonrojarse. Quería rescatarle, nada más.

—Está bien, de verdad…

—Lo que quiero decir es que podemos ser amigos. Como lo éramos cuando niños. Quiero… Quiero que formes parte de mi vida. Incluso aunque no sea del modo en que me gustaría… Aun así, quiero que formes parte de ella.

—¿Qué hay de cena? —gritó Maisie desde su escondite. Ambos nos sobresaltamos.

—Lo siento, no he podido cocinar para vosotros hoy… ¡Me temo que no hay nada de cena! —dije, agradecida por la interrupción. Nos estábamos adentrando en un terreno peligroso.

—No hay problema, de verdad, no tienes que hacerlo.

—Pero quiero hacerlo. Me gusta cocinar. Es solo que hoy… —empecé a decir, encogiéndome de hombros.

—Oh, sé lo que quieres decir: no hay nada en la despensa. —Sonrió—. He estado tan ocupado con la inauguración y con los pedidos que han llegado después…

—No te preocupes, mañana traeré algunas provisiones de la tienda.

—No quiero causarte más molestias.

—No es molestia, de verdad.

—Gracias. Siempre dejo aquí algún dinero, llévate el que te haga falta.

Él se estiró para alcanzar una pequeña caja de galletas de la estantería.

—¡Papá! ¡Tengo hambre! —La parte de arriba de una cabecita

rubia apareció de detrás del sofá, seguida de una carita.

—¿Comida china?

—¡Chico malo! —exclamé sonriente.

Se rió.

—Resuelto entonces. Veamos, a ver dónde está ese menú… —Jamie se puso a buscar en el cajón de la cocina.

—Por cierto, hace mucho que no sé nada de Shona. Le escribí para preguntarle cuál era su opinión sobre las clases de *ballet*, ya sabes, para tener la opinión de una madre. Espero que no te importe.

—Claro que no, ella es la autoridad oficial en lo que se refiere a asuntos de chicas —repuso, sacando del cajón un montón de menús y folletos—. Tiene que estar por aquí…

—La cuestión es que me dijo que me llamaría y no lo ha hecho. No es propio de ella, y menos cuando se trata de algo relativo a Maisie. ¿Sabes qué le pasa?

—Bien… No estoy seguro. Creo que… Creo que debe de tener algunos asuntos de los que ocuparse ahora mismo…

—Ya veo. —Jamie lo sabía, pero no quería decírmelo—. Bien, dile que sigo aquí para lo que sea, si necesita hablar o que le eche una mano en algo…

—Lo haré. Aquí está. El único Palacio Dorado de Glen Avich. ¿Qué te apetece?

Shona

Aquí estoy, de pie frente al espejo con mi sujetador y bragas de Marks. Inconfundibles, los signos del embarazo. Los pechos más grandes, para empezar, llenos de venillas y morados y un poco doloridos. El cabello brillante, la piel sudorosa y esas sombras azuladas bajo los ojos debidas al cansancio, a las nauseas matutinas o a la falta de sueño, o a todas esas cosas a la vez.

Y la hinchazón, la pequeña hinchazón que no es muy real, no es todavía una barriga, pero ya se ve demasiado grande, demasiado tensa y sólida como para ser únicamente el resultado de haberse comido un montón de pasteles de crema.

La primera vez que me quedé embarazada fue como si un tren me hubiera pasado por encima. Siempre estaba mareada, no era capaz de ponerme en pie, no podía dormir, ni siquiera pensar. Me había quedado sin cerebro. Para ser sincera, fue un infierno, tanto que tenía que recordarme una y otra vez por qué estaba pasando por todo aquello, que al final había un premio. Las hormonas me convirtieron un alguien un poco malhumorado, triste e increíblemente irritable. ¡Me muero de vergüenza cada vez que pienso en la vez que me enfurecí con un gerente de una tienda de Kinnear porque no me

estaban empaquetando suficientemente rápido los alimentos congelados que acababa de comprar!

Yo, que suelo ser tan tranquila y súper educada.

Shona, que había sido educada para no comportarse nunca, nunca de manera grosera.

Y peor fue cuando le estuve gritando a Fraser durante dos horas, todo el camino a Borders mientras íbamos de vacaciones. El pobre hombre debió de temer por su vida, dos semanas metido en una casa de campo en medio de la nada con una mujer que parecía una posesa.

Me puse un poco más contenta cuando remitió el mareo matutino y pude comer otra vez. Recuperé el color de las mejillas. Entonces llegó la primera patada. Nunca olvidaré esa sensación: como un revoloteo de una mariposa o una pompa de jabón que estallase dentro de mí. Esa fue la primera vez que sentí que ella estaba ahí, mi hija, que estábamos juntas. Empecé a hablarle y sabía cuándo estaba durmiendo, cuándo le apetecía hacer ejercicio, cuándo no se sentía a gusto y quería que me moviese. Me contaba todo eso, con patadas y movimientos y… bien, con telepatía. Lo sé, no se trata de telepatía en un sentido literal, es solo que ella parecía hablarme sin palabras. En cualquier caso, del modo que lo hiciera, yo lo sabía.

El parto fue… ¿Cómo explicarlo? Bueno, cuando se trata del primero y hablas con mujeres que ya han pasado por ello, te dicen algo así: «Sí, el parto es un poco duro, pero te olvidas de todo y al final tienes a tu precioso bebé…».

Menudo montón de mentiras. No es «un poco» duro y no te olvidas: esa afirmación no es más que una conspiración femenina para preservar la raza humana. El parto es un infierno. Fue un día y medio de agonía pura y dura, sin fin, y no lo he olvidado. Ni tampoco Fraser, que acabó con una mano destrozada —a la que yo me estaba aferrando para salvar la vida— y le dolió todavía unos días más. Él trataba de liberarla, pero yo no le dejé.

—Cariño, podrías… podrías soltarme la mano solo un segundo de nada… ¡Ay!

—¿Te parece que eso es dolor? —le grité—. ¡NO TIENES NI IDEA DE LO QUE ES EL DOLOR! DESGRACIADO…

—¡AAAAYYYY!

Lo divertido del asunto es que, cuando alguna amiga mía que esperaba su primer hijo me preguntaba por el parto, ¿sabéis lo que le decía?: «Bueno, es un poco duro, pero luego te olvidas y al final tienes a tu precioso bebé…» y así sigue la conspiración femenina, y por eso la raza humana no llega a su fin. Y a pesar de que no olvidé el dolor, el resultado fue tan maravilloso, tan increíblemente feliz, que no pude esperar para repetir la experiencia.

Alison Elizabeth Boyd era preciosa, tan pequeñita, arrugadita y

suave, con los ojos que parecían dos estanques oscuros con un aire de otro mundo.

Me enamoré de ella desde el momento en que supe que estaba embarazada y volví a enamorarme otra vez cuando empezó a moverse. Pero cuando nació, fue distinto. Fue como una oleada del amor más intenso que jamás en la vida había experimentado. Era un tsunami, de verdad. Me dejó sin respiración. La abracé y no la solté hasta que por lo menos habían pasado seis meses.

—No sabía lo que era el amor hasta que naciste —susurré a su oído una noche cuando estábamos a solas, con lágrimas de emoción cayéndome por las mejillas. Son momentos de los que nunca, jamás, le hablas a nadie. Igual que cuando solía quitarle el pijama entero, el jersey y el pañal, y la dejaba patalear sobre una toalla en nuestra cama, solo para disfrutar de ver su cuerpecito rosado, suave y perfecto, y sentir que si me moría ahí en ese mismo instante, todo habría valido la pena aunque solo hubiera sido por vivir aquel momento.

Fue la dicha. Y el miedo. Tenía todos los radares alerta, atentos a cualquier peligro. Cuando la tenía en brazos, su delicada cabecita podía golpearse con algo. Durante los primeros días, me quedaba helada cada vez que traspasaba una puerta. El agua del baño podría estar demasiado fría o demasiado caliente. Podía arañarla sin querer al cambiarle el pañal, con esos adhesivos tan fuertes que les ponen a los pañales. Y lo peor de todo, podía dejar de respirar mientras dormía. El mundo que nos rodeaba estaba lleno de peligros y sentía una necesidad acuciante, física, de protegerla. Me sentía tan protectora que podría haber hasta rugido.

Me costó un par de años relajarme un poco y, para entonces, ya estaba otra vez embarazada, de Lucy. Mis sentimientos por ella no fueron menos intensos, aunque sí completamente distintos. Mucho menos dolorosos, sentía mucho menos miedo. Lucy entró en nuestra familia sin molestar; un bebé feliz y tranquilo que comía y dormía y casi nunca lloraba, y a Alison le encantó tener una hermana.

Unos años después llegó Kirsty, el bebé de la familia. Supongo que debería haberme traído sin cuidado todo aquello por aquel entonces, pero Kirsty me hizo volar, con su pelo negro, como el de mi padre y el de Jamie, y su dulzura, su absoluto… estilo Kirsty. Y eso fue todo. Nuestra familia estaba completa.

Entonces llegaste tú.

Los formularios de admisión y los folletos de la universidad han ido a parar al contenedor del reciclado del papel, mientras tú sigues creciendo, silenciosamente, esperando aterrizar aquí y poner mi vida patas arriba.

Estoy asustada. Temo que un bebé que llega así, sin esperarlo, por

sorpresa, acabe siendo… menos querido. Y no puedo soportar querer a alguno de mis bebés menos que a los demás. No puedo soportar la idea de no quedarme admirada por todas las cosas que harás, tu primer paso o tu primera palabra, como lo hice con las niñas.

Tengo miedo de no quererte tanto, de una manera tan natural y tan fácilmente como quiero a tus hermanas. Jamie cree que eso es imposible. Así es tu tío Jamie, te gustará, es estupendo. En cuanto a tu padre, bien, todavía no lo sabe.

Tus hermanas no están, dormirán fuera, y he preparado una cena muy rica para tu padre y para mí, para que podamos pasar un rato tranquilo y charlar. Y tú, claro. Oh, ahí está.

La llave gira en la cerradura de la puerta, oigo sus pasos escaleras arriba. Entra y me mira, estoy de pie en ropa interior.

—Hola… disculpa, todavía no me he vestido…

—Oh, Dios…

—¿Qué?

—Oh, Dios…

—¿QUÉ?

—¡Estás embarazada!

Se ha quedado ahí, de pie, con la boca abierta. Por amor de Dios, ¡Di algo!

—¿Cómo… cómo ha sucedido?

Oh, Dios. No está contento.

—¿A ti qué te parece?

—Sí, bien, ya sé pero… te estabas tomando la píldora… oh, ¡a quién le importa eso! —exclama y luego sonríe, y me abraza, me acaricia el pelo y me dice, su voz pegada a mi cuello—: Te quiero.

De repente, todos mis temores desaparecen y sé que te querré, mi querido, pequeño y no nacido hijo, tanto como a los demás. Pero no como a los demás. Tú recibirás un tipo de amor especial, como todos, ese que solo tú y yo compartimos.

Pero, por favor, por favor, saltémonos eso de las nauseas matutinas esta vez.

Capítulo 19

LEJOS, MUY LEJOS

Jamie

He pensado en ello una y otra vez. Luego seguí pensando un rato más. Dejar atrás a Maisie era algo que ni me planteaba, porque pasar cuatro meses lejos de ella me resultaría insoportable.

Podría llevarme a alguien conmigo, como me sugirió Emily, una persona que cuidase de Maisie y la ayudase también con los deberes. Obviamente, Eilidh está descartada, no me atrevo a pedírselo después de todo lo que ha pasado. No conocía a nadie más pero no creía que fuera a resultar difícil encontrar a alguien que quisiera el puesto. Un viaje de cuatro meses por Australia, cuidando de una niña de cinco años buena y dulce resultaría atractivo para muchos. Sabía que iba a echar de menos a Shona, pero estaremos de vuelta justo después de que haya nacido el bebé. En cuando a lo de estar lejos de Eilidh… bien, en realidad, ese era el motivo por el que quería alejarme de aquí. No podía quitarme de encima mis sentimientos. Este acuerdo que teníamos… eso de vernos cada noche cuando llego a casa y cada sábado en las clases de *ballet*… se estaba convirtiendo en algo demasiado duro para mí. Como una especie de tortura.

Después de que habláramos, ella empezó a sacar dos tazas otra vez y ahí estábamos, sentados en el sofá con Maisie a nuestros pies, mientras yo podía percibir su olor y sentirla cuando alguna vez pasaba junto a mí y me rozaba, lo que hacía que me sintiera como si una mano me estuviera exprimiendo el corazón. Le hablaba, pero no era suficiente. La veía, pero no era suficiente. Cuando charlábamos, yo no quería que la conversación acabara. Si estaba con ella, no quería irme. Quería abrazarla y no dejar que se marchara, nunca. Pero nada, nada sería nunca suficiente, porque quería besarla, y tocarla, y hacerle el amor. No me da vergüenza decirlo, ¿por qué?

¿Qué me pasaba? Solo hacía un par de meses me negaba a que alguien entrara en mi vida. Estaba decidido a que fuéramos solo dos, Maisie y yo. Me molestó que Gail se inmiscuyera en nuestras vidas; no la quería en ellas.

Y entonces llegó Eilidh y acabó con todos los muros que había levantado a nuestro alrededor, los derribó sin más, convirtiéndolos en piedra, luego en guijarros y más tarde en arena, y yo me quedé…

indefenso.

Sus ojos azules, su pelo castaño, un toque de marrón oscuro, cálido y brillante, su piel cremosa con un toque ambarino, ¿quizá heredado de sus antepasados judíos? Su voz, su sonrisa, la manera en que camina y en que está de pie, tan pequeña y vulnerable y al mismo tiempo, fuerte. Como si estuviera hecha de acero, aunque no lo sabe. Todo eso, toda ella, era lo único en que podía pensar. Me hechizaba. Mi corazón se elevaba cada vez que la veía y luego se hundía cuando se iba. Vivía solo por los momentos que pasábamos juntos.

«Tenía» que ir a Australia. Era la única manera. Sería una tortura continuar así. Nunca pensé que querría dejar Escocia pero, de alguna manera, Escocia y Eilidh se estaban fusionando para convertirse en lo mismo, en todo lo que para mí significa un hogar.

—Hola, soy Jamie McAnena, ¿puedo hablar con Emily, por favor?

—Soy yo. ¿Cómo está? Espero que me llame para darme buenas noticias.

—He decidido hacerlo.

—¡Oh, estoy encantada!

—Pero todavía no he encontrado a nadie para que venga conmigo y se ocupe de Maisie. Así que primero tengo que resolver este asunto antes de darle un sí definitivo.

—Quizá pueda ayudarle con eso. He hablado con mi sobrina, Emma. Es profesora de primaria, acabó los estudios en julio, y ahora está trabajando como suplente en varios colegios. Está pensando en ir al extranjero para enseñar, tal vez a Singapur, pero le encantaría ser la tutora de Maisie durante cuatro meses y cuidar de ella. Es una joven encantadora, solo tiene veintiún años, aunque ¡ya sé que estoy siendo parcial!

—No, nada de eso. Suena bien. Estupendo, diría yo. Una maestra sería perfecta.

—Exacto. Emma podría hablar con la maestra de Maisie para que se mantuviera al nivel de sus compañeros de clase y no perdiese un año entero.

—¿Y dónde vive Emma?

—En Londres, como yo. Venga a conocerla: puede quedarse con nosotras. O nosotras iremos a verle a usted, si así lo prefiere. Mi marido está deseando conocer Glen Avich. ¡Le he dicho que es un lugar precioso!

—No hay problema. Podemos ir a Londres o, si prefiere hacer una pequeña escapada, vengan aquí y quédense en mi casa.

—No, somos tres, quizá cuatro porque mi hermana, la madre de Emma, también querría venir. Nos alojaremos en el Green Hat. Señor, tenemos tanto de que hablar… Estoy encantada de que haya dicho que sí. Tan pronto como nos dé luz verde con lo de Maisie, me pondré

en contacto con la parte australiana de todo este plan.

—De acuerdo. Gracias, Emily. Llámeme o envíeme un e-mail cuando vaya a venir.

—Lo haré. Hablaremos pronto. Oh, y Jamie…

—¿Sí?

—Ha tomado la decisión adecuada.

—Sí. Gracias. Adiós.

¿Lo había hecho?

Emily había hablado de Sídney, Melbourne, Perth, quizá también Nueva Zelanda. Lugares que jamás pensé que vería, sitios que nunca se me ocurrió que Maisie conocería a tan tierna edad. Aprenderá muchas cosas.

Emily también había dicho que tendríamos que tenerlo todo listo para marzo, que sería lo ideal. Faltaban menos de tres meses. Todo me parecía tan repentino. Habían pasado tres semanas desde Navidad y marzo llegaría antes de que me diese cuenta. Tenía que decírselo a Maisie. Conociéndola, estaría encantada. No es una niña timorata, ni mucho menos, sé que sabrá llevarlo bien. Lo único que siento es que ella y Eilidh habían llegado a estar tan unidas…

Tenía que decírselo a Eilidh. Y naturalmente, a Shona. Pero todavía no, mejor que deje pasar unos días después de la sorpresa que ha supuesto para ella su inesperado embarazo.

Me preguntaba cómo se lo tomaría Eilidh. De otro lado, ni siquiera sabía si Eilidh estaría aquí cuando regresáramos. Sabía que se estaba planteando volver cuando hubieran pasado las Navidades, y entonces me había dicho que pensaba quedarse hasta la primavera. Estaba claro, no le apetecía regresar a Southport, pero ¿quién sabe?

El fuego se estaba apagando; la pantalla del televisor parpadeaba. El aire estaba caliente esa noche, como en un verano en la India. El salón de casa me pareció un poco extraño, como si los objetos que había en él hubieran cambiado de lugar y unos estuvieran ocupando el lugar de otros. Como si todo hubiese cambiado un poco.

Pronto, mi casa sería un hotel, uno distinto cada dos meses. Señor. Yo, ¿de gira? Solo soy un herrero, no una estrella del pop ni nada por el estilo. La vida es impredecible.

No estaba seguro de si esto me emocionaba o me parecía fantástico. Era una mezcla de ambas cosas. Acabé de beberme el vaso de agua con gas y una rodaja de limón, apagué la televisión y subí al piso de arriba.

Y entonces, sucedió. Las cortinas en el otro extremo de la habitación se movieron según me acercaba.

Cuando pasó por primera vez, me di cuenta de que no era Misha, nuestra gata, la que provocaba el movimiento —todavía estaba por ahí, de caza nocturna—. Me asusté, el corazón me dio un vuelco y el

vello de la parte de atrás del cuello se me erizó. Pero pasa tan a menudo —no cada noche, pero casi—, que ya no me asusto.

He llegado a acostumbrarme. Un ligero movimiento, la manera en que las cortinas se ondulan y flotan cuando alguien se acerca…

Mi casa es muy antigua y han sido muchas las personas que han vivido aquí antes que nosotros. Hay una lista larga, muy larga, de gente detrás de cada uno de nosotros. Y, si han dejado alguna señal, no me sorprendería, no me asustaría.

Subí al piso de arriba, besé a mi hija en la frente y le acaricié su rubio cabello con cuidado, además de asegurarme de que estuviera caliente y bien arropada bajo su edredón blanco con estrellitas de color lila. Como cada noche, me quedo maravillado por su dulzura, su inocencia mientras duerme, y pienso en lo afortunado que he sido porque Dios, o la vida, o el poder que sea que exista, me la haya enviado. Me meto en la cama, fría, grande y vacía, y como cada noche, a pesar de esforzarme en que no sea así, la cara de Eilidh llega flotando hasta mí, tras mis ojos cerrados.

Elizabeth

Se va.

Se va y sé que no estaré aquí cuando regresen. Pero ¡me queda tanto por hacer!, aunque no sé cuánto resistiré hasta que me lleven, hasta que mi alma sea llamada de vuelta, renovada y enviada de nuevo a la rueda de la vida.

Sé que no volveré a ver a mi amado hijo. A mi querida Maisie. No le detendré. Debo dejarle ir. Si las cosas con Eilidh no están saliendo como yo esperaba, como él esperaba… aun así, él está viviendo su vida. Ha dejado de beber a solas, ha empezado a abrirse. Ha vuelto a la vida. Eilidh ha hecho un milagro, aunque no de la manera en que yo esperaba que lo hiciera.

Quién sabe qué sucederá cuando se vaya a Australia. Puede que conozca a alguien. Puede que se quede allí. Quién sabe. No estaré allí para verlo. Pero tengo que confiar en que le irá bien, y en que Shona estará contenta con su cuarto hijo —que, por cierto, será otra niña—. Me quedaré hasta que dé a luz, estaré ahí para bendecir a mi nueva nieta.

Y luego me iré. Espero, espero con todo mi corazón, que mi alma pueda volver a Escocia. Más que nada, espero que cuando sea una persona distinta, Escocia siga siendo mi hogar.

Jamie

Eilidh tenía razón con eso de la «mamimafia». Daban «miedo». En las clases de *ballet,* me quedé callado, bien calladito, y Eilidh tan solo sonreía sin decir palabra. Parecían vestir de uniforme: con *jeans* ajustados, cazadoras negras, zapatos planos que dejaban marcadas en el suelo distintas huellas de animal, bolsas enormes y anillos de casada también enormes. Y todas ellas parecían conducir el mismo tipo de vehículo, un Jeep enorme. Las clases eran caras, el equipo era caro y los vestidos para los espectáculos (tres cada una) tenían un precio exorbitante, así que ese era el motivo por el que solo «cierta clase de gente» podía llevar allí a sus hijas.

No obstante, las niñas parecían un bonito ramillete; resultaban divertidas y muy bonitas con sus atuendos rosas de bailarina. Maisie, claro está, era la más bonita. Levantaba los brazos con gracia, practicaba ponerse de puntillas, ladeaba la cabeza y sonreía, y yo estaba henchido de orgullo. Eilidh le había hecho un moño alto que había sujetado con una… especie de cosa de punto de color rosa. La verdad es que no sé cómo se llama. En realidad, se parecía a una de esas fundas de ganchillo que se hacen para las teteras, pero esta era para el pelo. Peggy la había tejido. Maisie era la primera en lucirla, así que las demás se apresuraron a movilizar a sus abuelas y a sus tías abuelas para que les hicieran una.

También había un niño en la clase, que parecía enfadado, pues le tocaba saltar por ahí llevando medias. Estaba claro que no le gustaba nada, pero su madre no tenía hijas y quería formar parte de aquel círculo dorado de madres, así que no le quedaba más remedio que estar allí. Pobrecillo, una vez le oí decir a su madre que todos su amigos iban a taekwondo los sábados por la mañana, pero no le hizo ni caso. Las clases de taekwondo tenían lugar en el aula de al lado, así que las niñas de rosa se mezclaban en el vestíbulo con los niños que iban de blanco —no todos—. El pequeño de las medias charlaba con sus amigos y miraba con añoranza sus ropas, muriéndose de ganas de irse con ellos.

Eso me hizo plantearme cómo serían las cosas si hubiera tenido un hijo.

Un sábado más, el tercero de tres consecutivos, Eilidh y yo estábamos contemplando a Maisie desde un extremo, tratando de estar cada uno a lo suyo, pero las cosas no iban a ser así.

—¡Hola, Jamie!

La madre de Keira. Rápido, hay que esconderse.

—Oye, estaba pensando, ¿por qué no vienes a almorzar el próximo domingo? —preguntó, mirándome directamente y haciendo como si Eilidh no estuviera allí.

Tenía unas uñas muy largas, muy rojas.

—No puedo, lo lamento, estoy muy ocupado estos días y además

me pasaré todo el fin de semana trabajando.

—Oh. Bien, ¿qué tal si cuidamos de Maisie por ti y así puedes recogerla y quedarte a cenar?

—Eres muy amable, de verdad, pero mi hermana va a venir más a menudo, así que ella y Eilidh se las arreglarán para hacerlo.

—Debe de ser muy duro para ti, sin ayuda —susurró, asintiendo. Podía ver cómo Eilidh iba cerrando los ojos y cómo las mejillas se le enrojecían.

—Eilidh es de gran ayuda —dije, sonriendo y gesticulando hacia ella.

—Debe de ser duro —reiteró—. ¿Tal vez en otra ocasión? —sugirió, todavía sin mirar a Eilidh.

—No, no creo.

Mierda. ¿Lo he dicho en voz alta?

Eilidh parecía asombrada. Lo mismo, Paula. Me lanzó una mirada de sorpresa, dijo algo acerca de que tenía prisa y se marchó.

—Muy diplomático —dijo Eilidh, con los ojos muy abiertos por la sorpresa, pero con los labios dibujando una sonrisa reacia.

Aquello me mortificaba.

—No debería haber dicho eso… Se me escapó… Keira es su mejor amiga…

—En realidad, Maisie está dejando de ser su amiga. Dice que Keira siempre quiere mandar y que tiene a menudo problemas con la maestra. Y que no es amable con Ben.

—¿Quién es Ben?

—Oh, ya está, ¡papá tiene celos! —bromeó Eilidh—. Su nuevo y mejor amigo. Es encantador. Un niño muy agradable. Va a clase de taekwondo por las tardes.

—¿Crees que Maisie preferiría cambiar a taekwondo?

—¡Ni hablar! Le gusta el rosa, mira. Y los accesorios para el pelo son el remate. ¡Dios, no puedo creerme que hayas sido capaz de decirle lo que le has dicho a esa mujer!

—Ni yo, para serte sincero. Aunque se lo merecía, después de cómo te ha tratado.

Las niñas habían terminado y corrieron hacia donde estábamos, torpes, dulces y divertidas, como son las niñitas de su edad, como si fueran una bandada de patitos rosas.

—¡Muy bien! Has estado maravillosa. Bien hecho, cariño, vamos, te ayudaré a cambiarte —dijo Eilidh, abrazando a Maisie un poco. Parecían estar tan cerca la una de la otra… Tenía que hablar a Eilidh de nuestros planes.

—¿Puedo invitaros a almorzar? —pregunté, según salían de los vestuarios. Maisie vestía de nuevo su ropa de calle, un mono de *denim*, y llevaba el pelo suelto cayéndole sobre los hombros.

—¡Sí! ¿Podemos ir al restaurante rojo?

El restaurante rojo es un asador que se encuentra entre Glen Avich y Kinnear. A Maisie le encanta.

—¿Te parece bien? —pregunté a Eilidh.

—No sé… Tal vez debería regresar, Peggy estará sola.

—Verás, quería… Quería hablar de algo contigo. Decíroslo a las dos a la vez.

—¡Parece algo importante! —Se rió, pero parecía un poco preocupada.

—No, no, no es nada malo, es solo algo que debo contaros a las dos. Bien, pregúntale a Maisie, será mejor. Porque si ella no quiere…

—¿Querer qué? —preguntó la pequeña. Miré a Eilidh.

—De acuerdo, de acuerdo, iré. Vayamos.

Tras un almuerzo estupendo, que no disfruté por los nervios, pasamos al pudín. Pastel de chocolate para las chicas y café para mí.

—Bien… la cosa es, me han pedido que vaya a trabajar a Australia durante una temporada. Es un país que está lejos, muy lejos, cruzando el mar —añadí, para que Maisie lo entendiera—, y me gustaría ir. Solo por unos meses. Luego, volveremos.

Una respiración profunda.

—Papá, ¿podré ir contigo? —Maisie parecía perpleja.

—Naturalmente, pues claro que sí, cariño. Vendrás conmigo y viajaremos juntos, y también vendrá con nosotros una maestra para que no pierdas el curso. Verás un montón de sitios increíbles.

—De acuerdo —dijo, antes de meterse en la boca un buen trozo de pastel.

—Será estupendo. Nos alojaremos en hoteles muy bonitos y ¡resultará una gran aventura! —dije, poniendo más entusiasmo del que realmente sentía al hacerlo.

—De acuerdo, papá —repitió, encogiéndose de hombros.

Caramba. Eso había sido fácil.

Pero ahora tocaba lo difícil.

—Quería decíroslo a las dos porque… verás, Maisie debía saberlo antes, puesto que va a venir conmigo, pero entonces ella te lo hubiera dicho y quería ser yo quien lo hiciera…

—Es una gran noticia, de verdad, Jamie. Una oportunidad maravillosa.

—Sí, es una oportunidad… y solo estaremos fuera unos meses.

—Entonces, ¿cuándo os vais? —preguntó, mientras miraba al pastel.

—En primavera. Marzo.

—¿Tan pronto? —exclamó, pero retomó las formas. Sabía que echaría muchísimo de menos a mi hija.

—Todavía faltan unos meses… y tendrás tiempo de disfrutar de

Maisie hasta entonces…

—Pues claro. Naturalmente. Ni siquiera estoy segura de si estaré aquí cuando volváis. Quiero decir, que tal vez regrese a Southport…

Durante un segundo, me resultó imposible respirar.

—Sí, lo comprendo…

—Bien, ya está… bueno, ¿no puede llamársele mudanza, no? Volverás…

—Emily… Ya conoces a Emily Simms, te he hablado de ella… Ella lo llama «una gira».

—¿Un herrero de gira? —Se rió.

—Lo sé, suena un poco como a… *Factor X,* ¿a que sí?

—Bueno, ¡no vayas por ahí poniendo las habitaciones de hotel patas arriba! ¡Por tu gira! —dijo, con una gran sonrisa, levantando su vaso de zumo. Maisie y yo brindamos con ella.

—Por la gira…

—¿Qué es una gira?

Eilidh y yo nos reímos, y Maisie también, aunque no sabía por qué nos parecía aquello tan divertido. Tras recibir la noticia, Eilidh solo comisqueó un poco de tarta y, de camino a casa, parecía muy callada, demasiado.

Quería decirle que todo habría sido distinto si me hubiera dicho que sí aquella noche… Pero no lo hice, no hacía falta, ella ya lo sabía.

—Recuerda hacer las maletas —dijo Maisie, según Eilidh bajaba del vehículo. Ella se quedó helada. Y yo también.

—Eilidh no va a venir, cariño, solo tú y yo.

La cara de Maisie se apagó.

Ya sabía yo que había sido demasiado fácil.

Eilidh sonrió como si no estuviera pasando nada, dio unos golpecitos en la ventanilla de Maisie y dijo adiós con la mano, pero yo miré por el retrovisor mientras me alejaba y vi su cara de… desamparo, no había otra manera de describirla.

Maisie tampoco dijo nada.

El corazón se me encogió.

—¿Papá?

—¿Sí?

—¿Cuando vayamos a Australia…?

—¿Sí?

—¿Vendrá la abuela?

Me quedé en silencio un minuto.

—¿La abuela? Cariño, ya sabes que la abuela está en el cielo…

—Por la noche, no. Por la noche está en mi cama.

No respondí. Debo admitirlo, me asusté. No dijo nada más sobre el asunto y yo tampoco le hice más preguntas.

Capítulo 20

QUE NADA TE ENTRISTEZCA

Eilidh

—Hola, mamá, soy yo.

—Hola, Eilidh, ¿cómo estás? Últimamente llamas muchísimo.

Sí, es verdad, lo siento. Solo mi madre diría algo así.

—Me pareció que debía decirte que me quedaré por aquí hasta Navidades.

—De acuerdo, muy bien, pero no esperes que vayamos a verte. Peggy no puede alojarnos a todos y a Katrina le saldría carísimo reservar en el Green Hat.

—No, claro, claro que no espero que vengáis.

Dios no lo quiera.

—¿No echarás de menos a los niños? Después de todo, son tus sobrinos. —El tono en que lo dijo me pareció reprobatorio.

Sí, les echaré de menos. Echaré de menos a mis sobrinas y a mi sobrino, aunque la verdad es que Katrina nunca nos ha dejado estar mucho juntos, así que no hemos tenido tiempo de conocernos. Pero les quiero muchísimo: Jack, las mellizas y la pequeña Molly…

—Sí, por supuesto, pero no estoy preparada para regresar. Ni siquiera en Navidad.

—Katrina me comentó que le pareciste muy fría cuando te telefoneó para invitarte.

No vale la pena decir nada al respecto. Mi madre nunca me escucha si se me ocurre decir algo mínimamente crítico acerca de Katrina. Y las dos tienen el mismo sentido de la diplomacia, así que los comentarios hirientes de Katrina coinciden con su idea de lo que significa decir la verdad. De algún modo.

—Estaba pensando, quizá a papá y a ti os gustase venir… los dos solos… por Navidad, o más o menos por esas fechas…

—¿Nosotros? No, cariño, lo siento, pero no podemos. Pasaremos las fiestas con Katrina y los niños y luego regresaremos a Cornwall para ver a Jim y Laura.

—Oh, naturalmente. No debería haber preguntado.

—Nos hace falta pasar unos días de vacaciones de verdad, ya sabes.

—Sí, claro. Claro que lo sé. —Respiré hondo—. ¿Habéis hablado con Tom últimamente?

—Sí, llama mucho. Le decimos que estás bien. Le pregunté, ya sabes, sobre esa chica. Están viviendo juntos.

Oh. Una pausa, como si estuviera tratando de respirar otra vez.

—Lo siento, Eilidh. Que se vayan, eso es lo que yo digo. ¡No entiendo cómo soy capaz de hablar con ese muchacho! ¡A tu padre le gustaría ir a su casa y darle un buen puñetazo en plena cara!

Pensar en mi pacífico y cariñoso padre dando un puñetazo a alguien estaba muy lejos de lo que yo era capaz de imaginar.

—¡No, que no lo haga! ¿De acuerdo? Saldré de esta. Pronto. No os preocupéis. Estoy bien. Casi lo… estoy.

—Como había dicho, que se vayan con viento fresco. Ahora tengo que dejarte, Eilidh. Debo llamar a Laura. Adiós.

Mi madre se pasaba horas al teléfono con Laura, pero a mi me colgaba rápido. No valía la pena enfadarse, simplemente, así eran las cosas.

Pasadas las Navidades, habría superado todo este asunto.

Hablaría con Tom, resolvería lo del divorcio.

Divorcio. Dios. Qué palabra tan dura. Me lo estaba temiendo, pero había que resolverlo.

Peggy caminó hacia mí.

—Eilidh, cariño, no he podido evitar oír lo que tu madre y tú estabais diciendo. Margaret y Sandy vendrán a cenar el día de Nochebuena. Me encantaría que te quedaras.

—A mí también, si no te causo ninguna molestia.

La cara de Peggy se iluminó y eso me caldeó el corazón.

—Será un placer. Ya sabes, con las chicas, que no vendrán este año, es una suerte tenerte aquí. Sandy y Margaret también están solas, pues James se queda en Londres con su familia política, así que seremos cuatro. ¿Estás segura de que no te importa quedarte con unas viejas como nosotras?

—Oh, será estupendo, Peggy. ¡Bailaremos subidas a la mesa y nos daremos algún batacazo!

Peggy sonrió.

—Oh, Señor. Eres todo un carácter.

—¿Os parece bien que sea yo quien cocine? Estoy pensando en algo alternativo. Nada del típico pavo, ya sabes… algo más… no sé, algo que suponga un reto. Como chefs.

—¿Chefs? Ay, Dios. —Para Peggy, cuando dice «ay Dios» significa que la idea le entusiasma—. Suena maravillosamente. Yo me ocuparé del bizcocho borracho con crema, ya sabes; a Sandy y Margaret no les importa mucho el pudín de Navidad, pero adoran el bizcocho borracho relleno de crema.

—Estupendo. También traeré un *panettone*. Un postre italiano típico.

—¿Italiano? Ay Dios, yo… —¿Otra vez? Esta claro, la situación se estaba descontrolando—. ¡Me muero de ganas de probarlo! —Dejó escapar una risita.

—Prepararé blinis con salmón y *crème fraiche* de primero y… ¿qué te parece el pato? ¿Pato asado con verduritas y patatas?

—Sí, cariño, lo que sea. Confío en tu buen gusto. Además, creo que podré adaptarme al cambio. Llevamos años cenando pavo. Sorpréndeme. Espera a que vaya, llame a Margaret y le cuente nuestros planes.

Sonreí. Entonces, una idea tomó forma en mi mente; una idea verdaderamente perversa, nada propia de mí.

Nuestra tarjeta de crédito. La que compartíamos Tom y yo.

Puede que todavía no la hubiera anulado.

Oh, Dios mío. Era algo del todo deshonesto.

Pero él ya estaba viviendo con su novia. Había tenido a otra durante años mientras yo estaba pasando por todo aquel… Puede que incluso se vieran mientras yo estaba en el hospital…

Sí. Lo haría.

—¿Vas a salir, cariño? ¿Volverás para almorzar?

—No, voy a pasar el día en Aberdeen, Peggy. No te importa, ¿verdad? Tengo que hacer algunas compras navideñas.

—Pues claro que no, cielo. Me sentaré aquí y veré *Coronation Street* mientras me caliento un poco —dijo, señalando al fuego.

—Parece un buen plan.

Me arreglé lo más rápido que pude y salí a la calle. El aire estaba helado. Mientras caminaba hacia la estación, miré el horario. Fenomenal, solo tendría que esperar veinte minutos. A cada paso que daba me emocionaba más y más. Ya en el tren, no obstante, empecé a sentir remordimientos sobre lo de la tarjeta de crédito. ¿Oh, Dios, qué estaba haciendo? Pero, bien, todavía estábamos casados. Después de todo, no iba a pedir nada ni quería nada, él podía quedárselo todo, no me importaba. Pero este día de compras, oh, me lo debía.

Colinas y páramos desfilaban ante mis ojos mientras miraba apoyada en la ventana, tomándome un café en vaso de papel. Quizá hubiera anulado la tarjeta. Pero no lo creía. No sería algo típico de él, sabiendo que yo no trabajaba, eso de dejarme sin nada. Mi madre me había dicho que había preguntado muchas veces si necesitaba dinero, pero la respuesta siempre había sido que no. Podía vivir sin dificultad con lo que Peggy me pagaba. No era mucho pero, por ahora, tampoco necesitaba mucho. No quería nada de Tom, solo mi libertad y un nuevo comienzo.

Sabía que tenía que salir de esto por mis propios medios, conseguir una casa, ahorrar un poco. Mis ahorros eran escasos, pero tenía mi profesión. Podría encontrar trabajo en una guardería y seguir viviendo

con Peggy hasta que tuviera el dinero suficiente para pagar una entrada para una casa. Pedir una hipoteca. Tener mi propio hogar, un trabajo a tiempo completo. Una vida. Todo se presentaba ante mí, un millón de posibilidades, y me sentía fuerte.

En Aberdeen hacía mucho frío, frío y sol, y la ciudad era preciosa. Todas las tiendas estaban decoradas con adornos navideños y las calles se veían llenas de gente bien abrigada con gorros y bufandas. Siempre me ha gustado la Navidad. Incluso a pesar de tener la espina clavada de no tener hijos con los que disfrutarla, me gustaba. Los árboles, el olor de las especias, la oscuridad invernal rota por las luces de Navidad, los escaparates iluminados y festivos. En la guardería, solíamos hacer muchos adornos navideños, y la obra de teatro de Navidad para los niños. Me encantaba todo eso.

Al entrar en Station Square, lucía una amplia sonrisa. Me dirigí a Marks & Spencer.

—Para llevar a casa, por favor. Sí, el próximo jueves está bien. Peggy Watson, Nolly Cottage, Glen Avich. No, la casa no tiene número. Gracias.

Pato, uno.

Patatas, tres bolsas.

Verduras variadas, tres paquetes.

Panettone, dos.

Salmón ahumado, dos.

Ingredientes diversos para otras veces, un montón.

Mantecadas, cinco cajas (para regalar a nuestros amigos).

Botellas de *whisky,* cinco (una para nuestra mesa, una para mi padre, una para Harry y Doug, una para Jamie, una para Fraser).

Cortesía del señor Tom Davies.

Saqué la tarjeta de crédito con resolución, desafiante, pero tenía el corazón en la boca. Quizá debería haber comprobado primero que funcionara. Imagínate la escena.

Mucho, mucho, pero mucho tiempo después, un zumbido. Tarjeta aceptada.

Ja. Venganza.

Pero entonces me sentí culpable.

Salí rápidamente y encontré una callejuela colateral. Saqué mi teléfono móvil. ¿Cómo podría mantener mi número oculto? No quería que me llamase cuando le apeteciera. Le estuve dando vueltas un rato hasta que se me ocurrió cómo hacerlo: solo Dios sabe cómo lo logré, soy una inútil con este tipo de cosas.

Estaba haciendo llamada.

—Tom, soy yo.

—¡Eilidh! ¡Oh, Dios mío! ¡Eilidh! —Oí una conmoción de fondo. Seguramente era su novia—. ¿Cómo estás? —Se había quedado sin

habla, como si hablar conmigo fuera una sorpresa de veras. Y en realidad, así era. Para ambos.

—Estoy bien, gracias. Solo quería decirte, quiero el divorcio. Busca un abogado, por favor. No quiero nada tuyo, tan solo que esto se resuelva con rapidez.

—¿Qué? ¿Divorcio? —Estaba susurrando.

—Bien, ¿qué esperabas? ¿Vivir con las dos?

—No, no, pero… Todo es tan repentino…

—¿Repentino? Ya lleva años. Siempre lo he sabido.

—Eilidh, es complicado. Mira, no podemos hacerlo así. Necesitamos hablar.

—No, no hace falta. Busca un abogado, te llamaré pasadas las Navidades, firmaré lo que quieras.

—Eilidh…

—Oh, y una cosa más. He usado nuestra tarjeta de crédito para comprar todo lo necesario para la cena de Nochebuena para mi familia y para mí. Para mi familia escocesa, quiero decir. Gracias.

—Quédate con la tarjeta, Eilidh, por favor, la necesitas… tu madre me dijo que trabajas en esa tienda en Glen Avich. Vamos, no puedes vivir así.

—Creo que acabarás por darte cuenta de que sí puedo. Ahora mismo voy a destruir la tarjeta —dije, doblándola una y otra vez hasta que quedó inservible, y luego la tiré a la basura.

—Ei…

—Tengo que dejarte. Adiós.

Colgué el teléfono. Tenía el corazón a cien. Lo había hecho.

—Bien hecho, joven.

—Sí, ¡bien hecho! —Oí voces a la vuelta de la esquina. Avancé un paso y vi a dos viejecitas con gorros de lana y abrigos, una de ellas empujando un carrito lleno de comida. Mi callejón desierto no lo estaba después de todo.

—Se lo has dicho. Buena chica —dijo la mujer número uno.

—¡Sí, buena chica! —dijo la mujer número dos.

—Estoy segura de que se lo merecía.

—¡Sí, se lo merecía!

—¡Gracias, compañeras! —dije, y me encaminé a Debenhams para seguir comprando. Con mi propio dinero, muchas gracias.

Y una hora después, había comprado regalos para todos, cosas pequeñas, pero me sentía satisfecha. Llevaba unos cuentos para mis sobrinos y el nuevo libro de Nigella Lawson para Harry y Doug. Les encanta cocinar, igual que a mí. Había comprado un cardigan suave y muy cálido para Peggy y un collar, el más bonito y más dulce, para Maisie, con una estrellita de plata, ya que ella interpretaría el papel de estrella en la función de Navidad.

No quería pensar en su partida. No debería haber dicho eso de que no estaría aquí cuando regresaran. Pues claro que estaría en Glen Avich. Cada día que pasaba, cada semana, cada mes, me alejaba más de Southport. Puede que algunos piensen que estaba loca, irme a vivir a un pueblo minúsculo de las Tierras Altas de Escocia, pero ese era el único sitio a donde sentía que pertenecía, y considerando que no tenía nada más en la vida, debía dejarme llevar por ese sentimiento. Escocia era para mí como un faro en medio de una tormenta.

Estaba perdida en mis pensamientos cuando les vi. Otra vez. ¿Se había convertido en alguna extraña costumbre? ¿Es que aquella mujer me seguía cada vez que iba a la estación?

—Hola, Helena, hola, Gail. ¿Qué tal?

—Hola, lo siento, debo… —dijo Helena. Naturalmente.

Gail parecía muy enfadada.

—Así que Jamie se va —me espetó, mientras Helena trataba de llevársela tirando de ella.

—Sí, se va a Australia.

—Lamento que lo vuestro no funcionara —dijo, como si tal cosa. Tenía la cara retorcida y un aspecto horrible.

Jesús. *Mujer blanca soltera busca…*

—En primer lugar, no había nada que tuviera que funcionar. Disfruta de tus compras. —Seguí caminando y me subí al tren del que ellas acababan de apearse.

—No pareces ser capaz de hacer que nadie se quede contigo, ¿verdad, Eilidh? Tu marido también te dejó, ¿no es cierto?

Me quedé parada, en el umbral de la puerta del tren, helada.

—¡Gail, eso ha estado muy mal! —Helena parecía de veras sorprendida.

Durante un segundo, creí que iba a darle un bofetón. Pero me contuve.

Gail también parecía sorprendida.

—Oye, lo siento, quizás he ido demasiado lejos…

—Pues sí, Gail —dije, glacial—. Y cuando Jamie se entere de lo miserable y mala persona que puedes llegar a ser, bien, si te quedaba alguna esperanza…

Bajó la cabeza.

—Adiós, Helena. Ya nos veremos.

—¡TÚ, ZORRA ASQUEROSA! ¡MIERDECILLA!

Por Dios bendito. Era la voz de Shona. Pero ¿cómo iba a ser Shona, hablando así?

Pero sí, ¡era Shona! Saltó del tren, literalmente, y agarró a Gail por la manga.

—¡RETÍRALO!

No podía ser ella. Debía de ser su doble diabólico.

—¡Sí, está bien, lo retiro! ¡Estás loca!

—No te atrevas a acercarte a mi hermano NUNCA MÁS, ¿lo has entendido? —gritó, con una voz que parecía sacada directamente de *El exorcista.*

Pero Helena y Gail habían desaparecido aterrorizadas.

Vi a un muchacho con uniforme que nos miraba, debía de ser un interventor o algo así.

—No pasa nada, gracias. —Saludé con la mano, sonriendo nerviosa —. Vamos, Shona…

—Jesús. —De nuevo, esa voz de *El exorcista*— ¡Esa se ha pasado de la raya!

—Ejem, de acuerdo. Gail se ha pasado de la raya.

Ambas encontramos asientos libres en el tren y respiramos hondo.

—¡Shona! ¿Qué te ha poseído? ¡Jamás te había visto así!

—Eilidh… eres como una hermana para mí —dijo, y se le saltaron las lágrimas. Se estaba comportando como si estuviera en una ópera. Estaba convencida de que faltaba poco para que se pusiera a cantar un aria y se envolviese en cortinas de terciopelo rojo con un ramo de rosas en las manos—. No puedo soportar que esa MALA PUTA te trate así.

—Shsss… ¡Shona! ¡Qué te pasa!

—¿Por qué? ¿Qué? —dijo— ¿Qué está mal? Nada. Son las hormonas. Me pongo un poco emotiva cuando estoy embarazada, no hay que preocuparse por eso.

—¿Estás embarazada? —susurré, asombrada.

Bajó la cabeza.

—Oh. Oh, no creí que… —Me agarró las manos—. Lo siento… No quería que te enfadaras… después de todo lo que has pasado.

—¡No seas tonta! ¡Ven aquí! —Sonreí y la abracé. No podría vivir siendo una persona envidiosa y amargada— ¡Es una noticia estupenda!

—Sí, bueno, inesperada diría más bien.

—¿De cuánto?

—Cuatro meses.

—Estupendo. Tienes que controlar tu genio, no obstante: parecías casi poseída. Ahora me asustas.

—Sí, lo sé. Fraser está aterrorizado. No es que le hable dando voces, es que le grito. Todos pasan junto a mí de puntillas. En fin, es lo menos que pueden hacer. ¡Soy yo la que va a vivir un INFIERNO durante nueve meses! ¿Una chocolatina? —añadió, dándome una enorme barra de chocolate Mars.

—Eh, no gracias. Por Dios, si sigues comiendo tanto chocolate durante los nueve meses, lo que tendrás será una barra de Mars enorme, no un bebé. No es que no sea comprensiva ni nada de eso…

—Es lo único que puedo mantener en el estómago. Vomito todo lo demás. En realidad, he perdido peso, lo creas o no. Si Fraser vuelve a decirme: «¿Cuándo se te pasará?», le daré un porrazo.

—Sí, estoy segura de que lo harás. Oh, Shona. Tienes tanta suerte. Cuatro hijos… —Me sentía como si yo fuera insignificante, y estaba triste. Intenté que no fuera así, pero sin éxito.

—Sí, tengo «suerte» —dijo, mientras se tocaba el vientre en un gesto que me rompió el corazón.

—Entonces, dime, ¿qué has estado haciendo en Aberdeen? Quiero decir, antes de encontrarte con esas dos arpías.

—Compras de Navidad. Algo para Maisie, también. Mira.

Abrí la bolsa de Accessorize, con cuidado deshice el paquete envuelto en papel tisú de color rosa y le enseñé el collar de plata.

—Es precioso… Oh, Eilidh, te va a echar tanto de menos cuando esté en Australia.

—Y yo a ella.

—Espero que no te importe que te diga esto pero… sabes que podrías hacer que cambiara de idea, si quisieras…

—Lo sé. Lo sé. Pero… Es complicado.

—Ya sé que tienes muchas cosas que resolver.

—Sí, así es. Pero incluso cuando todo esté resuelto. Bien, todavía estoy yo. Y no puedo…

—Lo siento, no debería haber sacado el asunto a colación. No te enfades.

—Sí, está bien. Es que me gustaría que la gente dejase de hablar de Jamie y de mí.

—Esto es Glen Avich, es imposible que la gente deje de hablar de los demás. También lo hacían de Silke y Jamie.

—Lo había oído. Pero no es verdad.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí. —Nos miramos la una a la otra, mudas, por respeto a Silke y su secreto.

—Entonces… —dije rápidamente, cambiando de tema—. ¿Qué vas a hacer por Navidad?

—Este año celebraremos la Navidad en mi casa. Jamie y Maisie vendrán, y también la familia de Fraser.

—¡Por Dios! ¡Tendrás que cocinar para mucha gente, es mucho trabajo!

—Si quieres venir, serás bienvenida.

—Gracias, pero voy a quedarme con Peggy. No me apetece ir a Inglaterra y sus hijas tampoco vendrán de Canadá, así que…

—¿Y el día de Nochevieja?

—Vienen Harry y Doug. Habrá fiesta en casa de Silke, pues sus

compañeros de piso se van.

—Suena bien. Si consigo organizármelo con las niñas, quizá Fraser y yo también podríamos ir. ¿Os parecería bien?

—Pues claro que sí, Silke estará encantada.

—Bien, ha sido estupendo encontrarme contigo —dijo, mientras nos bajábamos del tren y nos quedábamos en el andén, con el cielo oscureciendo a nuestras espaldas.

—Disculpa que no haya devuelto antes tu llamada. He pasado unos días un poco malos con esta… noticia, ya sabes… —Se tocó el vientre otra vez.

—No te preocupes, ya no importa. Nos vemos. —La abracé y olí su fresca y suave esencia: ese olor de Shona a pelo limpio y jabón.

Esa noche soñé que estaba embarazada. Soñé que tenía un niño. Me desperté a medianoche, con una corriente de alegría invadiéndome, y luego dejándome, desapareciendo como cuando baja la marea. Solo había sido un sueño.

No había ningún bebé. Solo estaba yo.

Capítulo 21

FAMILIAS

Jamie

Siempre me ha gustado la casa de Shona: cálida, acogedora, ruidosa y llena de vida.

Desde fuera, su familia parece caótica, con tres niñas correteando por todas partes, ropas y juguetes esparcidos por doquier, las carreras por llegar al colegio a la hora, a las clases de baile, de natación, las visitas al dentista y las prisas por llegar a las fiestas de cumpleaños. Un día allí te haría volverte loco. Pero si te fijas bien, notas que todo funciona puntualmente, que bajo ese caos aparente se mantiene una rutina estricta. Por las mañanas, todo el mundo se levanta y está listo a las ocho y media, y las niñas ya han recogido la cocina después del desayuno. Cada noche, hacen los deberes, sus tareas, cenan, se bañan y se preparan para el día siguiente, dejando listos los uniformes y sus equipos de deporte. Las niñas se van a la cama por fases, de manera que Alison es la última y así puede pasar un poco de tiempo a solas con su madre y su padre, puesto que es la mayor. Entonces se apagan las luces, y todo el mundo a dormir, nadie puede salir de la cama. Mi hermana es un poco… ¿cómo definirlo?, mandona, por decirlo de manera suave.

Los fines de semana también están igual de organizados, con clases y clubes el sábado y tiempo para la familia el domingo. El domingo por la tarde, particularmente, es sagrado: las niñas juegan, dibujan o ven DVDs en el salón y Fraser las acompaña, mientras Shona se pone al día con la plancha. Me encanta pasar la tarde del domingo con ellos: sentarme en el sofá con las chicas a los pies, sentir ese aroma familiar de esencia de rosas del agua de plancha, charlar y oír de vez en cuando el sonido del vapor saliendo. Es como… como estar en casa: como la casa en la que vivía cuando era un niño.

Cada vez que Maisie y yo vamos y nos quedamos durante el fin de semana, nos sumergimos confortablemente en la rutina, contentos de obedecer a Shona a cambio de la sensación de seguridad y paz del lugar. Y encantados de que nos mimen, algo que ambos echamos de menos, de maneras distintas.

Un fin de semana, Eilidh vino con nosotros a pasar el día. Durante el camino de vuelta, mientras conducía, me pareció que estaba muy

callada.

—¿Te lo has pasado bien?

—Muy bien. Ha sido estupendo. En realidad, me ha hecho pensar.

—¿En qué?

—Me ha hecho pensar en mi propia familia.

—Claro, la debes de echar de menos.

—No, no me refería a eso. —Una pausa, como si se lo estuviera pensando—. Me ha hecho pensar en la poca paz que había en mi familia. Siempre había… algún conflicto, de un modo u otro. Soy incapaz de recordar un solo día como el que hemos pasado hoy. No deja de… sorprenderme. Ya sabes, cuando veo cómo viven algunas familias, como la de Shona, como la tuya cuando éramos pequeños. La sensación de… harmonía. —Estaba buscando las palabras adecuadas —. Resulta difícil explicarlo. Para nosotros, las Navidades, los cumpleaños, cualquier ocasión, de veras, eran siempre un momento de tensión.

—Lo recuerdo. Quiero decir, recuerdo a tu madre que siempre era muy dura contigo.

—Sí. —Parecía perdida en sus pensamientos—. Lo divertido es que no creo «gustarles» mucho. Ni a mis padres ni a mi hermana. No estoy muy segura de por qué. Cuando era niña, solía pensar, ¿seré de veras tan desagradable? —Hablaba de un modo que parecía que, de hecho, había acabado por aceptar esa idea.

—Oh, Eilidh… Eso es horrible.

—Sí, lo era. Lo es. Con mi abuela en casa, todo fue mejor durante unos años. Pero cuando volvimos a Inglaterra… Me moría de ganas de irme de casa, de dejarles y vivir por mi cuenta.

—¿Vivías sola cuando eras estudiante?

—Bueno, compartía piso con Harry tras dejar el instituto a los diecisiete. Estuvo bien. —Sonrió a recordarlo—. Pero siempre creí que tenía que… No sé, cuidar de mis padres. Me sentía tremendamente culpable por haberme ido de casa. Lo más seguro es que hubiese vuelto de no haber sido porque conocí a Tom.

No dije nada. No quería dar la sensación de que quería curiosear, que deseaba saberlo, aunque era cierto que me moría de ganas por saber más acerca de su marido.

—Verás, Tom es un hombre amable, atento. Nunca levantaba la voz, nunca me hizo de menos. Fue un alivio, después de años de ser el chivo expiatorio de todos.

—¿Sigues… sigues en contacto con él? —Era como si las palabras me estuvieran asfixiando.

—Hemos hablado solo una vez desde que le dejé. Está viviendo con su nueva… su nueva compañera.

—Lo siento.

—No, no te preocupes. De verdad. —Yo la miré mientras me lo decía. De nuevo, parecía como si lo hubiera aceptado—. Hace mucho que he dejado de pensar en él.

—¿No estás enfadada? ¿Nada? Quiero decir que, bueno, después de todo, te engañó…

—Estoy, bueno, estoy furiosísima… Pero espero que la vida todavía nos depare felicidad, a los dos, aunque ahora mismo me parece bastante… bastante difícil, yo diría que imposible. No serviría de nada que le deseara que fuera infeliz, de eso ya tuvimos bastante. Nuestro matrimonio estaba… vacío. Lo nuestro se había acabado, del todo, cuando empezó a ver a esa mujer.

Estaba mirando por la ventana, con su bonito perfil silueteado contra el cielo que se oscurecía. Una vez más, quise abrazarla. Toda esa charla sobre la infelicidad, todas esas cosas que me dijo acerca de su familia, y lo que era que todo desapareciera, quería que ella fuera feliz.

Pero no era yo quien podía hacerlo, no era yo a quien ella quería.

Tal vez Australia ayudase. Tal vez lograse arrancármela del corazón, de mi alma. Tal vez, cuando regresase, sería libre. Ella había dicho que cuando volviéramos, puede que ya no estuviera aquí.

Un mundo sin Eilidh.

Ya nos las habíamos apañado antes, así que también nos las arreglaríamos después, Maisie y yo.

—Mira, oh mira, la luna, ¡está tan brillante esta noche! ¡Está muy, pero que muy bonita! —Sonreía, embelesada. La belleza la hace feliz, se filtra en ella de un modo en que no he visto que le suceda a nadie más.

—¡Muy, pero que muy bonita, muchísimo! —Sonreí. Cuando se emociona, suena como un niñita. La luna está muy bonita, mucho, y ella es tan, tan… Eilidh. Mi Eilidh.

Era el día de Navidad. Todos estábamos sentados a la mesa de Shona, los padres de Fraser, su hermana, su cuñada y su hijo, también. Allí donde mirara, veía algo brillante y luminoso que Shona y las niñas habían colgado. Un agradable olor a ganso asado, clavo y naranjas llenaba el aire.

Fraser se levantó con una copa de champán en la mano.

—Bueno, supongo que algunos de vosotros ya lo sabéis…

—¡Lo sé! —gritó Alison.

—¿Saber qué? —preguntó Kirsty.

—¡Mamá va a tener un bebé!

Un montón de «ooohs» se alzaron por toda la mesa, y una lluvia de

felicitaciones, manos que se daban y abrazos.

—¿Mamá tiene un bebé en la tripita? —preguntó Kirsty, para asegurarse.

—¡Sí, y yo ya lo sabía, antes que nadie! —repuso Alison, orgullosa.

Shona se puso a Kirsty sobre el regazo y le apartó el cabello de la cara.

Todo el mundo sonreía, todos estaban contentos. Maisie no dejaba de hablar, entusiasmada, con sus primas. Estaba tan guapa, y se la veía tan dulce con su peto azul, sus calcetines de color crema y sus manoletinas negras y relucientes, así como una trenza francesa que su tía le había hecho con gran destreza.

Pensar en quedarme aquí sentado ahora mismo, a solas… me resultaría imposible. Maisie es ahora mi pequeña familia dentro de la familia. Cuando estábamos comiendo pudín, deslizó su manita en la mía en el momento en que Fraser, vestido de Santa Claus, entró.

—¿Hay por ahí alguna niña que se llame Maisie? —disparó.

—Sí, estoy aquí —dijo ella con su vocecita, tomándoselo muy en serio.

—Aquí, Santa Claus, aquí está, mi hija —dije, orgulloso. No sé por qué lo hice. Me salió sin pensar. Hija. Saboreé la palabra, la paladeé.

Shona se rió. Me di cuenta de que resultaba un poco extraño decirlo. Me sonrojé, y así me quedé hasta pasado un buen rato.

Eilidh

Peggy parecía encantada mientras recorría la mesa con los ojos. Tenía las mejillas encendidas por el calor del fuego y por la copita de jerez que Margaret y ella se habían tomado al regresar de la iglesia.

—Eilidh lo ha preparado todo, salvo alguna que otra bagatela, en un abrir y cerrar de ojos, como si nada, de verdad. Ha hecho todo el trabajo duro.

—Vaya, te está mimando de veras, ¿a que sí? —sugirió Margaret, sonriente.

—Pues claro, Margaret, es una gran chica, ¿verdad, cariño?

Me acarició la mejilla y tragué saliva, un poco sorprendida.

—¡Y pensar que se la he robado a su madre este año! Está aquí, conmigo, en lugar de con ella.

Pero, en realidad, seguro que a mi madre eso no le importaba mucho.

—Bien, pues no se la devolveremos. ¡Nos la quedamos! —dijo Sandy con cariño.

—Menuda bendición representa para ti, con la casa y la tienda que atender.

—Lo es, de veras, Margaret. Ojalá Flora estuviera aquí para verla

de vuelta.

—Todas la echamos de menos. Si estuviera ahora mismo con nosotras, bueno, ¡le encantaban las fiestas, ya sabes! ¡No olvidaré cómo cantaba! Jamás oí una voz como la suya.

Sonreí al recordarlo. Sandy y Flora solían entretener a la gente con sus canciones. Por desgracia, ni Katrina ni yo habíamos heredado su bonita voz.

—Cierto, Sandy, muy cierto. Nunca oí nada igual. Pero aquí tenemos a Eilidh, que puede que no tenga dotes de cantante pero que ¡sabe cocinar! Flora no era precisamente una buena cocinera.

—No, desde luego… —Todo el mundo estuvo de acuerdo en ese punto. Me reí. La cocina de mi abuela era legendaria, aunque no precisamente por su calidad. A decir verdad, yo era la única que disfrutaba comiendo lo que ella preparaba; los demás, en cambio, solo se lo comían por lealtad.

—Bien, Marks & Spencer me ha echado una mano, ¡debo admitirlo!

La cena fue estupenda, o eso me dije a mí misma, y luego nos sentamos juntas frente al fuego. Eran las mejores Navidades que había pasado en años, tan tranquilas y llenas de calidez. Y entonces sonó el teléfono. Las hijas de Peggy ya habían llamado por la mañana, así que no podía ser más que…

—¡Rhona! Feliz Navidad a todas, ¿cómo estáis? Bien, bien, ¡ahí está!

Ojalá no hubiera tenido que hablar con ellos. Pero no hubiera estado bien. Además, me apetecía por alguna extraña razón. Tom siempre había dicho que era un poco masoquista la manera en que buscaba a mi familia, a mi madre en particular, solo para que acabara haciéndome daño una y otra vez. No puedo evitarlo.

—¡Feliz Navidad, mamá!

—Feliz Navidad, Eilidh. Espera, que se pone tu padre…

Oh, de acuerdo.

—¿Qué? —Mi padre se estaba haciendo un lío con el teléfono—. Sí. Sí. ¿Eilidh? Feliz Navidad.

—¿Y tú, papá, qué tal? ¿Estás disfrutando de las fiestas?

—Sí, creo que sí, aunque ya sabes que yo no creo en la Navidad.

—Sí, lo sé.

Lo sabía. Me lo habían recordado cada año cuando era niña.

—¿Qué…? —empecé a decir, pero ya se había ido.

—Hola, Feliz Navidad, Eilidh, ¿cómo estás?

—Hola, Katrina, sí, todo va bien, estoy muy a gusto aquí, con Peggy.

—Dios, Eilidh, a los treinta y cinco y pasando la Navidad sola con tu vieja tía; eso no es normal. Deberías haber venido aquí, al menos para echarle una mano a mamá. ¡Sí, ven, ven, ven tita! —dijo una

vocecilla por detrás. Molly—. Los niños están muy bien. Todo es tan divertido. Oh, vaya, te dejo… ¡debes de estar a punto de tener un motín ahí! —Se rió.

No dije nada. ¿Acaso había algo que decir?

—¿Eilidh? —Mi madre—. Bien, me ha gustado hablar contigo.

Hablar conmigo. Pero ¡si no has hablado conmigo!

—A mí también contigo, mamá. Tenemos pato para comer, ¿y vosotros?

—Pavo, y un filete para tu padre, ya sabes, siempre dice que el pavo le resulta seco, el caso es dar la lata.

—Margaret está aquí, ellas…

—Tengo que dejarte, cariño, debo llamar a Laura. Feliz Navidad otra vez, y dale un beso a Peggy de mi parte.

—Oh, sí, claro. Te dejo. Que lo paséis bien.

—Bueno, no sé si nos lo pasaremos bien. No estoy de humor, de verdad, no he comido nada, tengo el estómago cerrado. Adiós.

Para variar. Los achaques de mi madre no tenían ni ton ni son, solo los utilizaba para dar a todo el mundo una razón para preocuparse, para no disfrutar del momento.

—Es una pena… —Pero ya me había colgado.

Dios

Respiré hondo. Nunca jamás me acostumbraría a que me hiciera eso. Estoy segura de que a Katrina tampoco le gustaría encontrarse en mi lugar. Imagínate que tienes la oportunidad de pasar las Navidades con tu familia y que lo estás disfrutando. La madre de Tom había fallecido cuando él apenas había alcanzado la veintena, su padre se había vuelto a casar y no se llevaban muy bien, así que tampoco podía buscar refugio en mi familia política. Pero la de mi cuñado era encantadora, así que Katrina tenía por lo menos la oportunidad de pasar unas Navidades como Dios manda cada dos años.

Estaba triste, la manera en que pasaba las Navidades resultaba patética. A mi hermana tampoco le apetecía estar ahí, con mi padre de mal humor y mi madre con su cantinela de siempre de «no me encuentro bien», metiéndose en la cama en mitad de las celebraciones. Casi sentía pena por ella. Casi.

Regresé al salón comedor. Peggy estaba tranquilamente sentada junto al fuego, con una taza de té en la mano.

—¡Suficiente jerez, gracias, cariño! —dijo, mientras seguía hablando de cosas sin importancia con sus viejas amigas. Margaret, con su sombrero de papel, comía y charlaba con entusiasmo acerca de su hijo y de su nuera, y de lo divertido que resultaba su nieto con su bonito acento inglés de niño. Y Sandy, con esos ojos marrones llenos de amabilidad y un poco traviesos, permanecía sentada bromeando con «las chicas». La ventana enmarcaba una Escocia fría e invernal,

tan mágica como siempre. Mi hogar.

Me senté tan contenta mientras desenvolvía una chocolatina y me tomaba el té, con lo que las amargas palabras de Katrina desaparecieron de mi memoria y se convirtieron en algo insignificante, en nada. Les quería, y por eso siempre tendrían poder sobre mí. Pero no hoy, no en este momento.

Me sonó el teléfono móvil. Era un mensaje de texto.

Feliz Navidad de nuestra parte, H, D y nuestras respectivas familias.

Pensé en ellos y también en Maisie ataviada con su collar de estrellas plateadas, y sonreí para mis adentros.

Elizabeth

Precisaría demasiada energía para existir fuera de Glen Avich, así que no puedo estar hoy con Jamie y Shona. Me he quedado sentada con Peggy, con ella y con mis viejas amigas, invisible, encaramada al brazo del sofá.

—¿Os acordáis de cuando organizamos el mercadillo benéfico? Éramos unas quince, ¿verdad? Y Beth Ramsay vino y nos compró un regalo a cada una.

—Sí, siempre fue encantadora, lady Ramsay, tenía de veras un corazón de oro. Su familia solía ayudar mucho, ya sabes, en nuestros tiempos, cuando Glen Avich era un pueblo mucho más pobre, cuando había mucha gente pasándolo mal…

—Se portó muy bien con los McAnena, ¿lo recuerdas? Cuando James murió en España y Mary y el pequeño James se quedaron solos.

—Sí, se portaron muy bien. Pobre Mary, qué mal lo pasó. Sacó adelante a James ella sola, y qué buen muchacho era.

—Y en qué buen hombre se convirtió. Elizabeth tuvo mucha suerte…

—¡Y también James, con Elizabeth! —dice Peggy. Eso me ha hecho reír. Siempre ha sido una amiga muy leal.

—Ojalá estuviera aquí, ¿a que sí, Peggy?

—Oh, sí.

Pero estoy aquí. No podéis verme, pero estoy.

—Jamie es igualito que su padre, ¿verdad?

—Sí, su misma imagen. Y tranquilo, igual que era James.

—Lo está haciendo muy bien, ahora se va a Australia ¿no es así, Eilidh?

—Eso parece. —Una sombra oscurece su cara.

—¿Ya no sale con Gail? —pregunta Margaret.

—No, de momento, no. La pobrecilla, está bastante hundida, según

he oído.

—Su madre vino a la tienda hace ya algún tiempo. Gail está pensando en marcharse por una temporada. Pero tal vez ahora que Jamie se va…

—Bueno, después de todo no se puede continuar una relación con alguien simplemente porque el otro se lo tomará mal si lo dejas. El muchacho ha hecho lo correcto. Mejor esto que quedarse con alguien a quien no quiere para el resto de sus días.

—¿Como tú, Sandy? —dice Margaret entre risas, mientras le guiña un ojo.

—¡Sí, eso, como yo! —Sandy se ríe, vuelve los ojos y la mira con cariño.

—Esa niñita, Maisie, es su ojito derecho.

—Sí, lo es. Es una muñequita y, al igual que su madre, un verdadero bombón.

Siento cómo Eilidh se va poniendo más tensa.

—¿Podéis creeros que se marchó sin mirar atrás, dejando a su hija? Es inaudito…

—Era despampanante, no me extraña que Jamie se enamorase de ella.

—¡Ya hemos hablado suficiente de eso, Sandy! —suelta Margaret entre risas.

—Sí, de acuerdo, lo siento, ¡pero es que es verdad!

—¿De veras? —pregunta Eilidh, tratando de dar la impresión de que el asunto no tiene mayor importancia, como si lo dijera por seguir la conversación, pero me he dado cuenta de que, en realidad, está poniendo mucha atención.

—Sí, alta, rubia, con aires de grandeza…

Falso. Janet podría dar la impresión de ser una mujer pretenciosa, pero era muy, muy tímida. Prefería la compañía de sus lienzos y sus pinceles a la de las personas.

—Si pudiera vivir en lo alto de una montaña y pintar, sería feliz —dijo una vez, pero en esa ocasión traté de no hacer caso del hecho de que no hubiera mencionado a Jamie ni a Maisie para que la acompañaran a lo alto de aquella montaña. De todos modos, pensar en eso ahora no sirve de nada.

Sandy todavía está hablando.

—Hasta que Jamie encuentre a otra, esa niñita necesita una madre, y más desde que murió Elizabeth.

Peggy se queda en silencio.

—¿Alguien quiere un té? —dice entonces Eilidh, poniéndose rápidamente en pie.

Me río para mis adentros. Ella siente algo por él. Si por lo menos fuera capaz de dejar de lado su miedo… Está convencida de que no

puede permitirse la felicidad, de que no es suficientemente buena para Jamie. Se dice a sí misma que eso se debe a que no puede tener hijos, pero yo sé que es algo más profundo. Su familia ha hecho que se sintiera tan poco merecedora de amor durante tantos años y ni siquiera Tom, un hombre bueno y que la quería, pudo cambiarlo.

Está aterrorizada, puedo sentirlo. Le aterroriza dejarse llevar y que vuelvan a hacerle daño. No podría sobrevivir a más dolor, lo sabe, y por eso trata de mantenerse al margen, segura, protegida. Tengo la esperanza de que, cuando sus heridas sanen, tenga la fuerza suficiente como para arriesgarse. No sé si llegará a ocurrir o, de hacerse realidad mi esperanza, si Jamie estará cerca, o si yo estaré ahí para verlo. Ojalá, por ella y por nosotros. Está tan llena de amor, rebosa, pero no tiene a nadie a quien dárselo. Veo el modo en que abraza a Maisie y le acaricia el pelo, y cómo las dos se acurrucan, muy muy cerca la una de la otra, como si estuvieran hambrientas de afecto. Maisie recibe mucho cariño de Jamie, pero para una niña de cinco años nunca es suficiente. Y Eilidh, bien, necesita que la «toquen». La proximidad física de alguien a quien queremos es una necesidad básica para todos nosotros. Carecer de esa proximidad supone llevar una existencia terriblemente fría, heladora. Tan fría que te marchitas y te mueres como una planta a la que nadie riega.

Veo a Jamie y Eilidh juntos y les veo gravitar el uno hacia el otro, tratando de acercarse sin conseguirlo en realidad. Veo a Jamie mirarla cuando ella no le ve. Veo como a Eilidh se le va endureciendo el corazón y derivando hacia una vida solitaria que no debería vivir.

Veo muchas cosas y nadie me ve, así que soy libre de mirar.

Veo a Fiona llorando en su habitación, quitándose el collar que Silke le regaló antes de subirse a un avión y volver a casa por Navidad.

Capítulo 22

SALUDOS DESPUÉS DE LA MEDIA NOCHE

Eilidh

Estaba haciendo la cama en la habitación que queda libre cuando oí que llegaba un automóvil. Corrí escaleras abajo y dejé la puerta abierta de par en par.

—¡Harry! ¡Qué alegría, pero qué alegría verte! ¡Oh, te echaba de menos! —dije, dándole un abrazo de oso. Me aparté y le miré. Estaba radiante. Le abracé de nuevo.

—Tienes un aspecto magnífico, Eilidh… ¡Pareces… bueno, más madura!

—Tú también tienes muy buen aspecto —dije, y lo creía de veras. Parecía estar en forma, con sus ojos marrones llenos de luz.

—¡Hola, preciosa! —Doug salió del vehículo en que habían venido, cargado de bolsas. A pesar de eso, nos las arreglamos para darnos un abrazo.

—¡Dios, estoy agotado! —dijo.

—¿Qué tal una taza de té?

Ambos se rieron.

—¿Una taza de té? ¡Pero si estamos de celebración! ¿Dónde está el *pub*?

Media hora después, tras hacer una visita rápida a Peggy en la tienda para saludarla, los tres estábamos sentados en uno de los sofás de terciopelo rojo del Green Hat, con una copa de *whisky* cada uno. Sí, yo también. Ya sé, no es apropiado hacer algo así cuando todavía es bastante pronto, pero ahí queda eso.

Miré a mis amigos con cariño. Harry llevaba una gorra de *tweed* para taparse la calva, una bufanda a cuadros escoceses enorme y una cazadora de pana de color azul. Daba risa, claro: de hecho, se había disfrazado de «señorito de campo»

—Me encanta esa gorra que llevas —le dije, dándole unos golpecitos.

—Sí, bueno, ya sabes, «allá donde fueres…»

—Harry, ¿has visto tú a alguien que lleve por aquí una gorra de *tweed*?

—Está bien, de acuerdo, ya sé lo que quieres decir, pero es que no pude resistirme.

—He tenido que convencerle de que no se pusiera también pantalones a cuadros escoceses. Parecería Tiger Woods, el jugador de golf —dijo Dough, quien, a diferencia de Harry, vestía de lo más estiloso con sus *jeans* de marca Diesel y su camiseta de diseño. Eso es lo que tiene Doug: parece como si siempre estuviera riéndose, incluso cuando no lo hace. La gente se siente muy atraída hacia él por la calma que transmite y porque siempre está de buen humor. Dough es un hombre sin agenda. Está satisfecho consigo mismo, con la gente que le rodea y el mundo parece un lugar mucho más luminoso cuando él está cerca.

—De verdad, Eilidh, has vuelto a ser de nuevo la que eras —dice Harry.

—Quizá sea el agua de aquí o algo así. Tienes de nuevo ese brillo en los ojos y has ganado peso. ¡Por Dios, estabas escuálida.

—Sí, no he dejado de comer desde que llegué. Si no paro, me pondré muy gorda antes de darme cuenta.

—¡Yo diría que todavía falta mucho para eso! Recuerda, solías sentarte frente a un plato de mis maravillosos raviolis y solo mirabas el plato y luego decías: «No puedo más…». Era horrible.

—Eso es pasado. No volveré a ese punto. ¿Te he contado que Tom está viviendo con su novia?

—Sí, lo has hecho.

—La cosa es —intervino Doug— que ella no parece hacerle muy feliz. Les vi en el centro hace poco. Él no tenía buen aspecto.

El corazón me dio un brinco. Me sentía muy avergonzada por estar sintiendo una especie de malvada satisfacción.

—No me interesa —dije fríamente.

—No, ya no. Quiero decir, vosotros, bueno, no estabais bien juntos. Y eso de engañarte durante años, de verdad, es que me parece un desgraciado.

—Muy cierto —dijo Dough, al tiempo que todos nos mirábamos y dábamos un trago a nuestros respectivos *whiskys*.

—Ahora, háblanos de Jamie.

—¡Shhhh… Aquí se conoce todo el mundo! ¡Hablad bajito!

—Perdona —susurró Harry en plan dramático—. Bueno, ¿qué tienes que contarnos al respecto?

—No hay nada que contar. Sin novedad.

—¿La crees, Doug?

—No la creemos, Harry. En cada mensaje de correo electrónico que nos has escrito hablabas de Jamie, de Maisie o de ambos. Tiene que haber algo.

—Me pidió que saliera con él. Le dije que no.

—¿POR QUÉ? —preguntaron ambos, al unísono.

—¡Shhh!

—¿Por qué? —dijeron en voz baja.

—Porque no quiero una relación. No quiero más dolores de cabeza. Y, además, ni siquiera me he divorciado legalmente.

—Os habéis separado.

—Sí, todavía no hace ni seis meses.

—¡Oye, no hace falta que te cases con él! ¿Es que no puedes divertirte un poco?

Les miré.

—No, claro que no. Eilidh y la diversión: dos extraños que no se conocen. Eilidh solo se dedica a buscar su alma gemela y a complicar cosas que resultan de lo más sencillo…

—Exacto. Ya me conocéis. Soy demasiado neurótica.

—Pero tienes un toque trágico típico de las Tierras Altas. Es una combinación perfecta. De todos modos, ahora estamos aquí, así que vamos a ver si conseguimos que te diviertas un poco.

—¡No me metáis en líos!

—¿Nosotros? No, claro que no —dijo Harry.

—Jamie va a venir en Nochevieja, ¿verdad? —preguntó Doug.

—No sé. Quizá.

—Déjalo de nuestra mano.

—Sí, eso, déjalo de nuestra mano.

—¡Ya no tenemos dieciséis años, chicos! ¡«Eh, aquí mi amiga, que le gustas» y todo eso! ¡Ni se os ocurra! —exclamé, aunque lo hice entre risas. Dios, les echaba tanto de menos.

—¿Qué os parece? —preguntó Harry, dándose una vuelta para que le viéramos.

—Muy apuesto —dijo Peggy, entre risas—. ¡Nunca había visto nada parecido!

Harry llevaba unos pantalones de terciopelo y una camisa de seda muy ajustada. Se había disfrazado de «discotequero irónico años sesenta», según parecía. Su sentido del vestir se hacía cada vez más gay, más cercano al estereotipo, para diversión de Doug. Este último llevaba *jeans* y una camisa a rayas. Se había negado a ponerse un *kilt*, y eso a pesar de que estaba orgulloso de que su abuelo procediese de Dundee.

En cuanto a mí, me había decidido por el mismo vestido que llevé el día de la inauguración de la galería y me había hecho un moño alto y flojo.

—Estás preciosa, cariño.

—Gracias, tía Peggy. Tú también. —Estaba muy guapa, con una falta de lana azul, una blusa blanca y el cabello gris recién lavado. Ella

iba a otra fiesta, en casa de Margaret.

—Ahora, cenemos algo antes de que te vayas. No quiero que salgas con el estómago vacío.

Nos sentamos a la mesa con nuestros elegantes atavíos, comimos sándwiches de jamón cocido y bebimos té. «Nada que pueda manchar», había dicho Peggy.

—Muchas gracias por alojarnos, Peggy. Es maravilloso estar aquí con Eilidh.

—De nada, de nada, queridos. Siempre seréis bienvenidos.

Sonreí. Peggy, Flora, Elizabeth: parecía como si las puertas de sus casas nunca dejaran de estar abiertas. Eran tan hospitalarias y acogedoras, para mí, en pocas palabras, eran como la propia Escocia.

Todos le dimos un beso antes de salir. Ya se había hecho de noche, hacía mucho frío y eso hizo que camináramos a buen paso por las calles de Glen Avich.

La casa de Silke no quedaba muy lejos de la de Peggy. Se había alojado con una pareja mayor en una casa pareada pintada de blanco que quedaba al otro lado de St. Colman's Way.

—¡Es precioso! —dijo Dough, según caminábamos por las calles del pueblo—. ¡Y el aire… está tan limpio!

—Es aire de montaña —dije.

—Es un lugar maravilloso. No me extraña que quisieras volver.

Se veía luz en todas las ventanas de la casa de Silke y el brillo amarillo anaranjado de esa luz daba sensación de calidez y parecía invitar a entrar en contraste con las oscuridad de los alrededores.

Llamamos a la puerta.

—¡Hola, bienvenidos! —Silke nos dio a todos un gran abrazo, como si hubiera conocido a Harry y a Doug de toda la vida.

El salón y la cocina estaban llenos de gente, gente a la que conocía y gente a la que no. Algunos habían traído consigo instrumentos musicales: perfecto, así Harry y Doug tendrían la oportunidad de saborear las Tierras Altas.

Estaba tan contenta esa noche. Todo era perfecto: total, absoluta y completamente perfecto. Corría el *whisky,* y bailamos, cantamos y escuchamos música.

Y entonces llegó Jamie, solo.

—¿No ha venido Shona?

—No le apetecía salir, ha dicho que prefería quedarse en casa para cuidar de las niñas y Fraser no ha querido dejarla sola.

—Pero tú sí has salido.

—Sí, yo sí. Quería verte.

Tragué saliva. Estaba un poco bebida. Él, también.

—Deja que te presente a mis amigos. —Le agarré de la mano y le llevé a la cocina, donde Harry y Doug estaban enfrascados en una

conversación sobre la situación del arte contemporáneo en Gran Bretaña con Silke. De verdad, no me lo estoy inventando.

—Hola a todos, ¡este es Jamie!

—Hola, encantado de conocerte.

—Sí, muy encantado, encantadísimo de conocerte.

Ambos sonrieron.

Les habría matado.

Jamie parecía un poco incómodo; adivinaba que habían estado hablando de él.

—¡Has venido! —dijo Silke, al tiempo que le daba un fuerte abrazo.

—¿Cómo estás? —dijo él, dándole otro abrazo igual.

—He estado mejor. ¡Qué se le va a hacer!

—¿Qué ha pasado? —preguntó él, preocupado.

—Fiona y yo hemos roto.

—¿De verdad? —dijo Doug, de veras preocupado. Les había hablado mucho de Silke—. Qué pena.

—¿Acaso lo sabía todo el mundo? —dijo Silke—. Bueno, ya no importa.

—Oh, Silke… —Me acerqué para darle un abrazo—. Lo siento… ¿Qué ha pasado?

—Ella quería mantenerlo en absoluto secreto. Yo no podía aguantarlo más.

—¿Fiona y tú habéis roto? —preguntó una rubia que acababa de entrar en la cocina. No la había visto nunca antes— ¡Oh, lo siento!

—¡Caramba!, pues desde luego no parece que hicierais un buen trabajo para mantenerlo en secreto —exclamó Harry.

—Todo el mundo lo sabe, Silke —dijo Jamie—. A nadie parece importarle. Bueno, lo que quiero decir es que el siglo XXI ha llegado, incluso a Glen Avich.

—No conoces a su familia… ¡Qué más da! Están jugando por ahí, vayamos.

Fuimos todos y Jamie y yo nos mantuvimos el uno junto al otro. Podía sentirle a mi lado. Cada centímetro de mi cuerpo era consciente de su presencia.

La música, el *whisky*, el calor… antes de que pudiera darme cuenta, había hecho que mi brazo se deslizase dentro del suyo.

De repente, sin previo aviso, me agarró. Me arrastró fuera del salón hasta el pasillo y no me negué. Seguía con sus ojos fijos en mí mientras abría la puerta y nos adentrábamos en al oscuridad, con su mano todavía sujetándome el brazo.

Me rodeó la cintura con las manos y, sin decir palabra, me besó. Durante un buen rato. Poco a poco, lentamente, como si ambos tuviéramos todo el tiempo del mundo. Me flojearon las rodillas y tuve que apoyarme en él.

Podría haber seguido besándole hasta el infinito.

Entonces me apartó de sí. Me miró y me sujetó la cara con ambas manos.

—Jamie…

—Shhh. No. No digas nada. Por favor.

Me quedé en silencio mientras me miraba, ambos con los ojos fijos. Estaba helada. Sus ojos grises estaban llenos de deseo y aquello iba completamente en serio.

Entonces, me soltó.

—Tenía que hacerlo. Tenía que besarte. Lo siento.

—No digas que lo sientes —susurré. Me sentía como si fuera a caerme. Quería que me sujetara otra vez. Pero no lo hizo. Se dio la vuelta.

—No te vayas —dije.

—Tengo que hacerlo.

—¿Por qué? —No entendía nada. ¿Por qué se estaba yendo de aquel modo?

—Porque… estar cerca de ti así me está volviendo loco. Tengo muchas ganas de irme a Australia. No puedo seguir así, viéndote cada día y… En fin. Feliz Año.

Se alejó. Sin más.

Me pasé la lengua por los labios. Podía saborearle.

Regresé adentro, con la cabeza dándome vueltas.

—¿Dónde está Jamie?

—Se ha ido a casa.

—¿Te encuentras bien.

Asentí con la cabeza.

Ya no recuerdo nada más. Bailar, alcohol, las campanas, qué se yo. Regresé caminando como un zombi, caí en la cama y sobre los pensamientos que tenía… oh, lo que estuve pensando después, ya no me acuerdo.

★ ★ ★

A la mañana siguiente o, mejor dicho, al mediodía siguiente, estábamos todos en el *pub,* con un aspecto horrible. Bueno, tampoco es que estuviéramos de pena, no, eso no. Estábamos almorzando en el *pub*. Morag y Jim, los mesoneros, parecían en una forma excelente ya que transportaban desde la cocina grandes platos de pastel de carne y puré de patatas y servían las mesas de los hambrientos juerguistas. Probablemente, eran las únicas personas en Glen Avich que no tenían resaca. Incluso Peggy y Margaret parecían tener los ojos hinchados.

El pastel de carne estaba delicioso, jugoso y servido en cantidad suficiente. Solo rogaba que Jamie no viniera al *pub*. No podría haberle

mirado a la cara.

—Mira, ahí está tu amigo. ¡Hola, Jamie! —gritó Harry, saludándole con una mano.

Naturalmente.

—¡Hola, Feliz Año Nuevo! He sido uno de los primeros en visitar a amigos y familiares durante las últimas dos horas. ¿Os importa que me siente?

Ni siquiera parecía cohibido. Desde luego, tenía ganas de hablar. Era como si nada hubiera pasado. Oh, vaya. Claramente, no significaba mucho para él, a pesar de lo que había dicho. Estaba de veras enfadada.

—¡Hola, Feliz Año! —Eran Shona, Fraser y las niñas.

Di un buen abrazo a Maisie.

—¡Feliz Año, preciosa! ¿Lo celebraste anoche?

—Sí, hicimos una fiesta.

—Sí. Jugamos a pintar retratos —dijo Lucy.

—Tía Shona me retrató a mí. Yo era una mariposa.

—¡Ñam, pastel de carne! —dijo Shona.

Nos sentamos amigablemente. Nadie sabía lo de anoche, así que nadie actuó de manera distinta. Jamie se comportaba como si no hubiera pasado nada. No es que yo esperase flores ni nada por el estilo. Solo había sido un beso, uno un poquito alcoholizado, supongo. Un beso excepcionalmente bueno, un beso impresionante, un beso perfecto, increíble, tierno, dulce, pero aún así, solo un beso. Mejor dejar de darle vueltas, me estaba poniendo colorada.

Dios. Las cosas en las que había pensado sobre lo de anoche…

—¿Eilidh?

—¿Sí? —Salté.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, bien, estupendamente. ¿Ha visto alguien a Silke?

—Me mandó un mensaje de texto esta mañana —dijo Jamie—. Tiene en casa lo menos veinte personas durmiendo.

—¿Cuándo regresarán los Duff? —preguntó Shona.

—La semana que viene.

—Oh, ya veo. Bien. Le quedará mucho tiempo para ordenar la casa antes de que lo hagan. Me pasaré por su casa para echarle una mano. ¿Cuánto tiempo os vais a quedar? —preguntó a Harry.

—Solo un par de días más. Creo que tendremos que volver pronto al trabajo, me temo.

El estómago se me tensó. La verdad era que no quería que se fueran.

—Aunque volveremos pronto —añadió Doug.

Sonreí. Había sido la mejor Nochevieja.

Miré a Jamie. Tenía el pelo negro de punta, llevaba una vieja

camiseta y unos *jeans* rasgados. Rotos de veras, nada de rasgados a la moda.

¿Qué sucedería ahora?

Jamie

Pensé, qué demonios, tengo que probar sus labios, tengo que besarla. Ni siquiera me paré a pensar en la posibilidad de que me apartara y que eso me hiciera quedar como un tonto. Supongo que el *whisky* ayudó, ya que decidí permitirme volver a beber un poco por Nochevieja.

Besarla fue como sumergirme en un agua cálida. Como haber estado en una tierra estéril durante mucho, mucho tiempo, seco y muerto de sed, y de repente sumergirme en el cielo, sumergirme en ella.

Me voy dentro de ocho semanas.

Podría pedirme que me quedase.

Ojalá me pida que me quede.

¿Qué va a pasar ahora?

Capítulo 23

SECRETOS

Elizabeth

Tener secretos no es una buena idea. Te comen por dentro.

Si tienes algo precioso y frágil y lo mantienes bajo llave como si fuera una plantita que trata de crecer en la oscuridad, bien, morirá y tu secreto se convertirá en remordimiento. El amor tiene que estar a la luz del día. Un amor secreto se consumirá a sí mismo y desaparecerá, o te devorará el corazón y te matará.

Vi a Fiona sentada en las escalerillas de la casa de sus padres, quitándose el collar, ese que Silke le había regalado cuando empezaron su relación. Han pasado ya algunas semanas pero una parte de Fiona sigue sentada ahí, todavía en ese instante sorprendente y oscuro, cuando Silke le dijo: «No, no vamos a seguir juntas». Solo media hora después, tenía que secarse las lágrimas y aparentar que no pasaba nada porque sus padres acaban de llegar a casa y no podía contarles nada, por nada del mundo. Así que puso cara de valiente —una cara de muerta por dentro en realidad— y siguió como si nada.

Pero como fantasma, veo todas las caras de la realidad, una superpuesta a la otra, separadas por un velo fino y opaco que, para nosotros, resulta sencillo correr. Un laberinto de momentos en cada esquina, con las historias de la gente de Glen Avich que siguen ahí, para que nosotros las leamos como si fueran un libro.

Veo que esa parte de Fiona que permanece ahí sentada, quieta, con el collar roto en la mano, y su pequeña figura agitada por sollozos. Han pasado algunas semanas y esta sombra de la realidad no muestra signos de desvanecerse: ella es ligeramente translúcida y, por supuesto, invisible para los vivos, pero no desaparecerá pronto.

Algunas personas se quedan clavadas en un momento hasta el fin de sus días. Como Beryl. Tendría más o menos mi edad, si ambas estuviéramos vivas. Una Beryl va y viene, de su casa en Glen Avich a la de su hija y sus nietos en Aberdeen. Ha estado trabajando en una fábrica durante cuarenta años, viendo crecer a su hija, haciendo vacaciones alguna vez y envejeciendo como todos. Pero desde que fallecí, puedo ver a la otra Beryl. La mujer de treinta años que corre por la calle, con unas manos invisibles que tiran de ella hacia atrás, con los ojos desorbitados al ver a su hijo de tres años tirado en medio

de la carretera, sin vida.

A menudo se cruzan, las dos Beryls. Una volviendo a casa del supermercado, cerrando con llave la puerta de su automóvil, con una bolsa de la compra, que casi roza al pasar a la Beryl de treinta años que se ha quedado helada y grita en silencio y cae al suelo, una y otra vez, sin parar.

Creo que yo misma me quedé fija en un momento, cuando perdí el bebé, que era un niño, entre mis otros hijos, pero me las apañé para recuperarme pasado un tiempo. El nacimiento de Jamie me curó.

Beryl se quedará así hasta el día que muera, pero sé que Fiona no lo hará. Sé que su amor es profundo y sincero, y que aunque su corazón ahora esté roto, se curará un día y la única señal que le quedará de lo que ha pasado será tan solo una cicatriz… Todavía dolerá, le dolerá cada vez que recuerde lo sucedido para asustarla, pero sabrá salir airosa.

Pero todavía espero que aun así Fiona decida tomar las riendas de su futuro, que encuentre el coraje necesario para sacar la plantita a la luz antes de que se marchite y muera, porque sé que es lo que ella quiere.

Creo que todos amamos una única vez. Excepto en algunos casos, cuando aquel a quien deberíamos amar no es la persona que pensamos. A veces perdemos a alguien, pensamos que la vida se ha acabado y nos quedamos plantados en ese momento de desesperación. Pero eso puede cambiar, a pesar de toda esa angustia, nuestra verdadera alma gemela sigue todavía ahí fuera. La vida puede darnos otra oportunidad: cuando la que creíamos que era nuestra alma gemela se haya ido, aparecerá la que lo es de verdad.

A veces, no obstante, la persona a la que perdemos es en realidad aquella a la que estábamos predestinados a amar y entonces nos pasamos lo que nos queda de vida tratando de aceptarlo, de adaptarnos, de seguir adelante. Tratamos de decirnos que la amistad, el compañerismo, la lujuria, los hijos, el trabajo, lo que sea, puede reemplazar a nuestro verdadero amor. En realidad no funciona, no del todo, pero incluso una vida así puede ser una vida feliz.

Miro a mi alrededor y me pregunto quién esconde un amor perdido, ya sea en la amargura o en la aceptación, tratando de hacerlo lo mejor que puede. Me pregunto quién encontró su verdadero amor. Veréis, desde que estoy muerta, ya no creo en las coincidencias, veo el destino escribiendo todas las melodías de la sinfonía de la vida, y a nosotros interpretando un pequeño papel, o parte de un papel principal, de una manera que nunca es caprichosa. Veo la tela de araña del destino superponiéndose a la realidad, un millón de conexiones minúsculas y de caminos que andamos sin saberlo. Con cada cambio, se abre un camino distinto frente a nosotros, y una

elección tras otra, acabamos por llegar allí donde estaba escrito que deberíamos estar. Pero a veces la gente se pierde de tal manera que necesita un poco de guía. Es entonces cuando piden ayuda, y acudimos.

Janet no era el alma gemela de Jamie, aun a pesar de que él lo creyó en su momento. Tom no era la de Eilidh. James fue la mía y Fraser la de Shona. ¿Y Silke? ¿Es ella el alma gemela de Fiona? Todavía no lo sé y puede que no me quede por aquí el suficiente tiempo como para enterarme. Otros fantasmas vendrán después de mí para leer las historias de Glen Avich, en este mundo paralelo que habitamos, un mundo de señales, susurros y recuerdos, donde todas las voces finas, casi inaudibles, se encuentran perdidas para el sonido de las cosas vivas como gritos que nos llegan y que serán escuchados. Somos nosotros quienes tenemos la misión de escuchar las palabras que nunca fueron pronunciadas.

Eilidh

Las vacaciones se estaban acercando a su fin. Había pasado la mayor parte de los últimos días sentada descansando frente al fuego, contemplando las negras ramas de los árboles que había al otro lado de la carretera y que formaban un encaje contra el cielo, todo en silencio, todo dormido.

A mi alrededor, Peggy miraba la televisión o hacía punto, un trajecito para la nueva nieta de su hermana, allá en el sur… Mi ordenador portátil pitaba de vez en cuando, ya que Harry y yo chateábamos vía email… Alguna que otra vez, recibíamos visitas, principalmente parientes lejanos que habían venido durante las vacaciones, que traían rosas y ganas de participar en celebraciones y se quedaban para tomar el té antes de regresar a la carretera, de vuelta a sus vidas allá donde estas quisieran llevarles, lejos de Glen Avich.

Cada mañana, la tierra brillaba por la escarcha, la hierba se aplastaba, plateada y crujiente, bajo los pies. Poco después del mediodía, el hielo matinal había desaparecido pero por la tarde noche ya empezaba a formarse otra vez. El aire empezó a levantarse de nuevo, fino y muy frío, como si fuera un golpe de la oscuridad en el cielo. Eran esos días cortos de invierno que, sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos habrían pasado.

Desde aquel beso dulce, enloquecedor y perfecto de Nochevieja, toda mi vida había quedado en suspenso: recuerdos dolorosos del pasado, decisiones del futuro, la extraña relación con Jamie. Todo se había congelado y esperaba, al igual que la tierra. Sabía que este estado de paz no duraría para siempre pero, aun así, estaba

disfrutando del momento, del día a día según venía, como cordón de perlas, cada una ensartada detrás de la otra.

Un día tuve toda la casa para mí y pensé que era el mejor momento para dar otro paso hacia la libertad.

Con manos temblorosas, le llamé.

Gracias a Dios, está sonando. Sería terrible intentarlo y reunir el coraje para devolverle la llamada y pasar por eso de tener las manos sudadas, el corazón en la boca y no ser capaz de respirar.

—¿Hola?

—Hola, soy yo.

—Eilidh… —Parecía distinto.

—¿Te encuentras bien?

—No, no lo estoy.

—¿Qué te pasa?

—Oh, Eilidh. Por favor, deja que te vea. Tenemos que hablar.

—Tom, podríamos pasarnos días hablando, pero eso no cambiaría nada. ¿Qué más podrías decirme?

—He cometido un error terrible. Ella se ha ido. No tienes ni idea de cómo ha cambiado mi vida. Ella no es... no es tú.

—¡Era lo suficientemente buena para mantenerte caliente mientras yo pasaba por todo aquel infierno! —solté, y me arrepentí de inmediato. No tenía por qué hablarle así. Habíamos roto y el corte entre nosotros había sido tan profundo que resultaba irreparable. No se podía coser, ni se podía deshacer. «Tom y Eilidh» ya no existían como pareja.

—¿Te importo algo, Tom? ¿Todavía?

—¡Sí! Quiero que nos demos otra oportunidad… Quiero hacer que funcione.

—Si de verdad te importo, déjame marchar. Jamás podría volver a Southport, sería incapaz de regresar a mi antigua vida.

—¡No estamos obligados a quedarnos en Southport! Podríamos mudarnos. Yo podría irme a Escocia, encontrar trabajo en Aberdeen o Edimburgo…

—Tom.

Un momento de silencio, una respiración profunda.

—¿Vas a ayudarme? ¿Vas a llamar a un abogado y preguntar qué hace falta para que nos divorciemos? ¿O vas a dejarlo todo así? —La voz me temblaba.

—No quiero…

—Tom, escúchame. Apenas acabo de salir del bosque. Puedo funcionar otra vez, ¿sabes? Me levanto por las mañanas y no estoy desesperada, por primera vez en muchos años, aparte de cuando estaba embarazada. —Las lágrimas acuden a mis ojos. Todavía me quedan lágrimas, según parece, aunque creía que ya las había gastado

todas. Ya debo de haber llenado un lago con ellas. El lago Eilidh—. Por favor, ayúdame en este momento. Tienes que dejarme ir. Por favor.

Silencio.

—Ojalá pudiera decir que no. Ojalá pudiera insistir e insistir hasta que quizá acabara con tu resistencia y regresaras. Pero no quiero acabar contigo, quiero ayudarte como me pides… pero, Eilidh, no podré estar de acuerdo con esto si no dejas que te vea una vez más. Tenemos que hablar cara a cara… no puedes seguir escondiéndote allí.

—No me estoy escondiendo. Contrariamente a lo que puedas pensar, la gente aquí también tiene una vida de verdad, igual que en Southport o en Londres.

—De acuerdo, de acuerdo, lo siento… Lo que quería decir era que no podías esconderte de mí. Tienes que verme y hablar conmigo…

—Lo haré. Ven. Cuando estés preparado. Te diré a la cara que nuestro matrimonio ha terminado.

—No te imaginas cuántas veces he lamentado todo el asunto de Carol…

Carol. Así que ese era su nombre. Me preguntaba si ella le amaría. Me preguntaba si él le habría roto el corazón a ella. Ojalá. La odiaba. Desearía que no fuera así, quisiera ser mejor que todo eso. Pero la odiaba.

—No fue… Carol —Su nombre me amargó la boca—. Éramos nosotros. Ambos, tú y yo. Tengo que irme. Te llamaré…

—¿Este fin de semana? Puedo ir el viernes por la noche…

Por un instante, me resultó imposible respirar. El corazón me latía tan deprisa que pensé que me iba a morir. Pánico. Pero sabía que tenía que enfrentarme a aquello… Tarde o temprano tenía que enfrentarme a él.

—No, este fin de semana no. No… no puedo. Al siguiente, si no estás demasiado ocupado.

—¿Demasiado ocupado? ¿Estás loca? Iré entonces dentro de dos semanas. ¿A casa de tu tía?

—Sí. Puedes reservar una habitación en el Green Hat. El número de teléfono está en mi agenda, junto al teléfono, en el recibidor…

Podía verlo, mentalmente. El recibidor, la casa. Todos aquellos lugares que me habían resultado tan familiares.

—Así lo haré. Hasta pronto, Eilidh.

—Sí. Adiós.

Estaba encantada. Estaba encantada de que aquello hubiera casi terminado. Primero separados, luego oficialmente divorciados y, al fin, se acabó Tom. Estaba encantada.

Entonces, ¿por qué estaba llorando tanto que me daba la impresión de que el corazón se me haría pedazos? Levanté la vista y miré por la

ventana. En pocos minutos, mientras dejaba de mirar, el propio aire se había vuelto blanco, el cielo azul había desaparecido y un sinnúmero de pequeños copos blancos habían empezado a caer. Todo estaba en silencio. Me senté y contemplé cómo nevaba apenada y en silencio.

Jamie

¿Una postal de Navidad? Janet no escribía postales de Navidad. Cada año, ingresaba dinero en la cuenta de Maisie y enviaba el comprobante, esa era su felicitación de Navidad para Maisie.

Me sentía mejor cuando Janet no estaba de por medio. Una parte de mí siempre temía que regresara a por Maisie. Tenía tanto miedo que incluso había ido a consultar a un abogado en Aberdeen, solo para informarme de cuál era mi situación. Gracias a Dios, el abogado me aseguró que ningún juez la apartaría de mí o de Glen Avich.

Todavía.

Luché contra la tentación de echar la tarjeta de Navidad al fuego. Si Janet estaba tratando de retomar el contacto con Maisie, yo no podría evitarlo. ¿Qué diría mi hija si un día se diera cuenta de que yo había escondido o destruido las cartas que le enviaba su madre? ¿Que había puesto trabas a sus intentos de ponerse en contacto con ella, que quería compensarla? No obstante, la postal estaba dirigida a mí, no a Maisie.

Sabía que tenía que leerla. Abrí el sobre.

Querido Jamie:
Tan solo quería informarte de que me voy a mudar a Nueva York. Seguiré ocupándome de Maisie en lo que respecta al aspecto económico…

¿Ocuparse de Maisie? Nunca se había ocupado de Maisie. Su idea de «ocuparse» de alguien es bastante distinta de la mía. Bien, en realidad, de la del resto del mundo.

… pero mi dirección y teléfono cambiarán. En realidad, preferiría que no te pusieras en contacto conmigo. Me voy a casar y prefiero mantener mi vida anterior en secreto. Sé que puedo confiar en ti.
Feliz Navidad.
Janet

Y Feliz Navidad también para ti, de mi parte y de la de tu hija secreta.

Capítulo 24

LA CUNA VACÍA

Eilidh

La nevada había sido larga e intensa por primera vez en muchos años. Para cuando Maisie volvió al colegio, un espeso manto blanco lo cubría todo. Cada mañana, nos levantábamos en un paisaje mágico y casi cada tarde, nevaba un poco más y seguía así durante toda la noche.

Estaba tensa, ansiosa, tras la conversación que había mantenido con Tom, así que a menudo me costaba dormir. Me sentaba en la cama en mitad de la noche, mirando cómo caía la nieve, y caía, y seguía cayendo. Contaba los días que faltaban para que viniera, no porque me apeteciera verle, sino porque me aterrorizaba.

Faltaban dos semanas.

—¿Podemos ir y enseñárselo a papá ahora?

Maisie estaba metiendo su cuaderno de notas en la cartera, con mucho cuidado. El suyo era el mejor trabajo de toda la clase, se había ganado una pegatina y un «bien hecho» escrito en bolígrafo rojo. Maisie había pedido permiso para traerlo a casa y enseñárselo a su padre, así que la señorita Hill se lo había dado, pidiendo, eso sí, que lo volviera a llevar al colegio al día siguiente.

—Verás, ahora está trabajando. Quizá se lo podamos enseñar más tarde, ¿qué te parece si lo hacemos cuando vuelva a casa?

Maisie se entristeció.

—Pero ¡es que no quiero esperar! —exclamó, mirándome a la cara con ojos lastimeros. Sabía que eso funcionaba conmigo, siempre.

—De acuerdo entonces, vayamos al taller, pero solo nos quedaremos cinco minutos, tu papá está muy ocupado.

—¡Sí! —dijo, saltando de alegría.

Caminamos en dirección al taller. La tarde era heladora y el cielo estaba blanco. La nieve crujía bajo nuestros pies y no se oían más que ruidos sordos. Yo disfrutaba de cada paso, era como caminar en un cuento de hadas. Maisie resoplaba con suavidad, para ver cómo su respiración se convertía en una pequeña nube blanca. La había abrigado muchísimo y le había puesto un gorro rosa que le había bajado hasta la frente y una bufanda enrollada alrededor del cuello y subida hasta la barbilla, de manera que solo se le veían los ojos azules

y las mejillas, heladas y sonrosadas.

Desde la ventana se veía a Jamie, sentado a la mesa de dibujo, de espaldas a nosotras. Maisie golpeó el cristal con cuidado y su padre se volvió. La cara se le iluminó al vernos.

Dimos la vuelta a la casa hasta llegar a la puerta y, acto seguido, entramos. Era la primera vez que iba al taller de Jamie. La iluminación artificial era muy buena, pues con la débil luz del invierno no se podría trabajar allí. Por todas partes nos rodeaban las bonitas piezas que él había creado, desde objetos cotidianos, como pantallas de chimenea o pequeñas puertas de jardín, hasta mesas cubiertas de una joyería exquisita y recuerdos.

Maisie corrió hacia Jamie y le dio un abrazo.

—¡Mira, papá! —dijo, sacando el cuaderno de la cartera.

—Oh, caramba, déjame ver… —le oí decir mientras me adentraba un poco más en la estancia.

—Es estupendo, Maisie, bien hecho…

Sus voces se desvanecieron tan pronto como la habitación empezó a mostrarse ante mí. Abrí y cerré los ojos una, dos veces. No podía creer lo que veía.

La cuna.

Mi cuna.

La cuna de hierro forjado, la que Tom había traído a casa aquel día, cuando mi mundo todavía estaba hecho de una pieza. La que él había insistido en que pusiéramos en la habitación del bebé, a pesar de mis temores. Pude oír de nuevo su voz: «Ha sido fabricada en algún lugar de las Tierras Altas…».

No podía respirar y me quedé pálida, así que salí corriendo, corriendo sin mirar, hacia la luz lechosa y el aire helado. Me resbalé en la nieve y no pude ver al vehículo que se acercaba por St. Colman's Way.

—¡Ha aparecido de repente, no la he visto!

—¿Eilidh? ¡Eilidh!

—Oh, Dios mío, oh, Dios mío…

Oía voces a mi alrededor.

Podía ver el cielo.

—Eilidh, mi amor…

—Shona… —murmuré y entonces me vi bajo las aguas, ciega y sorda y hundiéndome en un remolino, más y más, en la nada.

Jamie

No lo entiendo. En un minuto Maisie y yo estábamos mirando su cuaderno mientras Eilidh se daba una vuelta por el taller y miraba aquí y allá con una sonrisa en la cara, contemplando mi trabajo —yo

la miraba de reojo, esperando que le gustase lo que veía— y al minuto siguiente, salió corriendo como si hubiera visto un fantasma.

Entonces oí aquel ruido terrible, horroroso, el golpe seco de un cuerpo al que tiran al suelo, el cuerpo de Eilidh, mi Eilidh. Le dije a Maisie que se quedase donde estaba, que no se moviese y que se sentase en la mesa de trabajo de papá. Al percibir el tono de mi voz, enseguida hizo lo que le pedía.

Eilidh yacía en mitad de la carretera. Me miró con ojos vacíos y susurró: «Shona…» y no supe qué decir. Podía oír mi propio jadeo por el miedo y el susto. Quería ponérmela en el regazo y mecerla pero, en un momento de lucidez, se me ocurrió que lo mejor era no moverla, así que me forcé a mí mismo a dejarla donde estaba, tumbada sobre el asfalto, duro y frío, sobre la nieve sucia. Busqué su mano y se la sostuve, enmudecía, las palabras se me habían atrancado en la garganta y me sofocaban. Las palabras eran: «Te quiero», pero no era capaz de pronunciarlas.

Detrás de mí, la conductora del automóvil estaba llamando al 999. La mujer parecía alterada y no dejaba de decir: «Ha aparecido de repente…».

Llegó la ambulancia. Para entonces, Morag, mi vecina, había salido al oír el jaleo. Me las arreglé para decirle que Maisie estaba en el taller, que se ocupara de ella mientras yo me iba con Eilidh. Y nos fuimos, con las sirenas sonando, rompiendo el aire gélido a nuestro alrededor, asustando a todo Glen Avich, que salía de sus casas y de sus tiendas o miraba desde las ventanas preguntándose qué había sucedido y a quién.

Cuando llegamos al hospital, se la llevaron y no pude verla durante un buen rato. Me sugirieron que me fuera a casa, que no era un familiar, que debía ir con mi hija. Dije que no.

Telefoneé a Peggy y la oí llorar.

No era capaz de recordar el teléfono de Morag, así que llamé a mi casa, pues estaba seguro de que mi vecina habría llevado a Maisie a casa, pues mi hija le habría dicho dónde guardaba un juego de llaves adicional, junto a la mata de romero que había al lado de la puerta. Me dijo que no tenía que preocuparme por nada, que Maisie estaba un poco inquieta pero bien, que le daría la cena y que me esperaría en casa hasta que yo regresara.

Llamé a Shona, me dijo que vendría inmediatamente.

Recibí una llamada en el teléfono móvil de un número desconocido. Era la madre de Eilidh. Peggy debía de haberla avisado.

Le conté que no sabía cómo estaba su hija, que no me habían dicho nada, que lo único que habían hecho era quitárseme de encima sin más, pero no me escuchaba e insistía en cómo era posible que no supiera nada. Estaba allí, tenía que preguntar, debía hacer «algo».

—Vamos para allá —dijo, y entonces colgó.

Permanecí sentado varias horas, sosteniendo una taza de café que no me tomé. Había empezado a nevar otra vez. Me quedé mirando la farola que se alzaba frente a la ventana, casi hipnotizado por el baile de los copos de nieve bajo la luz anaranjada, rodeada por la oscuridad.

Entonces se acercó una doctora y dijo que tendrían que operar a Eilidh, que el resultado era algo incierto. ¿Era yo un pariente cercano? ¿Había avisado a la familia?

Sus palabras me parecieron poco claras y el corazón dejó de latirme, dejé de respirar, me quedé en una realidad suspendida como si fuera yo el que estuviera en cuidados intensivos y entonces pensé, por favor, Dios, por favor, por favor, sálvala.

Elizabeth

Así que eso es lo que trataban de decirme, las señales que había estado percibiendo durante un rato. Era lo que me temía, igual que el viento anuncia la llegada de la tormenta, cuando el aire está lleno de electricidad y no sabes dónde caerá el rayo.

He tratado de echar un ojo a todo el mundo, a toda mi gente aquí, en Glen Avich, temiéndome que le tocaría a alguno. Y resulta que ha sido Eilidh.

Estaba flotando por encima del lago, en esa esquina rocosa donde tanto me gusta estar, cuando sentí que algo me presionaba hacia dentro, una fuerza terrible que se debatía dentro de mí, haciéndome pedazos y luego uniéndolos.

Los seres humanos son solitarios, entidades independientes con cuerpos autónomos; los fantasmas formamos parte de todo. Me quedé quieta un instante, agitada, y oí a Jamie llamando y me acerqué a él. Fue entonces cuando vi a Eilidh tirada en la calle.

Sabía que estaba viva, pues de lo contrario habría visto a su fantasma junto a ella, sorprendido, asustado, al verse separado del cuerpo. Me arrodillé a su lado y le puse la mano en la frente.

Tenía los ojos abiertos y me vio. Durante un segundo, pudo verme. No me sorprendió, ya sé que a veces pueden vernos, especialmente los niños pequeños. Maisie lo hace a veces y en ocasiones incluso puedo hablar con ella.

Nos miramos durante un instante, mientras mantenía la mano posada en su frente, tratando de traspasarle parte de mi energía, para mantenerla fuerte. Entonces cerró los ojos y se quedó inconsciente.

Tuve que hacer un esfuerzo enorme para ir al hospital y sentarme allí con todos. Los fantasmas están ligados al lugar donde vivieron o donde murieron, así que ir a otra parte supone para ellos un gasto enorme de energía y mucha concentración. Casi resulta imposible.

Me senté con Jamie, con el corazón dolorido por el miedo y la compasión. La paz que sentimos cuando morimos, esa sensación de estar libres y de serenidad, en realidad nunca nos deja pero, aún así, todavía podemos sentir preocupación, dolor y miedo, aunque de alguna manera lo hacemos con más tranquilidad que cuando estábamos vivos, como si el límite entre ambas cosas hubiera sido eliminado.

Después de un rato, apareció el fantasma de Eilidh. Flotando en una pared lejana, tocando el techo con la nuca. Parecía aterrorizada. Abrí la boca para decir algo y traté de llegar hasta ella, pero no lo hice a tiempo porque, tan pronto como apareció, desapareció.

Su cuerpo era fuerte, luchaba duro para recuperarse, para mantener a su alma junto a él. Quería vivir.

Decidí marcharme e ir a ver a Maisie, así que me trasladé hasta su habitación, donde dormía en la cama, con su lámpara mágica formando bonitas siluetas danzantes en las paredes y en el techo.

Me senté en su cama y le toqué la frente, igual que había hecho con Eilidh. Estaba profundamente dormida y no se despertó. Yo estaba agotada del viaje hasta el hospital y me perdí en las siluetas luminosas durante un rato, mirándola dormir, hasta que oí las llaves en la puerta. Jamie había vuelto.

Entró en casa, pálido, agotado. Morag estaba dormida en el sofá, bendita sea, y se despertó de repente.

—Disculpa, Morag, no quería despertarte.

—Déjate de disculpas, no seas tonto, solo estaba un poco traspuesta.

—¿Maisie?

—Durmiendo como un ángel, Jamie, no tienes que preocuparte por eso, ella está bien. ¿Alguna novedad?

—Nada. Sigue dormida.

—Pobrecilla. Ven aquí, te ayudaré a quitarte el abrigo…

Morag es madre de cuatro hijos y abuela de diez nietos, sabe muy bien cómo cuidar de alguien que se ha llevado un buen susto. En tan solo diez minutos, Jamie estaba en el sofá con una taza de té en una mano, un trozo de tostada en la otra y había reavivado el fuego.

—Tal vez deberías intentar dormir un poco… Son las cinco de la mañana, todavía te quedan un par de horas…

—No estoy muy seguro de que pueda hacerlo. Lo intentaré.

Con Morag ya fuera de casa y Jamie de camino al piso de arriba, no pude resistirme. Tenía que decirle que no estaba solo. Moví un poco las cortinas, nuestra señal secreta. Sabía que se daría cuenta.

Y se la dio. Se detuvo un instante, miró hacia el otro lado de la estancia y luego subió arriba para tratar de dormir un poco.

Buceé por el mar de almas, por el mar de la consciencia que flota

en la mía, hasta que encontré la de Eilidh y me quedé con ella, mientras dormía, contándole historias como hubiera hecho con una niña pequeña, hablándole de cuando Jamie y Shona eran niños y de todas las cosas que solíamos hacer, aliviando su mente asustada hasta que me pareció que se tranquilizaba, se relajaba y se sumía en un sueño que no era el de la muerte.

Capítulo 25

CAYENDO

Eilidh

Les contemplaba sentados en una habitación de paredes verdes con pósters colgados y sillas de plástico. Les miraba desde el techo porque, de alguna manera, yo estaba ahí.

Jamie, blanco como la cera, parecía afligido… mamá y papá, lloraban… ver a mi padre llorando, era casi… imposible. También estaba Shona, un poco alejada de los demás, sentada en un rincón, sola. Parecía muy delgada, no se le veía la barriga de embarazada, ¿dónde estaba el bebé? Me sentía confusa, mis pensamientos estaban revueltos.

Nadie me veía.

Flotaba como si no tuviera cuerpo: en realidad, así era, no lo tenía. Oh, Dios, pensé. Estoy muerta. Estoy muerta de veras.

Qué pena. Solo tengo treinta y cinco años, pensé desesperada. Todavía no he hecho nada. He desperdiciado muchos años llorando por lo que no tenía, y ahora que estoy muerta ya no puedo cambiarlo. Otra oportunidad, por favor, necesito otra oportunidad, lloré para mis adentros, sin hacer ruido.

Un hombre vestido de verde entró, sabía que era un médico. Les habló y mi madre enterró la cara en el pecho de mi padre y lloró. Mi padre tenía la cara descompuesta, horrible, como si le estuvieran torturando. Jamie no se movía, estaba pálido y parecía distante. Sabía que sufrían por mí. Lo siento tanto, tanto, traté de decir una y otra vez. Lamento muchísimo hacerles pasar por esto. Si no hubiera salido corriendo y no me hubiera metido en la carretera… si no hubiera resbalado en la nieve… si le hubiera dicho a Maisie, «no, esperemos a tu papá hasta que regrese a casa…» si esa cuna no hubiera estado allí, si la hubieran vendido, si nunca la hubieran forjado, si hubiera podido llenarla…

Otra oportunidad, otra oportunidad.

Shona levantó la cabeza y me miró. ¡Podía verme! Abrió la boca para decir algo y traté de alcanzarla, pero algo tiró de mi con una fuerza tremenda, como la marea, como una poderosa corriente que me empujase hacia atrás, y ya no pude sentir nada más ni ver nada más.

Pero todavía podía pensar, en esa profunda oscuridad sin

sensaciones, tan inhóspita como las profundidades de los océanos que se encuentran a miles de kilómetros bajo el agua, donde ningún ser vivo nada, donde nada se mueve, nada perturba una paz profunda, solemne y vacía.

Pensé que estaba muerta.

Jamie

El día después del accidente lo veía todo borroso. Me levanté tras un sueño oscuro, agotador, sin descanso, que no logró dar tregua al miedo que sentía. Maisie y yo desayunamos juntos y, mientras lo hacíamos, traté de ocultar, aunque fuera torpemente, lo aterrorizado que estaba mientras le explicaba que Eilidh todavía no estaba bien, que seguía en el hospital y que los médicos la cuidaban. Maisie no hizo preguntas, es una niña muy lista, sabía que algo malo había sucedido y esperaba con confianza a que lo solucionáramos. Como si pudiéramos hacerlo.

La llevé al colegio con el piloto automático puesto: primero un pie, luego el otro, un beso y un abrazo, para tratar de darle seguridad, y le dije: «Luego nos vemos, cariño», sin hacer caso de las miradas de preocupación que nos rodeaban. Me fui de allí tan rápido como pude y, cuando me encontraba lo suficientemente lejos para que nadie pudiera oírme, llamé a Simon, el padre de Eilidh.

No hubo respuesta.

Mierda. Tenía el teléfono móvil apagado. Debería esperar hasta que me llamaran. Quizá no lo hicieran, pensé. ¿Por qué iban a hacerlo? No soy de su familia, no soy su marido ni su novio. Quizá ni siquiera me digan nada, puede que se muera y que no me entere en mucho tiempo. Sentí las lágrimas en los ojos, una mezcla de miedo y cansancio, todo me daba vueltas y me apoyé durante un instante en la pared del patio del colegio.

—Jamie…

—Los brazos de Shona a mi alrededor, su aroma familiar, el de mi madre y el mío.

—Vamos, vamos. Vayamos a casa de Peggy.

Peggy tenía los ojos rojos y llenos de lágrimas. Tampoco había dormido.

—Han llamado esta mañana. Todo sigue igual, de verdad, todavía sigue igual. El médico ha dicho que puede que no se despierte o que, si lo hace, quizá tenga… cuál era la palabra… algún daño cerebral. Eso es lo que Rhona ha dicho, daño cerebral. —Miró a su alrededor, como si esperase a que nosotros pudiéramos decirle algo más. Shona y yo nos miramos, aterrorizados.

Vi que mi hermana abría la boca. Buscaba algo tranquilizador que

decir, algo que lo hiciera todo más fácil. Una de esas frases que mamá solía decir cuando las cosas se ponían difíciles, como cuando mi padre enfermó: «Estoy segura de que se va a poner bien», una mezcla de optimismo testarudo y de absoluta buena voluntad para mirar a la desesperación a los ojos. Generaciones de mujeres han utilizado esta táctica para sobrevivir ante momentos muy duros: «Todo va a ir bien, se va a curar, ya verás». «Pon el hervidor al fuego, vamos, ten fe, mantén la esperanza, no te desanimes. Todo saldrá bien.»

Y ciertamente, Shona y Peggy se agarraron de las manos y siguieron el ritual escocés de las mujeres cuando se enfrentan al miedo.

—Se pondrá bien, la están tratando, ya lo verás, es fuerte.

—Ya lo sé, Shona, se recuperará. Pondré agua a hervir para preparar un té.

Y yo me senté, en parte confortado por su fuerza, como si viera un ligero destello de luz en aquella terrible oscuridad.

Nos quedamos con Peggy hasta que llegó Margaret, luego nos fuimos en silencio.

Más tarde, en casa, Shona estaba limpiando la cocina, que de hecho ya estaba inmaculada —cuando está nerviosa, se pone a limpiar— y yo iba de acá para allá cuando de repente sonó mi teléfono móvil. Di un salto y contesté de inmediato, con el corazón en la garganta.

—¿Jamie? Soy Silke. Me he enterado de lo de Eilidh. Dios, es terrible. ¿Hay alguna novedad? ¿Cómo está?

—Todavía no se ha despertado…

Un momento de silencio, seguido por un: «¿Quieres que me acerque?».

—Voy a ir al hospital un poco más tarde, tan pronto como sus padres se tomen un descanso. Solo para que no se quede sola… —Me faltó el aire durante un segundo—. Tal vez si vinieras conmigo… Shona podría quedarse aquí para cuidar de Maisie y la verdad es que te agradecería que estuvieras conmigo…

—Pues claro. Ven a recogerme. ¿Está en Kinnear o en Aberdeen?

—De momento en Kinnear, no estoy seguro de qué va a suceder más adelante.

—Ven cuando quieras, ya estoy lista.

Tan pronto como colgué el teléfono móvil, sonó el fijo.

—Hola, Jamie, soy Simon. Vamos a ir a casa de Peggy para descansar un poco, Rhona no está bien, tienen que darle medicación… Peggy dijo que vendrías tu… Comentó que desde que ella se mudó aquí siempre habéis mantenido una buena amistad Eilidh y tú… Gracias—. Sonaba muy mal.

—No me des las gracias. Por favor, dile a Rhona que haré todo lo que pueda. Estaré en el hospital dentro de media hora.

—Verás, su hermana no puede venir, no tiene a nadie con quien dejar a los niños. Y Tom… bueno, no estoy muy seguro de que Eilidh quiera verle. Ya sé que todavía es su marido pero… No sé si sabes algo…

—Sí, ya lo sé. ¿Y Harry? ¿No es el mejor amigo de Eilidh?

—Voy a telefonearle en cuanto sepa algo más concreto. No tendría sentido llamar ahora para molestarle sin más. Es decir, ella está en coma, no ha cambiado nada… cuando se despierte, le llamaré.

—Sí, por supuesto. Cuando se despierte.

Silke y yo circulábamos por la carretera en silencio, con un paisaje invernal de fondo, completamente cubierto de nieve, que resultaba tan bello que rompía el corazón.

Nada había cambiado.

Pasamos unas cuantas horas sentados en la sala de espera. No nos permitieron verla.

Conduje de vuelta a casa a tiempo de meter a Maisie en la cama. Tenía que estar en casa para hacerlo; todo debía ser lo más normal posible. Shona se quedaría conmigo hasta el sábado y Fraser se había tomado algunos días libres para cuidar de las niñas. La amabilidad de ambos me conmovió.

Los días siguientes me resultaron borrosos, con los padres de Eilidh turnándose conmigo para estar allí. Estaba tumbada en una cama de hospital, tranquila. Respiraba por sí misma, no obstante, y nos aferrábamos a eso, a que no necesitaba de máquinas que la ayudaran, a que su pecho subía y bajaba de manera regular. Me recordaba a las algas en la orilla de la playa, subiendo y bajando con las olas. Tenía la piel pálida y casi nada de color en la cara, nada en ninguna parte, solo una magulladura purpúrea a un lado de la frente.

No sé cuántas horas me pasé en la sala de espera, pensando en ella, en cómo había entrado en mi taller, hacía pocos días, hacía un millón de años, con las mejillas sonrosadas por el frío, los ojos brillantes, tan llenos de vida, tan despiertos. Todavía no sabía cuál habría sido la razón para que saliera corriendo de aquella manera y se pusiera a cruzar la carretera sin mirar.

Los médicos decían que no tenía ningún sentido que nos quedáramos sentados en aquellos horribles asientos durante horas, que si había algún cambio, nos telefonearían, pero aun así, seguíamos haciéndolo. Teníamos que asegurarnos de que, cuando se despertase, hubiera alguien allí.

—¿Estuviste allí? ¿Lo viste? —preguntó Simon, con la cara pálida y lleno de angustia.

—Estaba en el taller. Maisie me estaba enseñando el trabajo del colegio, Eilidh me estaba mirando. Entonces jadeó y echó a correr. Sin más.

—¿Le asustó algo? ¿Qué sucedió?

—No lo sé. Fue tan repentino. Oí un golpe y…

—¿Dijiste algo que la disgustara? —Sonaba exasperado. Buscaba una razón.

—Desde luego que no. Todo lo que le dije fue «hola», entonces Maisie se puso a enseñarme su cuaderno y eso fue todo. Si crees que es culpa mía, estás muy, pero que muy equivocado.

—No, claro que no. Lo siento, no pretendía… Es solo que había mejorado tanto. Las últimas veces que hablé por teléfono con ella parecía otra vez la Eilidh de siempre, antes de que sucediera todo. Es que soy incapaz de creer…

—¿Qué insinúas? ¿Que se lanzó a posta a la carretera cuando pasaba ese maldito automóvil? Te equivocas de nuevo. —Hablaba en un susurro, pero si no hubiésemos estado en un hospital, hubiera levantado la voz—. Eilidh es fuerte. No la conoces. Estaba rehaciendo su vida. ¡La está rehaciendo!

—¿Que no la conozco? ¡Soy su padre! ¡Claro que la conozco!

—Eilidh es fuerte —repetí.

Más tarde, me fui al taller. Todo parecía desordenado, inacabado. No había manera de que pudiera retomar al trabajo, todavía no, no al menos mientras ella siguiera en aquella cama de hospital.

Volví sobre mis pasos, tratando de entender lo que había sucedido, de mirarlo todo con sus ojos, desde mi mesa de dibujo, hasta la parte derecha, donde exponía las piezas de joyería, y más allá, en la parte de atrás, donde guardaba los trabajos acabados antes de que vinieran a recogerlos.

Y entonces me di cuenta: la cuna, la cuna de forja… Siempre tenía una en exposición, es un artículo muy popular y recibo encargos de cunas a medida de todo el país. Quizá fue eso lo que la enfureció. Me había contado que antes de perder su bebé, su marido había comprado una cuna y que el hecho de que la hubiera puesto en la habitación del niño le había parecido un mal presagio: una cuna vacía, allí, esperando durante tanto tiempo, pues todavía faltaba mucho para el parto. Me comentó que se la había dado el mejor amigo de su marido.

Me fui a casa y revisé los libros. No encontraría ningún apunte sobre aquella venta si no había sido un encargo, si la habían adquirido ya hecha, pero sí que guardaba un registro de todos los encargos y las entregas que se hacían. Tardaría un buen rato, pero valía la pena intentarlo. Había forjado un par de docenas de aquellas cunas en los últimos tres años, más o menos, y casi con total seguridad, una se fue para Southport, para un tal doctor Ian Pearce. Quizá…

No había manera de saber si era eso lo que la había hecho reaccionar de aquella forma, salvo preguntarle a ella, y no podía hacerlo, por nada del mundo. Sin embargo, ya no soportaba tener

aquella cuna en la tienda, así que la llevé a Kinnear, a la tienda de Oxfam.

Los días y las noches pasaban en un continuo borroso hasta que, finalmente, tras lo que habían parecido semanas pero solo habían sido cuatro días, Eilidh abrió los ojos.

Eilidh

Ascendí a la superficie. Las profundidades negras y silenciosas del océano se convirtieron en un mar poco profundo de aguas cálidas. Empecé a soñar y uno de mis sueños se repitió y, aunque ya lo había tenido antes, no había sido con tanto detalle. Estaba de rodillas en el suelo, en un suelo de madera. Podía verme las rodillas. Llevaba una falda marrón y medias de color beis, de esas que estuvieron de moda hace años. Veía el sol entrar a raudales por la ventana y el polvo bailar dentro de ese haz de luz. Desde la ventana, veía las colinas onduladas y cubiertas de pinos de Glen Avich más allá de sus verdes pastos. Frente a mí, veía las piernas de dos personas que estaban sentadas en el sofá. Yo tenía los brazos abiertos, como en un abrazo, y un pequeño que vestía un pantalón de peto se acercaba hacia mí, muy atento, para no caerse. Estaba aprendiendo a caminar, pensé. Llegó hasta mí y le sujeté: era tierno y suave y gritaba de contento. Sonreí y levanté la cabeza para mirar a los que estaban sentados en el sofá: lord y lady Ramsay, que me sonreían a su vez, elogiando al niñito por su hazaña. En un segundo, supe que yo era Elizabeth y el pequeño, Jamie. Seguí sosteniéndole con firmeza y deseando que aquel sueño no llegara a su fin. Pero la escena se hizo borrosa y todo se desvaneció, para dar paso a un techo blanco y paredes de color azul celeste. Estaba despierta.

Capítulo 26

EL DÍA DESPUÉS DEL FIN DEL MUNDO

Jamie

Era hermosa: pálida, casi translúcida, como una madreperla.

Era hermosa y estaba viva.

Habían tenido que cortarle el pelo muy corto y así era como su cabello enmarcaba su cara magullada, suave y sedosa, sobre la almohada blanca. Tenía un gota a gota en la mano pero no estaba intubada ni le habían puesto mascarilla de oxígeno. Yacía sobre la cama de hospital, con las almohadas un poco levantadas y la cabeza apoyada a un lado. Rhona estaba sentada junto a ella.

Entré y sonreí, una pequeña sonrisa que fue débil pero muy alegre, todo al mismo tiempo. Me senté, incapaz de hablar. No me atrevía a tocarla, me daba la sensación de que, si lo hacía, se rompería.

—Jamie. —Su voz era fina y suave. Todavía sonreía.

—Eilidh… —Quise decir «mi amor», pero no pude porque Rhona estaba allí y porque no sabía cómo reaccionaría, no quería que se enfadara.

—Estoy despierta.

Sonreí.

—Así es.

—Pensé que había muerto.

—No, no, gracias a Dios, no… —Quise agarrarle la mano, pero me detuve a medio camino, tan solo le acaricié la muñeca ligeramente, con timidez, por un instante. Entonces, ella levantó la suya y me apretó la mía. No pude contenerme, le acaricié la mejilla y ella cerró los ojos.

—Puedo sentirlo. Es maravilloso estar despierta —dijo.

—Pensaba que te había perdido —susurré.

Me miró con esos ojos claros y llenos de sinceridad.

—¿Ha tenido ya Shona el bebé?

Oh, Dios, pensé. Está desorientada. Quizá sea peor de lo que parece, puede que no sea capaz de recordar…

—No, todavía faltan algunos meses.

—Eso me parecía. Ella cumple en mayo y todavía estamos en febrero… —dijo lentamente y de manera deliberada, como si quisiera asegurarse de que estaba en lo cierto. Gracias a Dios, pensé por

millonésima vez en el día. Está bien—. Pero estuvo aquí —siguió diciendo— y no vi que tuviera barriga.

—Nunca estuvo aquí. Se quedó en Glen Avich para cuidar de Maisie. Jamás vino al hospital.

—Sí lo hizo. Se sentó contigo. Estaba contigo cuando me atropellaron.

—No, vino un día después. Estaba en Aberdeen cuando ocurrió el accidente.

—Pero, Jamie, la he visto. Llevaba una falda marrón, estaba arrodillada junto a mí y me tocó la cara cuando me encontraba tirada en el suelo.

Pensé que sería mejor no contrariarla, así que cambié de asunto.

—Vendrá a verte tan pronto como estés un poco mejor.

—Estuvo aquí, Jamie. La vi.

—Tiene muchas ganas de verte…

—Será mejor que te vayas, el doctor vendrá pronto —intervino Rhona, dándose cuenta de que Eilidh parecía algo agitada.

—No, Jamie, quédate. No te vayas, quédate un poquito más.

—Pues claro. Me quedaré todo el tiempo que quieras.

Qué raro, había visto a Shona pero sin barriga. Debía de haber estado delirando. Creedme, resulta difícil a estas alturas no darse cuenta de que Shona está embarazada, ya son seis meses.

—No te vayas —dijo Eilidh de nuevo. Me pareció un poquito más frágil, más cansada que un minuto antes. Cerró los ojos.

—No, no me voy a ir. Por supuesto que no. ¿Qué podría apartarme de ti?

—Pronto te irás… A Australia —dijo de repente, como si acabara de recordarlo.

—Ahora no pienses en eso.

—Todo va a ir bien, tu padre y yo estamos aquí, te cuidaremos —dijo Rhona, levantándose para mirarla, pero Eilidh seguía estando asustada.

—¿Cuándo te vas?

—Bien, el mes que viene, pero…

—No te vayas. Quédate conmigo.

—Eilidh, sé razonable… —dijo Rhona.

—No quería pedírtelo… No quería detenerte… pero ahora te lo pido… quédate conmigo.

Me quedé sin palabras. Rhona me miró con cierta hostilidad. Esa mirada también me pilló por sorpresa.

—Eilidh, por Dios, no. Él no puede cancelarlo todo en el último minuto, el mundo no gira a tu alrededor.

Miré a Rhona sin poder creérmelo. Incluso con su hija convaleciente en una cama de hospital era incapaz de guardarse sus

puyas. Pero Eilidh no le hizo caso; no apartó sus ojos de los míos. Tenía esa mirada de vulnerabilidad, como si fuera una niña pequeña y, aun así, había una fuerza en ella que no parecía flaquear.

Pensé; «No me voy a ir a ninguna parte».

—No me iré. Esta noche llamaré a Emily. No me iré. Te cuidaré —dije.

Respiró hondo y cerró los ojos, con su mano todavía en la mía.

★ ★ ★

—Espero que te hayas dado cuenta de que vamos a ser nosotros quienes cuidemos de ella, Jamie. No entiendo quién te ha dado el derecho…

Salíamos del hospital, cuando Rhona dio rienda suelta a su rencor, algo que solo había logrado contener en la habitación de Eilidh y hasta la salida del edificio.

—Rhona, no es que pretenda tomar las riendas, tan solo quiero ayudar.

—¿Ayudar? Se ha puesto muy nerviosa…

—Porque ella creía que iba a irme a Australia y no quería que lo hiciera.

—Siempre tienes una respuesta, ¿verdad? Igual que esa hermana tuya, como si ella lo supiera todo. Puede que no te vayas, pero nosotros, sí. Eilidh vendrá con nosotros. Volveremos a Southport y nos ocuparemos de que reciba los mejores cuidados que se pueden pagar con dinero.

—¿Se lo has preguntado? ¿Acaso le has preguntado dónde prefiere estar?

—A mí no me levantes la voz, Jamie McAnena. Vendrá con nosotros porque no tiene otra opción. ¿Quién iba a cuidarla si no? ¿Peggy?

—Yo.

—¡No digas tonterías! —Me estremecí—. He hablado con la enfermera. Aunque pudiera quedarse aquí, necesitará cuidados especializados. No podrá hacer mucho por sí misma durante algunas semanas, ¿has pensado en eso?

—No quería decir que fuera a cuidarla yo mismo. Lo que quería decir era que me ocuparía de que tuviera una enfermera, tanto tiempo como le hiciera falta.

—¿Y quién la pagaría? Casi no tiene un penique y no aceptará nada de Tom. Y no esperes que nosotros paguemos si se queda aquí.

—Yo lo pagaré, naturalmente.

—Sí, seguro, vas a pagarlo tú. Una enfermera particular —dijo con sarcasmo.

—Pues sí, lo haré.

Se detuvo un segundo, sorprendida.

—Vendrá con nosotros —repitió.

—Pregúntaselo.

Dejé a Rhona plantada en el aparcamiento del hospital y me alejé furioso en mi automóvil

—Solo pretende asegurarse de que cuidan bien a Eilidh…

—Nada de eso, Shona. Ella tiene sus planes, te lo digo yo…

—Jamie, no se puede hablar contigo cuando te pones así. Creo que has malinterpretado lo que te ha dicho. Por lo menos dale una oportunidad.

—Tendrías que haberle visto la cara.

—Aquí la prioridad es el bienestar de Eilidh.

—Exactamente. Quieren que vuelva a sus garras. Se la comerán viva.

—Jamie, ¿de qué estás hablando? Es Rhona Lawson, la conocemos. Es una buena persona, no es un monstruo.

—Solo quiero que Eilidh elija dónde quiere estar.

—Lo sé. Lo sé. No te preocupes. Bien, debo irme. Tengo que meter a las niñas en la cama. Te llamaré mañana. Oh, y Jamie…

—¿Sí?

—Me alegro mucho de que no te vayas.

Después de colgar el teléfono, me senté en el sofá, agitado y a la vez destrozado, sintiendo una mezcla de alivio y preocupación al mismo tiempo. Por lo menos, ella estaba viva y no le quedarían secuelas a largo plazo. Eso había dicho el médico. Y quería estar conmigo.

¡Quiere estar conmigo! Eso había que celebrarlo. Me serví un vaso de agua con gas y le añadí un poco de jugo de limón. Miré el vaso agotado.

Esto había que celebrarlo, pero de verdad. Nada de beber a solas, un vaso tras otro, y tampoco un vaso de agua.

Fui a la cocina y desenterré mi tesoro. Un Lagavullin de veinticinco años. Beberlo es como dar un beso largo y apasionado. Fuego y viento, turba y mar, todo mezclado. El fuego estaba encendido, las luces, todas luciendo salvo un par de lamparitas de mesa, y el reflejo azul de la lamparita de noche de Maisie iluminaba el pasillo. No se oía otra cosa que el viento que soplaba fuera y, de vez en cuando, el crepitar de las llamas, pero no el típico chasquido de cuando se queman troncos, sino el ruido que hace la turba al arder, como un silbido.

Cerré los ojos para saborear el primer trago…

Entonces, alguien llamó a la puerta. Oh, no. Por favor, no me apetece hablar más esta noche.

Pero, por suerte, era Silke.

—Hola. ¿Te encuentras bien? No estaba muy segura de que quisieras tener compañía, pero pasaba por aquí y pensé que era mejor hacer una parada.

—Estupendo, entra. Acabo de abrir una botella de un *whisky* que está de órdago, tienes que probarlo. Ven y siéntate. Tengo que contarte unas cuantas cosas…

Un trago después, se lo conté todo. Que Eilidh me había pedido que me quedara y cómo había reaccionado Rhona, la esperanza que tenía de que Eilidh prefiriese quedarse con su tía Peggy y que buscaría una enfermera particular que cuidara de ella…

—Fiona podría hacerlo.

—¿Tú crees?

—Sí, ya sabes que es una enfermera cualificada. Terminó de estudiar hace poco. —Me encantaba la manera que Silke tenía de hablar, con ese acento alemán—. Había conseguido un empleo en el sur, pero lo dejó por mí. Luego se ocupó de Mary durante un tiempo. No sé qué estará haciendo ahora, no hemos vuelto a hablar desde que rompimos. —Miraba a la copa que tenía.

—¿Crees que podría llamarla?

—Seguro, por qué no.

—Pero si acepta, ¿no te sentaría mal que estuviera por aquí cuando vinieras?

—Me encantaría verla por aquí cuando viniera. Dios, sería estupendo, total y absolutamente magnífico, que ella estuviera aquí. La echo de menos… Verás…

Nos quedamos hablando hasta las dos de la madrugada. En ese tiempo me tomé un trago de *whisky*, Silke dos, y lo demás fue té con leche. No quería arriesgarme, siempre estaría ahí esa tentación sonriente que escondía una navaja, a pesar de su belleza y el infinito placer que me proporcionaba, dispuesta a atraparme.

Y no dejaría que lo hiciera.

Elizabeth

Siempre resulta extraño cuando la persona se cruza en el camino de su memoria, con la sombra atrapada en un momento traumático. Es como ver doble. Como si ser un fantasma no fuera lo suficientemente irreal, vemos todas estas cosas, cuya descripción me resulta imposible, pues no tengo palabras para llevarla a cabo.

Y ahora, veo a Fiona sentada de nuevo en este escalón, al teléfono, justo al lado de la otra Fiona, la que tiene el corazón roto, que se

agarra del collar.

—Sí, nos hemos enterado. Gracias a Dios. No, no estoy segura de qué voy a hacer, de momento sigo aquí ayudando a mi madre en la peluquería, no hago nada más. Me encantaría. ¿Podré quedarme en casa de Peggy? Eso es muy amable de su parte. Estupendo. Llámame en cuanto le den el alta. Oh, y otra cosa, Jamie: ¿podrías darle las gracias a Silke de mi parte…? Bueno, quiero decir, ha sido todo un detalle que pensara en mí para hacer el trabajo. Sí, claro, debes de estar muy ocupado, y naturalmente, le gustará tener noticias mías. Lo haré. No, de verdad, lo haré. En serio.

Una Fiona que sonríe, una que solloza, sentadas una junto a la otra…

Capítulo 27

REVELACIÓN

Jamie

Habría una cumbre. Un encuentro en terreno neutral, la casa de Peggy.

Hacía diez días que Eilidh se había despertado y estaba mejorando, tanto que el doctor había dicho que pronto podría irse a casa. Pero ¿a casa de quién? Sus padres la querían en Sourthport con ellos, ella había dicho que prefería quedarse con Peggy y yo estaba luchando porque así fuera. Tanto por su propio interés como por el mío.

Estábamos sentados en los sofás de casa de Peggy, con una taza de té en la mano cada uno de nosotros. Nadie lo había probado.

—Es muy sencillo. Es una mujer adulta, ha dicho dónde quiere quedarse, dejadla.

—Jamie, tienes que entenderlo. Ha estado al borde de la muerte. Debe estar junto a su familia.

—Simon, Peggy es su familia también, y este es su hogar.

—¿De qué estás hablando? —gritó Rhona, preparada para la pelea—. ¡Southport es su hogar! Solo vino aquí porque no sabía qué hacer.

—Vino aquí decidida a empezar una nueva vida y lo hizo.

—Mira, Jamie —dijo Simon, tratando de sonar razonable—. Todo es por la seguridad de Eilidh, de verdad. ¿Dónde crees que va a estar mejor, aquí, con una anciana —se oyó un gruñido de indignación de Peggy— y una persona a la que prácticamente no conocemos?

—¡La familia de tu mujer me conoce desde que nací!

—En realidad, no me refería a ti. Hablaba de la enfermera, esa tal… Fiona. Ni siquiera había pensado en ti. Tú no eres de su familia. ¿Qué diablos eres? ¿Su nuevo novio? —espetó, ya sin siquiera intentar mantener un poco de civilidad.

—No soy su novio. Sin embargo, hemos estado muy unidos desde que ella vino aquí. Tan solo trato de defenderla…

—¡CALLAOS todos ahora mismo!

—¿Peggy?

—Este lugar en el que estáis dando voces es mi casa. No consentiré que os comportéis así bajo mi techo. Vamos a calmarnos… Perdonadme. —Sonó el timbre.

En cuanto Peggy salió de la estancia, Rhona empezó otra vez.

—Si crees que puedes hacerlo, Jamie, piénsatelo mejor. Tuvo una maldita crisis nerviosa, estuvo en el hospital y después acabó debajo de un automóvil, está claro que no es capaz de decidir por sí misma. Vendrá a Southport con nosotros, tanto si quiere como si no. Cualquier médico opinaría lo mismo…

—¿Eilidh, debajo de un vehículo que pasaba por la carretera? ¿De qué estáis hablando?

Un hombre alto, rubio, entró en la habitación y se quedó mirándonos, pasando los ojos de una persona a otra. Parecía sorprendido.

—¡Tom! ¿Qué haces aquí? —exclamó Rhona.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha pasado a Eilidh? ¿Por qué no me llamó nadie?

—¿Llamarte? ¡Perdiste ese derecho cuando empezaste a salir con esa mujer!

—¿Puede decirme alguien qué ha sucedido? —Tom no dejaba de agitar las manos. Estaba pálido como un fantasma.

—Eilidh ha tenido un accidente. La han atropellado —intervino Simon.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cómo está?

—Ahora ya fuera de peligro. Todavía sigue en el hospital. Pronto le darán el alta…

—¿Puedo verla?

—Por encima de mi cadáver, Tom, le hiciste tanto daño y ahora mismo está demasiado débil —gruñó Rhona.

—Me pidió que viniera. Para hablar de… nuestro divorcio. —Peggy le había ofrecido asiento y un *whisky,* tenía las manos temblorosas y estaba pálido, pero se le veía bastante tranquilo.

—Ya discutiréis sobre lo vuestro cuando se encuentre mejor. Ahora no es el momento —dijo Simon.

—Lo entiendo. No haré nada para que se enfade. Pero si al menos pudiera verla…

—No puedes —dijo Rhona, y luego se volvió hacia mí para añadir —: Y se viene con nosotros.

—Eso depende de ella, Rhona. Es ella quien decidirá si quiere verle y dónde quiere estar. —La voz amable de Peggy logró que todo el mundo se callara.

—Como ya dije antes, no puede hacerlo, no está bien. Cualquier médico confirmaría que no puede cuidar de sí misma, que no es capaz de tomar decisiones…

—¿Qué? —intervino Tom—. Eilidh es perfectamente capaz de tomar sus propias decisiones, Rhona. Cuando me llamó por teléfono… me pareció que estaba perfectamente. Quería seguir adelante, empezar de nuevo.

—¿Y por eso se echó a la carretera para que la atropellaran?

—¡No fue así! ¡Fue un accidente! —dije, tratando de no levantar la voz—. Resbaló con el aguanieve que cubría la calzada, resbaló y cayó…

—Rhona, la semana pasada, cuando habló conmigo por teléfono, no me dio ni mucho menos la impresión de que fuera alguien que quisiera morir —añadió Tom, con voz pausada y autoritaria. Tenía cierto acento de Manchester y eso hacía que resultara agradable escucharle—. Cuando hablamos, estaba más que decidida a vivir. Creo… él… —Me miró—. Creo que fue un accidente.

—Soy Jamie —dije, y con cierta timidez le di la mano.

Entonces nos miramos a los ojos y él lo supo. Ambos retiramos la mirada. Ahora no era momento de ponernos a discutir acaloradamente y lo entendió.

—Todo eso es basura. Hablaremos con el médico, los doctores dirán que no está en su sano juicio y nos la llevaremos a casa.

—Yo soy médico, Rhona —dijo Tom con calma—. Y diré que por supuesto que está en su sano juicio y que puede elegir dónde quiere quedarse. Te conozco desde hace algunos años y creo que estás utilizando todo este asunto del posible suicidio para salirte con la tuya.

Silencio.

—¿Le estás apoyando? ¿A su novio?

Tom hizo una mueca de dolor.

—La estoy apoyando a ella. Ya la he herido bastante. Ahora me necesita. Me voy al hospital, y será ella quien decida si quiere verme o no. Le preguntaré dónde quiere quedarse y tú respetarás lo que Eilidh elija.

Nadie dijo una palabra.

—Gracias, Peggy. Me voy.

Y salió.

Oh, Dios mío, pensé. ¿Qué sucederá si le ve y se da cuenta de que todavía siente algo por él…? ¿Y si tras el accidente ha cambiado de opinión acerca del divorcio…?

Un abismo se abrió en mi mente, necesitaba tomar el aire. Salí murmurando un adiós a Peggy, lejos de los Lawson y de sus luchas de poder.

Eilidh

Estaba deseando verle. No podía esperar para enfrentarme al dolor, la amargura que sentiría al mirarle a la cara y saber que todo había terminado, para luego seguir adelante con mi vida.

La gente se sorprendía de que no pareciera estar enfadada por su

infidelidad, pero la pena de haber perdido a mi bebé era tan fuerte que consumía todas mis fuerzas y no dejaba sitio para nada más. Ya no sentía nada por él.

Nada.

La noche que llegué y llamé a la puerta de Peggy, casi no me quedaba energía ni para seguir existiendo. Respirar suponía ya un esfuerzo enorme, igual que comer o mantenerme viva. Pero como la vida empezó a fluir de nuevo por mí y empecé, otra vez, a sentir algo, también apareció el miedo. No porque le hubiera amado, pues el amor ya hacía tiempo que había desaparecido, sino por la humillación absoluta. Desde luego, estaba furiosa. Furiosa con él, por haberme engañado. Conmigo, por tolerarlo para seguir adelante con la inseminación artificial.

Pero cuando entró en la habitación, la rabia había desaparecido. Era Tom, el Tom que siempre había conocido, con su cabello rubio peinado hacia un lado y sus ojos llenos de preocupación. Era mi marido y de alguna manera toda la rabia desapareció.

—Eilidh… —Se acercó para sentarse a mi lado y me sujetó las manos, como si nada hubiera pasado, como si nunca me hubiera herido.

Para mi sorpresa, yo también así las suyas.

—¿Cómo te encuentras? Acabo de enterarme, he estado en casa de Peggy… Intenté llamarte por teléfono, pero tu móvil llevaba mucho tiempo apagado.

—Estoy muy contenta de que hayas venido…

—¿De veras?

Asentí.

—Cariño, no te imaginas lo mucho que ha cambiado mi vida. Vivo solo. Se acabó… verás… Todo ha terminado. He renunciado a algunas cosas, así que ahora pasaré más tiempo contigo.

—¿Te acuerdas de la cuna?

—¿Nuestra cuna? Sí…

—La fabricaron aquí. En Glen Avich.

—Oh, Eilidh… Menuda casualidad… No me lo puedo creer… Cuando Ian me la dio, no me lo dijo… Menuda coincidencia que fuera hecha precisamente aquí, el sitio de donde procede tu familia…

—La vi en el taller de Jamie. Fue como una pesadilla. Salí corriendo y no vi el vehículo que venía por la carretera. Traté de salir de un salto del asfalto pero resbalé con la nieve…

—Pobrecilla. Mi pobre Eilidh. —Me retiró el pelo de la frente, en un gesto tan familiar que me partió el corazón—. Tu madre no deja de decir que querías… hacerte daño…

—¿Qué? ¿De qué habla? Nunca… —Pues claro, debería de haberme dado cuenta. Menuda ocasión, la ideal para tomar el control,

perfecta de veras. Eilidh es tan inestable que incluso ha intentado quitarse la vida. Tenemos que ocuparnos de ella. Me puse tan furiosa que casi no podía hablar.

—Ya sé, ya sé. No te preocupes. Todo el mundo sabe que no está diciendo más que tonterías. Pronto te darán el alta y volverás a caminar. Nos iremos de vacaciones, donde tú quieras…

Liberé mis manos de entre las suyas.

—Oh, Tom. No. Lo siento. No ha cambiado nada… No volveremos a estar juntos. No podemos…

—¿Por qué no? Ya sé que me llamaste para que viniera y habláramos del divorcio pero… Después de todo lo que ha pasado…

—Nada ha cambiado. Por favor, Tom. —Nos miramos. Él me miró a los ojos, con esa mirada azul suya que sostuvo la mía durante un buen rato, como si buscara mi alma.

—¿Sientes algo por Jamie?

—Sí. —El corazón me dejó de latir un segundo. Era la primera vez que lo decía en voz alta—. Pero Jamie no tiene nada que ver con lo nuestro. Ya hace mucho tiempo que acabó, antes de que tú… tú…

—Nueve días —dijo, y su cara se tornó amarga.

—¿Nueve días? ¿Qué quieres decir?

Una vez estuviste nueve días sin hablarme. Y no pasaba nada malo entre nosotros, de verdad. No había… No estaba saliendo con nadie, no nos habíamos peleado. Era el asunto del bebé el que estaba acabando contigo desde dentro. Vivíamos juntos y te pasaste nueve días enteros sin decirme nada, aparte de «hola» o «buenas noches» y «¿quieres una taza de té?». Los conté. Al décimo día, me hablaste poco antes de meterte en la cama, era algo que teníamos que arreglar en casa.

—Oh, por Dios, Tom. Lo siento de veras…

—Bien, ¿sabes qué? Tenías que saberlo. Porque la culpa fue tuya tanto como mía. No te estoy atacando, Eilidh, Dios sabe que te quiero, ojalá pudiera volver atrás… Pero tú colaboraste, conmigo. Ambos destruimos nuestro matrimonio. ¿Y por qué?

Respiré hondo.

—Hace un par de meses vi a dos personas enamoradas. Estaban a punto de besarse y se miraban a los ojos. Eso hizo que me diera cuenta de… de que nunca me había sentido así contigo. Y de que tú nunca habías sentido nada parecido por mí.

Parecía sorprendido. Pude verlo al instante, le había herido profundamente y ya no podía remediarlo.

—Te equivocas. Por lo menos en lo que respecta a mí. —Se levantó y se tapó los ojos con la mano. Yo también me eché a llorar, y no hice nada por evitar las lágrimas. Nuestro matrimonio se las merecía. El fin de nuestro matrimonio era un momento en el que había que llorar.

Pasados unos segundos, volvió a dirigirse a mí.

—Hablaré con tus padres. Les diré que puedes quedarte en casa de Peggy. Me ocuparé de que tus padres no tengan ninguna posibilidad de hacer que vuelvas con ellos a Southport…

—Espera… —No podía irse así. No podía dejarme así.

—¿Qué? —dijo con voz suave—. ¿Nos hemos dejado algo?

Alargué los brazos.

—Tom…

Me agarró las manos.

—Te daré el divorcio, claro. Me ocuparé de todo.

—No, no es eso… Tom…

—Déjalo ya, Eilidh. Por favor. —Me soltó las manos y tuve la sensación de que una parte de mí había sido amputada.

Se marchó, sin mirar atrás, se fue.

—Gracias… susurré, aunque no estoy segura de que me oyera.

Capítulo 28

PALABRAS NUNCA DICHAS

Fiona

Eilidh estaba sentada en el sofá de casa de Peggy, tomándose un té y escribiendo mensajes en su ordenador portátil. Parecía serena y tranquila y sonreía mucho. Para ser alguien que había tenido hacía poco tiempo un accidente que había estado a punto de costarle la vida, se la veía muy… «satisfecha».

Sabía que tenía algo que ver con Jamie. No podían ocultar lo que sentían el uno por el otro. Únicamente esperaba que acabaran con aquel «si sí, si no» y siguieran adelante.

Aun así, ella parecía estar bastante contenta casi siempre, no solo cuando Jamie la acompañaba o cuando la llamaba por teléfono.

—Eilidh, ¿puedo preguntarte algo?

—Pues claro. —Sus ojos de color azul claro se encontraron con los míos. No me sorprendía que se hubiera enamorado de ella, pensé, es muy guapa. No de una manera obvia, sino más bien de una forma… espiritual. Silke habría encontrado las palabras para describirlo. Siempre las encuentra.

—Pareces tan… no sé, tan feliz. Es como si el accidente no te hubiera afectado…

Ella sonreía y, de repente, su cara era como la de una niña pequeña.

—En realidad, creo que ha sido al contrario… —Parecía pensativa y dejó el ordenador portátil a un lado—. Me ha afectado mucho. Positivamente…

No estaba muy segura de qué quería decir, así que esperé.

—Verás, he pasado mucho tiempo sumida en la tristeza. Por un motivo u otro, ya sabes, mi familia, el no ser capaz de tener hijos, mi marido, y todo eso. Cuando estaba en el hospital, creí que había muerto. Es difícil de explicar, estaba en coma pero podía pensar y estaba segura de que había muerto. Luego me desperté… —Hizo un gesto hacia la ventana, como si quisiera mostrarme que el mundo seguía ahí para que lo disfrutáramos—. Me siento como si me hubieran dado una segunda oportunidad. Es un gran alivio, estoy encantada de que se me haya permitido vivir…

Levantó las rodillas y se abrazó las piernas, haciendo una leve

mueca de dolor. Todavía tenía dolor. Lo sabía, pues era yo quien se sentaba junto a ella durante la noche y la ayudaba con todas las tareas que todavía realizaba con dificultad.

—Y, claro, está Jamie —añadió.

Me sonrojé y miré hacia otro lado. No soy muy buena con este tipo de asuntos, me da vergüenza. Sé que tengo edad suficiente como para estar por encima de esta timidez crónica, ya no soy una adolescente. Pero no puedo evitarlo.

Ella advirtió que me sentía incómoda y sonrió, fue una sonrisa pícara, pensé.

—¿Y qué hay de ti, Fiona, tienes a alguien?

Ella también lo sabía, claro. Todos los amigos de Silke lo sabían. Mi desesperado intento por mantenerlo en secreto no había servido de nada, y fue precisamente por eso por lo que rompimos.

Sobre todo por eso. Y también por el hecho de que yo no era el tipo de persona capaz de llevar una vida así. De acuerdo, quizá me haya metido en ello, sucedió, pero no es mi opción de vida. Yo me casaría y tendría hijos, como todo el mundo. No podría ser yo el objeto de las murmuraciones de los demás, no podría ser la que destrozara a sus padres, la que destrozara a su padre.

Desde que regresé, he visto a Silke dos veces. En ambas ocasiones, se me paró el corazón. Me miró durante un buen rato, esperando a que dijera algo. Veía que todavía me amaba, lo vi en sus ojos, y todo lo que deseaba era simplemente echarme en sus brazos.

Pero para mí, nada había cambiado. Seguía sin sentirme cómoda con que la gente lo supiera. Estábamos de vuelta en el punto de partida. Sabía que no podía permanecer cerca de ella, sin… sin dejarme vencer.

—Sí, me veo con alguien.

Oh Dios, pensé. Miento fatal. ¿Cómo iba a seguir con esto?

Eilidh me miró desconcertada.

—Estudió en la universidad conmigo. Es un chico de Aberdeen. Nos… nos mandamos mensajes todo el rato y hablamos.

—Eso es estupendo. Me alegro por ti… —dijo, mirándome durante un buen rato.

—Se llama Jack. Es un gran muchacho. Es… mi hombre ideal —añadí, notando que las mejillas se me iban poniendo cada segundo más coloradas y más calientes. Mi hombre ideal. Para mí, no existía un «hombre ideal» en ninguna parte.

Solo estaba Silke y yo acababa de dar otro paso para alejarme de ella porque sabía que Eilidh le contaría a Jamie lo del Jack inventado, y Jamie se lo contaría a Silke, y ella lo haría circular.

Eso era lo que yo quería, claro, quería que hiciera correr el rumor y que fuera feliz. Sin mí.

Eilidh

¿Jack? Por un momento, no me lo podía creer. Estoy segura de que se lo había inventado.

Fiona era tan transparente, tan inocente. No podría mentir ni siquiera para salvar la vida. Parecía tan joven, pensé, con su cabello ondulado de color castaño, su piel blanca como la leche con algunas pecas, su ojos profundos de color verde oscuro. Tenía las mejillas sonrosadas, mucho, lo que hacía que pareciera todavía más joven.

No estaba segura de lo que había elegido. Sabía que todavía sentía algo por Silke, pero luchaba contra ese sentimiento con todas sus fuerzas.

Para cualquiera de nosotros resultaba muy fácil decirle que se liberara, que se aceptase como era. Pero es una decisión tan difícil, ponerse en contra de la familia, desafiar todas sus expectativas y mantenerse firme a pesar de su desaprobación. Tan solo pensar en ello hacía que el corazón me latiera más deprisa de rabia: ser la hija de Morag y Hugh Robertson, crecer en la fe baptista, ir a la iglesia y a las clases de los domingos cada semana, y compartir sus creencias y vivir según ellas… para luego enamorarse de una mujer.

Ahora me sentía ya mucho mejor; la estancia de Fiona en Glen Avich estaba llevándola a un punto en el que, al final, tendría que tomar una decisión. La verdad era que no tenía ni la menor idea de qué acabaría pasando con esas dos: puede que Fiona se las arreglara para ser fuerte esta vez y se marchara, pero a juzgar por la cara que ponía la noche en que la vi besando a Silke, era demasiado apasionada, la sangre le corría demasiado deprisa y se le calentaba en las venas, como para negarse a sí misma para siempre. Tarde o temprano, sabía que se acabaría enamorado otra vez, y su enamoramiento sería dulce, demasiado dulce como para detenerlo, demasiado dulce como para hablar de ello.

La cabeza empezó a darme vueltas, un poco. Quizá fuera por los analgésicos, o quizá porque tenía hambre.

De pronto, me sentí intranquila. Una sensación de añoranza se abrió paso dentro de mí, no podía quedarme sentada, tan tranquila, ya no. Hacía una noche preciosa, el mundo palpitaba a mi alrededor, acababa de entrar la primavera y mis pensamientos fluían como una corriente cantarina. Me puse una rebeca y le dije a Fiona que iba a salir a dar un paseo, nada más, tan solo un paseo, pero mis piernas parecían tener otras ideas; me llevaron hasta St. Colman's Way, pasando por el lugar donde casi pierdo la vida, hasta la casa de Jamie.

Jamie

Ojalá pudiera alargar la mano y besarla, como hice el día de Nochevieja. Pero según parecía, el coraje me había abandonado. En mi cabeza, ella estaba ahora muy frágil, como algo que se ha roto y se ha pegado y por eso se debe manejar con cuidado. Pero cuando estaba solo por la noche y cerraba los ojos, lo que veía, lo que hacíamos… nunca sería así en la realidad, ahora no.

Sin embargo, desde el accidente, sonreía y me miraba directamente, no apartaba la vista como solía hacer, como si no tuviera por qué saber qué estaba pensando, como si debiera esconderse de mí. Parecía como si estuviera esperando, esperando algo que sabía que era inevitable, algo que sucedería pronto, tan pronto como pudiera alargar una mano y la tocara.

Y entonces, en una noche clara de primavera, llegué a casa y me la encontré en la puerta. Le miré a la cara y no la vi sonreír, tenía los ojos oscuros, parecían casi negros a la luz del crepúsculo. La sujeté y se agitó.

—Hola… vamos, entra. Maisie se ha quedado con Shona esta noche…

—Lo sé.

Me di cuenta enseguida de por qué había venido y por qué temblaba. Encendí la chimenea y nos sentamos un rato, mirando las llamas parpadear, mirándonos el uno al otro tímidamente.

Eilidh tiene esa manera de besar, lenta y uniforme, no cambia, se queda casi quieta y no para hasta que ya no puedes más. Es lo que me hizo esa noche, mientras yo trataba de contenerme sin éxito, hacía tanto tiempo… Me agarré a su cintura como si fuera a caerme —y me caí—, me enamoré. Entonces me acarició el pelo y me miró con esos ojos oscuros, líquidos, unos ojos que nunca antes había visto.

Me la llevé de la mano al piso de arriba y no nos hizo falta estar en silencio. La sujeté con gentileza, como si fuera una muñeca de porcelana, hasta que no pude más, para luego tomarla de la manera que siempre había soñado que haría, y ella no se resistió. Me susurró: «Quédate con los ojos abiertos». Los ojos se nos quedaron así al tiempo que nos movíamos y nuestras almas quedaban al descubierto. Nos miramos a los ojos mientras hacíamos el amor, fue puro y hermoso y, después de eso, supe que los lazos que nos unían nunca se podrían romper.

Eilidh

—Hacía tanto tiempo —había dicho él.

Y para mí también lo hacía… Estaba asustada y no pude dejar de temblar. Estaba asustada y tranquila, era incapaz de parar y no lo hice. Quisiera poder decir que fue él quien me arrastró —sabía que no

estaba bien hacer algo así, todavía estaba casada, era demasiado pronto—, pero no era capaz de negar que había sido yo, fui yo quien se acercó a él, tanto que apenas le dejé opción, y también fui yo quien le tocó, así que habría sido una tortura dejarlo, de manera que no hubo vuelta atrás.

Había estado vacía y anhelando algo durante tanto tiempo que de nuevo volvía a la vida. Quería que me mirase, quería verle los ojos al tiempo que nos derretíamos para convertirnos en uno, y esperaba, esperaba de todo corazón, que nunca me dejase. Debería haber susurrado: «Te quiero». En lugar de eso, le dije: «No te vayas…» porque sabía que si se marchaba, yo sobreviviría, seguiría respirando, pero no volvería a sentirme viva nunca más.

En respuesta, él susurró: «Nunca me iré», y me quedé sin habla, ya no podía hablar, pero seguí pensando en ello una y otra vez. No te vayas, no te vayas, no te vayas.

Mi corazón rebosaba de amor por él y eso me asustaba, porque mi vida estaba en sus manos y cuando me dijo «nunca me iré», no le creí. Sabía por experiencia que las promesas podían romperse y olvidarse, que todo lo que tenemos es la esperanza de que el amor no se nos escurra entre los dedos, como si fuera arena.

Capítulo 29

NO TE VAYAS

Eilidh

Maisie y yo estábamos sentadas a la mesa de la cocina. La estaba ayudando con la lectura y al mismo tiempo estaba atenta al teléfono. Tom debía llamarme esa tarde, para arreglarlo todo para que fuera a Southport a firmar algunos papeles. Todo había sido tan rápido, tan tranquilo. No quería que me diera nada y yo tampoco tenía nada, salvo un tarro con algunos ahorros, tan pocos que ni siquiera habría podido pagar con ellos al abogado. No había hijos, claro, así que tampoco nos pelearíamos por la custodia. Todo muy fácil, aunque no indoloro. Eso, no.

Pocos días antes, había recibido una carta suya acompañada de varios documentos. Era el estado de cuenta de un fondo que él había abierto y del cuál era yo la beneficiaria. La carta decía que había dejado mi empleo para someterme a un tratamiento de fertilidad, un tratamiento que se llevó tanto de mí, física y emocionalmente, que ya no podía volver a trabajar, cosa del todo cierta. Argumentaba que era algo que yo había hecho por los dos, que se sentía responsable de que yo no tuviera nada para el futuro y que el tiempo durante el que había trabajado no era suficiente para asegurarme una vejez confortable. Sentí que se me encogía el corazón y una pequeña chispa de afecto saltó dentro de mí, un sentimiento del que todavía quedaba algo, algo que sabía que desaparecería.

No iba a aceptarlo. De alguna manera, sabía que tenía razón al decir que yo había sacrificado muchos años tratando de conseguir algo que ambos deseábamos. De otro lado, no quería nada suyo. Estaba segura de que cuando encontrase un trabajo mejor pagado que el de ayudar a Peggy y cuidar de Maisie, sería capaz de cuidar de mí misma y asegurarme la vejez, por muy lejana que ahora pareciera.

Sabía que saldría adelante. Mi idea de confort y la de Tom son completamente distintas: él parece necesitar mucho para considerar que su vida es aceptable, mientras que yo soy feliz con muy poco, algo que heredé de Flora y de lo que me siento orgullosa.

Decidí tomarme algún tiempo para pensar en ello y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Mientras tanto, no obstante, teníamos que seguir adelante con los papeles del divorcio. Eso

implicaba que debería desplazarme a Southport. Por una parte, me apetecía. No había visto a mis sobrinos desde hacía mucho tiempo. Y no podía esperar para volver a mi antigua casa y llevarme las cosas que echaba de menos… mis libros, mi ropa y un montón de cosillas que pertenecían a mi antigua vida pero que todavía quería tener conmigo en la nueva.

Con una oreja estaba atenta a las aventuras de Kipper, que Maisie me leía con entonación argentina, y con la otra al teléfono móvil que reposaba sobre la mesa que había entre las dos. Finalmente, sonó el teléfono y ambas dimos un brinco. Era Tom.

—Disculpa, cariño, sigue leyendo. No tardaré mucho. ¿Diga? —Me senté en las escaleras mientras Maisie seguía leyendo, levantando de vez en cuando la cabeza para mirarme—. Sí. Sí, iré allí lo primero. Me quedaré con Harry. Conduciré. No sé decirte cómo me siento al volver a Southport. Bien y mal, todo a la vez. La verdad es que no quiero dejar a Maisie y Ja… Peggy, pero estoy segura de que se las arreglarán sin mí. Sí. Nos vemos. Gracias por llamar. Adiós.

Su voz me resultó tan familiar como la de un hermano. Me quedé sentada unos segundos, contemplando el hecho de que pronto dejaría de formar parte de mi vida, para siempre. Surrealista. Era como si alguien me hubiera dicho que Harry o Katrina saldrían de mi vida. Durante unos instantes, me sentí perdida.

Dejé el teléfono. Maisie me estaba mirando. La vi pálida y con una expresión extraña en la cara.

—Maisie, ¿te encuentras bien?

Sacudió la cabeza.

—¿Te duele algo?

Sacudió la cabeza otra vez.

En ese momento, oí las llaves en la puerta. Era Jamie.

—Hola, ¿qué tal?

Antes de que pudiera decir nada, vio a Maisie sentada a la mesa. Con el instinto de padre, supo que algo no iba bien.

—¿Te encuentras bien, cielo? ¿Estás cansada? —dijo, arrodillándose frente a ella.

—Me duele la tripita.

—¿Qué te parece si nos echamos un rato, si después te encuentras mejor quizá puedas cenar con nosotros? —dijo, tomándola de la mano.

—No puedo quedarme, Jamie, tengo que hacer las maletas. ¿Puedes llamarme más tarde para decirme cómo está?

—¡NOOOOOO! ¡NO TE VAYAS! —Maisie se echó a llorar y vino corriendo hacia donde yo estaba. Jamie y yo nos miramos sorprendidos.

Le di un abrazo y sostuve su cuerpecillo tembloroso.

—¡No puedes irte! —protestó.

—Nenita, tengo cosas que hacer esta noche, pero nos veremos mañana y luego tan solo estaré un par de días fuera. Volveré antes de que te des cuenta.

Se soltó del abrazo y me miró a los ojos, pálida y solemne.

—No volverás.

—¿Qué? Claro que volveré, cariño, ¡no tienes que preocuparte por eso!

Pero Maisie se dio la vuelta y, sin decir palabra, corrió escaleras arriba.

Jamie y yo nos quedamos pasmados.

—Lo siento, no quería que se enfadara… —susurré.

—No pasa nada… Creo que le preocupa que te vayas como Janet, ya sabes. O como mi madre. Supongo que ya tiene experiencia con gente que la deja, demasiada en su corta vida…

—Quizá debiera quedarme esta noche —dije, y me sonrojé—. Quiero decir…

Jamie sonrió.

—Ya sé lo que quieres decir. —Me puso las manos en los hombros —. Quiero que te quedes esta noche y mañana por la noche, y así todas las demás noches, pero hagámoslo según nuestras reglas. Ve y resuelve todo lo que tienes que resolver, después de que lo hagas, seremos libres.

Libres. Y estaremos un poco perdidos. Él debía de haber visto algo en mi cara porque me agarró con fuerza, con mucha fuerza, como si quisiera asegurarse una vez más de que era a este lugar al que pertenecía.

—¿Quieres que te acompañe? Puedo ir y volver en el mismo día…

—No, esto tengo que hacerlo sola.

Me sujetó la cara con las manos y me besó, de una manera un poco más dura de lo que solía hacer. Con un toque… posesivo.

Salí a la noche ventosa y heladora, mientras de camino a casa me perseguía la carita de angustia de Maisie.

Elizabeth

Nadie lo vio venir, ni siquiera yo. No tenía ni idea de que la partida de Janet y luego la mía hubieran dejado una herida tan profunda y dolorosa en el corazón de Maisie. Era terrible verla así, tan pálida y paralizada por el miedo, tumbada en la cama pero despierta.

Jamie y Eilidh no tenían ni idea de lo profundo de su miedo. Rara vez nos damos cuenta de lo intensos que pueden llegar a ser los sentimientos de los niños, la intensidad del miedo a ser abandonados, a quedarse solos.

Jamie hacía todo lo que podía, le llevó una taza de leche caliente, trató de convencerla de que bajara, que se sentara junto a él en el sofá y se quedaran viendo la televisión como algo especial, más tarde de la hora a la que debía irse a la cama. Le dijo una y otra vez que no tenía nada de qué preocuparse, que Eilidh volvería pronto.

Ella no le creía.

Maisie es una niña feliz, más propensa a la alegría que a la tristeza, pero heredó de su madre esa intensidad de sentimientos y sus emociones pueden ser tan fuertes que son capaces de agitarla como un vendaval sacude a un árbol joven.

Jamie ha seguido adelante esta noche, con la cena, doblando la colada ya hecha para quitarla de en medio y todo eso. Maisie estaba sentada en las escaleras, en silencio, esperando el momento oportuno para marcharse.

Me senté junto a ella y le susurré al oído: «No te escapes, está oscuro, hace frío, quédate aquí con papá y conmigo… No debes tener miedo, ella no te va a dejar, volverá». Pero Maisie hacía como si no me oyese y fue entonces cuando dijo, con una voz fuerte y fría que yo solo le había oído a su madre: «No te creo».

Esperó el momento oportuno y, mientras Jamie hablaba con Shona por teléfono, salió afuera, sin hacer ruido, con el pijama puesto, y corrió hacia la calle, ella, una figurita de color rosa que contrastaba con la oscuridad dominante.

Se alejaba de casa. Fue el último grito para llamar la atención, el último recurso. Pero en realidad, me di cuenta de que no era esa la razón por la que lo había hecho. La seguí mientras caminaba por St. Colman's Way, pasado el pozo y en dirección al bosque, y vi que buscaba algo.

—¿Qué estás buscando? —le susurré al oído.

—El broche.

Supe de lo que me estaba hablando. Buscaba el broche de Eilidh, el que Jamie le había hecho cuando eran niños. Recordé la conversación que ambos mantuvieron el día que fueron a la finca de Ramsay, mientras miraban el ciervo rojo. Cómo Jamie le había contado que había hecho aquel broche con la esperanza de que Eilidh se quedara pero entonces no tuvo el valor de dárselo, y ella se fue. Le dijo a Maisie que lo había escondido en el bosque, detrás del pozo, esperando a que ella volviera.

A veces olvidamos que los niños viven en una realidad paralela, un mundo literal que tiene su propia lógica. Esto es lo que Maisie había oído de la historia de su padre: he hecho un broche para Eilidh, para evitar que se vaya, y si se lo hubiese dado, se habría quedado, pero no lo hice y entonces se fue. En la mente de Maisie, la consecuencia lógica de todo esto era que, si ella encontraba el broche y se lo daba,

esta vez sí se quedaría. El broche con el ciervo se había convertido en un objeto mágico, tenía el poder de ligar a Eilidh con ellos, debía encontrarlo. Lanzaría un hechizo sobre ella y conseguiría que se quedase.

No se daba cuenta de que el hechizo ya estaba en marcha, de que Escocia y Glen Avich y la pequeña familia de dos habían atrapado a Eilidh y que jamás se iría. Según la experiencia de Maisie, los lazos de amor o familiares no eran lo suficientemente fuertes para evitar que la gente a la que quería se fuera.

Maisie estaba cavando con sus propias manos, apartando las hojas secas y las ramas. Tenía frío, los labios amoratados y las mejillas pálidas. Regresé a la habitación de Maisie y tiré al suelo todos los libros de las estanterías, de manera que Jamie subiera arriba y viera que su cama estaba vacía.

Funcionó. Le vi subir asustado en busca de su hija y entonces, al no verla, se puso a buscar frenéticamente en el cuarto de baño, luego en su habitación y después en el piso de abajo.

Salió volando de casa para llamar a las puertas de sus vecinos, por todo el camino que llevaba hasta la casa de Eilidh, y cada una de las personas a las que llamó salió para buscar a Maisie.

—¿Jamie?

—¡Ha desaparecido!

Sus ojos eran presa del pánico.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo ha podido salir de casa?

—No lo sé. Estaba en la cama. Yo en el piso de abajo. Oh, Dios mío…

Se abrazaron un instante, para acto seguido continuar buscando. Las calles devolvían el eco con el nombre de Maisie.

Tenía que encontrar el modo de que dieran con ella.

Fui en busca del zorro y le susurré al oído. Era tan valiente, tan leal, se puso a correr entre todos aquellos humanos a pesar de su instinto de alejarse de ellos. Se plantó en medio de St. Colman's Way, con sus ojos amarillos brillando en la noche. Eilidh, Jamie y todos los que les acompañaban se quedaron perplejos.

—Ese es el zorro que vi justo antes de tener el accidente. Y esa noche… —susurró Eilidh, poniendo una mano en el brazo de Jamie.

El zorro temblaba por el esfuerzo que estaba haciendo al quedarse ahí, plantado, abrumado por las voces y el olor de los humanos. Estos se recuperaron de la sorpresa y se encaminaron hacia donde estaba. Pero el zorro no lo pudo soportar más, su instinto le superó y desapareció tan pronto como un destello, entre los matorrales.

—Espera —dijo Eilidh con urgencia. Jamie se detuvo.

Los demás estaban a pocos pasos frente a ellos y Eilidh y Jamie se quedaron parados, en silencio. Él apuntó hacia el suelo con la

antorcha.

—Venga, vamos… —Jamie estrechó el brazo de Eilidh y fue a dar un paso, pero se topó con un cuerpo pequeño y duro. Unos ojillos amarillos le miraron. El zorro saltó a un lado, al bosque, pero todavía se le podía ver. Entonces regresó otra vez a la carretera frente a ellos, y luego volvió a esconderse en el bosque.

—Tenemos que seguirle —dijo Eilidh. Gracias a Dios, gracias a Dios.

Eilidh lo había entendido.

Jamie la miró.

Igual que Alicia a través del espejo, pensé. Van a entrar en mi lado de la realidad.

Y lo hicieron.

Eilidh

Estaba en el piso de arriba, haciendo las maletas, cuando oí voces en la calle. Eran los vecinos de Jamie, Malcolm y Dougie Ross, el padre y su hijo adolescente, que estaban fuera, frente a mi ventana, Malcolm con una antorcha en la mano, hablando muy alto con alguien cuya voz no reconocí. ¿Una pelea? ¿Malcolm y Dougie? Era poco probable. Entonces vi a Jamie, corriendo en dirección a nuestra casa con cara de pánico.

Corrí escaleras abajo.

—¿Qué pasa? —Peggy salió del salón mientras yo abría la puerta.

—No sé. Algo va mal.

—¡Eilidh! ¡Maisie ha desaparecido! —gritaba él.

Me puse el abrigo rápidamente y salí.

—¿Jamie?

—¡Ha desaparecido!

Necesité un minuto para entenderlo. ¿Cómo podía haber sucedido algo así?

—Pero ¿cómo? ¿Cómo ha podido salir de casa?

—No lo sé. Estaba en la cama. Yo en el piso de abajo. Oh, Dios mío…

Le abracé. Sabía que se culpaba por lo sucedido. Pero cómo habría podido imaginarse…

—Vamos —dije, y nos pusimos en marcha, llamándola. Unos cuantos hombres y mujeres nos acompañaron. Eché un vistazo a mi reloj de pulsera: era pasada la medianoche. Hace frío y hay mucha humedad, pensé mientras seguíamos caminando. Mi pequeña Maisie en pijama. Por favor, Señor, por favor, ayúdanos a encontrarla pronto.

Por favor, Dios mío, que no se acerque al lago.

Aquellas plegarias familiares y reconfortantes que solía recitar con

mi abuela por la noche volvieron a mi mente, de manera que, sin darme cuenta, me puse a rezar en silencio. Era la primera vez que lo hacía después de haber perdido a mi bebé.

El lago y sus aguas tranquilas y oscuras…

Jamie y yo debimos de pensar lo mismo, porque me miró.

—He llamado a la policía. Ellos nos acompañarán hasta el lago. La última palabra la pronunció en un susurro estrangulado. Me flojeaban las rodillas.

—Ahora no pienses en eso, Jamie —dijo Malcolm bruscamente, y continuó caminando, seguido de Dougie, que tenía los ojos muy abiertos y no dejaba de tiritar con la cazadora de *denim* que llevaba.

En ese instante, todos nos quedamos helados. Un zorro acababa de meterse en la calle y nos estaba mirando, tembloroso. En sus ojos se veía reflejada la luz de las antorchas.

Tan solo unos segundos después, el hechizo se rompió. Los hombres siguieron caminando. Pero el zorro no se movía. Al ver que no lo hacía, me di cuenta de que se trataba de mi zorro, el que había visto aquella vez cuando caminaba St. Colman's Way arriba a las tres de la madrugada, el mismo que vi el día en que tuve el accidente.

Le puse una mano a Jamie sobre el brazo, para hacer que se detuviera. No sé por qué. Algo me dijo que tenía que detenerme y «escuchar» al zorro. Pero era demasiado tarde, los hombres se habían acercado demasiado y el animal se había ido. Seguimos caminando.

Pero Jamie tropezó con algo. Me volví para ver lo que era y entonces vi aquellos ojos amarillos que fijaban intensamente su mirada en los míos.

De nuevo, nos quedamos helados.

El zorro saltó a un lado, al bosque, y de nuevo a la calle.

Estaba segura de que teníamos que seguirlo y lista para hacerlo sola si Jamie no me acompañaba. Pisé la tierra mullida, cubierta de agujas de pino, y me adentré en el bosque, y aunque en aquel momento no era consciente de ello, acababa de entrar en un mundo distinto.

Tras un instante de duda, Jamie me siguió.

Tuvimos que apretar el paso porque el zorro, que iba delante de nosotros, era rápido y silencioso. Con la luz de la antorcha, nos las apañamos para seguirlo mientras nos guiaba hacia delante. Ambos permanecimos en silencio, cono si nos hubiéramos puesto de acuerdo para no hacer ningún ruido que pudiera asustarle. Dejamos de llamar a Maisie, lo único que se oía era nuestra respiración y el suave susurro de nuestros pies al abrirnos paso por el bosque.

No caminamos mucho, diez minutos escasos. Llegamos a un pequeño claro, un semicírculo de piedras planas a un lado y, al otro, una pared de árboles. Todo estaba tranquilo, nada rompía el silencio. El zorro se subió a una piedra plana y se detuvo en el mismo momento

en que la antorcha de Jamie dejó ver a una niñita con un pijama rosa que yacía enroscada junto a un árbol, dormida. En los brazos de alguien.

Era una mujer. Por un segundo, creí que se trataba de Shona, tenía su mismo pelo rubio. Pero había algo en ella que hizo que un recuerdo despertara en mi mente. El recuerdo de una cocina caldeada, el olor a tostadas y la sensación de alguien que me rodeaba los hombros con el brazo.

Y la última vez que la había visto, muchos años después, en un encuentro fortuito fuera del teatro en Aberdeen, antes de que todos nosotros emprendiéramos cada uno nuestro camino, para no volvernos a encontrar nunca más.

Elizabeth.

Abrazaba a Maisie y tenía la cara escondida entre el pelo de la niña. Entonces levantó la mirada para dirigirla directamente a Jamie y sonrió.

Dejó a Maisie con cuidado, se levantó y dio unos pasos hacia donde estábamos. Quizá debiera haberme asustado, era un fantasma lo que tenía ante mí, pero al acercarse, sentí un alivio increíble, algo así como si todos hubieran vuelto: Flora, mi abuela, todas las caras amables que nos miraban cuando éramos niños.

—Elizabeth —dije. Su nombre era tan dulce, el alivio que sentí, tan grande, que las lágrimas empezaron a caerme por las mejillas, igual que el agua mana de una fuente.

Alargó una mano y acarició la cara de Jamie, de la misma manera que había hecho millones de ves cuando él era un niño.

Le miré y vi que estaba paralizado, con los ojos abiertos como platos por la sorpresa.

Levantó los brazos y ella se acercó más para que la abrazara. Él tiró la antorcha, que cayó al suelo, extendiendo su luz hacia donde se encontraba Maisie, mientras nosotros nos quedamos a oscuras. No obstante, no pude ver nada, así que cerré los ojos. Me sentía segura.

Jamie hizo un ruido suave en la oscuridad y supe entonces que ella se había ido. Se tiró al suelo, frente a Maisie, y la abrazó. Podía verlos a la luz de la antorcha. Me sacudí y me arrodillé junto a ellos, rodeando la cara de Maisie con las manos.

Jamie tenía los ojos cerrados y la abrazaba como si le fuera la vida en ello.

Rompí el hechizo.

—Tenemos que llevarla a un sitio caliente… —Mi voz sonó extraña, como si viniera de muy lejos, como el eco en una cueva.

Jamie abrió los ojos y me miró.

Sin decir palabra, se levantó con Maisie en brazos. Ni siquiera temblaba, sumida en ese profundo sueño que solo tienen los niños.

Me hice con la antorcha y, de pronto, aparecimos en otro sitio. Ya no estábamos en lo más profundo del bosque como pensaba, sino… justo detrás del pozo de St. Collman's. Las voces llamando a Maisie llenaban el aire otra vez y me di cuenta de que nunca se detendrían. Podía ver pequeñas luces blancas, salpicadas por todo el jardín, más allá de los árboles. Nos encaminamos hacia ellas, en silencio.

Elizabeth

No pude evitarlo. Pensé, si es lo último que voy a hacer, abrazaré a mi hijo por última vez.

Y lo hice, le abracé de nuevo, mientras mi cuerpo volvía a mí durante un segundo para luego desaparecer otra vez. Fue como cuando nació, la mayor felicidad que jamás conocí. Me dejé llevar por las aguas oscuras, no sabía dónde acababa el lago y dónde empezaba yo, pero estaba en paz. Porque cuando tuve que dejarle, sabía que no se quedaba solo.

Capítulo 30

UN MAR DE ALMAS

Elizabeth

Cuando el cuerpo dejó de funcionarme y el corazón de latirme, me quedé con una huella de mí, algo que retenía de algún modo mis rasgos, que todavía tenía mi aspecto y sentía como yo lo hacía. Se trataba de la sombra de mí misma, pero todavía era capaz de tocar y de que me tocaran y, si quería, podía dejarme ver. Era algo fluido que podía disolverse en los elementos para luego combinarse de nuevo, un cuerpo inmaterial, un cuerpo que podía ser sin más y, al mismo tiempo, convertirse en agua, en piedra o en aire.

Podía tomar la forma de partículas de polvo de esas que se ven bajo el sol, de aguas negras que chapaletean en las orillas del lago o en la brisa que corre por entre los árboles. Podía sentarme en lo alto de una rama en medio de la oscuridad, junto a un búho y contemplar la noche en su compañía. Podía nadar con las nutrias y salir a la superficie por entre los juncos, mientras sus ojos negros me miraban directamente, en una conversación sin palabras. Podía convertirme en piedra y cuando lo hacía, podía sentir el corazón de la propia tierra palpitando en el centro de cada roca, vibrando con un calor y una energía invisibles. El poder de miles y miles de años, el tiempo que la Tierra había tardado en formarse y cambiar hasta convertirse en lo que hoy conocemos, todo eso podía sentir mientras era el lado de una colina, un canto rodado en la orilla o una piedra gris cubierta de musgo en medio del bosque. Podía ser fuego, y con eso silenciar todo recuerdo, esa era la sensación más poderosa, mientras ardía y ardía sin sentir dolor alguno, mientras destellaba con las llamas en una espiral de color naranja y amarillo.

Y entonces, tras haber sido aire, agua, piedra o fuego, podía ser yo de nuevo, la sombra de Elizabeth McAnena, con su cara, sus recuerdos y sus razonamientos.

Pero ahora todo eso está cambiando.

Desde aquella noche en el bosque, desde que toqué a mi hijo por última vez, es como si hubiera perdido lo que me mantenía completa. Ya no me hace falta disolverme en el aire o en el agua, sucede sin más, y cada vez me cuesta más ser yo misma. Es como si los pequeños pedacitos de mí que una vez se mantuvieron unidos, como los planetas

del sistema solar mantienen sus órbitas por la fuerza de la gravedad, hubieran sido liberados y siguieran ahora su propio curso, demasiado alejados los unos de los otros como para unirse.

Y entonces, un día cuando ya anochecía, no pude ver más, no pude sentir más. Ya no era capaz de oír nada más que un sonido rítmico, como el de un mantel que golpea la mesa una y otra vez, mientras el ruido se va haciendo más fuerte, acercándose más y más.

Lucho por pensar, y un recuerdo vuelve a mí, de una noche hace muchos años. Flora estaba cantando, nosotras dos éramos solo unas niñas, la lluvia golpeaba finamente la ventana y el resplandor del fuego. Es una noche de invierno y todas nuestras familias están ahí. La voz de Flora marca el ritmo y sigue el de mi corazón. Ella es algo mayor que yo y está muy guapa con su falda azul y sus calcetines blancos, su cabello castaño rizado cayéndole sobre los hombros y sus mejillas sonrosadas por el calor del fuego. Quiero ser como ella, una chica adulta y preciosa. Estoy sentada en la alfombra, a los pies de mi madre. El mundo me parece perfecto y todos están ahí, mi querido padre, mis abuelos, mi hermano, todos están vivos, todavía no ha muerto nadie.

La canción de Flora tiene un ritmo suave, las palabras en gaélico fluyen de su boca con suavidad, como en una cascada…

Y eso es lo último que pienso antes de dejar de ser yo. El último pensamiento que tengo antes de que la última partícula de mi consciencia se haya ido y todo lo que sé, todo lo que oigo, es un corazón latiendo, rápido y aleteante como el de un pájaro, y en ese momento me doy cuenta de que es de nuevo mi corazón el que late… La canción de Flora se ha convertido en ese latido y hay algo más, un suave tamborileo, otro corazón en algún lugar de la oscuridad, latiendo lentamente y con fuerza al mismo tiempo que el mío. Noto que estoy en la oscuridad y el calor, pero de veras me gustaría recordar quién era yo y a James, y a Shona y Jamie, y a Maisie, y recordar Glen Avich y a mi madre, que tenía los ojos azules, y…

Capítulo 31

AHORA NO, TODAVÍA NO

Fiona

Querida Silke:
Lo siento mucho…

Querida Silke:
Espero que lo entiendas…

Querida Silke:
Yo…
Mi amor. Mi amor. Tengo que irme.

Eliminé esas últimas palabras, las borré, y el pedazo de papel donde las escribí acabó en la papelera junto a los demás.

No puedo hacerlo. Ni siquiera soy capaz de hablarle. Solo veo una manera de salir de esto y es marcharme, tan lejos como me sea posible.

Me voy a Nueva Zelanda. Mi prima trabaja allí como enfermera, puede ayudarme a encontrar un empleo. Puedo quedarme con su familia algunas semanas, hasta que encuentre un sitio donde vivir. Estaré en Auckland durante un año más o menos y luego seguiré viajando, quizá a Australia, al Lejano Oeste, donde sea. No quiero quedarme en ninguna parte el tiempo suficiente como para traicionarme a mí misma, no quiero que nadie sepa quién soy en realidad, lo que soy en realidad.

No me importa dónde, el caso es que sea un sitio que esté lejos de este pueblecito, de esta pecera. Me está asfixiando. Todo el mundo te mira, te juzga. Todo el mundo se fijará en que mis ojos miran hacia donde no deben, cómo me animo y me sonrojo cuando no tendría que hacerlo, que no soy como los demás.

Mucha gente lo sabe, muchos otros lo han adivinado. Tal vez incluso mis propios padres. Con solo pensarlo me pongo enferma y el estómago se me cierra.

Aquí no hay nada para mí. Quizás en alguna parte lejos de aquí haya un hombre para mí. Tal vez cambie y sea «normal» otra vez, como era antes.

No, nunca he sido normal. Siempre he sido así.

Recuerdo a Karen Roathie, la niña que vivía justo al otro lado de la carretera… Nunca me cansaba de mirarle a la cara. Quería estar siempre con ella. Solía deslizar mi mano en la suya… Cuando fuimos a la escuela secundaria, trataba de estar siempre junto a ella. Dios sabe que nadie se fijó. Estaba tan guapa con su uniforme, su pelo negro y largo rozándome el brazo mientras se sentaba junto a mí, su pierna tocando la mía levemente, y yo que trataba de acercarme un poquito más para sentir ese ligero toque otra vez. Solía soñar por la noche, imaginando sus suaves labios sobre los míos y el olor de su cuello mientras la abrazaba fuerte…

¿Veis? Siempre he sido así. Dios, no quiero ni pensarlo. Quiero olvidarlo todo.

No me importa lo que suceda ahora. Solo quiero estar en un sitio donde no me estén mirando todo el rato. Donde no tenga que sentirme tan tremendamente consciente de que trato de ocultarlo sin mucho éxito, pues tarde o temprano la gente se dará cuenta de lo que soy en realidad.

Ni siquiera quiero decirle adiós a Silke. Ya sé que la he perdido, de todos modos. Espero que no haya llorado. Espero que me olvide, espero que esté bien, que encuentre a otra, a alguien que sea capaz de seguir adelante con algo así, de estar completamente equivocada.

No, no estoy diciendo la verdad. Soy buena en esto, eso parece, pero solo para mí misma. La verdad es que tengo la esperanza de que me recuerde. Y soy incapaz de pensar en ella con otra persona.

No puedo ser lo que soy. La otra noche, Tim me pilló viendo *Doctor Who* y lloré porque la trama iba de un planeta que se encontraba cerca de un agujero negro, un planeta que según todas las leyes de la gravedad y la atracción acabaría por caer en ese agujero negro y desaparecer, pero de alguna manera no lo hizo. Se le denominaba «el planeta imposible», y eso soy yo, la muchacha imposible, la chica sin un lugar ni un tiempo en el que estar.

No puedo vivir siendo como soy pero no puedo dejar de ser así. Estoy cerca de un agujero negro y tarde o temprano caeré dentro, y cuando lo haga, no quiero que ni mis padres ni todo Innerleithen lo vean.

Tengo que marcharme, cuanto antes, mejor.

★ ★ ★

Escocia parece muy verde desde aquí arriba. Azul y verde, con su línea de costa irregular y perfecta, preciosa. Parece minúscula, un lugar muy pequeño dentro de un mundo muy grande. Espero regresar algún día.

Capítulo 32

NO TE MUEVAS, NO HAGAS RUIDO Y ESCUCHA

Jamie

Y ahí estaba otra vez, blanca como la cera, sentada en el sofá, abrazando una almohada. Parecía enferma. Maisie se encontraba junto a ella, quietecita como un ratón: podía sentirlo otra vez, como muchas otras veces antes, Eilidh no se encontraba bien.

En cuanto me oyó entrar, Eilidh se sentó un poco y sonrió.

—¿Ya estás de vuelta? Disculpa, el tiempo me ha pasado volando… —Miró a su reloj de pulsera.

—Oh, por Dios, las cinco en punto. No he preparado nada para cenar… —Se levantó rápidamente del sofá y a la misma velocidad tuvo que volver a sentarse.

—Oh…

—¿Te encuentras bien? —Corrí hacia donde estaba para comprobar lo que sucedía.

—Sí, estoy bien, estoy bien. Solo un poco mareada.

—Eilidh, tienes que ir al médico. Esto no puede seguir así. Llevas de esta manera… ¡semanas!

—Es por el cambio de estación. Y por el estrés de ir a Southport, ya sabes, todos esos asuntos que tenía que resolver…

—Lo sé, lo sé. Desde que has regresado, no has vuelto a ser la misma.

¿De verdad es aquí donde quieres estar? ¿Conmigo?, quería preguntarle. Pero no era el momento, no con Maisie mirándonos con esa carita de preocupación.

—Siéntate y yo prepararé la cena.

—No, vamos, acabas de llegar, siéntate tu y yo cocinaré.

Negué con la cabeza, la sujeté por los hombros con delicadeza e hice que se sentara.

—Prométeme que irás al médico.

—Te lo prometo.

Más tarde, esa misma noche, telefoneé a Shona. Estaba muy

preocupado.

—Es que parece… No sé, bastante indispuesta. No tiene apetito. No dejo de decirle que vaya al médico, pero se niega.

—Quizá no sea más que lo que tú dijiste, una simple indisposición. Ha pasado mucho este último año, necesita un poco de tiempo para rehacerse. ¿Te parece desanimada? ¿O llorosa?

—Ya conoces a Eilidh, es una persona muy sensible, pero no me da la impresión de que esté deprimida ni nada por el estilo. Solo la veo un poco… ausente. Como si tuviera la cabeza en otra parte. Temo que…

Las palabras nunca dichas pendían entre nosotros. Que se fuera, igual que Janet.

—No te disgustes así. Estás anticipándote.

Podía oír los ruiditos de fondo que hacía Maggie. A pesar de que estaba preocupado, no pude evitar una sonrisa.

—¿Es Maggie?

—La misma. Ojalá pudieras verla ahora mismo, Jamie. Está muy linda, lleva el pelele de rayas, el que me dio Jean. Oye, ¿por qué no vienes y te quedas este fin de semana? Con Eilidh, claro. Así podría hablar con ella, ver cómo está.

—Me encantaría. Se lo preguntaré.

—Yo también le enviaré un mensaje de texto esta noche.

Cuando colgué el teléfono, me sentí un poco aliviado. Shona no parecía muy preocupada, así que tal vez no había nada por lo que preocuparse. Mi hermana es un poco como la tripulación de cabina para mí, ya sabéis, cuando vas en un avión y hay turbulencias, y miras a las azafatas, si no las ves asustadas, entonces quiere decir que todo va bien, ¿no? Así.

Todavía.

Eilidh

Podía ver la preocupación reflejada en la cara de Jamie y, de verdad, yo misma estaba bastante disgustada. Me sentía débil, indiferente. Pensaba que quizá se debiera al estrés que había supuesto para mí volver a Southport y llevarme todas mis cosas de casa de Tom. Verle de nuevo sabiendo que sería la última vez que estábamos juntos en la misma habitación. Pero de eso ya hacía algunas semanas. Desde luego, debería haberme recuperado ya.

Pedí cita al médico.

—¿Y cómo se siente? De humor, me refiero. ¿Ha tenido un año difícil…?

—Sí, podría decirse así. Me siento… bien. Desde que tuve el accidente, y no deja de resultar divertido, me he sentido mucho mejor.

No creo que sea la cabeza.

—Bien, a veces las largas temporadas de estrés pueden debilitar el cuerpo, dejarte agotada. ¿Qué tal si hacemos un análisis de sangre y vemos qué pasa?

La doctora Nicholson tiene unos ojos azules, amables, mientras me miraba, sabía que estaba pensando en algo que no había dicho. Rogué y recé para no tener que pasar por aquello otra vez: los antidepresivos, la orientación psicológica sin esperanza. Tras perder a mi bebé ya había vivido algo así y me pareció terrible, intrusivo, además de que no sirvió para nada. Es una locura, lo sé, pero esperaba que el análisis de sangre diera algún tipo de resultado, no sé, anemia, algo que un tratamiento con vitaminas pudiera resolver. Tan solo quería vivir la vida.

Encontraron algo, pero no fue carencia de vitaminas. Era algo completamente distinto. Era un cuarto de baño diferente, un suelo diferente en el que me sentaba y una Eilidh diferente que lloraba de alegría, y lo sabía, lo sabía, esta vez sería distinto.

Capítulo 33

ERES TÚ

Jamie

Me desperté en una fracción de segundo. Me senté muy erguido de inmediato en cuanto me susurró: «Jamie». Había esperado muchas noches a que sucediera, solo había dormido a medias durante bastante tiempo, atento a cualquier signo de que iba a empezar. La había visto dormir muchas noches, con su forma redondeada bajo el edredón, sus párpados en movimiento, muy suave, mientras dormía. A menudo, si dormía profundamente, deslizaba una mano bajo el edredón y se la ponía en la barriga, para notar cómo se movía nuestro bebé. Contenía la respiración y sonreía a oscuras, imaginando cómo tenía que ser sentir esas patadas desde dentro. Maravilloso y muy, muy extraño, probablemente. Ahora que ya había llegado y pasado la fecha en que le tocaba dar a luz, estaba tan enorme que podíamos notar la forma del bebé. Era incapaz de creerme el milagro que estaba desarrollándose ante mis ojos. Estaba tan asombrado como lo había estado durante el embarazo de Janet, aunque en aquel entonces la alegría que me provocaba se había disipado por la angustia que la atenazaba. Eilidh había estado tan contenta durante todo el tiempo, muy mareada, muy débil y bastante incómoda, pero deslumbrando de esperanza y alegría por el bebé que esperaba.

Habíamos pasado miedo, no obstante, los dos, y la carretera de camino a Aberdeen parecía no tener fin cada vez que íbamos a su cita de control, pues ese era el lugar que ella había elegido para hacerlo. Cada vez, sentíamos miedo.

Eilidh prácticamente no se había movido después de susurrar mi nombre, pero yo ya estaba en mitad de la cama.

Sonrió y dijo: «Todavía falta un poquitín».

Nos sentamos juntos a la luz de las lámparas de nuestras mesitas de noche, susurrando emocionados y asustados a la vez, tomando té y comiendo tostadas con mantequilla. Shona nos había dicho que tratáramos de comer algo antes de que todo empezara, pues a Eilidh no le permitirían comer nada durante el parto y probablemente tampoco le apetecería.

—Atiende, ¡tu cuñado fue a buscar patatas fritas mientras yo estaba de parto! —dijo, mientras miraba a Fraser.

—Y una salchicha rebozada. Ya había pasado por esto tres veces. Pensé, bien, mejor será que coma algo porque durará un buen rato —dijo, con un guiño de ojo.

Tenía un nudo en el estómago y casi no me podía comer la tostada. Me sentía tan tenso que me hubiera ido a correr. Al anochecer, Eilidh ya tenía dolores y le resultaba difícil no hacer ruido. No quería asustar a Maisie.

La amaba tanto, tantísimo, cuando se sentó a la mesa del desayuno, blanca como la cera, con los ojos brillantes, aguantando por Maisie. Le habíamos explicado que cuando el bebé estuviera a punto de llegar, Eilidh tendría que quedarse a dormir en el hospital un par de noches, para que los médicos y las enfermeras pudieran ayudarla a sacar al bebé. Y ella, Maisie, se quedaría en casa de la tía Shona y del tío Fraser. Parecía muy tranquila, pero yo sabía que era aprensiva.

Media hora después, conducíamos hacia Aberdeen, Maisie sentada en el asiento trasero con su pequeña mochila de *Charlie y Lola* y un bolso con todo lo necesario para pasar la noche. Shona y Fraser vendría al hospital para recogerla y llevarla a su casa.

—¿Todo bien? —pregunté a mi hija. Eilidh estaba callada. Muy callada, muy blanca, con la frente cubierta por una película de sudor. Oh, Dios.

—Sí. ¿Y tú? —repuso ella, un poco agitada.

—¡Perfectamente, cariño! —dije con alegría. En fin, traté de aparentar que estaba tan contento, aunque probablemente sonó como si estuviera histérico.

—¿Y tú, Eilidh?

—Sí. —No dijo más. Parecía que su voz llegara de muy lejos. Como si no estuviera con nosotros, como si estuviera ella sola en alguna parte, en algún sitio lejos de nuestro alcance.

Está preparándose para la batalla, pensé. Y no hay mucho que pueda hacer por ayudarla.

Al cerrarse las puertas automáticas de la maternidad de Aberdeen detrás de nosotros, con Eilidh apoyada sobre mí y respirando pesadamente, me sentí aturdido. Estábamos entrando en un mundo nuevo, ya nada volvería a ser lo mismo.

Eilidh

Me dolía tanto que casi no podía respirar, ni siquiera gritar más, y eso que, para entonces, ya había gritado bastante. Estaba conectada a un monitor y entre las brumas del dolor, pude ver cómo latía el corazón de mi bebé. Sonaba fuerte y sin miedo, y me retumbaba en los oídos como si fuera una canción.

Tras una eternidad de dolor, el llanto de mi hijo llenó la estancia.

Su voz era tan antigua como las montañas y tan fuerte como las mareas, la vida fluía a través de ella sin obstáculos, como un río. Y pensé en mi otro hijo, el que perdí, el que no pudo quedarse y, por primera vez, vi con claridad por qué se había ido y por qué este se quedaría. Este bebé viviría, pertenecía aquí…

—¡Es un niño! —oí decir a Jamie.

—Es un niño —dije yo en un susurro. Sí, por supuesto, eres tú. Siempre has sido tú. Lo he sabido toda mi vida.

Me lo pusieron en los brazos, con la cabeza todavía cubierta de sangre, su cara arrugada y sus pequeñas manos, su cuerpecito caliente envuelto en una manta. Era precioso y perfecto y mi corazón entonó una melodía alegre, me sentía como nunca antes. No podía dejar de mirarle la cara, las manos. No podía dejar de oler ese aroma dulce de bebé, que también era mi propio aroma.

—¿Cómo se va a llamar? —preguntó la comadrona. Miré a Jamie. Quería que fuera él quien le pusiera nombre a nuestro hijo.

—Sorley. Sorley McAnena —dijo, y me sonó como una bendición, una plegaria, una canción.

Las matronas se fueron, diciendo algo acerca de la hora de oro y de si estábamos unidos. No estaba muy segura de lo que decían, ¿algo sobre estar unidos? Mi bebé y yo llevábamos juntos desde hacía mucho, éramos uno y siempre lo seríamos. Lo que fuera, con tal de que salieran de allí y nos dejaran un ratito. Jamie y yo y nuestro hijo. Nuestro hijo. ¡No podía creerme que, al fin, estuviera pronunciando esas palabras!

Cuando finalmente pude apartar los ojos de la cara de mi hijo, miré a Jamie. Tenía un aspecto horrible, ojeras y se le veía pálido y al mismo tiempo ruborizado, pero tenía una sonrisa de oreja a oreja. Le haría feliz. Me sentía tan orgullosa.

Levanté la cabeza para besarle. Me apartó el pelo sudado de la frente y nuestros labios se encontraron por encima de la cabecita de Sorley. Y entonces sucedió algo extraño.

Dicen que los recién nacidos no pueden ver, que no pueden centrar la mirada, que solo distinguen siluetas y sombras dentro de un mundo grande y extraño en el que han sido introducidos. Pero mi hijo, creo que me miró. Que nos miró. Sus ojos eran dos estanques negros, como los de una criatura que vive bajo las aguas y brillaron a la luz de la superficie. Como alguien que llega a un lugar nuevo desde lejos, muy lejos.

Me miró, me aceptó y, acto seguido y a propósito, miró a Jamie, como si ya nos conociera. Entre lágrimas de felicidad, dije: «Mira, Jamie, tiene los ojos de Elizabeth».

Epílogo

EL TIEMPO, EL CIERVO

Eilidh

Pienso en las mujeres que me antecedieron, mi madre Rhona y su madre Flora, y en la madre de esta, Margaret, y en la de Margaret, Anne, y en las anteriores, toda una saga de mujeres fuertes, cada una con su historia, con sus alegrías y sus penas. Su sangre corre por mis venas y con ella sus recuerdos, que fluyen por mi cuerpo y me convierten en la persona que soy. En mi sangre y mis huesos, de la cuna a la tumba, pasando por el matrimonio, los partos y la pérdida, sus vidas están dentro de mí. Oigo sus voces mientras me hablan en susurros y noto sus manos apoyándome cuando me siento débil, su fuerza es la mía y su orgullo el mío.

Y la madre de mi marido, Elizabeth, la veo en Shona y en Maisie y en mi propio hijo. Sé que ha llegado hasta nosotros desde el más allá, que nos cuida y nos lleva a casa, a Jamie y a mí. Cuando hace dos años estaba sumida en la oscuridad, debo de haber rezado sin darme cuenta. Debo de haber pedido ayuda, porque Dios sabe que estaba perdida.

Elizabeth me oyó al igual que yo oiré la llamada de nuestros hijos cuando llegue el momento, y si se vuelven hacia lo desconocido en busca de ayuda, les escucharé cuando me digan: «cuida de mí».

librosdeseda.com

facebook.com/librosdeseda

twitter.com/librosdeseda

Libros de Seda nace de la ilusión y el esfuerzo de un grupo de profesionales del mundo del libro con la intención de ser un referente dentro de la novela romántica y juvenil en español y hacer llegar a sus lectores obras de calidad.

Novelas contemporáneas, históricas, eróticas, de aventuras… seleccionadas con esmero para satisfacer los diversos intereses y sensibilidades de los lectores con dos sellos diferenciados: **Seda romántica** y **Seda juvenil**.

Estaremos encantados de recibir todos los comentarios y sugerencias por vuestra parte que nos sirvan para mejorar en este propósito.